Horripilante, seductora y siniestramente creíble
The Times

TESS GERRITSEN

El club mefisto

RIZZOLI & ISLES

Horripilante, seductora y siniestramente creíble
The Times

TESS GERRITSEN

El club mefisto

RIZZOLI & ISLES

El club mefisto

El club mefisto

Título original: The Mephisto Club

© 2006 Tess Gerritsen. Reservados todos los derechos.

© 2022 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1226-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Para Neil y Mary

Agradecimientos

Escribir cada libro es un desafío, una montaña que parece imposible de escalar. Por más difícil que sea la escritura, tengo el consuelo de saber que maravillosos colegas y amigos me apoyan. Muchas gracias a mi incomparable agente, Meg Ruley, y al equipo de la agencia Jane Rotrosen. La guía que me habéis dado ha sido la estrella a la que he seguido. Gracias también a mi maravillosa editora, Linda Marrow, que logra que cualquier escritor brille, a Gina Centrello, por su entusiasmo a través de los años, y a Gilly Hailparn por toda su gentil atención. Y del otro lado del charco, Selina Walker, de Transworld, ha sido mi animadora más infatigable.

Para terminar, debo agradecer a la persona que ha estado conmigo durante más tiempo. Mi esposo Jacob sabe lo difícil que es estar casado con una escritora. Y sin embargo, sigue allí.

”Destruye todos los espíritus de los réprobos y a los hijos de los Custodios porque han hecho daño a los humanos.”

– El Libro de Enoc X: 15, antiguo texto judío, siglo II AC.

Uno

Parecían ser la familia perfecta.

Eso era lo que pensaba el chico, de pie junto a la tumba abierta de su padre, mientras escuchaba cómo el ministro contratado leía lugares comunes de la Biblia. Solo un pequeño grupo se había reunido esa mañana cálida y llena de insectos de junio para llorar el fallecimiento de Montague Saul, no más de una docena de personas a muchas de las cuales el chico acababa de conocer. Durante los últimos seis meses, había estado en el internado y ese día estaba viendo a varias de esas personas por primera vez. La mayoría no le interesaba en absoluto.

Pero la familia de su tío... ellos le interesaban sobremanera. Eran dignos de estudio.

El doctor Peter Saul se parecía mucho a su hermano muerto, Montague, delgado y cerebral con gafas de búho y pelo castaño que comenzaba a ralear hacia la inevitable calvicie. Su esposa, Amy, tenía una cara redonda y no dejaba de dirigir miradas ansiosas a su sobrino de quince años, como si quisiera rodearlo con los brazos y sofocarlo en un abrazo. El hijo de Peter y Amy, Teddy, tenía diez años y era pura delgadez de brazos y piernas. Un pequeño clon de Peter Saul, hasta con las mismas gafas de búho.

Por último, estaba la hija, Lily. Dieciséis años.

Unos mechones de pelo se le habían soltado de la coleta y se le adherían a la cara por el calor. Se la veía incómoda con el vestido negro y al igual que una potranca, se movía constantemente, como preparándose para disparar. Como si prefiriera estar en cualquier parte antes que en este cementerio, espantando insectos que zumbaban.

Se los ve tan normales, tan corrientes, pensó el chaval. Tan distintos de

mí. Entonces, de repente, la mirada de Lily se encontró con la suya y él sintió un estremecimiento de sorpresa. De reconocimiento mutuo. En ese instante, casi pudo sentir cómo los ojos de ella penetraban las fisuras más oscuras de su mente y examinaban todos los sitios secretos que nadie más había visto. Que él nunca había permitido que vieran.

Turbado, desvió la mirada. Se concentró, en cambio, en las otras personas que se encontraban alrededor de la tumba: el ama de llaves de su padre. El abogado. Los dos vecinos de al lado. Conocidos que estaban allí por un sentido de decoro, no por afecto. Solo conocían a Montague Saul como el erudito callado que había regresado hacía poco de Chipre, que pasaba los días entre libros y mapas y pequeños objetos de alfarería. No conocían verdaderamente al hombre. Como tampoco conocían a su hijo.

Por fin la ceremonia terminó y el grupo avanzó hacia el chico, como una ameba de conmiseración dispuesta a tragárselo, a decirle cuánto lamentaban que hubiera perdido a su padre. Y tan pronto después de haberse mudado a Estados Unidos.

Por lo menos tienes familiares aquí que te ayudarán —dijo el ministro.

¿Familiares? Sí, supongo que esta gente es mi familia, pensó el chaval, mientras el pequeño Teddy se acercaba tímidamente, empujado por su madre.

—Vas a ser mi hermano, ahora —dijo Teddy.

—¿Sí?

—Mamá ya te ha preparado tu dormitorio. Está al lado del mío.

—Pero yo me quedaré aquí. En la casa de mi padre.

Desconcertado, Teddy miró a su madre.

—¿No vendrá a casa con nosotros?

Amy Saul intervino enseguida:

—No puedes vivir aquí solo, querido. Solo tienes quince años. Tal

vez te sientas tan a gusto en Purity que quieras quedarte con nosotros.

—Mi colegio está en Connecticut.

—Sí, pero el año escolar ha terminado. En septiembre, si deseas regresar a tu internado, podrás hacerlo, por supuesto. Pero pasarás el verano con nosotros.

—Es que no estaré solo aquí. Mi madre vendrá por mí.

Se hizo un largo silencio. Amy y Peter se miraron y el chaval pudo adivinar lo que estaban pensando. Su madre lo abandonó hace años.

—Vendrá a buscarme —insistió él.

El tío Peter dijo con gentileza:

—Hablaremos de eso más tarde, hijo.

Por la noche, el chico permaneció despierto en la cama, en la casa de su padre en la ciudad, escuchando los murmullos de su tía y de su tío en el estudio de la planta baja.. El mismo estudio donde Montague Saul había trabajado durante los últimos meses para traducir sus frágiles trocitos de pergaminos. El mismo estudio donde hacía cinco días había sufrido un derrame cerebral y se había desplomado sobre el escritorio. Esas personas no deberían estar allí, entre los objetos preciosos de su padre. Eran invasores en su casa.

—No es más que un chaval, Peter. Necesita una familia.

—No podemos llevarlo a rastras a Purity si no desea venir con nosotros.

—Cuando tienes quince años, no tienes alternativa. Los adultos deben tomar las decisiones.

El chico se levantó de la cama y se deslizó fuera del dormitorio. Bajó en silencio hasta la mitad de la escalera para escuchar la conversación.

—Además ¿a cuántos adultos ha conocido? Tu hermano no contaba como uno de ellos, precisamente. Estaba tan metido en sus momias amortajadas que es probable que nunca se haya dado cuenta de que había un niño en la casa.

—Eso no es justo, Amy. Mi hermano era un buen hombre.

—Bueno, pero despistado. No imagino a qué clase de mujer se le ocurriría tener un hijo con él. ¿Y luego se va y deja que al niño lo críe Monty? No entiendo cómo una mujer podría hacer eso.

—Monty no lo crió tan mal. El chico obtiene las mejores calificaciones en la escuela.

—¿Esa es tu forma de medir lo que significa ser buen padre? ¿Qué el chaval tenga buenas calificaciones?

—También es un joven aplomado. Mira lo entero que estuvo durante la ceremonia.

—Está entumecido, Peter. ¿Acaso viste alguna emoción en su cara, hoy?

—Monty también era así.

—¿De sangre fría, quieres decir?

—No, intelectual. Lógico.

—Pero en el fondo, sabes que el chico ha de estar sufriendo. Me vienen deseos de llorar de solo pensar cómo necesita a su madre en este momento. se pasa todo el tiempo diciendo que ella vendrá por él, cuando sabemos que no lo hará.

—No lo sabemos.

—¡Ni siquiera hemos conocido a la mujer! Monty nos escribe un día desde El Cairo para contarnos que tiene un hijo recién nacido. Por lo que sabemos, puede haberlo encontrado entre los juncos, como al bebé Moisés.

El chico oyó que el suelo crujía por encima de él y echó una mirada

hacia la cima de la escalera. Se sorprendió al ver a su prima Lily mirándolo por encima de la baranda. Lo estaba observando, estudiando, como si fuera una criatura exótica que nunca había visto antes y ella estuviera tratando de decidir si era peligroso.

—¡Vaya! —dijo la tía Amy—. ¡Estás despierto!

Sus tíos acababan de salir del estudio y estaban al pie de la escalera, mirándolo. Se veían algo consternados ante la posibilidad de que él hubiera escuchado toda su conversación.

—¿Te sientes bien, querido? —preguntó Amy.

—Sí, tía.

—Es muy tarde. ¿No deberías volver a la cama?

Pero él no se movió. Permaneció en la escalera un momento, preguntándose cómo sería vivir con estas personas. Qué podría aprender de ellos. El verano sería interesante, hasta que su madre viniera por él.

—Tía, he tomado una decisión —dijo—.

—¿Sobre qué?

—Sobre el verano y dónde me gustaría pasarlo.

Ella de inmediato supuso lo peor.

—¡Por favor, no te apresures. Tenemos una casa realmente bonita, sobre el lago, y tendrías tu propia habitación. Por lo menos ven unos días de visita antes de decidir.

—Pero he decidido pasarlo con ustedes.

Su tía hizo una pausa, momentáneamente aturdida. Luego se le iluminó la cara con una sonrisa y subió por la escalera para abrazarlo. Olía a jabón Dove y a champú Breck. Tan común, tan corriente. Luego un sonriente tío Peter le dio una palmada afectuosa en el hombro; su forma de darle la bienvenida a un nuevo hijo. La felicidad de ellos era como una telaraña de azúcar hilada, que lo

atraía a ese universo, donde todo era amor y luz y risas.

—Los niños se alegrarán tanto de que regreses con nosotros —dijo Amy.

El chico miró hacia la cima de la escalera, pero Lily ya no estaba allí. Había desaparecido sin que nadie la viera. Tendré que mantenerla vigilada, pensó. Porque ella ya me está vigilando a mí.

—Ahora eres parte de nuestra familia —dijo Amy.

Mientras subían juntos la escalera, ella comenzó a contarle sus palanes para el verano. Todos los sitios a donde lo llevarían, los platos especiales que le prepararían cuando regresaran a casa. Sonaba feliz, alegre, como una madre con su bebé nuevo.

Amy Saul no tenía idea de lo que estaban por llevarse a su casa.

Dos

Doce años más tarde.

Tal vez eso era un error.

La doctora Maura Isles se detuvo afuera de las puertas de Nuestra Señora de la Divina Luz, sin poder decidirse a entrar. Los fieles ya habían ingresado y ella estaba de pie en la noche, sola, mientras la nieve caía en susurros sobre su cabeza descubierta. A través de las puertas cerradas de la iglesia, oyó que la organista comenzaba a tocar "Adeste Fideles" y supo que ya todos estarían sentados. Si pensaba unirse a ellos, era el momento de entrar.

Vaciló, porque no pertenecía al núcleo de creyentes que estaban en esa iglesia. Pero la música la llamaba, al igual que la promesa de calor y el consuelo de rituales conocidos. Allí afuera, en la calle oscura, se encontraba sola. Sola en la Nochebuena.

Subió los escalones y entró en la iglesia.

Aun a esa hora tardía, los asientos estaban ocupados por familias con niños soñolientos que habían sido despertados para asistir a la Misa del Gallo. La llegada tardía de Maura atrajo varias miradas y cuando los acordes de "Adeste Fideles" se apagaron, ella se sentó en el primer asiento libre que encontró, cerca del fondo. Casi de inmediato, tuvo que ponerse de pie nuevamente con el resto de la congregación cuando comenzó la canción de entrada. El padre Daniel Brophy se acercó al altar e hizo la señal de la cruz.

—Que la gracia y la paz de Dios nuestro padre y el señor Jesucristo estén con todos vosotros —dijo.

—Y con tu espíritu —murmuró Maura junto con los demás fieles. Aun después de tantos años alejada de la iglesia, las respuestas fluían con naturalidad de sus labios, grabadas allí por los domingos

de su infancia. —Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad.

Aunque Daniel no se había percatado de su presencia, Maura estaba concentrada solamente en él. En el pelo oscuro, los movimientos elegantes, la profunda voz de barítono. Esa noche podía observarlo sin sentirse incómoda ni avergonzada. Esa noche podía mirarlo tranquila.

—Danos alegría eterna en el reino de los Cielos, donde vives y reinas, con el Espíritu Santo, un solo Dios por los siglos de los siglos.

Maura se acomodó en el asiento y oyó toses ahogadas y los quejidos de niños cansados. Las velas ardían en el altar celebrando la luz y la esperanza en esa noche invernal.

Daniel comenzó a leer:

—Y el ángel les dijo: "No tengáis miedo, pues os traigo una buena noticia que será motivo de gran alegría para todos..."

San Lucas, pensó Maura, reconociendo el pasaje. Lucas, el médico.

—"... como señal, encontraréis al niño envuelto en..." —Se interrumpió cuando su mirada de pronto se posó sobre Maura. Y ella pensó: ¿Te resulta tan sorprendente verme aquí esta noche, Daniel?

Él carraspeó, bajó la mirada al texto y siguió leyendo.

—"Encontraréis al niño envuelto en pañales, recostado en un pesebre".

Aunque él sabía ahora que Maura estaba sentada entre su grey, su mirada no volvió a cruzarse con la de ella. Ni mientras cantaban "Cantate Domino" y "Dies Sanctificatus", ni durante el ofertorio o la liturgia de la Eucaristía. Mientras otros a su alrededor se ponían de pie y enfilaban hacia el altar para recibir la comunión, Maura permaneció en su asiento. Como no era creyente, le resultaba una hipocresía la hostia y beber el vino.

¿Entonces qué estoy haciendo aquí?

De todos modos, permaneció en su sitio durante los ritos finales, durante la bendición y la despedida.

—Podéis ir en paz.

—Demos gracias a Dios —respondieron los fieles.

La misa había terminado y abotonándose abrigos y calzándose guantes, la gente comenzó a dirigirse a la salida para abandonar la iglesia. Maura, también, se puso de pie y cuando estaba por salir al pasillo vio que Daniel la miraba y le imploraba en silencio que no se marchara. Volvió a sentarse, sintiendo las miradas de todos los que pasaban junto a su asiento. Sabía lo que veían o lo que imaginaban ver: una mujer sola, hambrienta de palabras de consuelo del sacerdote en la víspera de Navidad.

¿O acaso veían algo más?

No les devolvió las miradas. Miró hacia adelante mientras se vaciaba la iglesia, concentrándose impasiblemente en el altar y pensando: Es tarde y debería irme a casa. No sé qué beneficio puede tener que me quede.

—Hola, Maura.

Levantó la mirada y se encontró con los ojos de Daniel. La iglesia todavía no se había vaciado. La organista seguía recogiendo sus partituras y varios miembros del coro se estaban poniendo los abrigos, pero en ese instante, la atención de Daniel estaba tan focalizada en Maura que bien podría haber sido la única otra persona en la iglesia.

—Ha pasado mucho tiempo desde tu última visita —dijo él.

—Sí, puede ser.

—Fue en agosto ¿verdad?

O sea que tú también has llevado la cuenta.

Daniel se sentó en el asiento junto a ella.

—Me sorprende verte aquí.

—Es la Nochebuena, al fin y al cabo.

—Pero tú no eres creyente.

—Me gustan los rituales, de cualquier manera. Las canciones.

—¿Esa es la única razón por la que has venido? ¿Para entonar algunos cánticos y repetir algunos Amén y Demos gracias a Dios?

—Quería estuchar música. Estar con otras personas.

—No me digas que estás sola esta noche.

Ella se encogió de hombros, dejó escapar una risa.

—Me conoces, Daniel. No se me dan bien las fiestas.

—Pensaba que... es decir supuse...

—¿Qué?

—Que estarías con alguien. Sobre todo esta noche.

Lo estoy. Estoy contigo.

Guardaron silencio mientras la organista se acercaba por el pasillo, cargada con un bolso de partituras.

—Buenas noches, padre Brophy.

—Buenas noches, señora Easton. Gracias por su maravillosa actuación.

—Fue un placer. —La organista dirigió una última mirada penetrante a Maura, luego siguió hacia la salida. Oyeron que la puerta se cerraba y finalmente, quedaron solos.

—¿Por qué has dejado pasar tanto tiempo? —preguntó él.

—Pues, ya sabes cómo es el negocio de la muerte. Nunca afloja. Uno de nuestros patólogos tuvo que operarse de la columna hace unas semanas y hemos tenido que cubrirlo. He tenido mucho trabajo, nada más.

—Siempre puedes coger el teléfono y llamar.

—Sí, lo sé. —Él también podía hacerlo, pero nunca lo hacía. Daniel Brophy jamás cruzaría la línea, lo que tal vez fuera bueno: la tentación que sentía Maura alcanzaba para ambos.

—¿Cómo has estado? —preguntó ella.

—¿Te enteraste del derrame que tuvo el padre Roy el mes pasado? Tuve que hacerme cargo de la capellanía policial.

—Me lo contó la detective Rizzoli.

—Estuve en aquella escena del crimen en Dorchester hace algunas semanas. El policía al que le dispararon. Te vi allí.

—No te vi. Deberías haberme saludado.

—Bueno, estabas ocupada. Completamente concentrada, como de costumbre. —Sonrió. —A veces tienes una expresión tan intensa, Maura. ¿Lo sabías?

Ella rió.

—Tal vez ese sea mi problema.

—¿Problema?

—Asusto a los hombres.

—A mí no me has asustado.

¿Cómo podría hacerlo?, pensó ella. Tu corazón no está disponible para que te lo rompan. Miró con intención su reloj y se puso de pie.

—Es muy tarde, y ya te he robado mucho tiempo.

—No es que tenga nada urgente que hacer —dijo él mientras la

acompañada hacia la salida.

—Tienes una grey de almas que cuidar. Y no olvidemos que es la Nochebuena.

—Como verás, yo tampoco tengo adónde ir esta noche.

Maura se detuvo y se volvió hacia él. Estaban solos en la iglesia, respirando los aromas de las velas de cera y el incienso, fragancias familiares que le recordaban una infancia con otras Navidades, otras misas. Los días en que entrar en una iglesia no le provocaba el torbellino de emociones que sentía en ese momento.

—Buenas noches, Daniel —dijo, volviéndose hacia la puerta.

—¿Pasarán otros cuatro meses antes de que vuelva a verte? —preguntó, Daniel.

—No lo sé.

—He echado de menos nuestras charlas, Maura.

Ella volvió a vacilar, con la mano lista para empujar la puerta.

—Yo también. Tal vez por eso no deberíamos seguir con ellas.

—No hemos hecho nada de lo cual avergonzarnos.

—No todavía —dijo ella en voz baja, con los ojos no sobre él sino sobre la pesada puerta tallada, que se interponía entre ella y la huida.

—Maura, no dejemos las cosas así entre nosotros. No hay razón por la que no podamos mantener algún tipo de...

Se interrumpió.

El móvil de Maura estaba sonando.

Ella lo sacó del bolso. A esa hora, una llamada no podía significar nada bueno. Respondió, sintiendo los ojos de Daniel sobre ella y su propia reacción ante esa mirada.

—Habla la doctora Isles —dijo, con voz demasiado serena.

—Feliz Navidad —dijo la detective Jane Rizzoli—. Me sorprende que no estés en tu casa ahora mismo. Intenté llamarte allí.

—Vine a la Misa del Gallo.

—Hostias, ya es la una de la mañana. ¿No ha terminado todavía?

—Sí, Jane. Ha terminado y estoy a punto de marcharme —respondió Maura en un tono de voz que desalentaba cualquier otra pregunta. —¿Qué tienes para mí? —preguntó. Porque ya sabía que eso no era un saludo sino una llamada a comparecer.

—La dirección es el número 210 de la calle Prescott, en East Boston. Una residencia privada. Frost y yo llegamos hace media hora.

—¿Detalles?

—Tenemos una víctima, una mujer joven.

—¿Homicidio?

—Por supuesto.

—Hablas con mucha seguridad.

—Lo verás cuando llegues.

Maura cortó; Daniel seguía mirándola. Pero el momento para tomar riesgos, para decir cosas de las que ambos podrían arrepentirse, había pasado. La muerte había intervenido.

—¿Tienes que ir a trabajar?

—Estoy de guardia esta noche. —Devolvió el móvil al bolso. —Como no tengo familiares en la ciudad, me ofrecí.

—¿Justamente esta noche?

—Que se trate de Navidad no cambia demasiado las cosas para mí.

Se abotonó el abrigo y salió de la iglesia hacia la noche. Daniel la

siguió afuera y mientras ella caminaba hacia el coche por la nieve recién caída, se quedó observándola desde los escalones, con las vestiduras blancas al viento. Maura se volvió y vio que levantaba la mano para saludarla.

Seguía saludándola cuando ella se alejó.

Tres

Las luces azules de los vehículos policiales parpadeaban por entre una filigrana de nieve que caía, anunciando a todos aquellos que se acercaban: algo ha sucedido aquí, algo terrible. Maura sintió que el paragolpes delantero raspaba contra el hielo cuando aparcó su Lexus contra el banco de nieve para dejarles lugar de paso a otros coches. A esa hora, en la Nochebuena, los únicos vehículos que tomarían por esa calle estrecha serían, como ella, miembros del séquito de la Muerte. Se tomó un instante para juntar fuerzas para las horas agotadoras que seguirían, mirando con ojos cansados las luces parpadeantes. Sentía las piernas entumecidas; la circulación pesada como barro. Despierta, se dijo. Es hora de ir a trabajar.

Bajó del coche y el repentino golpe de aire frío barrió el sueño de su mente. Cruzó por la nieve polvo que susurraba como plumas debajo de sus botas. A pesar de que era la una y media de la mañana, había luces en varias de las casas modestas de la calle y por una ventana decorada con esténciles festivos de renos voladores y bastones de golosinas, vio la silueta de un vecino curioso que espiaba desde su cálida casa a una noche que ya no era de paz ni de amor.

—¿Hola, doctora Isles? —saludó un patrullero, un policía mayor a quien apenas si reconoció. Resultaba evidente que él sabía perfectamente quién era ella. Todos sabían quién era. —¿Cómo es posible que haya tenido tanta suerte esta noche, eh?

—Podría preguntarle lo mismo, oficial.

—Creo que a ambos nos tocó el premio mayor. —Soltó una risotada. —Feliz Navidad, joder.

—¿La detective Rizzoli está adentro?

—Sí, ella y Frost han estado filmando. —Señaló una casita en la que todas las luces estaban encendidas, una construcción cuadrada

apretada en una hilera de cansadas residencias más antiguas. —Ya deben de estar listos para usted.

El ruido de arcadas violentas hizo que Maura mirara hacia la calle, donde una mujer rubia estaba doblada en dos, sujetándose el abrigo largo para no ensuciar el bajo mientras vomitaba sobre el banco de nieve.

El patrullero soltó un bufido y dijo por lo bajo a Maura:

—Esa sí que va a ser una buena detective. Llegó a la escena como salida del programa televisivo Cagney y Lacey. Dándonos órdenes a todos. Sí, señor, muy recia. Entra en la casa, echa una mirada y un minuto después está aquí afuera vomitando en la nieve. —Soltó una risotada.

—No la he visto antes. ¿Es de Homicidios?

—Tengo entendido que acaban de trasladarla desde la unidad anti narcóticos y anti vicios. Gran idea tuvo el comisionado de enviar más chicas. —Negó con la cabeza. —No durará mucho, según mi predicción.

La detective se limpió la boca y se dirigió con pasos vacilantes a los escalones del porche, donde se sentó.

—¡Eh, detective! —gritó el patrullero—. Le convendría alejarse de la escena del crimen. Si va a vomitar de nuevo, al menos hágalo donde no estén recogiendo pruebas.

Un policía más joven que estaba allí cerca emitió una risita.

La detective rubia se puso de pie en forma abrupta; las luces de los vehículos iluminaban su expresión mortificada.

—Creo que iré a sentarme un minuto en el coche —murmuró.

—Sí, hágalo, señorita.

Maura observó cómo se refugiaba en su vehículo. ¿A qué horrores estaba a punto de enfrentarse ella dentro de esa casa?

—Doc —llamó el detective Barry Frost. Acababa de salir de la casa y estaba en el porche, enfundado en una chaqueta corta vientos. Tenía el pelo rubio alborotado, como si acabara de salir de la cama. Si bien su tez siempre había sido cetrina, la luz amarillenta del porche le daba un aspecto más enfermizo que de costumbre.

—Entiendo que allí dentro la situación es desagradable —dijo Maura.

—No es algo que uno quiera ver en Navidad. Me pareció mejor salir a tomar un poco de aire.

Maura se detuvo al pie de los escalones y vio la cantidad de huellas que había sobre la nieve del porche.

—¿No hay problema si entro por aquí?

—No; todas esas huellas son de policías.

—¿Había rastros de pisadas?

—Aquí afuera no encontramos demasiado.

—¿Qué, entró volando por la ventana?

—Parecería que barrió tras él. Se pueden ver algunas de las marcas del barrido.

Maura frunció el ceño.

—Este criminal presta atención a los detalles.

—Espere a ver lo que hay adentro.

Maura subió los escalones y se colocó guantes y cubrezapatos. De cerca, Frost tenía aspecto todavía peor, demacrado y pálido. Pero inspiró hondo y ofreció valientemente:

—Puedo acompañarla.

—No tómese su tiempo aquí. Rizzoli podrá enseñarme el lugar.

Frost asintió, pero sin mirarla; miraba hacia la calle con la feroz

concentración de un hombre que trata de mantener la cena dentro de su estómago. Maura lo dejó con su lucha y apoyó la mano en la puerta, preparada para lo peor. Hacía solo unos minutos, había llegado exhausta, tratando de mantenerse despierta; ahora sentía la tensión chispeando como estática por su sistema nervioso.

Entró en la casa. Se detuvo allí, con el corazón acelerado y contempló una escena absolutamente inocua. El vestíbulo tenía suelo de roble gastado. Desde la puerta se veía la sala, decorada con muebles baratos que no combinaban entre sí: un diván vencido, un sillón puf, una biblioteca montada con tablas y bloques de hormigón. Nada hasta allí que gritara escena del crimen. El horror estaba por venir; Maura sabía que la aguardaba en esa casa, pues había visto su reflejo en los ojos de Barry Frost y en el rostro ceniciento de la mujer detective.

Pasó de la sala al comedor, donde vio cuatro sillas alrededor de una mesa de pino. Pero no fueron los muebles los que llamaron su atención, sino los sitios dispuestos en la mesa, como para una comida familiar. Cena para cuatro.

Uno de los platos tenía encima una servilleta de lino doblada y salpicada de sangre.

Con cuidado, Maura cogió la servilleta por el borde, la levantó, vio lo que había debajo, sobre el plato. De inmediato la dejó caer y dio un paso hacia atrás, ahogando una exclamación.

—Veo que has encontrado la mano izquierda —dijo una voz.

Maura se volvió.

—Me has dado un susto terrible.

—¿Quieres asustarte de verdad? —dijo la detective Jane Rizzoli—. Sígueme. —Giró y guió a Maura por un pasillo. Al igual que Frost, Jane parecía haberse levantado de la cama. Tenía los pantalones arrugados y el pelo oscuro alborotado. Pero a diferencia de Frost, se movía sin temor, y sus cubrezapatos de papel susurraban sobre el suelo. De todos los detectives que presenciaban regularmente las autopsias, Jane era la que seguramente se acercaría a la mesa para

poder ver más de cerca y ahora se movía sin mostrar ninguna vacilación. Maura la siguó de mala gana, con la mirada fija en las gotas de sangre que se veían en el suelo.

—Mantente de este lado —le indicó Jane—. Tenemos pisadas aquí que van en ambas direcciones. Una zapatilla deportiva. Están secas, pero no quiero ensuciar nada.

—¿Quién dio aviso a la policía?

—Fue una llamada al 911. Justo después de medianoche.

—¿Desde dónde?

—Desde esta misma casa.

Maura frunció el ceño.

—¿Fue la víctima? ¿Intentó pedir ayuda?

—Nadie habló. Alguien solamente llamó al operador de emergencia y dejó el teléfono descolgado. El primer coche policial llegó diez minutos después de la llamada. El patrullero encontró la puerta sin llave, entró en el dormitorio y se quedó helado. —Jane se detuvo en la puerta y por encima del hombro, dirigió a Maura una mirada de advertencia.

—Aquí es donde se pone difícil.

La mano cortada ya era bastante terrible.

Jane se hizo a un lado para permitir que Maura tuviera una visión del dormitorio. Ella no vio a la víctima; lo único que vio fue la sangre. El cuerpo humano promedio contiene tal vez unos cinco litros de sangre. El mismo volumen de pintura roja, arrojada por una habitación, podría salpicar todas las superficies. Lo que los ojos pasmados de Maura vieron cuando miró desde la puerta, fueron justamente esas salpicaduras extravagantes, como serpentinas brillantes arrojadas por manos juguetonas sobre las paredes blancas, los muebles y la mantelería.

—Es arterial —observó Rizzoli.

Maura solo pudo asentir, en silencio, mientras su mirada seguía los arcos de la salpicadura, leyendo la historia de horror escrita en rojo sobre las paredes. Como estudiante de cuarto año de Medicina cuando cumplía un período de rotación en Urgencias, una vez había visto a una víctima de un disparo desangrarse sobre la mesa de traumatismos. La presión sanguínea se desplomaba, y el residente de cirugía, desesperado, le había practicado una laparotomía de emergencia, con la esperanza de controlar la hemorragia interna. Le había abierto el abdomen, liberando una fuente de sangre arterial que brotó con fuerza de la aorta rota, salpicando la cara y la ropa de los médicos. En los últimos y febriles segundos, mientras succionaban y presionaban con toallas esterilizadas, Maura solo había podido concentrarse en la sangre. En su brillo, su olor a carne. Había introducido la mano en el abdomen abierto para coger un retractor y la tibieza que le había empapado las mangas del uniforme le había resultado sedante como un baño. Aquel día, en el quirófano, Maura había visto el inquietante chorro que incluso una presión arterial baja puede generar.

Ahora, mientras contemplaba las paredes del dormitorio, era otra vez la sangre lo que la hipnotizaba, esa historia escrita de los últimos segundos de la víctima. Cuando se realizó el primer corte, el corazón de la víctima seguía latiendo, generando una presión sanguínea. Allí, por encima de la cama, fue a dar la primera salpicadura, un chorro que se elevó por la pared. Tras unas pulsaciones vigorosas, los arcos comenzaban a decaer. El cuerpo trataba de compensar por la caída de la presión, las arterias se estrechaban, el pulso se aceleraba. Pero con cada latido, el corazón perdía sangre y aceleraba su propia muerte. Cuando por fin la presión cesaba y el corazón se detenía, ya no había chorros, solo un sangrado silencioso y débil en el que se iba la última sangre que quedaba. Esa era la muerte que Maura veía registrada en esas paredes y sobre esa cama.

Entonces su mirada se detuvo, atraída por algo que casi había pasado por alto entre todas esas salpicaduras. Algo que hizo que de pronto se le erizara el pelo de la nuca. Sobre una pared, dibujadas con sangre, se veían tres cruces invertidas. Y debajo de ellas, una serie de símbolos crípticos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Maura en voz baja.

—No tenemos idea. Hemos estado tratando de entenderlo.

Maura no podía apartar la mirada de los símbolos. Tragó saliva.

—¿Con qué coño estamos lidiando?

—Espera a ver lo que sigue. —Jane dio la vuelta al otro lado de la cama y señaló el suelo. —La víctima está aquí. Bueno, la mayor parte de ella, digamos.

No fue hasta que Maura rodeó la cama que tuvo un atisbo de la mujer. Estaba desnuda, de espaldas. La hemorragia exanguinante le había dejado la piel del color del alabastro y Maura de pronto recordó una visita a una sala del Museo Británico donde se exhibían docenas de estatuas romanas fragmentadas. El desgaste de los siglos

había rajado y astillado el mármol, quebrando las cabezas, los brazos, hasta dejarlos convertidos en poco más que torsos anónimos. Eso era lo que veía ahora, al contemplar el cadáver. Una venus rota. Sin cabeza.

—Al parecer la mató aquí, sobre la cama —dijo Jane—. Eso explicaría las salpicaduras en aquella pared y toda la sangre sobre el colchón. Luego la arrastró al suelo, tal vez porque necesitaba una superficie firme para terminar de cortar. —Jane inspiró y se volvió, como si de pronto hubiera llegado a su límite y ya no pudiera seguir mirando el cadáver.

—Dijiste que el primer coche patrulla tardó diez minutos en responder a esa llamada al nueve-uno-uno —dijo Maura.

—Exacto.

—Lo que se hizo aquí, las amputaciones, la decapitación, tomó más de diez minutos.

—Sí, lo hemos pensado. No creo que haya sido la víctima quien realizó la llamada.

El crujido de un paso hizo que ambas se volvieran y se encontraran con Barry Frost de pie en la puerta, sin demasiado entusiasmo aparente por entrar en la habitación.

—Ha llegado la Unidad de Escena del Crimen —dijo.

—Diles que pasen. —Jane se interrumpió. —No tienes buen aspecto.

—Creo que estoy bastante bien. A pesar de todo.

—¿Y Kassovitz? ¿Ha terminado ya de vomitar? Nos vendría bien un poco de ayuda aquí.

Frost negó con la cabeza.

—Sigue sentada en el coche. No creo que su estómago esté listo para esto. Iré a buscar a los técnicos forenses.

—Pero dile que madure un poco, por el amor de Dios —dijo Jane mientras él abandonaba la habitación—. Detesto cuando una mujer me decepciona. Nos hace quedar mal a todas.

La mirada de Maura volvió a fijarse sobre el torso que estaba en el suelo.

—¿Has encontrado...?

—¿El resto de la mujer? —dijo Jane—. Sí. Ya has visto la mano izquierda. La mano derecha está en la bañera. Creo que ahora es el momento de mostrarte la cocina.

—¿Qué hay allí?

—Más sorpresas. —Jane echó a andar hacia el pasillo.

Cuando se volvía para seguirla, Maura se vio de pronto a sí misma reflejada en el espejo del dormitorio. Su imagen la miraba con ojos cansados; tenía el pelo negro lacio aplastado por la nieve derretida. Pero no fue su imagen lo que la dejó helada.

—Jane —susurró—. Mira esto.

—¿Qué cosa?

—En el espejo. Los símbolos. —Maura se volvió y contempló la escritura en la pared. —¿Lo ves? ¡Es una imagen al revés! Esos no son símbolos, son letras que deben ser leídas en el espejo.

Jane miró la pared, luego el espejo.

—¿Es una palabra?

—Sí. Dice Peccavi.

Jane negó con la cabeza.

—Ni siquiera al revés tiene el menor sentido para mí.

—Está en latín, Jane.

—¿Y qué significa?

—He pecado.

Por un instante, las dos mujeres se miraron. Luego Jane soltó una risa repentina.

—Pues ahí tienes una buena confesión. ¿Crees que un par de Ave Marías borrarán este pecado en particular?

—Tal vez la palabra no se refiera al asesino. Tal vez se refiera a la víctima. —Miró a Jane. He pecado.

—Un castigo —aventuró Jane—. Una venganza.

—Sería un motivo posible. Ella hizo algo que enfureció al asesino. Pecó contra él. Y esto es la venganza.

Jane inspiró hondo.

—Vayamos a la cocina. —Caminó por el pasillo delante de Maura. Al llegar a la puerta, se detuvo y miró a Maura, que se había detenido en el umbral, demasiado pasmada por lo que veía como para pronunciar palabra.

Sobre el suelo de baldosas, había un gran círculo dibujado con lo que parecía ser tiza roja. Repartidos dentro de la circunferencia había cinco charcos negros de cera que se había derretido y endurecido. Velas, pensó Maura. En el centro de ese círculo, posicionada de tal manera que los ojos las miraran a ellas, se encontraba la cabeza cercenada de una mujer.

Un círculo. Cinco velas negras. Es una ofrenda ritual.

—Bien, entonces ahora se supone que vuelvo a casa con mi hijita —dijo Jane—. Por la mañana, nos sentamos todos alrededor del árbol y abrimos regalos y fingimos que hay paz en la Tierra. Pero yo estaré pensando en... esa cosa....que me mira. Feliz Navidad de mierda.

Maura tragó saliva.

—¿Sabemos quién es?

—Pues no he traído a ninguna amiga o vecino para que la identifiquen. Oiga, ¿reconoce esa cabeza en el suelo de la cocina? Pero según la foto de la licencia de conducir, diría que se trata de Lori-Ann Tucker. Veintiocho años. Pelo castaño, ojos castaños. —Jane soltó una risa repentina. —Si armas todas las partes del cuerpo, eso es lo que tendrías.

—¿Qué sabes de ella?

—Encontramos un talón de pago en su bolso. Trabajaba en el Museo de Ciencias. No sabemos cuál es su puesto allí, pero a juzgar por la casa, los muebles... —Jane miró hacia el comedor. —... no ganaba demasiado dinero.

Oyeron voces y el ruido de pasos cuando el equipo de técnicos de la escena del crimen entró en la casa. Jane de inmediato se enderezó para recibirlos con alguna semblanza de su aplomo habitual. La impávida detective Rizzoli, conocida por todos.

—Hola, muchachos —dijo mientras Frost y dos forenses entraban cuidadosamente en la cocina. —Hoy nos ha tocado uno de los buenos.

—Jesús —murmuró uno de los técnicos—. ¿Dónde está el resto de la víctima?

—En varias habitaciones. Podéis empezar por... —Se interrumpió y su cuerpo se tensó.

El teléfono de la cocina estaba sonando.

Frost era el que se encontraba más cerca.

—¿Qué opinas? —preguntó, mirando a Rizzoli.

—Responde.

—Con cuidado, Frost levantó el auricular con su mano enguantada.

—¿Hola? ¿Hola? —Tras unos segundos, colgó. —Cortaron.

—¿Qué dice el identificador de llamadas?

Frost pulsó el botón de historial de llamadas.

—Es un número de Boston.

Jane sacó su móvil y estudió el número en el visor.

—Intentaré devolverle la llamada —dijo, y marcó. Se quedó escuchando mientras sonaba. —No hay respuesta.

—Espera, veré si ese número ha llamado aquí con anterioridad —dijo Frost. Revisó el historial de llamadas entrantes y salientes. —Bien, aquí está esa llamada al 911. A las doce y diez de la noche.

—Nuestro asesino, anunciando su obra de arte.

—Hay otra llamada, justo anterior a esa. A un número de Cambridge. —Levantó la mirada. —Fue a las doce y cinco.

—¿El asesino hizo dos llamadas desde este teléfono?

—Si es que fue él.

Jane contempló el aparato.

—Pensemos en esto. Él está aquí en la cocina. Acaba de matarla y desmembrarla. Le ha amputado la mano, el brazo. Coloca la cabeza aquí, en el suelo. ¿Por qué llamaría a alguien? ¿Quiere jactarse de lo que ha hecho? ¿Y a quién llamaría?

—Averígualo —propuso Maura.

Jane volvió a utilizar su móvil, esta vez para llamar al número de Cambridge.

—Está sonando. Bien, se conecta con un contestador automático. —Hizo una pausa y de pronto miró a Maura. —No vas a creer a quién pertenece este número.

—¿A quién?

Jane cortó, volvió a llamar y le entregó el móvil a Maura.

Maura escuchó que sonaba cuatro veces. Luego se conectó el

contestador automático y se oyó una grabación. La voz le resultó instantánea y escalofriantemente familiar:

—Te has comunicado con la doctora Joyce P. O'Donnell. Me interesa saber de ti así que por favor deja un mensaje y te devolveré la llamada.

Maura cortó y se quedó mirando a Jane, que estaba igualmente desconcertada.

—¿Por qué llamaría el asesino a Joyce O'Donnell?

—Mentira —dijo Frost—. ¿Es el número de ella?

—¿Quién es? —preguntó uno de los técnicos forenses.

Jane lo miró.

—Joyce O'Donnell —dijo Jane—, es un vampiro.

Cuatro

Ese no era el sitio donde Jane quería estar en la mañana de Navidad.

Frost y ella se hallaban sentados en el Subaru de Jane, aparcado sobre la calle Brattle, contemplando la gran residencia blanca de estilo colonial. La última vez que Jane había estado en esa casa, había sido verano y el jardín delantero estaba impecablemente cuidado. Al verlo ahora, en una estación diferente, volvió a sentirse impresionada por el buen gusto de cada detalle, desde los marcos pintados de gris a la elegante corona navideña en la puerta principal. El portón de hierro forjado estaba decorado con ramas de pino y cinta roja y por la ventana delantera se veía el árbol, resplandeciente de ornamentos. Eso sí que era una sorpresa. Hasta las sanguijuelas celebraban la Navidad.

—Si no deseas hacer esto —dijo Frost—, puedo ir yo a hablar con ella.

—¿Crees que no puedo encargarme de la situación?

—Creo que debe de ser difícil para ti.

—Lo que me resultará difícil será no estrangularla.

—¿Ves? A eso me refiero. Tu actitud resultará un obstáculo. Vosotras dos tenéis una historia y eso tiñe todo el asunto. No puedes ser objetiva.

—Nadie podría ser objetivo sabiendo quién es ella. Y qué hace.

—A ver, Rizzoli, hace lo que le pagan para hacer.

—Sí, igual que las putas. —Excepto que las putas no lastiman a nadie, pensó Jane, con los ojos fijos en la casa de Joyce O'Donnell.

Una casa pagada con la sangre de víctimas de asesinatos. Las putas no entran como si nada a los tribunales en elegantes trajes de St. John y suben al estrado como testigos para declarar en defensa de carniceros.

—Lo único que digo es que trates de mantener la calma ¿vale? —dijo Frost—. No tiene que caernos bien. Pero no podemos permitir que se enfade.

—¿Crees que ese es mi plan?

—Pues mírate un poco. Ya se te ven las garras.

—Es solo defensa propia. —Jane abrió la puerta del coche. —Porque sé que la perra esta intentará clavarme sus garras a mí. —Descendió y se hundió hasta los tobillos en la nieve, pero apenas sintió el frío que le entraba por las medias; los escalofríos internos no eran físicos. Se mantuvo concentrada en la casa, en el encuentro que le esperaba, con una mujer que conocía demasiado bien sus miedos secretos. Y que también sabía cómo útilizarlos.

Frost abrió el portón y tomaron por el sendero limpio de nieve. Las losas estaban congeladas y Jane se esforzó tanto para no resbalar que para cuando llegó a los escalones del porche ya se sentía insegura y fuera de equilibrio. No era el mejor estado en el que enfrentarse a Joyce O'Donlell. Tampoco ayudaba que al abrir la puerta, O'Donnell estuviera impecable y elegante como siempre, con el pelo rubio cortado en refinada melena, una camisa rosada y pantalones hechos a medida para su cuerpo atlético. Jane, en su gastado traje de pantalón y chaqueta, con los bajos húmedos por la nieve derretida, se sintió como el mendigo que pide limosna en la puerta de la mansión. Es precisamente como ella quiere que me sienta.

O'Donnell los saludó con un frío movimiento de cabeza.

—Detectives. —No se hizo a un lado de inmediato, hizo una pausa cuya intención era demostrar que allí, en su territorio, la que estaba al mando era ella.

—¿Podemos pasar? —preguntó Jane por fin. Sabiendo, por

supuesto, que les permitiría entrar. Que el juego ya había comenzado.

O'Donnell hizo un ademán para que entraran.

—No es así como me agrada pasar el día de Navidad —dijo.

—Tampoco a nosotros —replicó Jane—. Y estoy segura que tampoco era lo que deseaba la víctima.

—Como le informé, la grabación ya ha sido borrada —dijo O'Donnell, mientras caminaba delante de ellos hacia la sala. —Podéis escucharla, pero no hay nada allí.

La casa no había cambiado mucho desde la última vez que Jane había estado allí. Vio las mismas pinturas abstractas en la pared, las mismas alfombras orientales de colores vibrantes. El único agregado nuevo era el árbol de Navidad. Los árboles de la infancia de Jane habían estado siempre decorados al azar, con la mezcla de adornos que habían sobrevivido a Navidades anteriores en lo de Rizzoli. Y espumillón. Mucho, mucho espumillón. Árboles de Las Vegas, solía llamarlos Jane.

Pero en ese árbol no había ni un centímetro de espumillón. Nada de Las Vegas en esa casa. De las ramas colgaban prismas de cristal y gotas de plata que reflejaban el sol invernal en las paredes, como esquirlas danzantes de luz. Hasta su maldito árbol de Navidad me hace sentirme inadecuada.

O'Donnell cruzó hasta el contestador automático.

—Esto es todo lo que tengo ahora —dijo, y pulsó INICIO. La voz digital anunció: "No tiene mensajes nuevos". Miró a los detectives. —Me temo que la grabación que me solicitasteis ya no está. En cuanto llegué a casa anoche, escuché todos los mensajes y los fui borrando a medida que pasaban. Para cuando llegué al vuestro, pidiendo que conservara la grabación, era demasiado tarde.

—¿Cuántos mensajes había? —preguntó Jane.

—Cuatro. El vuestro era el último.

—La llamada que nos interesa fue alrededor de las doce y diez de la noche.

—Sí, y el número sigue allí, en el registro electrónico. —O'Donnell pulsó un botón y volvió a la llamada de las 00:10. —Pero la persona que llamó a esa hora no dijo nada. —Miró a Jane. —No había ningún mensaje.

—¿Qué se escuchaba?

—Ya se lo he dicho. Nada.

—¿Ruidos externos? ¿El televisor, tránsito?

—Ni siquiera respiración agitada. Solo unos segundos de silencio y luego el ruido de cuando cortó. Por eso la borré de inmediato. No había nada que escuchar.

—¿El número de la persona que llamó le resulta conocido? —preguntó Frost.

—¿Debería?

—Es lo que le estamos preguntando —replicó Jane, con inconfundible aspereza.

La mirada de O'Donnell se cruzó con la de Jane y ella vio, en esos ojos, un destello de desdén. Como si ni siquiera fuera digna de su atención.

—No, no reconocí el número —dijo O'Donnell.

—¿Conoce el nombre de Lori-Ann Tucker?

—No. ¿Quién es?

—Fue asesinada ayer, en su casa. Esa llamada fue hecha desde su teléfono.

O'Donnell hizo una pausa y dijo, con lógica:

—Podría tratarse de un número erróneo.

—No lo creo, doctora O'Donnell. Creo que la llamada era para usted.

—¿Para qué llamarme y no decir nada? Es más probable que haya escuchado la grabación del contestador y se haya dado cuenta de que se había equivocado y haya cortado.

—No creo que el llamado haya sido de la víctima.

De nuevo, O'Donnell guardó silencio, esta vez durante más tiempo.

—Comprendo —dijo—. Fue hasta un sillón y se sentó, pero no porque estuviera impactada. Se veía perfectamente imperturbable sentada allí en el sillón, una emperadora atendiendo a su corte. —Usted piensa que me llamó el asesino.

—La posibilidad no parece preocuparla en absoluto.

—Todavía no sé lo suficiente como para preocuparme. No sé nada sobre este caso. Así que, ¿por qué no me cuenta más? —Hizo un ademán hacia el sofá, una invitación para que las visitas se sentaran. Era el primer indicio de hospitalidad que les ofrecía.

Porque ahora somos nosotros los que tenemos algo interesante para ofrecerle a ella, pensó Jane. Ha olido la sangre. Es exactamente lo que esta mujer anhela.

El sofá era color blanco prístino y Frost se detuvo antes de sentarse, como temiendo ensuciar la tela. Pero Jane no le dirigió una segunda mirada. Se sentó con sus pantalones húmedos por la nieve, concentrada solo en O'Donnell.

—La víctima era una mujer de veintiocho años —dijo Jane—. La mataron anoche, cerca de la medianoche.

—¿Hay sospechosos?

—No hemos hecho ningún arresto.

—O sea que no tiene idea de quién es el asesino.

—Solo digo que no hemos hecho ningún arresto. Estamos siguiendo

pistas.

—Y yo soy una de ellas.

—Alguien la llamó del teléfono de la víctima. Podría muy bien haber sido el asesino.

—¿Y por qué querría él (suponiendo que se trata de un hombre) hablar conmigo?

Jane se inclinó hacia adelante.

—Ambas lo sabemos, doctora. Usted se dedica a eso. Es probable que tenga un bonito club de admiradores allí afuera, todos los asesinos que la consideran su amiga. Es famosa, sabe, en el círculo de asesinos. Es la psiquiatra que habla con los monstruos.

—Trato de entenderlos, nada más. Los estudio.

—Los defiende.

—Soy neuropsiquiatra. Estoy mucho más calificada para declarar en el tribunal que la mayoría de los testigos expertos. No todos los asesinos merecen estar en la cárcel. Algunos de ellos son personas seriamente dañadas.

—Sí, conozco su teoría. Un niño se golpea la cabeza, se le joden los lóbulos frontales y está absuelto de toda responsabilidad por cualquier cosa que haga de ahí en adelante. Puede matar a una mujer, cortarla en trozos y usted saldrá a defenderlo en el tribunal.

—¿Eso es lo que le sucedió a esta víctima? —La expresión de O'Donnell se había vuelto inquietantemente alerta, sus ojos tenían un destello salvaje. —¿La desmembraron?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría saberlo, nada más.

—¿Por curiosidad profesional?

O'Donnell se arrellanó en el sillón.

—Detective Rizzoli, he entrevistado a muchos asesinos. Con el correr de los años, he compilado una cantidad de estadísticas sobre motivos, métodos, patrones. Entonces la respuesta es sí, se trata de curiosidad profesional. —Hizo una pausa. —El desmembramiento no es tan inusual. Sobre todo si es para facilitar la tarea de deshacerse de la víctima.

—Ese no fue el motivo en este caso.

—¿Lo sabe con certeza?

—Está muy claro.

—¿El asesino exhibió deliberadamente las partes del cuerpo? ¿Armó una escenografía?

—¿Por qué? ¿Acaso tiene amiguitos pervertidos a los que les gusta esa clase de cosas? ¿Quiere darnos algunos nombres? Le escriben cartas ¿no es así? Su nombre es conocido. La doctora a la que le encanta enterarse de todos los detalles.

—Si me escriben, por lo general es de manera anónima. No me dicen sus nombres.

—Pero recibe cartas —interpuso Frost.

—Se comunican conmigo, sí.

—Los asesinos.

—O los fabuladores. Me resulta imposible determinar si dicen la verdad o no.

—¿Piensa que algunos solo comparten sus fantasías?

—Y es probable que nunca vayan más allá de las fantasías. Solo necesitan una forma de expresar deseos inaceptables. Todos los tenemos. El hombre más afable en ocasiones fantasea sobre cosas que le gustaría hacerles a las mujeres. Cosas tan retorcidas que no se atreve a decírselas a nadie. Apuesto a que hasta usted tiene algunos pensamientos inapropiados, detective Frost. —Le dirigió una mirada cuyo propósito era ponerlo incómodo. Frost ni siquiera

se sonrojó.

—¿Alguien le ha escrito sobre fantasías de desmembramiento? —preguntó.

—Últimamente, no.

—¿Pero alguien le ha escrito?

—Como he dicho, el desmembramiento no es algo inusual.

—¿Cómo fantasía o como acción real?

—Ambas cosas.

Jane intervino:

—¿Quién le ha estado escribiendo sobre sus fantasías, doctora O'Donnell?

La mujer la miró a los ojos.

—Esa correspondencia es confidencial. Es el motivo por el que se sienten seguros contándome sus secretos, sus deseos, sus fantasías.

—¿Esa gente la llama?

—Rara vez.

—¿Y habla con ellos?

—No los evito.

—¿Guarda una lista de los que llaman?

—No diría una lista. No recuerdo la última vez que sucedió.

—Fue anoche.

—Pues yo no estaba aquí para responder.

—No estaba aquí tampoco a las dos de la mañana —observó Frost —. Llamamos a esa hora y se conectó el contestador.

—¿Dónde estaba anoche? —preguntó Jane.

O'Donnell levantó los hombros.

—Salí.

—¿A las dos de la mañana en Nochebuena?

—Estaba con amigos.

—¿A qué hora llegó a su casa?

—A eso de las dos y media.

—Han de ser muy buenos amigos. ¿Le molestaría decirnos sus nombres?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que invadan mi privacidad. ¿De verdad que tengo que responder a esa pregunta?

—Esta es una investigación de homicidio. Anoche masacraron a una mujer. Fue una de las escenas del crimen más brutales a las que he tenido que acudir.

—Y quiere saber cuál es mi coartada.

—Me pregunto por qué no nos la quiere revelar.

—¿Soy sospechosa? ¿O solamente está tratando de demostrarme quién manda?

—No es sospechosa. De momento.

—Entonces ni siquiera tengo obligación de hablar con vosotros. —Abruptamente, O'Donnell se puso de pie y comenzó a caminar hacia la puerta. —Los acompañaré afuera.

Frost también se dispuso a levantarse, pero luego vio que Jane no se movía y volvió a sentarse.

Jane dijo:

—Si le importara un rábano la víctima, si hubiera visto lo que le hizo a Lori-Ann Tucker...

O'Donnell se volvió y la miró.

—¿Pues por qué no me lo cuenta? ¿Qué fue exactamente lo que le hicieron?

—Quiere los detalles ¿verdad?

—Es mi campo de estudio. Necesito saber los detalles. —Avanzó hacia Jane. —Me ayuda a entender.

O te excita. Por eso de repente pareces interesada. Hasta anhelante.

—Dijo usted que la desmembraron —observó O'Donnell—. ¿Le cortaron la cabeza?

—Rizzoli —dijo Frost, con tono de advertencia.

Pero no era necesario que Jane revelara nada; O'Donnell ya había extraído sus propias conclusiones. —La cabeza es un símbolo muy poderoso. Es tan personal. Tan individual. —O'Donnell se acercó, moviéndose como un depredador. —¿Se la llevó consigo, como trofeo? ¿Cómo recuerdo de su caza?

—Díganos dónde estaba anoche.

—¿O dejó la cabeza en la escena? ¿En algún sitio donde provocaría el máximo impacto? Donde nadie podría pasarla por alto. ¿Sobre la encimera de la cocina, quizá? ¿O en un sitio prominente en el suelo?

—¿Con quién estuvo?

—Es un mensaje muy fuerte, exhibir una cabeza, una cara. Es la forma que tiene el asesino para decirle que tiene el control absoluto. Le está mostrando lo insignificante que es usted, detective. Y lo poderoso que es él.

—¿Con quién estuvo? —En el instante en que las palabras brotaron de su boca, Jane se dio cuenta de que había cometido un error. Había permitido que O'Donnell la sacara de quicio y había perdido los estribos. La señal suprema de debilidad.

—Mis amistades son privadas —respondió O'Donnell y añadió, con una sonrisita. —Excepto la que usted ya conoce. Nuestro mutuo conocido. Siempre pregunta por usted, ¿sabe? Quiere saber qué es de su vida. —No era necesario que dijera su nombre. Ambas sabían que hablaba de Warren Hoyt.

No reacciones, se dijo Jane. No le permitas ver cuán profundamente te ha clavado las garras. Pero sintió que se le tensaba la cara y vio que Frost la miraba con preocupación. Las cicatrices que Hoyt le había dejado en las manos eran solamente las heridas más obvias; había otras mucho más profundas. Aun ahora, dos años más tarde, la sola mención de su nombre la hacía estremecerse.

—Es su gran admirador, detective —dijo O'Donnell—. Si bien nunca volverá a caminar gracias a usted, no le guarda ningún rencor.

—No me interesa en absoluto lo que piensa.

—Fui a verlo la semana pasada. Me mostró su colección de recortes de periódicos. Su "Carpeta de Janie" como la llama. Cuando usted estuvo atrapada en aquel asedio al hospital, durante el verano, él mantuvo el televisor encendido toda la noche. Miró cada segundo de los informativos. —O'Donnell hizo una pausa. —Me contó que usted tuvo una niñita.

La espalda de Jane se puso rígida. No permitas que te haga esto. No dejes que te siga clavando las garras.

—Entiendo que su hija se llama Regina ¿verdad?

Jane se puso de pie y si bien era más baja que O'Donnell, algo en sus ojos hizo que la otra mujer diera un paso atrás.

—Volveremos en otra oportunidad —dijo Jane.

—Puede llamarme todas las veces que desee —dijo O'Donnell—. No tengo nada más para decirle.

—Miente —dijo Jane.

Abrió con fuerza la puerta del coche y subió detrás del volante. Permaneció allí sentada, contemplando una escena que era de una belleza de tarjeta de Navidad: el sol resplandecía sobre los pedazos de hielo, las casas cubiertas de nieve estaban decoradas con bonitas coronas y muérdago. No había Santa Claus ni renos estridentes en esa calle, ni decoraciones exóticas en los techos como las de Revere, donde ella se había criado. Pensó en la casa de Johnny Silva, a pocas casas de la de sus padres y en la larga fila de curiosos que venían desde kilómetros de distancia para contemplar el asombroso espectáculo de luces que los Silva montaban cada año, en diciembre, en el jardín delantero de su casa. Allí se podía ver a Santa Claus y a los reyes magos, el pesebre con María y Jesús y una cantidad de animales que habría hundido el arca de Noé. Todo encendido como una feria. Se podría haberle dado energía a un pequeño país africano con la electricidad que consumían los Silva todas las Navidades.

Pero allí sobre la calle Brattle, no había espectáculos chillones, solo discreta elegancia. Allí no vivía ningún Johnny Silva. Jane prefería tener al idiota de Johnny como vecino que a la mujer que vivía en esa casa.

—Sabe más de este caso de lo que nos ha dicho.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? —dijo Frost.

—Por instinto.

—Pensé que no creías en el instinto. Es lo que siempre me dices. Que es solo una corazonada con suerte.

—Pero conozco a esta mujer. Sé lo que le hace tilín. —Miró a Frost, cuya palidez invernal parecía aún más pronunciada bajo la luz débil del sol. —Anoche recibió más que una llamada muda del asesino.

—Estás adivinando.

—¿Por qué la borró?

—¿Por qué no la borraría, si el que llamó no dejó ningún mensaje?

—Eso dice ella.

—Ay, por Dios. Te provocó. —Frost meneó la cabeza. —Sabía que lo haría.

—No es así. .

—¿Ah, no? Cuando comenzó a hablar de Regina, ¿eso no te encendió la mecha? Es psiquiatra, sabe perfectamente cómo manipularte. No deberías siquiera tratar con ella.

—¿Y quién va a hacerlo? ¿Tú? ¿Esa floja de Kassovitz?

—Alguien que no tenga una historia con ella. Alguien a quien no pueda alterar. —Le dirigió una mirada ten penetrante que hizo que Jane sintiera deseos de apartar la cara. Hacía dos años que eran compañeros y aunque no eran amigos cercanos, se entendían de una manera en la que ni los amigos ni los amantes lo hacían, porque habían compartido los mismos horrores, habían librado las mismas batallas. Frost, más que nadie, más aún que su esposo Gabriel, conocía su historia con Joyce O'Donnell.

Y con el asesino conocido como El Cirujano.

—Todavía te da miedo ¿no? —preguntó él en voz baja.

—Me hace enfurecer, nada más.

—Porque sabe lo que te hace sentir miedo. Y nunca deja de hacerte pensar en él, nunca deja de mencionar su nombre.

—Como si fuera a tenerle miedo a un tío que ni siquiera puede mover los dedos de los pies. Que ni siquiera puede mear a menos que una enfermera le meta un tubo por la polla. Sí, claro, le tengo mucho miedo a Warren Hoyt.

—¿Sigues con las pesadillas?

La pregunta de Frost la dejó helada. No podía mentirle; se daría cuenta. Así que no respondió, sino que miró hacia adelante, hacia la

calle perfecta con las casas perfectas.

—Yo también las tendría —dijo Frost—, si me hubiera sucedido a mí.

Pero no te sucedió a ti, pensó Jane. Yo fui la que sintió la hoja del bisturí de Hoyt contra la garganta, la que tiene las cicatrices de sus cortes. Es en mí en quien todavía piensa, es conmigo con quien sigue fantaseando. Aunque él nunca más podría hacerle daño, el mero hecho de saber que ella era su objeto de deseo le daba escalofríos.

—¿Por qué estamos hablando de él? —dijo—. Esto se trata de O'Donnell.

—No se puede separarlos.

—No soy yo la que trae su nombre a colación. Concentrémonos en lo que nos compete ¿vale? En Joyce P. O'Donnell y por qué el asesino decidió llamarla.

—No tenemos la certeza de que haya sido el asesino quien la llamó.

—Hablar con O'Donnell es la idea que tienen todos los degenerados de lo que es el sexo por teléfono. Le pueden contar sus fantasías más enfermizas y ella las absorberá y les pedirá más mientras toma notas. Por eso él ha de haber querido llamarla. Para jactarse de su logro. Quería una oreja dispuesta y ella es la persona obvia a quien llamar. La doctora Crimen. —Con un movimiento furioso, giró la llave y encendió el motor. El aire helado brotó de las rejillas de la calefacción. —Por eso la llamó. Para ufanarse. Para disfrutar de la atención de ella.

—¿Y por qué nos mentiría O'Donnell al respecto?

—¿Por qué no quiso decirnos dónde estaba anoche? Te hace preguntarte con quién estuvo. Si la llamada no habrá sido una invitación.

Frost frunció el entrecejo.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Antes de la medianoche, nuestro asesino corta en trozos a Lori-Ann Tucker. Luego llama a O'Donnell. Ella alega que no estaba en casa, que se conectó el contestador automático. Pero, ¿y si en verdad estaba en su casa en ese momento? ¿Y si hablaron por teléfono?

—Llamamos a su casa a las dos de la mañana. No atendió.

—Porque ya no estaba en su casa. Dijo que había salido con amigos. —Jane lo miró. —¿Y si se trataba de un solo amigo? Un amigo nuevito, nuevito.

—Ay, vamos. ¿En serio crees que protegería a este asesino?

—Es capaz de cualquier cosa. —Jane soltó el freno y se alejó de la acera. —De cualquier cosa.

Cinco

—Esta no es forma de pasar el día de Navidad —dijo Angela Rizzoli: levantó la mirada de la cocina y la fijó sobre su hija. Cuatro ollas ocupaban las hornallas, las tapas tintineaban y el vapor caracoleaba alrededor del pelo húmedo de sudor de Angela. Levantó la tapa de una olla y dejó caer los ñoquis caseros dentro del agua hirviente. El sonido de la caída de los ñoquis anunciaba que la cena era inminente. Jane contempló la cantidad de fuentes de comida que ocupaban la cocina. La peor pesadilla de Angela era que alguien, algún día, se fuera con hambre de su casa.

Ese día no sucedería.

Sobre la encimera se veía una pata de cordero asada, fragante de orégano y ajo y una sartén de patatas al romero. Jane vio un pan ciabatta y una ensalada de tomates y mozzarella. La única contribución de Jane y Gabriel al festín era una ensalada de judías verdes. Sobre la cocina, las ollas liberaban otros aromas y en el agua hirviente bailaban y giraban los tiernos ñoquis.

—¿Qué puedo hacer aquí, mamá? —preguntó Jane.

—Nada. Has trabajado hoy. Siéntate allí.

—¿Quieres que ralle el queso?

—No, no. Has de estar cansada. Gabriel dice que estuviste fuera toda la noche. —Angela revolvió la olla con una cuchara de madera. —No entiendo por qué has tenido que trabajar también hoy. No es lógico.

—Es lo que tengo que hacer.

—Pero es Navidad.

—Díselo a los criminales. —Jane sacó el rallador del cajón y comenzó a rallar un trozo de queso parmesano. No podía quedarse sentada en esa cocina. —¿Por qué Mike y Frankie no te ayudan? Debes de haber pasado la mañana cocinando.

—Ah, ya conoces a tus hermanos.

—Sí. —Jane resopló. Por desgracia.

En la sala, el televisor transmitía fútbol americano a todo volumen, como siempre. Los gritos de los hombres se sumaban al rugido del público en el estadio, alentando a un tío con glúteos tensos y una pelota de cuero de cerdo.

Angela inspeccionó la ensalada de judías verdes.

—¡Pues qué buen aspecto tiene! ¿Qué contiene el aderezo?

—No lo sé. La ha preparado Gabriel.

—Qué afortunada eres, Janie. Tienes un hombre que cocina.

—Si dejas que papá pase hambre durante algunos días, aprenderá él también a cocinar.

—No, no lo haría. Se consumiría allí sentado a la mesa, esperando que la cena aparezca flotando como por arte de magia. —Angela levantó la olla del fuego, y la dio vuelta para que los ñoquis cayeran dentro de un colador. Cuando el vapor se disipó, Jane vio la cara sudada de Angela, enmarcada por mechones de pelo. Afuera, el viento azotaba las calles heladas, pero aquí, en la cocina de su madre, el calor les arrebolaba las caras y empañaba las ventanas.

—Aquí está mami —anunció Gabriel, entrando en la cocina con Regina despierta en sus brazos—. Mira quién se ha despertado de su siesta.

—Pues no ha dormido demasiado —dijo Jane.

—¿Con ese partido de fútbol? —Gabriel rió. —Nuestra hija es decididamente fanática de los Patriots. Deberías haberla escuchado chillar cuando los Dolphins anotaron un tanto.

—Pásamela. Jane abrió los brazos y abrazó a Regina, que se retorció contra su pecho. Solo tiene cuatro meses, pensó, y mi bebé ya quiere alejarse de mí. La pequeña y furibunda Regina había llegado al mundo agitando los puñitos y enrojecida de tanto gritar. ¿Tan impaciente estás por crecer?, se preguntó Jane mientras acunaba a su hija. ¿No quieres seguir siendo un bebé durante un tiempo y dejar que te acune y disfrute de tu presencia antes de que el paso de los años te haga abandonar nuestra casa?

Regina cogió el pelo de Jane y le dio un doloroso tirón. Jane frunció la cara y abrió los deditos tenaces, con los ojos fijos en la mano de su hija. Y súbitamente, pensó en otra mano, fría y sin vida. En la hija de otra mujer, ahora en pedazos en la morgue. Aquí estamos, en Navidad. Justamente hoy, no debería tener que pensar en mujeres muertas. Pero mientras besaba el pelo sedoso de Regina, mientras inhalaba el aroma a jabón y champú para bebés, no pudo bloquear de su mente el recuerdo de otra cocina y de lo que la había mirado desde el suelo de baldosas.

—Eh, Ma, ya es el entretiempo. ¿Cuándo vamos a comer?

Jane levantó la mirada cuando su hermano mayor, Frankie, entró pesadamente en la cocina. La última vez que lo había visto había sido un año atrás, cuando había volado desde California para pasar la Navidad. Desde entonces, su espalda se había agrandado todavía más. Cada año Frankie parecía ponerse más fornido y ahora tenía los brazos tan musculosos que no colgaban rectos sino que se movían en arcos como los de un simio. Tantas horas en el gimnasio levantando pesas, pensó Jane. ¿Y qué ha logrado? Ser más corpulento, pero no más inteligente. Dirigió una mirada complacida a Gabriel, que estaba abriendo una botella de vino Chianti. Más alto y delgado que Frankie, parecía un caballo de carrera, no uno de tiro. Cuando tienes cerebro, pensó Jane, ¿para qué quieres músculos gigantes?

—La cena estará dentro de diez minutos —dijo Angela.

—Entonces se prolongará hasta el tercer cuarto —respondió Frankie.

—¿Por qué no apagáis el televisor? —propuso Jane—. Es la cena de

Navidad.

—Sí, y todos habríamos cenado más temprano si hubieras llegado en horario.

—Frankie —lo regañó Angela—. Tu hermana ha trabajado toda la noche. Y mira, está aquí ayudando. ¡Así que no empieces a molestarla!

Se hizo un repentino silencio en la cocina; los hermanos miraron a Angela, sorprendidos. ¿Mamá se ha puesto de mi lado, por una vez en la vida?

—Vaya. Qué buena Navidad —dijo Frankie y salió de la cocina.

Angela pasó los ñoquis del colador a una fuente y los bañó con salsa de ternera.

—No valoran lo que hacen las mujeres —masculló.

Jane rió.

—¿Te has dado cuenta ahora?

—¿No merecemos respeto, acaso? —Angela cogió un cuchillo de cocina y atacó un ramillete de perejil que picó con golpes de ametralladora. —Me culpo a mí misma. Debería haberlo criado mejor. Pero en realidad, la culpa es de tu padre. Él da el ejemplo. No muestra ningún aprecio por lo que hago.

Jane miró a Gabriel, que eligió ese preciso momento para huir de la cocina.

—Hum... ¿mamá? ¿Papá te ha hecho enfadar por algo?

Angela miró a Jane por encima del hombro, con el cuchillo en el aire por encima del perejil.

—Mejor que no lo sepas.

—Quiero saberlo.

—No voy a hablar de eso, Janie. No, no. Creo que todo padre merece el respeto de su hija, más allá de cualquier cosa que haga.

—O sea que algo hizo.

—Ya te lo he dicho, no voy a hablar de eso. —Angela recogió el perejil picado y lo arrojó sobre la fuente de ñoquis. Luego fue hasta la puerta y gritó por encima del estruendo del televisor. —¡La cena está lista! ¡A sentarse!

A pesar de la orden de Angela, pasaron algunos minutos hasta que Frank Rizzoli y sus dos hijos pudieron separarse del televisor. El espectáculo del descanso había comenzado y muchachas de piernas largas y trajes de lentejuelas caminaban por el escenario. Los tres varones Rizzoli miraban el televisor, hipnotizados. Solo Gabriel se puso de pie para ayudar a Jane y a Angela a llevar las fuentes al comedor. Si bien él no dijo una palabra, Jane interpretó la mirada que le dirigió.

¿En qué momento la cena navideña se convirtió en una zona de guerra?

Angela apoyó ruidosamente la fuente de patatas asadas sobre la mesa, fue hasta la sala y cogió el control remoto. Con un clic, apagó el televisor.

Frankie se quejó:

—Ay, mamá. Jessica Simpson cantará en diez... —Vio la expresión de Angela y cerró la boca de inmediato.

Mike fue el primero en levantarse del sofá. Sin una palabra, se dirigió a toda prisa al comedor, seguido más lentamente por su hermano Frankie y su padre, Frank.

La mesa estaba tendida con magnificencia. Velas en candelabros de cristal, la vajilla azul y dorada de Angela, servilletas de lino y las copas de vino nuevas que acababa de comprar en la tienda Dansk. Cuando Angela se sentó y supervisó el festín, no lo hizo con orgullo sino con una expresión de amargo desencanto.

—Todo esto se ve estupendo, señora Rizzoli —dijo Gabriel.

—Pero muchas gracias. Sé que tú valoras el trabajo que lleva una cena como esta, porque tú sabes cocinar.

—Bueno, no tuve mucha opción, ya que viví solo durante muchos años. —Por debajo de la mesa, apretó la mano de Jane. —Tuve suerte de cruzarme con una chica que sabe cocinar. —Cuando encuentra el tiempo para hacerlo, debería haber agregado.

—Le enseñé a Janie todo lo que sé.

—¿Ma, me pasas el cordero? —dijo Frankie.

—¿Perdón?

—El cordero.

—¿Qué sucedió con el por favor? No te lo pasaré hasta que lo digas.

El padre de Jane suspiró.

—Ay, Dios, Angie. Es Navidad. ¿Podemos darle de comer al muchacho?

—Hace treinta y seis años que le he estado dando de comer a este muchacho. No va a morirse de hambre solo porque le pida un poco de cortesía.

—Hum... ¿mamá? —aventuró Mike—. ¿Podrías por favor pasarme las patatas? —Con aire sumiso, repitió: —¿Por favor?

—Sí, Mikey. —Angela le alcanzó la fuente.

Durante unos minutos, nadie habló. Los únicos sonidos que se oían eran los de mandíbulas en acción y los de cubiertos contra la vajilla. Jane dirigió una mirada a su padre, sentado en un una cabecera y luego a su madre, sentada en la otra. Podrían haber estado cenando en habitaciones diferentes por lo distantes que estaban el uno de la otra. Jane no se tomaba a menudo el tiempo de observar a sus padres, pero esa noche sintió la necesidad de hacerlo y lo que vio le causó tristeza. ¿En qué momento habían envejecido tanto? ¿Cuándo habían comenzado a caérsele los ojos a mamá y cuándo se había quedado papá con tan poco pelo? ¿Cuándo habían comenzado a

detestarse mutuamente?

—Bien, Janie, cuéntanos qué te mantuvo tan ocupada anoche —dijo su padre, mirándola y esquivando los ojos de Angela.

—Hum... no es algo que queráis escuchar, papá.

—Yo sí lo quiero escuchar —dijo Frankie.

—Es Navidad. Creo que tal vez...

—¿A quién liquidaron?

Jane le dirigió una mirada a su hermano mayor.

—A una mujer joven. No fue agradable.

—No me perturba hablar de eso —dijo Frankie, mientras se metía un bocado de cordero rosado en la boca. Frankie, el sargento mayor, desafiándola a asquearlo.

—Pues este te perturbaría. Te aseguro que me perturba a mí.

—¿Era guapa?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pregunto, nada más.

—Qué pregunta estúpida.

—¿Por qué? Si es guapa, te ayuda a entender el motivo que tuvo el tío.

—¿Para matarla? Jesús, Frankie.

—Jane —dijo su padre—. Es Navidad.

—Pues Janie tiene razón —intervino Angela con aspereza.

Frank miró a su esposa, azorado.

—Tu hija blasfema en la mesa familiar y me regañas a mí?

—¿Crees que solo las mujeres guapas merecen que las maten?

—Ma, no dije eso —se defendió Frankie.

—No dijo eso —concordó su padre.

—Pero es lo que pensáis. Los dos. Solo las mujeres guapas merecen atención. Ámalas o mátalas, solo vale la pena si son bonitas.

—Ay, por favor.

—¿Por favor, qué, Frank? Sabes que es cierto. Mírate a ti mismo.

Jane y sus hermanos miraron a su padre con el ceño fruncido.

—¿Qué se mire por qué, ma? —quiso saber Mike.

—Angela —dijo Frank—. Es Navidad.

—Sé que es Navidad. —Angela se puso de pie y ahogó un sollozo. —Lo sé. —Abandonó la mesa y se dirigió a la cocina.

Jane miró a su padre.

—¿Qué está pasando?

Frank se encogió de hombros.

—Las mujeres de su edad. Es la menopausia.

—Esto no es solo la menopausia. Iré a ver por qué está así. —Jane se puso de pie y siguió a su madre a la cocina.

—¿Mamá?

Angela no pareció escucharla. Estaba de espaldas, batiendo crema en un bol de acero inoxidable. La batidora hacía ruido metálico y salpicaba motas blancas sobre la encimera.

—¿Mamá, te encuentras bien?

—Tengo que preparar el postre. Me olvidé por completo de batir la crema.

—¿Qué ocurre?

—Debería haber tenido esto listo antes de que nos sentáramos. Sabes lo impaciente que se pone Frankie si tiene que esperar mucho entre un plato y otro. Si dejamos que pasen más de cinco minutos, antes de que nos demos cuenta habrá encendido el televisor otra vez. —Angela cogió el azúcar y echó una cucharada dentro del recipiente, mientras la batidora espesaba la crema. —Por lo menos Mikey intenta ser amable. Aun cuando lo único que ve son malos ejemplos. Para cualquier lado que mire, solo hay malos ejemplos.

—Mira, sé que algo pasa.

Angela apagó la batidora y con los hombros caídos, contempló la crema, batida casi hasta el punto de convertirse en manteca. —No es tu problema, Janie.

—Si es tu problema, es mío también.

Su madre se volvió y la miró.

—El matrimonio es más difícil de lo que uno cree.

—¿Qué ha hecho papá?

Angela se desató el delantal y lo arrojó sobre la encimera.

—¿Puedes servir la torta por mí? Me duele la cabeza. Iré arriba a recostarme.

—Mamá, hablemos de esto.

—No voy a decir nada más. No soy esa clase de madre. Jamás obligaría a mis hijos a elegir bandos. —Angela salió de la cocina y subió pesadamente la escalera hacia su dormitorio.

Desconcertada, Jane regresó al comedor. Frankie estaba demasiado ocupado comiendo su segundo plato como para siquiera levantar la mirada. Pero Mike tenía expresión nerviosa. Frankie podía ser insensible como el que más, pero Mike claramente entendía que algo serio estaba sucediendo esa noche. Jane miró a su padre, que estaba vaciando la botella de Chianti en su copa.

—¿Papá? ¿Quieres contarme qué es todo esto?

Su padre bebió un sorbo de vino.

—No.

—Está realmente alterada.

—Y es un asunto entre ella y yo ¿de acuerdo? —Se puso de pie y palmeó el hombro de Frankie. —Ven, creo que todavía podremos ver algo del tercer cuarto.

—Esta ha sido la Navidad más desastrosa que hemos tenido —comentó Jane mientras regresaban a su casa en el coche. Regina se había quedado dormida en su sillita y por primera vez en toda la noche, Jane y Gabriel podían conversar sin distracciones. —Por lo general, esto no sucede. O sea, siempre discutimos por algo, pero mi mamá casi siempre logra que finalmente todos nos pongamos de acuerdo. —Miró a su esposo, cuya expresión era imposible de leer en la oscuridad del coche. —Te pido disculpas.

—¿Por qué?

—No tenías idea de que te estabas casando con una familia de manicomio. Seguramente te estarás preguntando en qué te has metido.

—Ajá. Diría que es hora de cambiar de esposa.

—Pues un poquito lo estás pensando ¿verdad?

—Jane, no seas ridícula.

—Coño, hay veces en que a mí me gustaría escapar de mi familia.

—Lo que decididamente no quiero hacer es escapar de ti. —Gabriel volvió a concentrarse en el camino, donde la nieve que el viento levantaba pasaba volando delante de las luces del coche. Durante unos segundos, anduvieron en silencio. Luego él dijo:

—Nunca escuché discutir a mis padres ¿sabes? Ni una sola vez, en toda mi infancia y adolescencia.

—Venga, refriégamelo en la cara. Sé que mi familia es gritona.

—Vienes de una familia que manifiesta sus sentimientos, nada más. Golpean puertas, gritan y se ríen como hienas.

—Uy, esto se pone cada vez mejor.

—Ojalá me hubiera criado en una familia así.

—Sí, claro. —Jane rió.

—Mis padres no gritaban, Jane, ni golpeaban puertas. Tampoco se reían demasiado. No, la familia del coronel Dean era demasiado disciplinada para dignarse a manifestar algo tan corriente como emociones. No recuerdo que él nunca nos haya dicho "Te amo" a mí o a mi madre. Tuve que aprender a decirlo. Y sigo aprendiendo. —La miró. —Tú me lo has enseñado.

Jane le acarició el muslo. Su hombre impávido e impenetrable. Todavía tenía varias cosas más que enseñarle.

—Así que no vuelvas a disculparte por ellos. Ellos te han hecho a ti.

—A veces me cuestiono eso. Miro a Frankie y pienso, por favor Dios, quiero ser el bebé que encontraron en la puerta de la casa.

Gabriel rió.

—Esta noche estuvo tensa la situación. ¿Qué demonios pasaba?

—No lo sé. —Jane se arrellanó en el asiento. —Pero tarde o temprano, nos enteraremos.

Seis

Jane se colocó cubrezapatos descartables, una bata quirúrgica y se ató los lazos detrás de la cintura. Mientras observaba el laboratorio de autopsias a través del cristal divisorio, pensó: Realmente no quiero entrar ahí. Pero Frost ya estaba en la sala, con mascarilla y bata y lo poco que quedaba visible de su cara alcanzó para que Jane pudiera reconocer su mueca de desagrado. El asistente de Maura, Yoshima, sacó las radiografías de un sobre y las montó sobre la caja de luz. La espalda de Maura obstruía el panorama que Jane tenía de la mesa, ocultando lo que ella menos deseaba ver. Hacía solamente una hora, había estado sentada a la mesa de la cocina, con Regina gorjeando sobre su regazo mientras Gabriel preparaba el desayuno. Ahora los huevos revueltos le daban vueltas en el estómago y ella deseaba arrancarse la bata y salir del edificio a la nieve purificadora.

Pero en cambio, empujó la puerta y entró en la sala de autopsias.

Maura miró por encima del hombro; su cara no mostraba ningún reparo sobre el procedimiento a seguir. Era una profesional como cualquier otra que se disponía a hacer su trabajo. Aunque ambas trabajaban con la muerte, Maura trataba con ella de manera mucho más cercana, se sentía cómoda mirándola a la cara.

—Estábamos a punto de comenzar —dijo.

—Me retrasó el tránsito. Las calles son un desastre esta mañana. —Jane se colocó la mascarilla y se dirigió al pie de la mesa. Evitó mirar los restos y se concentró en la caja de luz que mostraba las radiografías.

Yoshima accionó el interruptor y la luz se encendió detrás de las dos hileras de radiografías del cráneo. Eran distintas de todas las que Jane había visto hasta ese momento.. Donde debía estar la columna cervical, vio solo algunas vértebras y luego... nada. Solo la

sombra dentada de tejido blanco donde el cuello había sido cercenado. Imaginó a Yoshima posicionando la cabeza para tomar las radiografías. ¿Habría rodado como una pelota playera cuando la había colocado sobre la placa, mientras alineaba el colimador? Jane se apartó de la caja de luz.

Y se encontró contemplando la mesa. Los restos, desplegados en posición anatómica. El torso estaba de espaldas, con los miembros amputados en la posición aproximada en que deberían estar. Un rompecabezas de carne y hueso en el que las piezas aguardaban a que las colocaran en su sitio. Aunque no quería mirarla, allí estaba: la cabeza, que había caído sobre la oreja izquierda, como si la víctima quisiera mirar hacia un costado.

—Necesito aproximar esta herida —dijo Maura—¿Me ayudas a sostenerla en posición? —Una pausa. —¿Jane?

Jane se sobresaltó y miró a Maura.

—¿Qué?

—Yoshima tomará las fotos y yo necesito mirar con la lupa. —Maura tomó el cráneo entre ambas manos y rotó la cabeza, tratando de alinear los bordes de la herida. —Sostenla en esta posición. Ponte guantes y ubícate aquí.

Jane miró a Frost. Mejor que vayas tú y no yo, decían los ojos de él. Se movió hacia la cabecera de la mesa. Allí se detuvo para colocarse los guantes, luego extendió los brazos para coger la cabeza. Y se encontró mirando los ojos de la víctima, cuyas córneas estaban opacas como la cera. Tras un día y medio en la cámara frigorífica, la carne se había enfriado, y con la cara de la víctima entre las manos, Jane pensó en la carnicería de su supermercado local, en los pollos helados envueltos en plástico. Al final, todos somos solo carne.

Maura se inclinó sobre la herida y la estudió con la lupa.

—Parece haber un solo corte por la parte anterior. Hoja muy afilada. Las únicas marcas que veo están muy atrás, debajo de las orejas. Un mínimo de movimiento de cuchillo para pan.

—Un cuchillo para pan no es precisamente afilado —dijo Frost, como desde muy lejos. Jane levanto la mirada y vio que se había apartado de la mesa y estaba a mitad de camino hacia el fregadero, cubriéndose la mascarilla con una mano.

—Cuando hablo de movimiento de cuchillo para pan no me refiero a la hoja —explicó Maura—. Es el patrón de corte. Incisiones repetidas que van más profundo en el mismo plano. Lo que vemos aquí es un corte inicial muy profundo, que atravesó el cartílago tiroideo y llegó a la espina dorsal. Luego una rápida desarticulación, entre la segunda y la tercera vértebras cervicales. Podría haberle tomado menos de un minuto terminar de decapitarla.

Yoshima se acercó con la cámara digital y tomó fotografías de la herida. Vista frontal, lateral. El horror desde todos los ángulos.

—Bien, Jane —dijo Maura—. Echemos un vistazo al plano de incisión. —Maura sujetó la cabeza y la giró. —Sostenla ahí.

Jane tuvo un atisbo de carne cortada y la tráquea abierta y apartó la mirada, sosteniendo la cabeza a ciegas.

De nuevo, Maura se acercó con la lupa para examinar la superficie de corte.

—Veo estrías en el cartílago tiroideo. Creo que la hoja era dentada. Toma fotografías de esto.

Yoshima se inclinó para tomar más fotografías. Mis manos se verán en estas fotos, pensó Jane, y quedarán en el expediente. La cabeza de ella, mis manos.

—Usted dijo... usted dijo que la salpicadura de la pared era arterial —observó Frost.

Maura asintió.

—En el dormitorio, sí.

—Estaba viva, entonces.

—Sí.

—¿Y esta... decapitación... solo tomó unos segundos?

—Con un cuchillo filoso y manos hábiles, un asesino podría hacerlo en segundos. Solo la columna vertebral lo demoraría.

—¿Entonces ella lo supo, no? Debió sentirlo.

—Lo dudo.

—Si alguien te corta la cabeza, estarías consciente durante al menos unos segundos. Lo escuché en el programa radial de Art Bell. Hablaba con un médico que explicaba cómo es la muerte por guillotina. Que es probable que sigas consciente cuando tu cabeza cae en el balde. Que puedes sentir que estás cayendo allí dentro.

—Tal vez sea cierto, pero....

—El médico dijo que María, la reina de Escocia, seguía tratando de hablar aun después de que le cortaron la cabeza. Sus labios se seguían moviendo.

—Joder, Frost —dijo Jane—. ¿Te parece que es necesario causarme más espanto?

—¿Es posible, no? ¿Qué la víctima haya sentido que le cortaban la cabeza?

—Es altamente improbable —respondió Maura—. Y no lo estoy diciendo solo para tranquilizaros. —Giró la cabeza de costado sobre la mesa. —Sienta el cráneo, aquí.

Frost la miró con horror.

—No, no, está bien. No necesito hacerlo.

—Venga, va. Póngase un guante y pase el dedo por sobre el hueso temporal. Hay una laceración en el cuero cabelludo. No la vi hasta que limpiamos la sangre. Palpe el cráneo aquí y dígame qué siente.

Era claramente lo último que Frost deseaba hacer, pero se puso un guante y con movimientos vacilantes, colocó los dedos sobre el cráneo.

—Hay una... una hendidura en el hueso.

—Una depresión por fractura de cráneo. Se la puede ver en la radiografía. —Maura fue hasta la caja de luz y señaló la imagen del cráneo.—En la toma lateral, se ven las fracturas que se abren como abanico desde ese punto de impacto. Se abren como una telaraña por el hueso temporal. De hecho, así llamamos a este tipo de fractura. Un patrón de mosaico o de telaraña. Está en una ubicación particularmente crítica porque la arteria meníngea media pasa por aquí debajo. Si se rompe, el paciente sangra dentro de la cavidad craneal. Cuando abramos el cráneo, veremos si es lo que sucedió. —Miró a Frost. —Recibió un golpe importante en la cabeza. Creo que la víctima estaba inconsciente cuando el asesino comenzó a cortar.

—Pero seguía viva.

—Sí, estaba viva, decididamente.

—No tiene certeza de que estuviera inconsciente.

—No hay heridas defensivas en sus extremidades. No hay evidencia física de que se haya defendido. Nadie permite que alguien lo degüelle sin defenderse. Creo que quedó aturdida por ese golpe. Pienso que no sintió el corte. —Maura hizo una pausa y añadió, en voz baja. —Al menos, eso espero. —Se movió hacia el lado derecho del cadáver, cogió el brazo amputado y acercó el extremo a la lupa. —Aquí tenemos más marcas de herramientas sobre la superficie del cartílago, donde le desarticuló el codo —dijo—. Por lo visto, utilizó la misma hoja. Muy afilada, con borde dentado. —Colocó el brazo junto al codo, como ensamblando un maniquí y observó la coincidencia. Su cara no reflejaba horror, solo concentración. Podría estar estudiando aparatos mecánicos o rodamientos, y no carne amputada ni la extremidad de una mujer que en algún momento había levantado ese brazo para llevarse el pelo hacia atrás, para saludar o para bailar. ¿Cómo lo lograba? ¿Cómo hacía para entrar en ese edificio todas las mañanas, sabiendo lo que le esperaba? ¿Día tras día, coger el bisturí para disecar la tragedia de las vidas cercenadas? Yo también tengo que lidiar con esas tragedias. Pero no tengo que abrir cráneos con una sierra ni meter las manos dentro de cavidades torácicas.

Maura se dirigió al lado izquierdo del cadáver. Sin vacilar, cogió la mano amputada. Enfriada y sin irrigación, parecía de cera, no de carne, como una pieza de utilería en forma de mano. Maura la revisó con la lupa e inspeccionó la superficie cortada. Por un momento no dijo nada, pero tenía el entrecejo fruncido.

Dejó la mano y levantó el brazo izquierdo para examinar el muñón a la altura de la muñeca. Lo estudió con expresión todavía más concentrada. Volvió a levantar la mano y unió las dos heridas, tratando de hacer coincidir las superficies cortadas, mano y muñeca, piel cerúlea con piel cerúlea.

Abruptamente, dejó las partes del cuerpo y miró a Yoshima.

—¿Puedes abrochar las placas de la muñeca y la mano?

—¿Ha terminado con las radiografías de la muñeca?

—Volveré a ellas más tarde. Ahora quiero ver la mano izquierda y la muñeca.

Yoshima quitó las radiografías y colocó las nuevas. Los huesos de la mano y de los dedos brillaban contra la luz de la caja, las columnas de falanges eran como delgadas cañas de bambú. Maura se quitó los guantes y se acercó a la caja, con la mirada fija en las imágenes. No hablaba; su silencio le dijo a Jane que algo no estaba nada bien.

Maura se volvió y la miró.

—¿Revisasteis toda la casa de la víctima?

—Sí, por supuesto.

—¿Toda la casa? Todos los armarios, los cajones?

—No había demasiadas cosas. Se había mudado hacía unos meses.

—¿Y la nevera? ¿El congelador?

—Los técnicos de la escena del crimen revisaron todo. ¿Por qué?

—Ven, mira esta radiografía.

Jane se quitó los guantes sucios y fue hasta la caja de luz para estudiar las radiografías. No veía nada que justificara el repentino tono de urgencia de Maura, nada que no se correspondiera con lo que estaba sobre la mesa.

—¿Qué se supone que tengo que mirar?

—¿Ves esta imagen de la mano? Estos huesitos de aquí se llaman carpianos. Forman la base de la mano, antes de que los huesos de los dedos se abran como ramas. —Maura tomo la mano de Jane para de demostrar, giró la palma hacia arriba, dejando al descubierto la cicatriz que le recordaría a Jane para siempre lo que otro asesino le había hecho. Un registro de violencia, marcado en su carne por Warren Hoyt. Pero Maura no hizo comentario alguno sobre la cicatriz; en cambio, señaló la base carnosa de la palma de la mano de Jane, cerca de la muñeca.

—Los huesos carpianos están aquí. En la radiografía, se ven como ocho piedritas. Son pequeños trozos de hueso, unidos por ligamentos, músculos y tejido conectivo. Estos le dan flexibilidad a nuestras manos, nos permiten llevar a cabo una gran cantidad de acciones, desde esculpir a tocar el piano.

—Bien. ¿Y entonces?

—Este de aquí, en la hilera proximal... —Maura señaló en la radiografía un hueso cerca de la muñeca—...se llama el escafoides. Verás que hay espacio articular debajo y luego aquí, en esta placa, se ve claramente un trozo de otro hueso. Es parte del proceso estiloides. Cuando el asesino amputó esta mano, también arrancó un fragmento del hueso del brazo.

—Sigo sin entender por qué es significativo.

—Ahora mira la radiografía del muñón del brazo. —Maura señaló otra imagen. —Se ve el extremo distal de los dos huesos del antebrazo. El más delgado es el cúbito. Y el grueso, del lado del pulgar, es el radio. Aquí está ese proceso estiloides que mencioné antes. ¿Ves a lo que me refiero?

Jane frunció el entrecejo.

—Está intacto. En la radiografía del brazo, el hueso está entero.

—Exacto. No solo está intacto, sino que hay un trozo del otro hueso adherido a él. Una astilla del escafoides.

En esa habitación fría, Jane sintió que se le entumecía la cara.

—Madre mía —dijo en voz baja—. Esto empieza a sonarme muy mal.

—Es muy serio.

Jane se volvió y se dirigió a la mesa. Observó la mano amputada, dispuesta junto a lo que ella había creído –lo que todos habían creído- que era el brazo al que había estado unida.

—Las superficies de corte no coinciden —dijo Maura—. Tampoco coinciden las radiografías.

Frost intervino:

—¿Está diciendo que la mano no pertenece a esa mujer?

—Tendremos que hacer un análisis de ADN para confirmarlo. Pero creo que las pruebas están aquí mismo, en la caja de luz. —Se volvió y miró a Jane. —Hay otra víctima que todavía no habéis encontrado. Y tenemos su mano izquierda.

Siete

Miércoles 15 de julio. Fase de la luna: Nueva.

Estos son los rituales de la familia Saul.

A la una de la tarde, el tío Peter vuelve a casa de su medio día en la clínica. Se cambia de ropa, se viste con vaqueros y una camiseta y enfila hacia su huerta, donde una jungla de plantas de tomate y de pepinos cuelga de las espalderas hechas con cordeles.

A las dos de la tarde, el pequeño Teddy sube la cuesta desde el lago, trayendo su caña de pescar. Sin ningún pez. Hasta ahora no lo he visto traer a casa un solo pez.

A las dos y cuarto, las dos amigas de Lily suben la cuesta, munidas de bañadores y toallas de playa. La más alta –creo que se llama Sarah- también trae una radio. La música extraña y rítmica perturba la tarde otrora silenciosa. Despliegan las toallas sobre el césped y las tres chicas se tienden bajo el sol como felinos soñolientos. Su piel brilla con loción bronceadora. Lily se incorpora y coge su botella de agua. Cuando se la lleva a los labios, de pronto se inmoviliza y mira mi ventana. Ve que la estoy observando.

No es la primera vez.

Lentamente, deja la botella y les dice algo a sus amigas. Las otras dos chicas se incorporan y miran hacia donde estoy. Por unos segundos me observan, del mismo modo en que las observo a ellas. Sarah apaga la radio. Todas se ponen de pie, sacuden las toallas y entran en la casa.

Un instante más tarde, Lily golpea a mi puerta. No espera a que responda; entra en mi habitación sin que la invite.

—¿Por qué nos miras? —dice.

—Solo miraba por la ventana.

—Nos mirabas a nosotras.

—Porque estáis ahí, casualmente.

Su mirada se posa sobre mi escritorio, donde está abierto el libro que mi madre me dio cuando cumplí diez años. Conocido popularmente como el Libro Egipcio de los Muertos, es una colección de antiguos textos funerarios. Todos los hechizos y conjuros necesarios para manejarse por la vida de ultratumba. Se acerca al libro, pero teme tocarlo, como si las páginas pudieran quemarle los dedos.

—¿Te interesan los rituales de la muerte? —pregunto.

—Es pura superstición.

—¿Cómo puedes saberlo si no los has puesto a prueba?

—¿Sabes leer estos jeroglíficos?

—Mi madre me enseñó. Pero esos son solo hechizos menores. No son los verdaderamente poderosos.

—¿Y qué puede hacer un hechizo realmente poderoso? —Me mira de manera tan directa y penetrante que me pregunto si ella es más de lo que aparenta. Si la he subestimado.

—Los hechizos más poderosos —respondo—, pueden devolverle la vida a los muertos.

—¿Cómo en la película La Momia, quieres decir? —Suelta una carcajada.

Oigo risitas a mis espaldas y me vuelvo para ver a sus dos amigas en la puerta. Han estado escuchando y me miran con desdén. Claramente soy el chico más raro que han conocido. No tienen idea de lo diferente que soy en realidad.

Lily cierra el Libro de los Muertos.

—Vamos a nadar, chicas —dice, y abandona la habitación, dejando

una estela del aroma dulce de su bronceador.

Por la ventana, las miro bajar la cuesta hacia el lago. La casa está ahora en silencio.

Me dirijo al dormitorio de Lily. De su cepillo para el pelo, cojo varios cabellos largos y los guardo en el bolsillo. Destapo las lociones y cremas que están sobre el tocador y las huelo; cada una de ellas me despierta un recuerdo: Lily en la mesa del desayuno. Lily sentada a mi lado en el coche. Abro los cajones, el armario y toco sus prendas. Prendas que cualquier chica estadounidense usaría. Al fin y al cabo, no es más que una chica. Pero es necesario vigilarla.

Y eso es algo que hago muy bien.

Ocho

SIENA, ITALIA. AGOSTO

Lily Saul se despertó súbitamente de un sueño profundo y permaneció acostada, jadeando entre las sábanas desordenadas. La luz color ámbar de la tarde entraba por los intersticios de las persianas parcialmente cerradas. En la penumbra encima de su cama, sobrevolaba y zumbaba una mosca, anticipándose a la idea de saborear su piel húmeda. Su miedo. Lily se incorporó sobre el colchón delgado, se empujó el pelo enmarañado hacia atrás y se masajeó la cabeza mientras los latidos de su corazón se calmaban. El sudor que le caía desde las axilas le empapaba la camiseta. Había logrado dormir durante el peor calor de la tarde, pero la habitación estaba sofocante, y el aire espeso parecía querer asfixiarla. No puedo seguir viviendo así para siempre, pensó, o me volveré loca.

Tal vez ya esté loca.

Se levantó de la cama y cruzó hasta la ventana. Hasta las baldosas de cerámica bajo sus pies despedían calor. Abrió las persianas y contempló la pequeña plaza, los edificios que se asaban como hornos de piedra bajo el sol. Un brillo dorado bañaba los domos y tejados de color pardo oscuro. El calor del verano había obligado a los sensatos habitantes de Siena a refugiarse adentro; quedaban solamente los turistas, vagando asombrados por callejones angostos, subiendo agitados y sudados la cuesta hacia la basílica o posando para fotos en la Piazza del Campo, sintiendo que las suelas de sus zapatos se derretían sobre los ladrillos ardientes; todas las típicas actividades que ella misma había hecho cuando había llegado por primera vez a Siena, antes de adaptarse a los ritmos de los locales, antes de que el calor de agosto se cerrara sobre esa ciudad medieval.

Debajo de su ventana, sobre la piazzetta, no se movía un alma. Pero cuando estaba a punto de volver, atisbó algo que se movía en las sombras de un portal. Se inmovilizó, con la mirada fija en ese punto. No puedo verlo. ¿Me verá él a mí? Entonces la criatura que se resguardaba en ese portal salió de su escondite, cruzó trotando la piazzetta y desapareció.

Un perro.

Lily rió y se apartó de la ventana. No todas las sombras ocultaban un monstruo. Pero algunas, sí. Algunas sombras te siguen, te amenazan, dondequiera que vayas.

En el baño diminuto se lavó la cara con agua tibia y se ató el pelo en una coleta. No perdió tiempo maquillándose; durante el último año había dejado los hábitos que le consumían tiempo. Vivía con una pequeña maleta y una mochila, solo tenía dos pares de zapatos, las sandalias y las zapatillas deportivas. Vaqueros, camisetas y jerséis la llevaban del calor de verano a la lluvia helada del invierno. Al fin y al cabo, sobrevivir era cuestión de cubrirse con capas, ya fueran de ropa o de defensas emocionales. Protegerse de los elementos, de los apegos.

Mantenerse a salvo.

Cogió la mochila y salió de la habitación a un pasillo oscuro. Allí se detuvo, como siempre lo hacía, y tras cerrar la puerta y echarle llave, insertó un trocito de cerilla de cartón en la parte inferior del marco. No era que esa cerradura antigua fuese a impedirle la entrada a alguien. Al igual que el edificio, seguramente tenía siglos de antigüedad.

Preparándose para el asedio del calor, salió a la piazzetta. Se detuvo e inspeccionó el espacio desierto. Todavía era demasiado temprano para que la mayoría de los locales estuviese en la calle, pero en poco más de una hora se levantarían de sus siestas inducidas por el almuerzo y regresarían a sus tiendas y oficinas. Lily todavía tenía tiempo para sí antes de que Giorgio la esperara en el trabajo. Era su oportunidad de caminar y quitarse las telarañas, de visitar sus sitios preferidos en su ciudad favorita. Solo había estado en Siena tres meses y ya sentía que la ciudad se alejaba de ella. Pronto tendría

que marcharse, como se había marchado de todos los otros sitios que había amado.

Ya me he quedado aquí demasiado tiempo.

Cruzó la piazzetta y tomó la callecita estrecha que llevaba a Via di Fontebranda. Su ruta la llevó hacia la antigua fuente, pasando junto a edificios que en un tiempo habían albergado a artesanos medievales y más tarde habían sido mataderos de animales. La Fontebranda era un monumento de Siena celebrado alguna vez por el Dante, y sus aguas seguían siendo claras y atractivas, aún tras el paso de los siglos. Una vez había caminado por allí bajo la luna llena. Según la leyenda, ese era el momento en que los hombres lobos acudían a bañarse en las aguas, antes de volver a tomar sus formas humanas. Aquella noche, ella no había visto hombres lobo, solo turistas ebrios. Tal vez fueran la misma cosa.

Subió la cuesta; sus sandalias robustas golpeaban contra las piedras calientes. Pasó junto al Santuario y Casa de Santa Catalina, la santa patrona de Siena, que había sobrevivido durante largos períodos sin otro alimento que el Santísimo Sacramento. Santa Catalina había experimentado visiones vívidas del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso y había anhelado fervientemente la gloria y la divina agonía de ser mártir. Tras una larga y dolorosa enfermedad, sólo había logrado una muerte común y corriente. Mientras Lily trepaba la cuesta, pensó: Yo también he tenido visiones del Infierno. Pero no quiero ser mártir. Quiero vivir. Haré cualquier cosa por vivir.

Para cuando subió hasta la Basilica di San Domenico, tenía la camiseta empapada. Se detuvo, jadeando, en la cima de la colina y contempló la ciudad debajo de ella, los techos de teja borrosos en el calor del verano. La vista le provocó dolor en el corazón, pues sabía que tendría que marcharse. Ya se había quedado en Siena más de lo prudente y ahora sentía que el mal se le estaba acercando, casi podía sentir su olor sutil y fétido en el viento. A su alrededor, turistas de muslos fofos se apiñaban en la colina, pero ella estaba aislada, en silencio, un fantasma entre los vivos. Ya muerta, pensó. Para mí, esto es tiempo prestado.

—Disculpe, señorita, ¿habla inglés?

Lily se sobresaltó y se volvió para ver a un matrimonio de mediana edad con camisetas iguales de la Universidad de Pensilvania y ampulosos pantalones cortos. El hombre sostenía una cámara de aspecto complicado.

—¿Queréis que os tome una foto? —preguntó Lily.

—Sería fantástico. ¡Gracias!

Lily tomó la cámara.

—¿Tiene alguna trampa?

—No, solo tiene que pulsar el botón.

La pareja se tomó del brazo y posó con la vista de Siena extendiéndose como un tapiz detrás de ellos. Su recuerdo de una subida extenuante en un día caluroso.

—¿Eres estadounidense, verdad? —dijo la mujer, cuando Lily les devolvió la cámara—. ¿De dónde eres? —No era más que una pregunta amistosa, algo que innumerables turistas se preguntaban unos a otros, una forma de conectar con otros viajeros que estaban lejos de sus casas. Lily de inmediato se puso en guardia. Su curiosidad seguramente sea inocente. Pero no conozco a esta gente. No puedo estar segura.

—De Oregon —mintió.

—¿En serio? ¡Nuestro hijo vive allí! ¿De qué ciudad?

—Portland.

—¡Pero qué casualidad! Él vive en la calle Northwest Irving. ¿Es cerca de tu casa?

—No. —Lily ya estaba retrocediendo, alejándose de esas personas pesadas que probablemente insistirían en que se tomara un café con ellos y le harían más preguntas, buscando detalles que ella no tenía intención de compartir. —¡Disfrutad de vuestra visita!

—¿Oye, te gustaría...?

—Tengo que encontrarme con alguien. —Los saludó con la mano y huyó. Las puertas de la basílica se elevaban delante de ella, ofreciendo refugio. Entró y en el silencio fresco, soltó un suspiro de alivio. La iglesia estaba casi vacía; solo unos pocos turistas vagaban por el vasto espacio, hablando en susurros. Lily caminó hacia el arco gótico, donde el sol resplandecía a través del cristal de colores en joyas de luz, pasando junto a las tumbas de nobles sieneses alineadas a cada lado. Giró para entrar en una capilla, se detuvo delante del altar de mármol dorado y contempló el tabernáculo que contenía la cabeza momificada de Santa Catalina de Siena. Sus restos mortales habían sido divididos y distribuidos como reliquias sagradas: su cuerpo estaba en Roma, su pie en Venecia. ¿Habría imaginado ella que ese sería su destino? Que separarían su cabeza de su cuerpo en descomposición y exhibirían su rostro momificado ante innumerables turistas sudorosos y niños ruidosos?

Las cuencas de los ojos de la santa, que parecían de cuero, miraban desde detrás del cristal. Así es como se ve la muerte. Pero tú ya lo sabes ¿no es así, Lily Saul?

Lily se estremeció, abandonó la capilla y caminó a toda prisa hacia la salida por la iglesia resonante de ecos. Una vez afuera, casi se sintió agradecida por el calor. Pero no por los turistas. Tantos desconocidos con cámaras. Cualquiera de ellos podía estarle tomando subrepticiamente una fotografía.

Abandonó la basílica y echó a andar cuesta abajo, por la Piazza Salimbeni, pasando por el Palazzo Tolomei. La maraña de callecitas estrechas confundía a los turistas, pero Lily conocía el camino a través del laberinto y caminaba con pasos rápidos y decididos hacia su destino. Iba con retraso, puesto que había perdido demasiado tiempo sobre la colina y Giorgio sin duda la regañaría. No era que la idea le provocara terror alguno, puesto que las protestas de Giorgio nunca tenían consecuencias significativas.

De manera que cuando llegó al trabajo con quince minutos de retraso, no sentía ningún temor. La campanilla de la puerta tintineó, anunciando su entrada; Lily entró en la tienda y olió los aromas conocidos de libros polvorientos, alcanfor y humo de cigarrillo. Giorgio y su hijo Paolo estaban inclinados sobre un escritorio en el fondo de la tienda, ambos con sendas lupas alrededor de la cabeza.

Cuando Paolo levantó la mirada, un enorme ojo de cíclope se posó sobre Lily.

—¡Tienes que ver esto! —dijo él en Italiano—. Acaba de llegar. Lo ha enviado un coleccionista de Israel.

Estaban tan emocionados que ni siquiera se habían dado cuenta de que ella había llegado tarde. Lily dejó la mochila detrás de su escritorio y pasó junto a la mesa antigua y el asiento de monasterio de roble. Junto al sarcófago romano que ahora funcionaba ignominiosamente como archivo temporario. Pasó por encima de una caja abierta desde donde había caído serrín al suelo, y frunció el entrecejo al ver el objeto que estaba sobre el escritorio de Giorgio. Era un bloque de mármol tallado, tal vez parte de un edificio. Vio la pátina sobre dos superficies contiguas, un brillo suave provocado por siglos de exposición al viento, la lluvia y el sol. Era una piedra angular.

El joven se quitó la lupa de la cabeza y su pelo oscuro se levantó. Sonriente, con esos mechones de pelo levantados como orejas, se parecía a uno de los legendarios hombres lobo de Siena, aunque completamente inofensivo y encantador. Al igual que su padre, Paolo no poseía un ápice de crueldad y de no haber sido por el hecho de que inevitablemente se vería obligada a romperle el corazón, Lily con gusto hubiera entablado una relación con él.

—Creo que te gustará esta pieza —dijo Paolo y le ofreció su lupa—. Es justo la clase de cosa que te interesa.

Lily se inclinó sobre la piedra angular y estudió la figura tallada, que se asemejaba a un ser humano. Estaba erguida, con una falda alrededor de la cintura y brazaletes decorativos en las muñecas y los tobillos. Pero la cabeza no era humana. Lily se colocó la lupa por encima de la cabeza y se acercó más. Al ver cómo cobraban vida los detalles a través de la lente, sintió un repentino escalofrío. Vio colmillos prominentes y dedos con garras. Y cuernos.

Se enderezó, sintiendo la garganta seca, y preguntó con voz extrañamente distante.

—¿Dijiste que el coleccionista era de Israel?

Giorgio asintió y se quitó la lupa, dejando al descubierto una versión mayor y más corpulenta de Paolo. Los mismos ojos oscuros, pero marcados por arrugas de risa.

—Este hombre es nuevo para nosotros. Así que no estamos seguros del origen. Tampoco sabemos si es digno de confianza.

—¿Cómo te envió esta pieza?

Giorgio levantó los hombros.

—Llegó hoy en esa caja. Es lo único que sé.

—¿Quiere que se la vendas'

—Solo pidió una tasación. ¿Qué piensas?

Ella pasó un dedo sobre la pátina. Volvió a sentir que el frío subía desde la piedra a su cuerpo.

—¿De dónde dice que proviene?

Giorgio cogió un fajo de papeles.

—Dice que la compró hace ocho años en Teherán. Creo que debe de tratarse de contrabando. —Volvió a encogerse de hombros y guiñó un ojo. —¿Pero qué sabemos nosotros, verdad?

—Persa —murmuró Lily—. Es Ahriman.

—¿Qué es Ahriman? —preguntó Paolo.

—No qué, sino quién. En la antigua Persia, Ahriman es un demonio. El espíritu de la destrucción. —Lily dejó la lupa sobre el escritorio e inspiró profundamente. —Es la personificación del mal.

Giorgio soltó una carcajada y se frotó las manos con satisfacción.

—¿Lo ves, Paolo? Te dije que ella lo sabría. Diablos, demonios, los conoce todos. Siempre tiene la respuesta.

—¿Por qué? —Paolo la miró. —Nunca comprendí por qué te interesa tanto todo lo relacionado con el mal.

¿Cómo responder a esa pregunta? ¿Cómo decirle que en una oportunidad había mirado a la Bestia a los ojos y esta le había devuelto la mirada. Y la había visto. Me ha estado persiguiendo desde entonces.

—¿Entonces es auténtica? —preguntó Giorgio—. ¿Esta piedra angular?

—Sí, creo que lo es.

—Entonces debería escribirle de inmediato ¿eh? A nuestro nuevo amigo en Tel Aviv. Para decirle que se lo ha enviado al marchante correcto, a alguien que comprende su valor. —Con sumo cuidado, volvió a guardar la piedra en la caja de madera. —Para algo tan especial, seguramente encontraremos un comprador.

¿Quién querría esa monstruosidad en su hogar?, pensó Lily. ¿Quién querría tener al mal mirándote desde tu propia pared?

—Ah, casi lo olvido —dijo Giorgio—. ¿Sabías que tenías un admirador?

Lily lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Vino un hombre a la tienda durante el almuerzo. Me preguntó si una mujer norteamericana trabajaba para mí.

Lily se paralizó.

—¿Qué le dijiste?

—No le permití decir nada —intervino Paolo—. Podríamos meternos en problemas, debido a que no tienes permiso.

—Pero ahora lo he estado pensando —dijo Giorgio, y pienso que tal vez solo está enamorado de ti. Y por eso pregunta. —Giorgio guiñó un ojo.

Ella tragó saliva.

—¿Dijo su nombre?

Giorgio palmeó el brazo de su hijo con aire travieso.

—¿Ves? —lo regañó—. Vas demasiado despacio, muchacho. Ahora vendrá otro hombre a llevársela y la perderemos.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Lily otra vez, con más aspereza. Pero ni el padre ni el hijo parecieron notar el cambio en ella. Estaban demasiado ocupados bromeando entre ellos.

—No dijo su nombre —repuso Giorgio—. Creo que quiere jugar a estar de incógnito ¿eh? Para provocarte intriga.

—¿Era joven? ¿Qué aspecto tenía?

—Ah, entonces te interesa.

—¿Había...? —Se interrumpió. —... ¿Había algo raro en él?

—¿Raro? ¿En qué sentido?

No humano era lo que quería decir ella.

—Tenía ojos muy azules —dijo Paolo animadamente—. Ojos extraños. Muy brillantes, como los de un ángel.

Todo lo opuesto a un ángel.

Lily se volvió y se dirigió de inmediato a la ventana, desde donde observó los transeúntes a través del vidrio polvoriento. Está aquí, pensó. Me ha encontrado en Siena.

—Regresará, cara mia. Ten paciencia —dijo Giorgio.

Y cuando lo haga, no puedo estar aquí.

Lily cogió abruptamente la mochila.

—Disculpad —dijo—. No me siento bien.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que no debería haber comido ese pescado anoche. No me ha caído bien. Necesito ir a casa.

—Paolo te acompañará.

—¡No! No. —Abrió la puerta de un tirón, haciendo tintinear violentamente la campanilla. —Estaré bien. —Huyó de la tienda y no miró hacia atrás, temiendo que Paolo intentara seguirla, insistiera en ser el caballero acompañante. No podía permitir que la retrasara. La prisa era todo ahora.

Tomó un camino con rodeos de regreso a su piso, evitando las piazzas atestadas y las calles principales. Eligió, en cambio, callecitas estrechas, subió por escalones empinados entre paredes medievales, avanzando poco a poco hacia el vecindario de Fontebranda. Hacer la maleta le tomaría solo cinco minutos. Había aprendido a mantenerse ágil, a ponerse en movimiento de un minuto a otro y todo lo que tenía que hacer era meter la ropa y los artículos de tocador en la maleta y coger el fajo de euros del escondite detrás del tocador. En los últimos tres meses, Giorgio le había pagado en efectivo, por debajo de la mesa, a sabiendas de que ella no tenía permiso laboral. Había ahorrado una linda asuma que le permitiría vivir hasta conseguir otro empleo, hasta instalarse en una nueva ciudad. Cogería el dinero y la maleta y se iría directamente a la estación de autobuses.

No. No, pensándolo bien, eso es lo que él esperaría que hiciera. Un taxi sería mejor. Más caro, sí, pero si lo utilizaba solamente para salir de la ciudad, tal vez para llegar hasta San Gimignano, podría coger un tren a Florencia. Allí, entre las multitudes en movimiento, podría desaparecer.

No ingresó en su edificio por la piazzetta; en cambio, se acercó por la oscura calle lateral, pasando junto a los cubos de basura y las bicicletas encadenadas, y subió por la escalera de atrás. En uno de los otros pisos sonaba música a todo volumen, que se derramaba al pasillo por una puerta abierta. Era ese adolescente sombrío de al lado. Tito y su maldita radio. Tuvo un atisbo del chico, tendido como un zombi sobre el sofá. Siguió caminando hacia su apartamento. Estaba por sacar las llaves cuando vio la cerilla de cartón y se quedó paralizada.

Ya no estaba insertada en el marco de la puerta; había caído al piso.

Sintió que se le aceleraba el corazón y retrocedió. Al pasar junto a la puerta de Tito, el chico levantó la mirada y la saludó con la mano. El peor momento posible para que decidiera mostrarse amistoso. No me digas una palabra, rogó en silencio. No te atrevas a decir una palabra.

—¿No trabajas, hoy? —dijo el chico en italiano.

Lily giró y bajó corriendo la escalera. Estuvo a punto de tropezar con las bicicletas cuando huyó por la calle de atrás. Llegué tarde, pensó mientras doblaba la esquina como un bólido y subía por unos escalones. Entró en un jardín frondoso, se agazapó detrás de un muro en ruinas y permaneció allí, inmóvil, casi sin atreverse a respirar. Cinco minutos, diez. No se oían pasos ni ruidos de persecución.

Tal vez la cerilla cayó por su cuenta. Tal vez todavía puedo recuperar mi maleta. Mi dinero.

Espió por encima del muro y contempló la callecita. No había nadie.

¿Corro el riesgo? ¿Me atrevo?

Salió a la calle nuevamente. Anduvo por una serie de calles estrechas hasta que llegó a la periferia de la piazzetta. Pero no salió a la zona abierta: se acercó por las sombras hasta la esquina de un edificio y miró hacia la ventana de su piso. Las persianas de madera estaban abiertas, como ella las había dejado. En la luz del atardecer, vio que algo se movía en esa ventana. Una silueta quedó enmarcada en las persianas durante un segundo.

Dio un respingo y volvió a ocultarse detrás del edificio. Mierda. Mierda.

Abrió la mochila y revisó su cartera. Cuarenta y ocho euros. Suficiente como para algunas comidas y un boleto de autobús. Tal vez alcanzara para un taxi hasta San Gimignano, pero no mucho más. Tenía una tarjeta de débito, pero no se atrevía a utilizarla

salvo en ciudades grandes, donde era posible perderse en una multitud. La última vez que la había utilizado había sido en Florencia, un sábado por la noche, cuando las calles estaban atestadas.

Aquí no, se dijo. En Siena, no.

Abandonó la plazoleta y se perdió en los callejones de la Fontebranda. Ese era el vecindario que conocía mejor; allí podría esquivar a cualquiera. Se dirigió a un diminuto café que había descubierto hacía unas semanas, frecuentado solamente por locales. El interior estaba oscuro como una cueva y lleno de humo de cigarrillos. Se sentó en una mesa en un rincón, pidió un bocadillo de queso y tomate y un espresso. Luego, con el paso de los minutos, otro espresso. Y otro más. Esa noche no dormiría. Caminaría hasta Florencia. Eran, ¿cuántos? ¿Cincuenta, sesenta kilómetros? Había dormido con anterioridad en el campo. Había robado melocotones y uvas en la oscuridad. Podría volver a hacerlo.

Devoró su bocadillo hasta la última miga. Quién sabe cuándo volvería a comer. Para cuando salió del café era de noche y podía moverse por las calles oscuras sin temor de que la reconocieran. Le quedaba otra opción. Era arriesgada, pero la salvaría de una caminata de sesenta kilómetros.

Y Giorgio lo haría por ella. La llevaría en coche a Florencia.

Caminó y caminó, evitando el concurrido Campo, eligiendo calles laterales. Para cuando llegó a la casa de Giorgio, le dolían los tobillos y los pies de tanto andar por los adoquines desparejos. Se detuvo en la oscuridad y contempló la ventana. La esposa de Giorgio había muerto hacía años y padre e hijo compartían el piso. Las luces estaban encendidas, pero no vio movimiento en la planta baja.

No era tan imprudente como para golpear a la puerta principal. Rodeó el pequeño jardín posterior, entró por el portón y pasó por entre plantas fragantes de tomillo y lavanda y golpeó a la puerta de la cocina.

Nadie respondió.

Escuchó con atención si el televisor estaba encendido, pensando que tal vez no podían oírla, pero solo se oían los sonidos ahogados del tránsito callejero.

Giró la manija; la puerta se abrió.

Con una mirada le bastó. Un atisbo de sangre, de brazos extendidos y caras arruinadas. De Giorgio y Paolo enredados en un último abrazo.

Retrocedió, llevándose una mano a la boca y las lágrimas le nublaron la visión. Es mi culpa. Todo esto es mi culpa. Los han matado por mi culpa.

Tambaleándose entre las plantas de lavandas, chocó contra el portón de madera. El golpe la hizo recuperar la cordura.

Vete. Huye.

Salió del jardín, sin cerrar el portón y huyó calle abajo; sus sandalias repiqueteaban contra los adoquines.

No aminoró la marcha hasta que llegó a las afueras de Siena.

Nueve

—¿Estamos completamente seguros de que hay una segunda víctima? —preguntó el teniente Marquette—. No tenemos confirmación del ADN todavía.

—Pero sí tenemos dos grupos sanguíneos diferentes —respondió Jane—. La mano amputada pertenecía a alguien con sangre 0 positivo. Lori-Ann Tucker es A positivo. O sea que la doctora Isles estaba en lo cierto.

Se hizo un largo silencio en la sala de reuniones.

El doctor Zucker dijo por lo bajo:

—Esto se está poniendo muy interesante.

Jane lo observaba desde el otro lado de la mesa. La mirada del Dr. Lawrence Zucker, psicólogo forense, siempre la había hecho sentirse incómoda. Ahora la miraba como si ella fuera el único foco de su curiosidad y casi podía sentir cómo sus ojos cavaban túneles hasta su cerebro. Habían trabajado juntos durante el caso del Cirujano hacía dos años y medio y Zucker sabía lo afectada que había quedado ella después de esa investigación. Sabía de sus pesadillas y de sus ataques de pánico. La había visto masajearse incesantemente las cicatrices en las palmas de las manos, como para borrar los recuerdos. Desde entonces, las pesadillas sobre Warren Hoyt habían desaparecido. Pero cuando Zucker la miraba de ese modo. Jane se sentía expuesta, porque él sabía lo vulnerable que había sido en un tiempo. Y por ese motivo, Jane sentía un cierto rencor hacia él.

Apartó la mirada y se concentró, en cambio, en los otros dos detectives, Barry Frost y Eve Kassovitz. Agregar a Kassovitz al equipo había sido un error. La historia de cómo la mujer había vomitado en la nieve había pasado por toda la unidad y Jane podría haber predicho las bromas que le siguieron. El día después de

Navidad, apareció misteriosamente en la recepción un cubo gigante de plástico con el nombre de Kassovitz. La detective debió haberse reído o tal vez haberse enfadado. Pero en cambio, se mostró abatida como una foca golpeada y se quedó en su silla, demasiado desmoralizada como para hablar. No había forma de que Kassovitz fuera a sobrevivir en ese club de varones si no aprendía a devolver los golpes.

—Bien, entonces tenemos un asesino que no solamente descuartiza a sus víctimas —dijo Zucker—, sino que también traslada partes del cuerpo entre sus escenas del crimen. ¿Tiene una fotografía de la mano?

—Tenemos muchas fotos —respondió Jane—. Le acercó la carpeta de la autopsia. —Por su aspecto, estamos casi seguros de que la mano pertenece a una mujer.

Las imágenes eran espantosas como para revolverle el estómago a cualquiera, pero la cara de Zucker no mostraba sorpresa ni repulsión mientras las miraba. Solo una gran curiosidad. ¿Acaso sería entusiasmo lo que Jane veía en sus ojos? ¿Disfrutaría viendo las atrocidades cometidas sobre el cadáver de una joven?

Zucker se detuvo sobre la fotografía de la mano.

—No lleva esmalte de uñas, pero los dedos decididamente parecen haber recibido una manicura. Sí, concuerdo con la idea de que parece ser de una mujer. —Miró a Jane con sus ojos pálidos, por encima de las gafas de marco de metal. —¿Qué información tiene sobre estas huellas dactilares?

—La dueña de esa mano no tiene antecedentes penales. Ni ha estado en el servicio militar. No hay nada sobre ella en el NCIC, el Centro Nacional de Información Criminal.

—¿No está en ninguna base de datos?

—Sus huellas no lo están, al menos.

—¿Y esta mano no podría ser un descarte médico? ¿De una amputación hospitalaria, quizá?

—Hablé con todos los centros médicos de la zona de Boston y alrededores. En las últimas dos semanas, hubo dos amputaciones de manos, una en el Hospital General de Massachusetts y otra en el Hospital Pilgrim. Ambas fueron por traumatismos. La primera fue por un accidente con una motosierra. La segunda fue por el ataque de un perro. En ambos casos, las manos estaban tan destrozadas que fue imposible volverlas a injertar. Y en el primer caso se trataba de un hombre.

—A esta mano no la sacaron de los residuos de un hospital —dijo Jane—. Y tampoco estaba dañada. La amputaron con una hoja dentada muy afilada. Y no lo hicieron con ninguna habilidad quirúrgica en particular. Le cortaron la punta del radio sin intento de contener la pérdida de sangre. No se ligaron los vasos sanguíneos, no se seccionaron las capas de piel. Fue solo un corte limpio.

—¿Tenemos denuncias de personas desaparecidas que puedan coincidir?

—En Massachusetts, no —respondió Frost—. Estamos ampliando la red a cualquier mujer de raza blanca. No puede haber desaparecido hace demasiado tiempo, puesto que la mano se ve bastante fresca.

—Podría haber estado congelada —acotó Marquette.

—No —dijo Jane—. No se ve daño celular bajo el microscopio. Eso dijo la doctora Isles. Cuando se congela el tejido, la expansión del agua rompe las células y ella no vio eso. La mano puede haber estado refrigerada o empaquetada en agua helada, como se hace para transportar órganos. Pero no estuvo congelada. Por lo tanto, pensamos que mataron a la dueña de esa mano hace pocos días.

—Si es que la mataron —interpuso Zucker.

Todos lo miraron. El terrible significado de sus palabras los dejó a todos en silencio.

—¿Cree que podría seguir viva?

—Las amputaciones por sí mismas no son fatales.

—Hostias —dijo Frost—, cortarle la mano y no matarla...

Zucker miró el resto de las fotos de la autopsia, deteniéndose sobre cada una con la concentración de un joyero que examina piedras con su lupa. Finalmente, las dejó sobre la mesa.

—Existen dos razones posibles por las que un asesino desmembraría un cadáver. La primera es puramente práctica. Necesita deshacerse de él. Esos son los asesinos que son conscientes de sí mismos y cuyo comportamiento está dirigido hacia un objetivo. Comprenden la necesidad de deshacerse de evidencia forense y ocultar sus crímenes.

—Asesinos organizados —dijo Frost.

—Si el desmembramiento está seguido por la distribución o el ocultamiento de partes corporales, eso implicaría planificación. Un asesino cognitivo.

—Estas partes no estaban ocultas en absoluto —dijo Jane—. Estaban en distintas partes de la casa, en sitios donde él sabía que los encontrarían. —Le entregó otra pila de fotos a Zucker. —Son de la escena del crimen.

Él abrió la carpeta y permaneció callado unos instantes, mientras estudiaba la primera imagen.

—Esto se pone todavía más interesante —murmuró.

¿Mira una cabeza cortada sobre un plato y esa es la palabra que le viene a la mente?

—¿Quién puso la mesa? —Zucker la miró. —¿Quién dispuso los platos, los cubiertos, las copas?

—Creemos que fue el asesino.

—¿Por qué?

—¿Quién coño puede saber por qué?

—Quiero decir, ¿por qué asume que fue él?

—Porque había una mancha de sangre debajo de uno de los platos, donde él lo tocó.

—¿Huellas dactilares?

—Lamentablemente, no. Llevaba guantes.

—Prueba de que hubo planificación adelantada. Previsión. —Zucker volvió a concentrarse en la foto. —La mesa está puesta para cuatro. ¿Es significativo?

—No lo sabemos. Había ocho platos en el armario, así que pudo haber puesto más. Pero eligió utilizar solo cuatro.

El teniente Marquette preguntó:

—¿Con qué piensa usted que estamos lidiando, doctor Zucker?

El psicólogo no respondió. Hojeó lentamente las fotos, deteniéndose en la imagen del brazo amputado dentro de la bañera. Luego pasó a la foto de la cocina y se detuvo. Hubo un largo silencio mientras estudiaba las velas derretidas y el círculo dibujado en el suelo. Y lo que había en el centro de ese círculo.

—Nos pareció que se trataba de algún extraño ritual —dijo Frost—. El círculo de tiza, las velas derretidas.

—Sí, ciertamente tiene ese aspecto. —Zucker levantó la mirada y el destello en sus ojos hizo que Jane sintiera un escalofrío en la nuca. —¿El asesino dibujó el círculo?

Jane vaciló, sorprendida por la pregunta.

—¿Se refiere al asesino en oposición a la víctima?

—No voy a hacer ninguna suposición aquí. Y espero que vosotros tampoco las hagáis. ¿Qué os hace estar tan seguros de que la víctima no trazó este círculo, que no comenzó como una participante voluntaria del ritual?

Jane sintió deseos de reír. Sí, yo también me ofrecería para que me corten la cabeza.

—Tuvo que haber sido el asesino el que trazó ese círculo y encendió las velas —dijo—. Porque no encontramos trozos de tiza en la casa. Tras utilizarlos para dibujar sobre el suelo de la cocina, se los llevó.

Zucker se echó hacia atrás en la silla para pensar.

—Entonces este asesino descuartiza, pero no oculta las partes del cadáver. No desfigura la cara. Deja poca evidencia forense, lo que habla de que tiene conciencia de las fuerzas del orden. Y sin embargo nos entrega, por decirlo de algún modo, la pista más grande de todas: una parte del cuerpo de otra víctima. —Hizo una pausa. —¿Había rastros de semen?

—No se encontraron en el cadáver de la víctima.

—¿Y en la escena del crimen?

—El equipo de técnicos forenses revisó toda la casa con luz ultravioleta. El aparato CrimeScope detectó gran cantidad de pelos, demasiados como para contarlos, pero ningún rastro de semen.

—De nuevo, características de conducta cognitiva. No deja evidencia de actividad sexual. Si realmente se trata de un asesino sexual, entonces es lo suficientemente controlado como para esperar hasta estar seguro antes de disfrutar de su descarga.

—¿Y si no se trata de un asesino sexual? —preguntó Marquette.

—Entonces no sé si entiendo qué representa todo esto —dijo Zucker —. Pero el desmembramiento, el despliegue de partes del cadáver. Las velas, el círculo de tiza. —Miró a los que estaban alrededor de la mesa. —Estoy seguro de que todos estamos pensando lo mismo. Rituales satánicos.

—Era la Nochebuena —añadió Marquette—. La noche más santa.

—Y nuestro asesino no está allí para honrar al Príncipe de la Paz —dijo Zucker—. No, está tratando de invocar al Príncipe de la Oscuridad.

—Hay otra foto que debería ver —dijo Jane, señalando la pila de imágenes que Zucker todavía no había visto. —Había algo escrito

en la pared. Con la sangre de la víctima.

Zucker buscó la foto.

—Tres cruces invertidas —dijo—. Bien podrían tener significados satánicos. ¿Pero qué son estos símbolos debajo de las cruces?

—Es una palabra.

—No la veo.

—La imagen está al revés. Se puede leer si se la mira en un espejo.

Zucker arqueó una ceja.

—¿Conoce, verdad, el significado de la escritura en espejo?

—No. ¿Qué significa?

—Cuando el Demonio hace un pacto para comprar un alma, este se escribe y se firma en escritura en espejo. —Estudió la palabra con el ceño fruncido. —¿Qué dice, entonces?

—Peccavi. Está en latín. Significa “He pecado”.

—¿Una confesión? —sugirió Marquette.

—O un alarde —dijo Zucker—. Anunciándole a Satanás: “Te he obedecido, Amo”. —Observó todas las fotografías desplegadas sobre la mesa. —Me gustaría tener a este asesino en una sala de interrogatorio. Se ve tanto simbolismo aquí. ¿Por qué colocó las partes del cadáver de esta forma? ¿Qué significa la mano en el plato? ¿Y los cuatro lugares en la mesa de comedor?

—Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis —dijo la detective Kassovitz en voz baja. Había hablado muy poco durante la reunión.

—¿Por qué sugiere eso? —preguntó Zucker.

—Estamos hablando de Satanás. Del pecado. —Kassovitz carraspeó y pareció recuperar la voz cuando se irguió en la silla. —Son temas bíblicos.

—Los cuatro sitios en la mesa podrían también significar que tiene tres amigos invisibles con quienes comerá a medianoche —dijo Jane.

—¿Usted no cree en el tema bíblico? —preguntó Zucker.

—Entiendo que se ve como satanismo —dijo Jane—. Es decir, tenemos todos los elementos: el círculo y las velas. La escritura en espejo y las cruces invertidas. Es como que estamos obligados a llegar a esa conclusión.

—¿Piensa que fue solo una puesta en escena?

—Tal vez para ocultar el verdadero motivo por el que mató a Lori-Ann Tucker.

—¿Qué motivos habría? ¿Tenía problemas románticos?

—Está divorciada, pero su ex marido vive en Nuevo México. Al parecer, se separaron de manera amistosa. Ella se mudó a Boston hace solo tres meses. No hay indicios de ningún novio.

—¿Tenía trabajo?

—Entrevisté a su supervisora en el Museo de Ciencias —dijo Eve Kassovitz—. Lori-Ann trabajaba en la tienda de regalos. Nadie estaba al tanto de ningún conflicto o problema.

Zucker preguntó:

—¿Estamos absolutamente seguros de eso? —Dirigió la pregunta a Jane, no a Kassovitz, un desaire que hizo que ella se sonrojara. Otro golpe a su autoestima maltrecha.

—La detective Kassovitz acaba de decirle lo que sabemos —repuso Jane, en apoyo de su colega.

—De acuerdo —dijo Zucker—. ¿Entonces por qué mataron a esta mujer? ¿Para qué hacer la puesta en escena para que parezca satanismo si en realidad no lo es?

—Para hacerlo interesante. Para llamar la atención.

Zucker rió.

—¿Porque de otro modo no llamaría nuestra atención?

—No hablo de la nuestra. Hablo de la atención de alguien que es mucho más importante para este asesino.

—Se refiere a la doctora O'Donnell ¿no?

—Sabemos que el asesino la llamó, pero ella alega que no estaba en su casa.

—¿Y usted no le cree?

—No podemos confirmarlo, puesto que borró el mensaje. Dijo que llamaron y cortaron.

—¿Qué le hace pensar que esa no es la verdad?

—Usted sabe quién es ella ¿verdad?

Zucker la miro durante unos segundos.

—Sé que vosotras dos habéis tenido conflictos. Que la amistad de ella con Warren Hoyt la inquieta.

—Esto no se trata de mí y de O'Donnell...

—Claro que sí. Ella es amiga del hombre que casi la mató a usted, el hombre cuya fantasía más profunda es terminar el trabajo.

Jane se inclinó hacia adelante, con cada músculo de su cuerpo en tensión.

—No vaya por ese camino, doctor Zucker —dijo en voz baja.

Él la miró y vio algo en los ojos de ella lo hizo echarse hacia atrás lentamente.

—¿Considera sospechosa a O'Donnell? —preguntó.

—No confío en ella. Defiende a criminales. Si le pagan lo suficiente para que se presente como testigo, irá a los tribunales y defenderá a

cualquier asesino. Dirá que está dañado neurológicamente y que no es responsable de sus acciones. Que tiene que estar en un hospital y no en la cárcel.

Marquette añadió:

—No tiene buena reputación con las fuerzas del orden, doctor Zucker —añadió Marquette—. En ninguna parte.

—Mire, aun si la amáramos —dijo Jane—, seguiríamos sin tener respuestas a las preguntas. ¿Por qué la llamó el asesino desde la escena del crimen? ¿Por qué no estaba en su casa? ¿Por qué se niega a decirnos dónde se encontraba?

—Porque sabe que usted ya es hostil.

Y no tiene idea de lo hostil que me puedo poner.

—Detective Rizzoli, ¿insinúa que la doctora O'Donnell tuvo algo que ver con este crimen?

—No. Pero pienso que puede querer sacarle ventaja. Alimentarse de él. Puede que no lo haya hecho adrede, pero ella fue la inspiración para todo esto.

—¿De qué manera?

—¿Ha visto cómo los gatos a veces matan a un ratón y se lo llevan a su amo como una especie de ofrenda? ¿Una muestra de afecto?

—Usted piensa que el asesino está tratando de impresionar a O'Donnell.

—Por eso la llamó. Por eso armó una escena tan elaborada, para despertar su interés. Luego, para asegurarse de que su trabajo no pasara inadvertido, llama al 911. Y unas horas más tarde, cuando nosotros estábamos en la cocina, llama a la casa de la víctima desde un teléfono público, para cerciorarse de que estuviéramos allí. El asesino nos está manipulando a todos. A la policía y a O'Donnell.

Marquette dijo:

—¿Ella es consciente del peligro que podría correr, por ser el foco de la atención de un asesino?

—No parecía muy afectada.

—¿Qué hace falta para asustar a esa mujer?

—Tal vez cuando le envíe su pequeña muestra de afecto. El equivalente al ratón muerto. —Jane hizo una pausa. —No olvidemos que falta la mano de Lori-Ann Tucker.

Diez

Jane no podía dejar de pensar en esa mano mientras cortaba pollo frío en la cocina para un tentempié nocturno. Lo llevó a la mesa, donde su esposo, que por lo general lucía impecable, estaba sentado con las mangas enrolladas y baba de bebé en el cuello. ¿Existía algo más sensual que un hombre haciendo eructar con suma paciencia a su hija? Regina soltó un eructo vigoroso y Gabriel rió. Qué momento dulce y perfecto. Todos juntos, sanos y salvos.

Luego miró el pollo cortado y pensó en lo que había visto sobre otro plato, sobre otra mesa de comedor. Hizo a un lado su plato.

Somos solo carne. Como el pollo. O las vacas.

—Pensé que estabas hambrienta —comentó Gabriel.

—Creo que cambié de idea. De pronto ya no me apetece.

—Es por el caso ¿verdad?

—Ojalá pudiera dejar de pensar en él.

—Vi las carpetas que trajiste a casa. No pude evitar echarles una mirada. Yo tampoco podría dejar de pensar en eso.

Jane meneó la cabeza.

—Se supone que estás de vacaciones. ¿Qué haces mirando fotografías de autopsias?

—Estaban allí sobre la encimera. —Gabriel dejó a Regina en su sillita. —¿Quieres hablar del asunto, intercambiar ideas? Si crees que te ayudaría.

Jane miró a Regina, que los observaba con mirada alerta y de pronto, soltó una carcajada.

—Madre mía, cuando tenga edad para entender, esto sí que va a ser una linda conversación familiar. ¿Dime, cariño, cuántos cadáveres sin cabeza has visto hoy?

—No nos puede entender. Así que cuéntame.

Jane se puso de pie y fue hasta la nevera, sacó una botella de cerveza y la abrió.

—¿Jane?

—¿En serio quieres saber los detalles?

—Quiero saber qué te perturba tanto.

—Ya has visto las fotos. Ya sabes lo que me perturba. —Volvió a sentarse y tomó un trago de cerveza. —A veces —dijo en voz baja, con la mirada fija en la botella transpirada—, creo que es una locura tener hijos. Los amas, los crías. Luego miras cómo salen a un mundo que les hace daño. Donde se encuentran con gente como... —Como Warren Hoyt era lo que estaba pensando, pero no dijo su nombre; casi nunca pronunciaba su nombre. Era como si decirlo en voz alta fuera invocar al mismísimo diablo.

El zumbido repentino del intercomunicador hizo que se pusiera tensa de inmediato. Miró el reloj de la pared.

—Son las diez y media de la noche.

—Iré a ver quién es. —Gabriel se dirigió a la sala y pulsó el botón del intercomunicador. —¿Sí?

Una voz inesperada sonó por el altavoz.

—Soy yo —dijo la madre de Jane.

—Pues suba, señora Rizzoli —respondió Gabriel y pulsó el botón para destrabar la puerta. Luego miró a Jane, sorprendido.

—Es muy tarde. ¿Qué hace aquí?

—Casi que me da miedo preguntar.

Oyeron los pasos de Angela en la escalera, más lentos y pesados que de costumbre, acompañados por unos golpes intermitentes, como si arrastrara algo tras ella. Solo cuando llegó al descanso del primer piso pudieron ver de qué se trataba.

Una maleta.

—¿Mamá? —dijo Jane, sin poder creer que esa mujer con el pelo desordenado y los ojos fuera de órbita fuera su madre. El abrigo de Angela estaba desabotonado, con el cuello doblado hacia adentro y tenía los pantalones empapados hasta las rodillas, como si hubiera caminado por un banco de nieve para llegar al edificio. Sujetaba la maleta con ambas manos y parecía dispuesta a arrojársela a alguien. A cualquiera.

Tenía aspecto peligroso.

—Necesito quedarme contigo esta noche —dijo Angela.

—¿Qué?

—¿Puedo pasar o no?

—Claro, mamá.

—Deje que yo entre la maleta, señora Rizzoli —dijo Gabriel, haciéndose cargo de ella.

—¿Ves? —dijo Angela, señalando a Gabriel.— ¡Así es como debe comportarse un hombre! Ve que una mujer necesita ayuda y se la da. Así se comportan los caballeros.

—¿Mamá, qué ha sucedido’

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha sucedido? No sé por dónde empezar!

Regina soltó un chillido de protesta al ver que la ignoraban.

De inmediato, Angela se dirigió a la cocina y levantó en brazos a la niñita.

—¡Ay, mi bebé, pobrecita mi bebé! No tienes idea de lo que te

espera cuando crezcas. —Se sentó a la mesa y acunó a la niña, abrazándola con tanta fuerza que Regina se retorció, tratando de liberarse de esa mujer loca que la sofocaba.

—Venga, mamá —suspiró Jane—. ¿Qué ha hecho papá?

—De mí no lo vas a escuchar.

—¿Entonces de quién lo voy a escuchar?

—No voy a envenenar a mis hijos contra su padre. No está bien que los padres se critiquen entre ellos.

—Ya no soy una niña. Necesito saber qué sucede.

Pero Angela no ofreció ninguna explicación. Seguía meciéndose y abrazando a la bebé. Regina parecía cada vez más desesperada por liberarse.

—Hum... ¿cuánto tiempo crees que te quedarás, mamá?

—No lo sé.

Jane levantó la mirada hacia Gabriel, que había tenido la prudencia de mantenerse fuera de la conversación. Vio el mismo destello de pánico en los ojos de él.

—Es posible que tenga que buscarme un sitio donde vivir —dijo Angela—. Mi propio apartamento.

—Aguarda, mamá. No puedes estar diciendo que nunca vas a regresar.

—Es exactamente lo que estoy diciendo. Voy a comenzar una nueva vida, Janie. —Miró a su hija e irguió el mentón con expresión desafiante. —Otras mujeres lo hacen. Dejan a sus maridos y se las arreglan muy bien. No los necesitamos. Podremos sobrevivir por nuestra cuenta.

—Mamá, no tienes trabajo.

—¿Qué crees que he estado haciendo durante los últimos treinta y

siete años? ¿Cocinando y limpiando para ese hombre? ¿Crees que alguna vez lo valoró? Solo viene a casa y se embucha lo que le pongo delante. No aprecia el trabajo y la atención que lleva. ¿Sabes cuántas personas me han dicho que debería abrir un restaurante?

De hecho, pensó Jane, sería un restaurante de primera. Pero no iba a decir nada para alentar esa locura.

—Así que ni se te ocurra decirme que no tengo trabajo. Mi trabajo era ocuparme de ese hombre y no he ganado nada con ello. . Por lo menos puedo hacer el mismo trabajo y que me paguen por él. —Abrazó a Regina con renovado vigor y la niña soltó un chillido de protesta. —Me quedaré por poco tiempo. Dormiré en el cuarto del bebé. En el suelo, no tengo problemas. Y la cuidaré cuando vosotros vayáis a trabajar. Se necesitan manos, sabes.

—Muy bien, mamá. —Jane suspiró y fue hasta el teléfono. —Si no quieres contarme qué sucede, tal vez me lo diga papá.

—¿Qué haces?

—Lo voy a llamar. Apuesto a que está listo para pedirte perdón. —Apuesto a que está hambriento y quiere que vuelva su chef personal. Levantó el auricular y marcó.

—No pierdas el tiempo —dijo Angela.

El teléfono sonó una vez, dos.

—Te lo aseguro, no va a responder. Ni siquiera está en casa.

—¿Dónde está, entonces? —preguntó Jane.

—En casa de ella.

Jane se paralizó, escuchando cómo el teléfono de la casa de sus padres sonaba y sonaba. Lentamente, colgó y se volvió hacia su madre.

—¿En la casa de quién?

—De ella. De la zorra esa.

—Por Dios, ma.

—Dios no tiene nada que ver con nada. —Angela inspiró hondo y se atragantó con un sollozo. Se meció hacia adelante, apretando a Regina contra su pecho.

—¿Papá está viendo a otra mujer?

Angela asintió en silencio. Levantó la mano para secarse la cara.

—¿Quién es? ¿A quién está viendo? —Jane se sentó para mirar a su madre a los ojos. —Mamá, ¿quién es?

—Una del trabajo... —susurró Angela.

—Pero si trabaja con un grupo de ancianos.

—Es nueva. Es... es... —La voz de Angela se quebró repentinamente. —Es más joven.

Sonó el teléfono.

Angela levantó la cabeza.

—No voy a hablar con él. Díselo.

Jane miró el número que aparecía en el visor digital, pero no lo reconoció. Tal vez era su padre, que llamaba desde el teléfono de ella.

—Habla la detective Rizzoli —dijo con aspereza.

Una pausa, luego:

—¿Mala noche, eh?

Y se está poniendo peor, pensó, al reconocer la voz del detective Darren Crowe.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Cosas horribles. Estamos en Beacon Hill. Tú y Frost tenéis que venir. Detesto ser el que te diga esto, pero...

—¿No te toca a ti esta noche?

—Nos toca a todos esta noche, Rizzoli. —Crowe sonaba más sombrío que nunca, sin un ápice de su sarcasmo habitual. En voz baja, dijo: —Es de los nuestros.

De los nuestros. Un policía.

—¿Quién? —preguntó Jane.

—Eve Kassovitz.

Jane se quedó sin habla. Sintió que perdía sensación en los dedos por apretar tanto el teléfono y pensó: La vi hace apenas unas horas.

—¿Rizzoli?

Jane carraspeó.

—Dime la dirección.

Cuando cortó, descubrió que Gabriel se había llevado a Regina a la otra habitación y Angela estaba sentada con los hombros encorvados y los brazos tristemente vacíos.

—Lo siento, mamá —dijo Jane—. Tengo que salir.

Angela se encogió de hombros con aire desmoralizado.

—Claro. Ve.

—Hablaremos a mi regreso. —Se inclinó para besar la mejilla de su madre y vio de cerca su piel flácida, sus ojos caídos. ¿En qué momento envejeció tanto mi madre?

Se abrochó la funda de la pistola alrededor de la cadera y cogió el abrigo del armario. Mientras se lo abotonaba, oyó que Gabriel decía:

—Qué mal momento para esto.

Se volvió para mirarlo.

¿Qué pasará cuando envejezca, como mi madre? ¿Tú también me dejarás por una mujer más joven?

—Puede que tarde bastante —dijo—. No me esperes despierto.

Once

Maura descendió de su Lexus y sus botas crujieron sobre el asfalto helado, rompiendo el hielo frágil como cristal. La nieve que se había derretido durante las horas más cálidas del día se había congelado otra vez en el viento helado que se había levantado por la noche y en la luz parpadeante de los vehículos policiales, todas las superficies resplandecían, resbaladizas y peligrosas. Vio que un policía avanzaba patinando sobre la acera, moviendo los brazos como aspas de molino para mantener el equilibrio y que la furgoneta de la Unidad de Escena del Crimen derrapaba al frenar, rozando ligeramente el paragolpes trasero de un coche patrulla aparcado.

—Con cuidado, doctora —le advirtió un patrullero desde el otro lado de la calle—. Ya se ha caído uno de los oficiales sobre el hielo. Creo que se ha quebrado la muñeca.

—Alguien debería echarle sal a esta calle.

—Sí. —El policía gruñó. —Alguien debería hacerlo. Porque el municipio no está cumpliendo con su tarea, esta noche.

—¿Dónde está el detective Crowe?

El policía agitó una mano enguantada hacia la hilera de elegantes casas adosadas.

—Número cuarenta y uno. Unas casas más hacia la esquina. Puedo acompañarla.

—No, estoy bien. Gracias. —Se interrumpió al ver que otro coche policial doblaba la esquina y derrapaba contra la acera. Contó al menos ocho vehículos policiales taponando la calle estrecha.

—Vamos a necesitar lugar para que la furgoneta de la morgue

pueda pasar —dijo Maura—. ¿Es necesario que estén todos estos coches aquí?

—Sí, lo es —respondió el policía. Su tono de voz hizo que Maura se volviera para mirarlo. A la luz de los vehículos, su cara estaba tallada en sombras. —Todos tenemos que estar aquí. Se lo debemos a ella.

Maura pensó en la escena de muerte de la Nochebuena, cuando Eve Kassovitz había estado doblada en dos, vomitando en la nieve de la calle. Recordó, también, cómo los policías se habían reído de la detective. Ahora que estaba muerta, las risitas habían sido reemplazadas por el sombrío respeto que merece todo policía caído.

El aliento del policía brotó en un soplido de furia.

—Su novio es nuestro, también.

—¿Es policía?

—Sí. Ayúdenos a encontrar a este asesino, doctora.

Maura asintió.

—Lo encontraremos. —Echó a andar por la acera, consciente, de pronto, de que todos los ojos debían de estar observando su avance; todos los policías habían notado su llegada. Conocían su coche; sabían quién era. Vio movimientos de cabeza entre las figuras que se apiñaban en las sombras, soltando vapor como fumadores furtivos. Sabían del triste propósito de su visita, así como también sabían que algún día, cualquiera de ellos podría ser el desafortunado objeto de su atención.

El viento de pronto levantó una nube de nieve y Maura entrecerró los ojos y bajó la cabeza para protegerse. Cuando la volvió a levantar, se encontró mirando a alguien a quien no había esperado ver allí. Del otro lado de la calle se encontraba el padre Daniel Brophy, hablando en voz baja con un joven policía que se había dejado caer contra un coche patrulla de la policía de Boston, como si estuviera demasiado débil para mantenerse erguido. Brophy pasó el brazo alrededor de los hombros del joven para consolarlo y el

policía se desmoronó contra él, sollozando, mientras Brophy lo abrazaba. Otros policías estaban allí cerca en un incómodo silencio, moviendo los pies, mirando el suelo, claramente incómodos con esa exhibición de dolor. Aunque Maura no podía escuchar las palabras que murmuraba Brophy, vio que el joven policía asentía y lo oyó responder algo con la voz ahogada por las lágrimas.

Jamás podría hacer lo que hace Daniel, pensó. Era mucho más fácil cortar carne muerta y taladrar un hueso que enfrentarse al dolor de los vivos. De pronto, Daniel levantó la cabeza y la vio. Por un instante, se quedaron inmóviles, mirándose. Luego ella se volvió y continuó su camino hacia la casa, donde una guirnalda de cinta policial flameaba desde la reja del porche. Él tenía su trabajo y ella, el suyo. Era hora de concentrarse. Pero mientras caminaba con la vista fija en la acera, pensaba en Daniel. En si seguiría allí cuando ella terminara con su trabajo. Y si estaba, ¿qué sucedería después? ¿Debía invitarlo a tomar un café? ¿La haría parecer demasiado audaz, demasiado desesperada? ¿Debía desearle las buenas noches y marcharse sola, como siempre?

¿Qué quiero que suceda?

Llegó a la casa y se detuvo en la acera para contemplar la elegante residencia de tres plantas. Adentro, todas las luces estaban encendidas. Unos escalones de ladrillo llevaban a una imponente puerta de entrada, en la que una aldaba de bronce relucía a la luz de farolas decorativas. A pesar de la época del año, no había decoraciones festivas en el porche. Era la única puerta de la calle que no tenía una corona. A través de los grandes ventanales salientes, Maura vio el brillo de fuego en el hogar, pero ningún parpadeo de luces navideñas.

—¿Doctora Isles?

Oyó el chirrido de bisagras de metal y miró al detective que acababa de abrir el portón de hierro a un costado de la casa. Roland Tripp era uno de los policías más viejos de la unidad de homicidios y esa noche decididamente representaba su edad. La luz de la farola le volvía amarillenta la piel y hacía resaltar sus párpados caídos y las bolsas debajo de sus ojos. A pesar de la abultada chaqueta de plumón, parecía tener frio y hablaba con la mandíbula apretada,

como tratando de que no le castañearan los dientes.

—La víctima está aquí detrás —dijo, sosteniendo el portón para hacerla pasar.

Maura entró y el portón se cerró tras ellos. Tripp la guió por un estrecho jardín lateral iluminándolo con su linterna. El sendero había sido despejado desde la última tormenta y los ladrillos estaban cubiertos solamente por una ligera capa de nieve traída por el viento. Tripp se detuvo y apuntó la linterna hacia el montículo de nieve acumulada en el borde del sendero. A una mancha roja.

—Esto fue lo que preocupó al mayordomo. Vio esta sangre.

—¿Hay un mayordomo aquí?

—Exacto. Hablamos de ese nivel de dinero.

—¿A qué se dedica? ¿El dueño de esta casa?

—Dice que es profesor de historia retirado. Enseñaba en el Boston College.

—No sabía que a los profesores de historia les iba tan bien.

—Debería ver lo que es adentro. Esta no es la casa de un profesor. Este tío tiene dinero de otro lado. —Tripp apuntó la linterna a la puerta lateral. —El mayordomo salió por aquí con una bolsa de basura. Caminó hacia eso cubos de allí cuando vio que el portón estaba abierto. En ese momento comienza a a sospechar que algo no está bien. Regresa y echa un vistazo al jardín. Ve la sangre y comprende que se trata de algo serio. Y nota que hay más sangre sobre estos ladrillos, hacia la parte posterior de la casa.

Maura observó el suelo.

—Arrastraron a la víctima por este sendero.

—Le enseñaré.. —El detective Tripp siguió hasta la parte posterior de la casa, donde había un pequeño patio. Iluminó con la linterna las losas cubiertas de hielo y los canteros, protegidos durante el invierno con ramas de pino. En el centro del patio había una

glorieta blanca. En el verano, sin duda sería un delicioso sitio donde pasar tiempo a la sombra, tomando café y respirando los aromas del jardín.

Pero la ocupante actual de la glorieta no respiraba.

Maura se quitó los guantes de lana y se colocó los de látex. No brindaban ninguna protección contra el viento helado que le calaba los huesos. Se agachó y corrió la sábana plástica con la que habían cubierto la figura caída.

La detective Eve Kassovitz estaba tendida de espaldas, con los brazos a los lados del cuerpo y el pelo rubio apelmazado con sangre. Vestía ropa oscura: pantalones de lana, un abrigo corto y botas negras. El abrigo desabotonado y el jersey a medio levantar dejaban al descubierto la piel manchada de sangre. Portaba su arma, que estaba enfundada y en su sitio. Pero Maura miraba su cara y lo que vio la hizo dar un respingo de horror. A la mujer le habían cortado los párpados, dejándole los ojos abiertos para siempre. Tenía rastros de sangre seca sobre ambas sienes, como lágrimas rojas.

—La vi hace solo seis días —dijo Maura—. En otra escena del crimen. —Levantó la mirada hacia Tripp. Él tenía la cara en sombras y Maura solo pudo ver su figura corpulenta que se elevaba delante de ella. —La de East Boston.

Tripp asintió.

—Eve llegó a la unidad hace pocas semanas. Estaba en Narcóticos y Vicios.

—¿Vive en este vecindario?

—No, doctora. Su apartamento está ubicado en Mattapan.

—¿Entonces qué hacía aquí en Beacon Hill?

—Ni siquiera su novio lo sabe. Pero tenemos algunas teorías.

Maura pensó en el joven policía a quien había visto sollozando en brazos de Daniel.

—¿Su novio es el policía que estaba con el padre Brophy?

—Ben lo ha tomado muy mal. Se enteró de la peor manera, también. Estaba de patrulla cuando oyó las conversaciones por radio.

—¿Y no sabe qué hacía ella aquí? ¿Vestida de negro y portando su arma?

Tripp vaciló, justo el tiempo suficiente como para que Maura lo notara.

—¿Detective Tripp? —insistió.

Tripp suspiró.

—Le hacíamos bromas pesadas. Ya sabe, por lo que sucedió en la Nochebuena. Puede que nos hayamos pasado un poco de la raya.

—¿Es porque vomitó en la escena del crimen?

—Sí. Sé que es una inmadurez. Pero es algo que nos hacemos unos a otros en la unidad, nada más. Nos molestamos, nos decimos cosas. Pero me temo que Eve se lo tomó de manera personal.

—Eso no explica qué hacía en Beacon Hill.

—Ben dijo que debido a todas esas bromas, estaba obsesionada con demostrar su valía. Creemos que estaba aquí investigando el caso. Si es así, no quiso contárselo a nadie del equipo.

Maura observó la cara de Eve Kassovitz. Los ojos que miraban fijamente. Con las manos enguantadas, hizo a un lado los mechones de pelo apelmazados por la sangre para revelar una laceración en el cuero cabelludo, pero no palpó ninguna fractura. El golpe que le había causado el corte en el cuero cabelludo no parecía lo suficientemente serio como para haberle provocado la muerte. Se concentró luego en el torso. Levantó el jersey con suavidad para dejar al descubierto la caja torácica y vio el sujetador manchado de sangre. La herida punzante penetraba en la piel justo debajo del esternón. La sangre ya estaba seca y formaba una costra congelada que cubría los márgenes de la herida.

—¿A qué hora la encontraron?

—Cerca de las diez de la noche. El mayordomo salió antes, a eso de las seis de la tarde, con una bolsa de basura y no la vio en ese momento.

—¿Sacó la basura dos veces esta noche?

—Había una cena para cinco personas en la casa. Mucha comida, mucha basura.

—O sea que la hora de muerte fue entre las seis y las diez de la noche.

—Exacto.

—¿Y cuándo la vio su novio con vida por última vez?

—A eso de las tres de la tarde. Justo antes de comenzar su turno.

—Tiene una coartada, entonces.

—Blindada. Su compañero estuvo con él todo el tiempo hasta la noche. —Tripp hizo una pausa. —¿Tiene que tomar la temperatura corporal o algo de eso? Porque ya tenemos la temperatura ambientel si la necesita. Diez grados bajo cero.

Maura observó la pesada ropa del cadáver.

—No voy a tomarle la temperatura rectal aquí. No quiero desvestirla en la oscuridad. El testigo ya ha delimitado la hora de la muerte. Siempre y cuando no se equivoque con las horas.

Tripp soltó un gruñido.

—Seguro que controló hasta los segundos. Debería ver a este mayordomo, Jeremy. Ahora entiendo el significado de meticuloso.

Una luz cortó la oscuridad. Maura levantó la vista y vio que se acercaba una silueta, barriendo el patio con la luz de la linterna.

—Hola, doc —dijo Jane—. No sabía que ya estabas aquí.

—Acabo de llegar. —Maura se puso de pie. En la penumbra, no podía ver la cara de Jane, solo la voluminosa aureola de su pelo. —No esperaba verte aquí. El que me llamó fue Crowe.

—Me llamó a mí también.

—¿Dónde está?

—Adentro, interrogando al dueño de la casa.

Tripp resopló.

—Claro. Está calentito allí dentro. Yo soy el que tiene que congelarse aquí afuera.

—Venga, Tripp —dijo Jane—. Parece que amas a Crowe tanto como yo.

—Uy, sí, un tío tan adorable. Con razón su antiguo compañero optó por la jubilación temprana. —Soltó un suspiro y el vapor caracoleó en la oscuridad. —Creo que deberíamos rotar a Crowe por la unidad. Distribuir un poco el sufrimiento. Turnarnos para tener que aguantar al Niño Bonito.

—Créeme, ya lo he aguantado más de lo que debería —respondió Jane. Miró a Kassovitz y su voz se suavizó. —Se comportaba como un imbécil con ella. ¿Fue idea de Crowe, verdad, el cubo que le dejaron en el escritorio?

—Sí —admitió Tripp—. Pero todos somos responsables, de algún modo. Tal vez no estaría aquí si... —Suspiró. —Tienes razón. Todos fuimos unos gilipollas.

—Dijo usted que vino aquí porque estaba trabajando en el caso —dijo Maura—. ¿Había una pista?

—O'Donnell —dijo Jane—. Era una de las invitadas a la cena.

—¿Kassovitz la estaba siguiendo?

—Mencionamos brevemente la posibilidad de vigilarla.. Fue solo una idea. En ningún momento me dijo que iba a hacer algo al

respecto.

—¿O'Donnell estaba aquí, en esta casa?

—Está adentro, todavía; la están interrogando. —Jane miraba otra vez el cadáver. —Diría que el admirador de O'Donnell le ha dejado otra ofrenda.

—Piensas que se trata del mismo asesino.

—Sé que es él.

—Se ve mutilación de los párpados, pero no hubo desmembramiento. Ni símbolos que hablen de rituales como en East Boston.

Jane miró a Tripp.

—¿No se lo has enseñado?

—Estaba a punto de hacerlo.

—¿Enseñarme qué? —preguntó Maura.

Jane movió la linterna y apuntó a la puerta trasera de la residencia. Lo que Maura vio la hizo sentir un escalofrío en la espalda. Sobre la puerta había tres cruces invertidas. Y debajo de ellas, dibujado con tiza roja, se veía un ojo.

—Diría que eso es obra de nuestro muchacho —dijo Jane.

—Podría tratarse de un imitador. Varias personas vieron esos símbolos en el dormitorio de Lori-Ann Tucker. Y los policías hablan.

—Si todavía necesitas que te convenzan... —Jane apuntó la linterna hacia el suelo, junto a la puerta. Sobre el escalón de granito que llevaba a la casa había un pequeño paquete envuelto en tela. —Lo desenvolvimos lo suficiente para ver qué había dentro —dijo Jane —. Creo que hemos encontrado la mano izquierda de Lori-Ann Tucker.

Una repentina ráfaga de viento sopló por el patio, levantando una

nube de nieve que se metió en los ojos de Maura, causándole ardor, y le congeló las mejillas. Las hojas secas se arremolinaron por el patio y la glorieta crujió y se estremeció.

—¿Has considerado la posibilidad de que este asesinato no tenga nada que ver con Joyce O'Donnell? —preguntó Maura en voz baja.

—Claro que tiene que ver con ella. Kassovitz la sigue hasta aquí. El asesino la ve y la elige como su siguiente víctima. Eso se relaciona con O'Donnell.

—O podría haber visto a Kassovitz en Nochebuena. Ella estuvo allí en la escena del crimen. Él podría haber estado vigilando la casa de Lori-Ann Tucker.

—¿Disfrutando de la acción, quiere decir? —preguntó Tripp.

—Sí. Disfrutando de haber sido el causante de todo el alboroto y de la presencia policial. Una gran sensación de poder.

—Entonces él sigue a Kassovitz hasta aquí —dijo Tripp—, ¿porque ella le llamó la atención aquella noche? Hostias, eso sí que cambia las cosas.

Jane miró a Maura.

—Significa que podría haber estado vigilando a cualquiera de nosotros. A estas alturas ya nos conocería las caras a todos.

Maura se inclinó y volvió a cubrir el cadáver con la sábana plástica. Con manos entumecidas y torpes, se quitó los guantes de látex y se colocó los de lana. —Me estoy congelando. No puedo hacer nada más aquí afuera. Deberíamos trasladarla a la morgue. Necesito descongelarme las manos.

—¿Ya has solicitado el traslado?

—Están en camino. Si no os molesta, creo que los esperaré en mi coche. Quiero salir de este viento.

—Creo que todos deberíamos salir de este viento —concordó Tripp.

Regresaron por el jardín lateral y salieron por el portón de hierro al brillo amarillento de la farola. Del otro lado de la calle, recortado contra las luces de los coches patrulla, había un grupo de policías. Daniel estaba entre ellos, más alto que los demás, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

—Puedes esperar adentro con nosotros —dijo Jane.

—No —respondió Maura, con los ojos fijos en Daniel—. Me quedaré en el coche.

Jane guardó silencio unos segundos. Ella también había visto a Daniel y seguramente había adivinado por qué Maura permanecía afuera.

—Si lo que buscas es calor, doc —dijo Jane—, no vas a encontrarlo aquí. Pero supongo que es tu decisión. —Palmeó el hombro de Tripp. —Venga, va. Entremos a ver cómo le está yendo al Niño Bonito. —Subieron los escalones e entraron en la casa.

Maura se detuvo sobre la acera y miró a Daniel. Él no parecía haber notado su presencia. Era una situación incómoda, con todos esos policías a su alrededor. ¿Pero de qué tenía que avergonzarse, en realidad? Estaba allí para hacer su trabajo, igual que él. Es lo más natural del mundo que dos conocidos se saluden.

Cruzó la calle hacia el círculo de policías. Solo entonces, Daniel la vio. Al igual que los demás hombres, que callaron al verla acercarse. Aunque Maura trataba con policías todos los días y los veía en las escenas del crimen, nunca se había sentido del todo cómoda con ellos y lo mismo les sucedía a ellos. La mutua incomodidad nunca resultó tan obvia como en ese momento, cuando sintió la mirada de los hombres sobre ella. Podía adivinar lo que estaban pensando. La gélida doctora Isles, siempre tan seria. O tal vez se sentían intimidados; tal vez su título de médica la separaba de ellos, la volvía inalcanzable.

O tal vez soy yo. Tal vez me temen a mí.

—La furgoneta de la morgue llegará en cualquier momento —dijo, abriendo la conversación de manera absolutamente profesional—.

Dejad espacio en la calle, por favor.

—Por supuesto, doctora —dijo uno de los policías con una tosecita.

Siguió un silencio, en el que los policías miraron hacia otro lado, miraron cualquier cosa menos a ella, mientras movían los pies sobre el asfalto helado.

—Muchas gracias —dijo Maura—. Esperaré en el coche. —No miró a Daniel, sino que simplemente se volvió y se alejó.

—¿Maura?

Se volvió al escuchar la voz de él y vio que los policías seguían mirando. Siempre hay público, pensó. Daniel y yo nunca estamos solos.

—¿Qué sabes hasta el momento? —preguntó él.

Ella vaciló, sintiendo el peso de las miradas.

—No mucho más que cualquier otro, por ahora.

—¿Podemos hablar del asunto? Si supiera más sobre lo que sucedió podría consolar mejor al agente Lyall.

—Es incómodo. No sé si...

—No tienes que decirme nada que no te sientas cómoda contando.

Maura vaciló.

—Sentémonos en mi coche. Está calle abajo.

Caminaron juntos, con las manos en los bolsillos y las cabezas gachas para protegerse de las ráfagas heladas. Maura pensó en Eve Kassovitz, tendida en el patio, en su cadáver helado, en la sangre que se congelaba en sus venas. En una noche así, con ese viento, nadie quería hacerles compañía a los muertos. Llegaron al coche y se subieron. Maura encendió el motor para encender la calefacción, pero el aire que brotaba de las rejillas no ofrecía nada de calidez.

—¿El agente Lyall era su novio? —preguntó.

—Está destrozado. No creo haber podido ser de mucho consuelo.

—No podría hacer tu trabajo, Daniel. No sé lidiar con el dolor.

—Pero lidias con él. Tienes que hacerlo.

—No en el nivel en que lo haces tú, cuando todavía está tan crudo, tan fresco. Yo soy la que esperan que les dé respuestas, no a la que llaman para recibir consuelo. —Lo miró. En la penumbra del coche él no era más que una silueta. —El último capellán del Departamento de Policía de Boston duró solamente dos años. Estoy segura de que el estrés contribuyó a su accidente cerebrovascular.

—El padre Roy tenía sesenta y cinco años, no lo olvides.

—Y parecía de ochenta, la última vez que lo vi.

—Pues atender llamados nocturnos no es fácil —admitió él; su aliento empañaba la ventana. —Tampoco es fácil para los policías. Ni para los médicos ni los bomberos. Pero no todo es malo —añadió con una risa suave—, ya que solo te veo cuando voy a las escenas del crimen.

Aunque Maura no podía leer sus ojos, sintió su mirada y se alegró de estar a oscuras.

—Solías venir a visitarme —dijo él—. ¿Por qué dejaste de hacerlo?

—Fui a la Misa del Gallo ¿no?

Él soltó una risita cansada.

—Todos aparecen para Navidad. Hasta los no creyentes.

—Pero estuve allí. No te estaba evitando.

—¿Es lo que has estado haciendo, Maura? ¿Evitándome?

Ella no respondió.

Durante unos segundos, se miraron en la penumbra del coche. El

aire de la calefacción apenas si se había calentado y Maura seguía con los dedos entumecidos, pero igualmente sintió que el calor le subía por las mejillas.

—Sé lo que sucede —dijo Daniel en voz baja.

—No tienes idea.

—Soy tan humano como tú, Maura.

De pronto ella rió; fue un sonido amargo.

—Vaya, qué cliché. El cura y la feligresa.

—No lo reduzcas a eso.

—Pero es que es un cliché. Seguramente ha sucedido mil veces, ya. Los curas y las amas de casa aburridas. Los curas y las viudas solitarias. ¿Es la primera vez para ti, Daniel? Porque te aseguro que es la primera vez para mí. —Súbitamente avergonzada por haber dirigido su irritación contra él, apartó la mirada. ¿Qué había hecho el, en realidad, salvo ofrecerle su amistad, su atención? Soy la arquitecta de mi propia infelicidad.

—Si te hace sentir mejor —dijo él en voz baja—, no eres la única que se siente triste.

Maura permaneció inmóvil mientras el aire brotaba con un silbido de la ventilación. Mantenía la mirada fija hacia adelante, sobre el parabrisas empañado por la condensación, pero todos sus otros sentidos estaban enfocados dolorosamente en Daniel. Aun si fuera ciega y sorda, sabría que él estaba allí, tan en sintonía estaba con cada aspecto de la presencia de él. Y con los latidos de su propio corazón y la efervescencia de su sistema nervioso. Había sentido una emoción perversa ante la admisión de él sobre su tristeza. Por lo menos no era la única que sufría, no era la única que no dormía de noche. En los asuntos del corazón, la tristeza ansía compañía.

Se oyeron unos golpes en la ventana. Maura se sobresaltó y al volverse, vio una silueta espectral junto al cristal empañado. Bajó la ventanilla y se encontró con la cara de un policía.

—¿Doctora Isles? Acaba de llegar la camioneta de la morgue.

—Gracias. Enseguida voy. —La ventanilla se cerró con un zumbido, dejando el cristal surcado de líneas acuosas. Maura apagó el motor y miró a Daniel. —Podemos elegir —dijo—. Podemos ser infelices los dos. O podemos seguir con nuestras vidas. Yo elijo seguir adelante. —Descendió del coche y cerró la puerta. Inspiró hondo y el aire helado le quemó la garganta. Pero también limpió su mente de cualquier vestigio de indecisión, dejándola clara y concentrada como un rayo láser sobre lo que tenía que hacer a continuación. Se alejó del coche sin mirar atrás. Una vez más, se encaminó por la acera, pasando de un charco de luz a otro, debajo de las farolas callejeras. Daniel había quedado atrás; por delante tenía a una mujer muerta. Y todos esos policías allí, ¿qué esperaban? ¿Respuestas que tal vez ella no pudiera darles?

Se apretó el abrigo contra el cuerpo, como para protegerse de esas miradas, pensando en la víspera de Navidad y en otra escena del crimen. En Eve Kassovitz, que aquella noche había salido a la calle a vaciar su estómago en la nieve. ¿Habría experimentado una premonición en cuanto a que ella misma sería el siguiente objeto de la atención de Maura?

Los policías se reunieron en silencio cerca de la casa mientras el equipo de la morgue trasladaba a Eve Kassovitz por el jardín lateral. Cuando la camilla sobre la que estaba el cadáver cubierto apareció por el portón de hierro, se formaron en una solemne fila azul, con las cabezas descubiertas bajo el viento gélido, para honrar a una de ellos. Aun después de que la camilla desapareció dentro del vehículo y se cerraron las puertas, no rompieron fila. Solo cuando las luces traseras se perdían en la noche volvieron a colocarse los gorros y comenzaron a dispersarse hacia sus coches.

Maura, también, estaba a punto de dirigirse a su coche cuando la puerta principal de la residencia se abrió. Ella levantó la mirada ante la calidez de la luz que brotó de la abertura y vio la silueta de un hombre.

—Disculpe. ¿Usted es la doctora Isles? —preguntó el sujeto.

—¿Sí?

—Al señor Sansone le gustaría invitarla a pasar adentro. Está mucho más cálido aquí y acabo de preparar café.

Maura vaciló al pie de los escalones, mirando la luz cálida que enmarcaba la figura del mayordomo. Estaba muy erguido y la observaba con una quietud estremecedora que la hizo pensar en una estatua que había visto una vez en una tienda de objetos para bromas, la de un mayordomo de papel maché que sostenía una bandeja con bebidas falsas. Dirigió la mirada hacia su coche. Daniel ya se había ido y ella no tenía nada por delante, salvo un viaje solitario hasta una casa vacía.

—Gracias —dijo y comenzó a subir los escalones—. Me vendría bien una taza de café.

Doce

Maura pasó a la calidez de la sala del frente, sintiendo la cara todavía entumecida por el viento helado. Cuando estuvo delante de la chimenea, aguardando a que el mayordomo notificara al señor Sansone, comenzó a recuperar la sensación en las mejillas; sintió la punzada agradable de la piel irrigada y tibia. Podía oír el murmullo de conversaciones en otra habitación: la voz del detective Crowe, elevándose con tono de interrogación, y unas respuestas más suaves, apenas audibles. La voz de una mujer. En el hogar, las chispas estallaban y el humo se elevaba y Maura se dio cuenta de que eran troncos reales, y no un fuego falso de gas como había imaginado. El cuadro medieval pintado al óleo que colgaba por encima de la chimenea bien podía ser auténtico también. Era un retrato de un hombre con túnica color rojo oscuro y un crucifijo dorado alrededor del cuello. Aunque no era joven y tenía hebras plateadas en el pelo, sus ojos ardían con un fuego juvenil. En la luz parpadeante del salón, esa mirada penetrante parecía tener vida.

Maura se estremeció y se apartó; se sentía extrañamente intimidada por la mirada de un hombre que seguramente había muerto hacía mucho tiempo. La habitación tenía otras curiosidades, otros tesoros para examinar. Vio sillones tapizados en seda rayada, un jarrón chino que relucía con la pátina de los siglos, una mesa auxiliar de palisandro sobre la cual había una caja para cigarros y una licorera de cristal. La alfombra bajo sus pies estaba gastada en un camino central, prueba de su antigüedad y de los innumerables zapatos que la habrían recorrido, pero los bordes relativamente intactos mostraban la calidad inconfundible de la lana gruesa y la pericia del hilado. Se miró los pies y vio que bajo ellos tenía un tapiz de enredaderas sobre una base roja que enmarcaban un unicornio descansando bajo unos árboles. De pronto se sintió culpable por pisar esa obra de arte. Pasó al suelo de madera y se acercó a la chimenea.

Una vez más, quedó frente al retrato que colgaba por encima de la repisa. Una vez más, levantó la mirada hacia los ojos penetrantes del sacerdote, ojos que parecían devolverle la mirada.

—Está en mi familia desde hace generaciones. ¿No es asombroso lo vívidos que todavía se ven los colores? Aun tras cuatro siglos.

Maura se volvió y quedó frente al hombre que acababa de entrar en la habitación. Lo había hecho tan silenciosamente que era como si simplemente se hubiera materializado detrás de ella y su sorpresa fue tal que no supo qué responder. El hombre estaba vestido con un jersey con cuello de cisne, lo que tornaba aún más llamativo el gris plata de su pelo. Sin embargo, su cara no demostraba más de cincuenta años. Si se hubieran cruzado casualmente por la calle, ella se hubiera quedado mirándolo porque sus facciones eran llamativas y le resultaban extrañamente conocidas. Vio una frente ancha y un porte aristocrático. Sus ojos oscuros reflejaban el brillo del fuego, y parecían estar iluminados desde dentro. Se había referido al retrato como una reliquia de familia y Maura vio de inmediato el parecido entre el retrato y el hombre real. Tenían los mismos ojos.

El hombre le tendió la mano.

—Hola, doctora Isles. Soy Anthony Sansone. —La miraba con tanta intensidad que ella se preguntó si se habrían visto con anterioridad.

No. Ciertamente recordaría a un hombre tan atractivo.

—Me da mucho gusto conocerla por fin —dijo, mientras le estrechaba la mano—, después de haber oído hablar tanto de usted.

—¿De quién?

—De la doctora O'Donnell.

Maura sintió que su mano se congelaba en la de él y la apartó abruptamente.

—No imagino por qué podría llegar a ser un tema de conversación.

—Ella no ha tenido más que elogios para con usted, créame.

—Me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque no puedo decir lo mismo de ella —respondió.

Él asintió, como si comprendiera.

—Puede resultar desagradable. Hasta que se tiene la oportunidad de conocerla. De valorar su percepción.

La puerta se abrió tan silenciosamente que Maura no la escuchó. Solo el tintineo suave de vajilla le hizo saber que el mayordomo había entrado en la habitación, trayendo una bandeja con tazas y una cafetera. Las dejó sobre una mesa auxiliar, miró a Sansone con aire interrogante y luego abandonó la sala. No habían cruzado una palabra; la única comunicación entre ambos había sido esa mirada y el movimiento afirmativo de cabeza que le siguió: el único vocabulario necesario entre dos hombres que evidentemente se conocían lo suficientemente bien como para prescindir de palabras innecesarias.

Sansone le hizo un ademán para que se sentara y Maura se sumergió en un sillón estilo imperio tapizado con seda rayada.

—Le pudo disculpas por confinarla a la salita delantera —dijo él—, pero el departamento de policía de Boston parece haberse apropiado de todas las otras habitaciones para llevar a cabo sus entrevistas. —Sirvió café y le alcanzó una taza. —¿Entiendo que ha examinado a la víctima?

—La he visto.

—¿Y qué piensa?

—Como sabrá, no puedo hacer comentarios.

Él se arrellanó en su asiento; se veía perfectamente a sus anchas contra el brocado azul y dorado.

—No me refiero al cadáver—aclaró—. Comprendo perfectamente por qué no puede hablar de sus hallazgos médicos. Me refería a la

escena en sí. La Gestalt del crimen.

—Debería preguntarle a la investigadora a cargo, la detective Rizzoli.

—Me interesan más sus impresiones.

—Soy médica. No detective.

—Pero intuyo que tiene una percepción particular de lo que sucedió esta noche en mi jardín. —Se inclinó hacia adelante, con los ojos oscuros fijos en los de ella. —¿Ha visto los símbolos dibujados sobre la puerta trasera?

—No puedo hablar de...

—Doctora Isles, no va a estar revelando nada. Yo vi el cadáver. La doctora O'Donnell, también. Cuando Jeremy encontró a la mujer, entró inmediatamente en la casa para contarnos.

—¿Y luego usted y O'Donnell salieron como turistas a echar un vistazo, pisoteando toda la escena?

—Si hay algo que no somos, es turistas.

—¿Se detuvieron a pensar en las pisadas que pudieron haber destruido? ¿En la evidencia que contaminaron?

—Comprendíamos perfectamente lo que estábamos haciendo. Teníamos que ver la escena del crimen.

—¿Tenían?

—Esta casa no es solo mi residencia. También es un sitio de reunión para colegas de alrededor del mundo. El hecho de que la violencia haya golpeado tan cerca nos inquieta.

—Descubrir un cadáver en el jardín inquietaría a cualquiera. Pero la mayoría de las personas no saldrían afuera con sus invitados a contemplarlo.

—Necesitábamos saber si se trataba de un mero acto de violencia.

—¿A diferencia de qué?

—De una advertencia, dirigida específicamente a nosotros. —Dejó su taza de café y concentró su atención tan intensamente sobre Maura que ella se sintió clavada al tapizado del sillón. —¿Ha visto los símbolos en la puerta? El ojo. ¿Las tres cruces invertidas?

—Sí.

—Entiendo que hubo otro asesinato en la víspera de Navidad. Otra mujer. Otra escena con cruces invertidas dibujadas sobre la pared del dormitorio.

No era necesario que Maura lo confirmara; ese hombre seguramente había leído la respuesta en su cara. Casi que podía sentir cómo sus ojos hurgaban dentro de ella y veían demasiado.

—Deberíamos hablar del asunto —insistió—. Ya conozco los detalles pertinentes.

—¿Cómo es que los conoce? ¿Quién se los ha contado?

—Gente en la que confío.

Maura soltó una risa de incredulidad.

—¿La doctora O'Donnell es una de esas personas?

—Por más que ella no sea de su agrado, es una autoridad en su campo. Piense en su obra sobre los asesinos en serie. Ella entiende a esos seres.

—Algunos dirían que se identifica con ellos.

—En algún nivel, es necesario hacerlo. Ella está dispuesta a meterse dentro de sus mentes. A examinar cada grieta.

De la misma manera en que Maura se había sentido examinada por la mirada de Sansone hacía solo unos instantes.

—Nadie como un monstruo para conocer a otro —comentó Maura.

—¿Realmente cree eso?

—En lo que respecta a Joyce O'Donnell, sí. Lo creo.

Él se inclinó hacia adelante y su voz se convirtió en un murmullo íntimo.

—¿Es posible que su aversión por Joyce sea puramente personal?

—¿Personal?

—¿Porque sabe tanto sobre usted? ¿Sobre su familia?

Maura se quedó mirándolo en silencio, estupefacta.

—Nos contó sobre Amalthea —dijo él.

—Pues no tenía ningún derecho de hacerlo.

—La encarcelación de su madre es un asunto de registro público. Todos sabemos lo que ha hecho Amalthea.

—Se trata de mi vida privada...

—Sí, y ella es uno de sus demonios personales. Lo entiendo.

—¿Y esto por qué le interesa a usted?

—Porque usted me interesa. Usted ha mirado al mal a los ojos. Lo ha visto en la cara de su madre. Sabe que está allí, en su linaje. Eso es lo que me fascina, doctora Isles: que usted proviene de un linaje tan violento y sin embargo, aquí está, trabajando del lado de los ángeles.

—Trabajo del lado de la ciencia y la razón, señor Sansone. Los ángeles no están involucrados.

—Muy bien, entonces no cree en los ángeles. ¿Pero cree en sus contrapartes?

—¿Se refiere a los demonios? —Maura rió. —Por supuesto que no.

Él la miró un instante, con expresión ligeramente decepcionada.

—En vista de que su religión parecen ser la ciencia y la razón, como ha dicho, ¿cómo explica la ciencia lo que sucedió en mi jardín esta noche? ¿Lo que le sucedió a esa mujer en la víspera de Navidad?

—Me está pidiendo que explique el mal.

—Sí.

—No puedo hacerlo. Tampoco puede la ciencia. Solamente existe.

Él asintió.

—Exactamente. Solamente existe y siempre ha estado con nosotros. Es una entidad real, que vive entre nosotros y nos acecha. Aguardando la oportunidad de alimentarse. La mayoría de las personas no tienen conciencia de él y no lo reconocen, aun cuando pasa junto a ellas por la calle y las roza. —Su voz se había convertido en un susurro. En el silencio momentáneo, Maura oyó el crepitar de las llamas en la chimenea, el murmullo de voces en la sala contigua. —Pero usted, sí —dijo—. Usted lo ha visto con sus propios ojos.

—Yo solo he visto lo que ha visto cualquier policía de homicidios.

—No estoy hablando de crímenes cotidianos. Personas que matan al cónyuge o narcotraficantes que matan a la competencia. Hablo de lo que usted veía en los ojos de su madre. El brillo. El destello. No de algo divino, sino lo opuesto.

Una corriente de aire gimió por el hueco de la chimenea, desparramando cenizas contra la pantalla de protección. Las llamas se estremecieron ante un intruso invisible. De pronto la habitación parecía fría, como si le hubieran succionado todo el calor y la luz.

—Comprendo perfectamente —prosiguió él— que no desee hablar sobre Amalthea. Heredar ese linaje es terrible.

—Ella no tiene nada que ver con quién soy yo —dijo Maura—. No me crió. Ni siquiera conocía su existencia hasta hace pocos meses.

—Sin embargo, el tema le causa sensibilidad.

Maura lo miró a los ojos.

—La verdad es que no me importa.

—Me resulta extraño que no le importe.

—No heredamos los pecados de nuestros padres. Ni sus virtudes.

—Algunos legados son demasiado poderosos como para ignorarlos. —Señaló el retrato que colgaba sobre la chimenea. —Dieciséis generaciones me separan de ese hombre. Sin embargo, no podré escapar de su legado. Nunca podré limpiarme por completo las cosas que hizo.

Maura observó el cuadro. Una vez más, le llamó la atención el parecido entre el hombre que estaba sentado a su lado y la cara sobre el lienzo.

—Mencionó que el retrato era una reliquia de familia.

—No es algo que me haya alegrado heredar.

—¿Quién era?

—Monsignore Antonino Sansone. Este retrato se pintó en Venecia en 1561. Cuando él estaba en la cima de su poder. O, también podría decirse, en lo más profundo de su depravación.

—¿Antonino Sansone? ¿Su mismo nombre?

—Soy su descendiente directo.

Maura miró el retrato con el ceño fruncido.

—Pero él era...

—Era sacerdote. Era lo que estaba a punto de decir, ¿verdad?

—Sí.

—Me tomaría toda la noche contarle su historia. En otra oportunidad, tal vez. Digamos nada más que Antonino no era un hombre piadoso. Les hacía cosas a los otros seres humanos que

harían que usted se cuestionara el significado de... —Se interrumpió. —No es un antepasado del que me enorgullezco.

—Sin embargo, tiene el retrato de él en su casa.

—Como recordatorio.

—¿De qué?

—Mírelo, doctora Isles. Se parece a mí, ¿no le parece?

—Inquietantemente.

—De hecho, podríamos ser hermanos. Por eso está colgado aquí. Para hacerme recordar que el mal tiene rostro humano, aun hasta un rostro agradable. Usted podría pasar caminando junto a ese hombre, ver que le sonríe y jamás imaginaría lo que está pensando sobre usted. Se puede estudiar una cara todo lo que se quiere, pero nunca se sabe realmente lo que hay detrás de la máscara. —Se inclinó hacia ella; su pelo reflejaba la luz del fuego como un casco de plata. —Son iguales a nosotros, doctora Isles —dijo en voz baja.

—¿Quiénes? Habla como si se tratara de una especie diferente.

—Tal vez lo sean. Vestigios de una época antigua. Solo sé que no son como nosotros. Y que la única manera de identificarlos es rastrear lo que hacen. Seguir el rastro de sangre, escuchar los gritos. Buscar lo que la mayoría de los departamentos de policía no notan porque están sobrepasados: los patrones. Nosotros buscamos más allá del ruido de fondo de los crímenes cotidianos, de los asesinatos de rutina, para encontrar los puntos de acceso. Buscamos las pisadas de los monstruos.

—¿A quiénes se refiere cuando dice “nosotros”?

—A los que estaban aquí esta noche.

—Sus invitados.

—Compartimos la creencia de que el mal no es solo un concepto. Es real y tiene una presencia física. Tiene una cara. —Hizo una pausa. —En algún momento de nuestras vidas, cada uno de nosotros lo ha

visto en carne propia.

Maura arqueó una ceja.

—¿A Satanás?

—Puede utilizar el nombre que desee. —Se encogió de hombros. —Han existido muchos nombres desde la antigüedad. Lucifer, Abigor, Samael, Mastema. Cada cultura tiene su nombre para el mal. Mis amigos y yo hemos tenido trato personal con él. Hemos visto su poder y se lo admito, doctora Isles: estamos asustados. —Su mirada se encontró con la de ella. —Esta noche más que nunca.

—Usted piensa que este asesinato que ocurrió en su jardín...

—Tiene que ver con nosotros. Con lo que hacemos aquí.

—¿Y qué es eso?

—Monitoreamos el trabajo de los monstruos. En nuestro país y en el resto del mundo.

—¿Un club de detectives de sillón? Eso es lo que entiendo. —La mirada de Maura se posó en el retrato de Antonino Sansone, que sin duda debía de costar una fortuna. Una sola mirada a la sala bastaba para darse cuenta de que ese hombre tenía dinero para despilfarrar a su antojo. Y tiempo para gastarlo en intereses excéntricos.

—¿Por qué mataron a esa mujer en mi jardín, doctora Isles? —preguntó él—. ¿Por qué elegir mi casa, y esta noche en particular?

—¿Piensa que se trata de vosotros y su club?

—Ha visto los dibujos sobre mi puerta. Y los de la escena del crimen del asesinato ocurrido en la Nochebuena.

—Y no tengo la menor idea de lo que significan.

—Las cruces invertidas son símbolos satánicos corrientes. Pero lo que me interesa es el círculo de tiza en la casa de Lori-Ann. El que estaba dibujado sobre el suelo de la cocina.

No tenía sentido negar los hechos; este hombre ya conocía los detalles.

—¿Qué significa el círculo, entonces?

—Podría tratarse de un anillo de protección. Otro símbolo tomado de rituales satánicos. Al dibujar ese círculo, Lori-Ann puede haber estado tratando de protegerse. De controlar a las mismas fuerzas a las que estaba invocando desde la oscuridad.

—Espere. ¿Piensa que la víctima lo dibujó, para ahuyentar al diablo? —Su tono de voz no dejaba ninguna duda sobre lo que pensaba de su teoría: el más absoluto disparate.

—Si realmente lo dibujó, entonces no tenía idea de qué estaba invocando ni a quién.

Las llamas de pronto crepitaron y se elevaron como una garra brillante. Maura se volvió al oír que se abría la puerta. Apareció la doctora Joyce O'Donnell y se detuvo, claramente sorprendida de ver a Maura. Luego su atención se desvió a Sansone.

—Qué afortunada soy. Tras dos horas de interrogatorio, las fuerzas del orden de Boston finalmente decidieron dejarme ir a casa. Anthony, tus cenas son asombrosas. Esta sí que fue una velada que jamás podrás superar.

—Esperemos que no —respondió Sansone—. Te daré tu abrigo. —Se puso de pie y abrió un panel de madera, revelando un armario oculto. Sacó el abrigo con terminaciones de piel de O'Donnell y ella deslizó los brazos dentro de las mangas con elegancia felina; su pelo rubio rozó las manos de él. Maura vio familiaridad en ese contacto momentáneo, una danza cómoda entre dos personas que se conocían bien.

Muy bien, quizá.

Mientras se abotonaba el abrigo, O'Donnell posó la mirada sobre Maura.

—Hace tiempo que no nos veíamos, doctora Isles —dijo—. ¿Cómo está su madre?

Siempre apunta directo a la yugular. No permitas que vea que te ha hecho brotar sangre.

—No tengo idea —respondió Maura.

—¿No ha vuelto a visitarla?

—No. Pero seguramente ya lo sabe.

—Terminé mis entrevistas con Amalthea hace más de un mes. No la he vuelto a ver desde entonces. —Lentamente, O'Donnell se colocó los guantes de lana sobre sus dedos largos y elegantes. —Estaba bien cuando la vi por última vez, por si le interesa.

—No, no me interesa.

—La hacen trabajar en la biblioteca de la cárcel, actualmente. Se ha vuelto muy estudiosa. Lee todos los libros de psicología que encuentra. —O'Donnell hizo una pausa mientras le daba un último tirón al guante. —Si hubiera tenido la oportunidad de ir a la universidad, habría sido una estrella.

En cambio, mi madre eligió un camino diferente. El de una depredadora, una carnicera. Por más que Maura se esforzara para distanciarse de ella, por más profundamente que enterrara cualquier pensamiento sobre Amalthea, no podía mirarse en el espejo sin ver los ojos de su madre, la mandíbula de su madre. El monstruo la miraba desde el espejo.

—Su caso ocupará un capítulo entero de mi próximo libro —dijo O'Donnell—. Si en algún momento desea sentarse a conversar conmigo, sería una gran contribución a la historia de ella.

—No tengo absolutamente nada que agregar.

O'Donnell se limitó a sonreír, como si hubiera estado esperando el desaire.

—Siempre vale la pena preguntar —dijo, y miró a Sansone. —Una mirada lenta, como si tuviera algo más que decir, pero no pudiera decirlo en presencia de Maura. —Buenas noches, Anthony.

—¿Quieres que le pida a Jeremy que te siga hasta tu casa, para

estar seguros?

—De ninguna manera. —Le dirigió una sonrisa que a Maura le pareció decididamente coqueta. —Sé cuidarme sola.

—Estas son circunstancias diferentes, Joyce.

—¿Tienes miedo?

—Estaríamos locos si no lo tuviéramos.

Ella se pasó la bufanda por alrededor del cuello en un gesto teatral que enfatizaba que ella, al menos, no pensaba permitir que algo tan trivial como el miedo la detuviera.

—Te llamaré mañana.

Él abrió la puerta, permitiendo que entrara una ráfaga de aire gélido, un remolino de copos de nieve que cayeron como brillantina sobre la alfombra antigua.

—Cuídate —dijo. Aguardó en la puerta, mientras O'Donnell se dirigía a su coche. No cerró la puerta hasta que ella se hubo ido. Luego, se volvió nuevamente hacia Maura.

—Entonces ustedes piensan que estan del lado de los ángeles —observó Maura.

—Creo que es así.

—¿Y ella de qué lado está?

—Sé que a la policía ella no le cae bien. Es su trabajo como testigo para la defensa enfrentarse a la fiscalía. Pero hace tres años que conozco a Joyce. Sé cuál es su postura.

—¿Puede estar realmente seguro? —Maura cogió su abrigo, que había dejado sobre el respaldo de un diván. Él no intentó ayudarla; tal vez intuía que, a diferencia de O'Donnell, Maura no estaba de humor para galanterías. Mientras se abotonaba el abrigo, ella sintió que dos pares de ojos la observaban. El retrato de Antonino Sansone también la estaba mirando; sus ojos penetrantes atravesaban la

niebla de cuatro siglos y Maura no pudo evitar dirigirle una mirada al hombre cuyas acciones, tantos años antes, todavía estremecían al descendiente que compartía su nombre.

—Dice usted que ha mirado al mal a los ojos —dijo Maura, volviéndose hacia su anfitrión.

—Ambos lo hemos hecho.

—Entonces a estas alturas ya debe de saber que se disfraza muy, pero muy bien —replicó.

Salió de la casa e inspiró aire que resplandecía en la niebla congelada. La acera se extendía delante de ella como un río oscuro; las farolas formaban pálidas islas de luz. Un coche patrulla de la policía de Boston estaba aparcado del otro lado de la calle, con el motor encendido y Maura vio la silueta de un agente detrás del volante. Levantó la mano en un saludo.

Él le devolvió el gesto.

No hay motivos para estar nerviosa, pensó, mientras echaba a andar. Tengo el coche a pocos metros de aquí y hay un policía cerca. Sansone también estaba allí. Se volvió hacia la casa y vio que él seguía sobre los escalones, observándola. De todos modos, sacó las llaves del coche y mantuvo el pulgar sobre el botón de pánico. Mientras avanzaba por la acera, escudriñaba las sombras, buscando el más leve movimiento. No fue hasta que estuvo dentro del coche y trabó las puertas que sintió que la tensión de sus hombros se aflojaba.

Es hora de ir a casa. Y de tomarme una copa.

Cuendo entró en su casa, encontró dos mensajes nuevos en el contestador. Fue a la cocina primero, a servirse una copa de brandi y luego volvió a la sala con su bebida y pulsó INICIO. Al escuchar la voz, se inmovilizó.

—Soy Daniel. No me importa lo tarde que sea cuando escuches esto. Llámame, por favor. Detesto pensar que tú y yo... —Una pausa. —Tenemos que hablar, Maura. Llámame.

Ella no se movió, permaneció allí, aferrando la copa con dedos

entumecidos, mientras la cinta pasaba al siguiente mensaje.

—Doctora Isles, habla Anthony Sansone. Solo quería asegurarme de que hubiera llegado bien a su casa. Llámeme y hágamelo saber ¿sí?

El aparato enmudeció. Maura inspiró, cogió el teléfono y marcó.

—Residencia Sansone. Habla Jeremy.

—Soy la doctora Isles. ¿Podría...?

—Qué tal, doctora Isles. Ya le aviso.

—Solo dígale que ya estoy en casa.

—Sé que querría que se lo dijera usted.

—No es necesario que lo moleste. Buenas noches.

—Buenas noches, doctora.

Maura colgó y dejó la mano sobre el receptor, lista para hacer la segunda llamada.

Un golpe sonoro en el porche la sobresaltó. Fue hasta la puerta principal y encendió la luz del porche. Afuera, el viento arremolinaba la nieve polvo. Sobre el porche, un carámbano caído se había partido en esquirlas, como un puñal quebrado. Apagó la luz pero se quedó junto a la ventana y observó el paso de un camión municipal que desparramaba arena sobre la calle helada.

Regresó al sofá y contempló el teléfono mientras terminaba la copa de brandi.

Tenemos que hablar, Maura. Llámame.

Dejó la copa, apagó la lámpara y se fue a dormir.

Trece

22 de julio. Fase de la luna: Cuarto creciente.

La tía Amy está junto a los fuegos, revolviendo un guisado, con expresión contenta como la de una vaca. En este día tormentoso, con nubes oscuras en el oeste, parece no notar el gruñido de los truenos. En el mundo de mi tía, todos los días son soleados. No ve el mal, no le teme al mal. Es como el ganado que engorda comiendo trébol en la granja que está más abajo por el camino: los animales no saben nada del matadero. No ve que más allá del brillo de su propia felicidad, el precipicio se abre a sus pies.

No se parece en nada a mi madre.

La tía Amy se aparta de la cocina y anuncia:

—Ya casi está la cena.

—Pondré la mesa —digo y me dirige una sonrisa agradecida. Cuesta tan poco complacerla. Mientras dispongo los platos y servilletas sobre la mesa y coloco los tenedores con los dientes hacia abajo, a la manera francesa, siento su mirada afectuosa sobre mí. Solo ve a un chico callado y agradable; es ciega en cuanto a quién soy realmente.

Solo mi madre lo sabe. Mi madre puede rastrear nuestro linaje hacia atrás hasta llegar a los Hyksos, que gobernaron Egipto desde el norte en el tiempo en que el Dios de la Guerra era sagrado. "La sangre de los antiguos cazadores corre por tus venas", decía mi madre. "Pero es mejor no hablar nunca de eso porque la gente no lo comprenderá".

Hablo poco cuando nos sentamos a cenar. La familia conversa como para llenar cualquier silencio. Hablan sobre lo que ha hecho Teddy en el lago hoy, sobre lo que ha escuchado Lily mientras estaba en la casa de

Lori-Ann. Sobre la cantidad de tomates que tendrán para cosechar en agosto.

Cuando hemos terminado de comer, el tío Peter propone:

—¿Quién quiere ir al pueblo a tomar un helado?

Soy el único que elige quedarse en casa.

Observo desde la puerta principal cómo se aleja el coche. En cuanto desaparece cuesta abajo, subo la escalera y entro en el dormitorio de mis tíos. He estado esperando la oportunidad para explorarlo. La habitación huele a lustrador para madera con fragancia a limón. La cama está tendida pulcramente, pero hay detalles de desorden -los vaqueros de mi tío sobre una silla, algunas revistas sobre la mesa de noche- que confirman que en esa habitación vive gente real.

En el baño, abro el botiquín y encuentro, entre los clásicos medicamentos para dolor de cabeza y resfriados, una receta de dos años extendida a nombre del doctor Peter Saul.

"Valium, 5 mg.". Tomar una píldora tres veces por día según necesidad para el dolor de espalda".

Quedan por lo menos una docena de pastillas dentro del envase.

Regreso al dormitorio. Abro los cajones de la cómoda y descubro que los sujetadores de mi tía son talla 36B, que su ropa interior es de algodón y que mi tío usa calzoncillos tamaño mediano. En un cajón inferior encuentro también una llave. Es demasiado pequeña para una puerta. Creo que sé qué es lo que abre.

Abajo, en el estudio de mi tío, inserto la llave en una cerradura y la puerta del armario se abre. En el estante interior está su pistola. Es antigua, heredada de su padre, razón por la cual no se ha deshecho de ella. Nunca la saca; creo que le tiene un poco de miedo.

Cierro el armario y devuelvo la llave al cajón.

Una hora más tarde, oigo el coche en la entrada y bajo para saludarlos cuando entran en la casa.

La tía Amy sonríe cuando me ve.

—Lamento tanto que no hayas venido con nosotros. ¿Te has aburrido mucho?

Catorce

El chillido de los frenos de aire del camión despertó a Lily Saul. Levantó la cabeza, gimió por el dolor en el cuello y parpadeó con ojos soñolientos mientras miraba pasar la campiña. Amanecía y la bruma matinal era un vapor dorado sobre las colinas con viñedos y huertos cubiertos de rocío. Deseó que los pobres Paolo y Giorgio hubieran llegado a un sitio así de bello; si alguien merecía el paraíso, eran ellos.

Pero yo no los veré allí. Esta será mi única oportunidad de estar en el paraíso. Aquí, ahora. Un momento de paz, infinitamente dulce porque sé que no durará.

—Has despertado, por fin —dijo el conductor en italiano, mirándola con sus ojos oscuros. La noche anterior, cuando se había detenido a la vera del camino en las afueras de Florencia para ofrecerse a llevarla, ella no había tenido la oportunidad de mirarlo. Ahora, con la luz matutina que entraba en diagonal dentro de la cabina del camión, vio facciones toscas, una frente prominente y barba de un día sobre su mandíbula. Podía leer muy bien su mirada. ¿Lo haremos o no, signorina? Las chicas estadounidenses eran fáciles. Las subes a tu vehículo, les ofreces un sitio donde dormir y se acostarán contigo.

Cuando el Infierno se congele, pensó Lily. No era que no se hubiese acostado con uno o dos desconocidos. O tres, cuando había tenido que tomar medidas desesperadas. Pero esos hombres habían tenido sus encantos y le habían ofrecido lo que había necesitado desesperadamente en aquel momento: no un techo, sino el consuelo de los brazos de un hombre. La oportunidad de disfrutar la breve pero hermosa ilusión de que alguien podía protegerla.

—Si necesitas dónde alojarte —dijo el conductor—, tengo un apartamento en la ciudad.

—Gracias, pero no.

—¿Tienes dónde ir?

—Tengo... amigos. Me han invitado a quedarme con ellos.

—¿En qué dirección de Roma? Te dejaré allí. —Él sabía que estaba mintiendo. La estaba poniendo a prueba. —De verdad. No es molestia.

—Déjame en la estación de tren. Viven cerca de allí.

El volvió a mirarla. A Lily no le gustaban sus ojos. Veía maldad allí, como el brillo de una víbora enrollada que podía atacar en cualquier momento.

Súbitamente, él se encogió de hombros y sonrió, como si no le importara en absoluto.

—¿Ya has estado en Roma?

—Sí.

—Hablas italiano muy bien.

Pero no lo suficientemente bien, pensó ella. Abro la boca y saben que soy extranjera.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad?

—No lo sé. —Hasta que ya no sea seguro. Hasta que pueda planear mi próxima mudanza.

—Si en algún momento necesitas ayuda me puedes llamar. —Sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y se la entregó. —Ahí tienes el número de mi móvil.

—Te llamaré un día de estos —dijo Lily, mientras dejaba caer la tarjeta dentro de la mochila. Que se aferrara a su fantasía. Le daría menos trabajo cuando ella se marchara.

En la Stazione Termini de Roma, descendió del camión y lo saludó

con la mano. Sintió la mirada de él sobre ella mientras cruzaba la calle hacia la estación. No miró hacia atrás, sino que ingresó directamente en el edificio. Allí, detrás de las ventanas, se volvió para observar el camión. Lo vio allí, esperando. Vamos, pensó. Aléjate de mí de una vez.

Detrás del camión, un taxi hizo sonar la bocina; solo entonces el camión se puso en movimiento.

Lily salió de la estación y paseó por la Piazza della Repubblica, donde se detuvo, aturdida por la multitud, por el calor y el ruido y los gases de los vehículos. Justo antes de abandonar Florencia, se había detenido en un cajero automático y había sacado trescientos euros, por lo que se sentía adinerada. Si era cuidadosa, podría hacerlos durar dos semanas. Viviría a pan, queso y café, se alojaría en los hoteles turísticos más modestos. Ese era el vecindario donde conseguir alojamiento barato. Y con las hordas de turistas extranjeros que entraban y salían de la estación, pasaría fácilmente inadvertida.

Pero tenía que ser cautelosa.

Se detuvo afuera de una tienda de artículos varios y pensó en cuál sería la manera más fácil de alterar su aspecto. ¿Un tinte? No. En la tierra de las bellezas morenas, era mejor mantener el pelo oscuro. Un cambio de ropa, tal vez. Para dejar de verse tan norteamericana. Cambiaría los vaqueros por un vestidito barato. Entró en una tienda polvorienta y salió media hora más tarde enfundada en un vestido azul de algodón.

En un arrebato de extravagancia, se permitió un enorme plato de espaguetis a la boloñesa, su primera comida caliente en dos días. La salsa era mediocre y los fideos estaban demasiado cocidos, pero devoró todo el plato y capturó todo rastro de carne con el pan viejo. Luego, con la barriga llena, y el calor sobre los hombros, buscó, soñolienta, un hotel. Encontró uno en una callecita lateral sucia. Unos perros habían dejado sus malolientes recuerdos cerca de la puerta de entrada. De las ventanas colgaba ropa en el viento y en la acera había un cubo de basura, invadido por moscas, del que rebosaban basura y trozos de vidrio.

Perfecto.

La habitación que tomó daba a un sombrío patio interior. Mientras se desabotonaba el vestido, contempló cómo un gato flacucho se abalanzaba sobre algo demasiado pequeño como para que ella pudiera verlo. ¿Una cinta? ¿Un ratón condenado?

En ropa interior, se tendió sobre la cama despareja y escuchó el traqueteo de los aires acondicionados en el patio, las bocinas de la calle y el rugido de los autobuses de la Ciudad Eterna. Una ciudad de cuatro millones es un buen sitio donde ocultarme por un tiempo, pensó. A nadie le será fácil encontrarme aquí.

Ni siquiera al diablo.

Quince

La casa de Edwina Felway estaba ubicada en el suburbio de Newton. Se encontraba al borde del Club de Campo Braeburn, cubierto por la nieve, y miraba al brazo este del arroyo Cheesecake, que ahora era una cinta de hielo reluciente. Si bien no era la casa más grande en esa calle de imponentes residencias, sus encantadoras excentricidades la diferenciaban de sus vecinas más señoriales. Gruesos tallos de glicina habían trepado por las paredes de piedra y colgaban allí como dedos artríticos, aguardando que la primavera les entibiara las articulaciones abultadas y les sonsacara flores. Enmarcada por uno de los gabletes, una ventana redonda de vidrio de colores espiaba como un ojo multicolor. Debajo del techo de pizarra, los carámbanos resplandecían como dientes puntiagudos. En el jardín delantero, unas esculturas erguían sus cabezas con incrustaciones de hielo, como si emergieran de una hibernación en la nieve: un hada alada en vuelo. Un dragón, con su aliento de fuego temporariamente apagado. Una damisela esbelta con corona de flores que el invierno había transformado en gotas de nieve.

—¿Qué opinas? —preguntó Jane, observando la casa a través de la ventanilla del coche. —¿Dos millones? ¿Dos y medio?

—¿En este vecindario, justo al lado del campo de golf? Me inclinaría más hacia cuatro millones.

—¿Por esa casona antigua y extraña?

—No creo que sea tan antigua.

—Pues alguien se ha tomado mucho trabajo para que lo parezca.

—Tiene una atmósfera especial, diría.

—Exacto. El hogar de los Siete Enanitos. —Jane enfiló por la

entrada y aparcó junto a una camioneta. Cuando pisaron los adoquines protegidos de la nieve con arena, notó que en el tablero de la camioneta había un adhesivo de identificación de discapacitados. Espió por la ventana trasera y vio un elevador para silla de ruedas.

—¡Hola! ¿Sois los detectives? —dijo una voz sonora—. La mujer que saludaba de pie desde el porche no padecía ninguna discapacidad.

—¿Señora Felway? —dijo Jane.

—Sí. Y usted debe ser la detective Rizzoli.

—Y éste es mi compañero, el detective Frost.

—Cuidado con los adoquines, están resbaladizos. Trato de arenar la entrada por si tengo visitas, pero en realidad nada supera los zapatos prácticos. —Práctico era una palabra que claramente describía la ropa de Edwina Felway, notó Jane, mientras subía los escalones para estrechar la mano de la mujer. Edwina vestía una chaqueta de tweed amplia, pantalones de lana y botas de goma, el atuendo de una mujer de campo inglesa, un rol que ciertamente parecía cumplir, desde su acento hasta las botas verdes de jardín. Aunque debía rondar los sesenta años, tenía un porte erguido y firme como un árbol, una cara agradable, enrojecida por el frío, y hombros anchos como los de un hombre. Llevaba el pelo canoso, cortado en estilo paje, sujetado hacia atrás con pasadores de carey, lo que exponía una cara de pómulos prominentes y ojos azules de mirada directa. No necesitaba maquillaje; era llamativa sin él.

—He puesto la tetera —dijo, mientras los hacía pasar dentro de la casa—, por si os apetece un té.

Cerró la puerta, se quitó las botas y se calzó unas pantuflas gastadas sobre las medias. Desde arriba se oían los ladridos entusiastas de perros. Perros grandes, a juzgar por el ruido.

—Los he encerrado en el dormitorio. No son muy disciplinados con los desconocidos. Y además, son muy intimidantes.

—¿Quiere que nos quitemos los zapatos? —preguntó Frost.

—Hombre, olvidaos del asunto. Los perros entran y salen todo el tiempo y traen arena. No puedo preocuparme por el suelo. Venga, dadme vuestros abrigos.

Mientras Jane se quitaba la chaqueta, no pudo evitar mirar hacia el techo que se arqueaba por encima de ellos. Las vigas abiertas eran como las de una estancia medieval. La ventana redonda de cristales de colores que ella había visto afuera, brillaba en un círculo de luz color caramelo. Hacia donde mirara, en cada pared, se veían rarezas. Un nicho con una Virgen de madera, decorada en dorado y vidrio multicolor. Un tríptico ortodoxo ruso pintado con colores de joyas. Estatuillas talladas de animales y mantillas tibetanas y una fila de bancos de iglesia de roble. Contra una pared vio un tótem estadounidense que llegaba hasta el techo de doble altura.

—Vaya —comentó Frost—. Qué interesante todo lo que tiene aquí, señora.

—Mi marido era antropólogo. Y coleccionista, hasta que nos quedamos sin espacio donde poner las cosas.— Señaló una cabeza de águila que miraba ferozmente desde la cima del tótem. —Ese era su objeto preferido. Tenemos todavía más cosas guardadas. Seguramente todo vale una fortuna pero siento cariño por cada pieza horrenda y no soy capaz de deshacerme de ninguna.

—Y su marido está...

—Muerto. —Lo dijo sin vacilación. Un mero hecho de la vida. —Era bastante mayor que yo. Hace años que soy viuda, ya. Pero tuvimos unos buenos quince años juntos. —Colgó los abrigos de los detectives y Jane vio, dentro del armario repleto, un bastón de ébano con un cráneo humano en el extremo. De esa monstruosidad, pensó, me hubiera deshecho hace mucho tiempo.

Edwina cerró la puerta del armario y los miró.

—Estoy segura de que debéis estar muy ocupados con esta investigación. Así que hemos pensado en haceros las cosas un poco más fáciles.

—¿Más fáciles?

El chillido de la tetera hizo que Edwina mirara hacia el pasillo.

—Vayamos a sentarnos en la cocina —dijo y los guió hacia allí, arrastrando las gastadas pantuflas sobre el suelo de roble. —Anthony nos advirtió que tendríais muchas preguntas, por lo que os hemos trazado una línea completa de tiempo. Con todo lo que recordamos de anoche.

—¿El señor Sansone habló del asunto con usted?

—Me llamó anoche, para contarme todo lo que sucedió después de que me marché.

—Qué pena. Habría sido mejor si no hubiera hablado con él.

Edwina se detuvo en el pasillo.

—¿Por qué? ¿Para que podamos abordar esto como ciegos? Si queremos colaborar con la policía tenemos que estar seguros de cómo ocurrieron los hechos.

—Prefiero que los testigos declaren de manera individual.

—Créame, cada uno de los miembros de nuestro grupo es muy independiente. Tenemos nuestras opiniones personales. A Anthony no le gustaría que fuera de otro modo. Es por eso que funcionamos tan bien juntos.

El silbido del hervidor se cortó abruptamente y Edwina miró hacia la cocina.

—Ah, parece que él la ha quitado del fuego.

¿Él? ¿Quién más estaba en la casa?

Edwina entro rápidamente en la cocina y dijo:

—Deja, lo haré yo.

—Está bien, Winnie, ya he llenado la tetera. ¿Querías el té irlandés,

verdad?

En una silla de ruedas, de espaldas a las visitas, había un hombre. Allí estaba el dueño de la camioneta que estaba en la entrada. Hizo girar la silla para saludarlos y Jane vio pelo oscuro lacio y gafas con gruesas monturas de carey. Los ojos que se encontraron con los de ella eran penetrantes y curiosos. Parecía lo suficientemente joven como para ser hijo de Edwina, de no más de veinticinco o veintiséis años. Pero hablaba con acento estadounidense y no existía ningún parecido familiar entre la vigorosamente saludable Edwina y ese muchacho pálido.

—Os presentaré —dijo Edwina—: Ellos son los detectives Frost y Rizzoli. Y él es Oliver Stark.

Jane lo miró con el entrecejo fruncido.

—Usted era uno de los invitados de anoche, en la casa de Sansone.

—Sí. —Oliver hizo una pausa, estudiando la expresión de Jane. —¿Es un problema?

—Queríamos hablar con cada uno por separado.

—No les ha caído bien que ya hayamos hablado del caso entre nosotros —le informó Edwina.

—¿Acaso no fue lo que predije, Winnie?

—Pero es que es más eficiente cerciorarse de los detalles entre todos. Ahorra tiempo a todo el mundo. —Edwina fue hasta la mesa de la cocina y recogió una pila de periódicos, que iban desde el Bangkok Post hasta el Irish Times. Los trasladó a una encimera y luego movió dos sillas. —Sentémonos. Iré arriba a traer la carpeta.

—¿La carpeta? —preguntó Jane.

—Por supuesto que ya tenemos una carpeta. Anthony pensó que querríais tener copias. —salió de la cocina y escucharon cómo subía vigorosamente por la escalera.

—Es como una secuoya poderosa, ¿verdad? —comentó Oliver—. No

sabía que había secuoyas tan grandes en Inglaterra. —Hizo rodar su silla hasta la mesa de la cocina y los invitó con un ademán a unirse a él. — Sé que esto va en contra todo aquello en lo que vosotros los policías creéis y todo eso. Pero de verdad que es más eficiente. Además, hicimos una teleconferencia con Gottfried esta mañana, por lo que recibiréis tres declaraciones de testigos al mismo tiempo.

—¿Se refiere a Gottfried Baum? —dijo Jane—. ¿El cuarto invitado a la cena?

—Sí. Tenía que coger un vuelo de regreso a Bruselas anoche, razón por la cual Edwina y él se marcharon temprano de la cena. Lo llamamos hace unas horas para comparar notas. Todos nuestros recuerdos concuerdan bastante —Miró a Jane con una sonrisita tenue. —Puede que sea una de las únicas veces en la historia en que todos estamos de acuerdo sobre algo.

Jane suspiró.

—Verá, señor Stark...

—Nadie me llama así. Soy Ollie.

Jane se sentó para que sus ojos quedaran al mismo nivel que los de él. Ollie la miraba con expresión ligeramente divertida y eso la irritaba. Su mirada decía: Soy inteligente y lo sé muy bien. Ciertamente más inteligente que una mujer policía. También la irritaba el hecho de que probablemente fuera cierto; tenía aspecto de ser el típico chico genio con el que temías sentarte en la clase de matemáticas. El chico que entregaba su examen de álgebra mientras todos los demás seguían luchando con el primer problema.

—No estamos tratando de arruinar su protocolo habitual —explicó Oliver—. Solo queremos colaborar. Y podemos ayudarla si trabajamos juntos.

Arriba, los perros ladraban y sus uñas repiqueteaban sobre el suelo ida y vuelta mientras Edwina los hacía callar. Se oyó el golpe de una puerta.

—Podéis ayudarnos respondiendo a nuestras preguntas —dijo Jane.

—Creo que no comprende.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Lo útiles que podemos serle. Nuestro grupo.

—Claro. El señor Sansone me contó sobre su pequeño club de lucha contra el crimen.

—Es una sociedad, no un club.

—¿Y cuál es la diferencia? —quiso saber Frost.

Oliver lo miró.

—La seriedad, detective. Tenemos miembros en todo el mundo. Y no somos aficionados.

—¿Eres profesional de las fuerzas del orden público, Ollie? —preguntó Jane.

—En realidad, soy matemático. Pero mi verdadero interés es la simbología.

—¿Cómo dices?

—Interpreto símbolos. Sus orígenes y sus significados, tanto los aparentes como los que están ocultos.

—Ajá. ¿Y la señora Felway?

—Es antropóloga. Acaba de unirse a nosotros. Vino muy recomendada por nuestra sucursal de Londres.

—¿Y el señor Sansone? Él sí que no pertenece a las fuerzas del orden.

—Pero es casi lo mismo.

—Nos dijo que era académico retirado. Profesor de historia en el Boston College. Eso no me suena a policía.

Oliver rió.

—Es típico de Anthony restarse importancia.

Edwina regresó a la cocina, trayendo una carpeta de archivos.

—¿De quién hablas, Ollie?

—De Anthony. La policía cree que es solo un profesor universitario retirado.

—A él le gusta que sea así. —Edwina se sentó. —No ayuda hacer publicidad.

—¿Qué es lo que se supone que tenemos que saber sobre él, entonces? —preguntó Frost.

—Pues como sabéis, tiene mucho dinero. —dijo Edwina.

—Sí, era bastante evidente.

—Me refiero a que es muy acaudalado. Esa casa de Beacon Hill no es nada comparada con su propiedad de Florencia.

—Ni la de Londres —acotó Oliver.

—¿Y eso debería hacernos sentir impresionados? —dijo Jane.

Edwina le dirigió una mirada fría.

—El dinero no suele ser lo que hace importante a un hombre. Lo que importa es qué hace con él. —Colocó la carpeta de archivos sobre la mesa delante de Jane. —Para usted, detective.

Jane abrió la carpeta en la primera página. Era una cronología detalladamente impresa sobre los eventos de la noche anterior, según lo que recordaban tres de los invitados a la cena, Edwina, Oliver y el misterioso Gottfried Baum.

(Todas las horas son aproximadas)

18:00 Llegada de Edwina y Gottfried.

18;15: Llegada de Oliver Stark

18:20: Llegada de Joyce O'Donnell.

18:40: Jeremy sirve el primer plato...

Todo el menú estaba impreso. Consomé, seguido por áspic de salmón y ensalada de lechuga tierna. Tournedós de ternera con pastelitos de patatas. Degustación de vino de Oporto para acompañar finas lonchas de queso Reblochon. Y por último, con el café, una Sacher torte con crema batida.

A las veintiuna y treinta, Edwina y Gottfried se marcharon juntos al aeropuerto Logan, donde Edwina dejó a Gottfried para que tomara su vuelo a Bruselas.

A las nueve y cuarenta y cinco, Oliver se marchó de Beacon Hill y condujo directamente hasta su casa.

—Y eso es lo que recordamos de la cronología de sucesos —dijo Edwina—. Tratamos de ser lo más precisos posibles.

Claro, hasta con el consomé, pensó Jane, mientras estudiaba la información. No había nada útil allí; repetía lo mismo que Sansone y su mayordomo ya les habían dicho, pero añadía los detalles culinarios. La imagen que se obtenía era la misma: Una noche invernal. Cuatro invitados llegan a Beacon Hill con veinte minutos de diferencia entre ellos. Junto con su anfitrión, comparten una cena elegante y beben vino mientras hablan sobre los crímenes del día, sin nunca percatarse que justo afuera, en el jardín helado detrás de la casa, estaban asesinando a una mujer.

Menudo club de lucha contra el crimen. Estos aficionados son completamente inútiles.

La siguiente página de la carpeta era una hoja de papel de carta con solamente una letra impresa en la parte superior, “M”, en letra gótica. Y debajo de ella, las palabras manuscritas: “Oliver, ¿tu análisis?. A.S.”. ¿Anthony Sansone? Jane pasó a la siguiente página y vio una fotografía que reconoció de inmediato: los símbolos que habían dibujado sobre la puerta trasera de Sansone.

—Esta imagen es de la escena del crimen de anoche —dijo Jane—. ¿Cómo la obtuvisteis?

—Anthony nos la envió esta mañana. Es una de las fotos que tomó anoche.

—Pues esto no puede ser distribuido públicamente —dijo Jane—. Es una prueba.

—Una prueba muy interesante —acotó Oliver—. Conoce el significado, ¿verdad? ¿De esos símbolos?

—Son satánicos.

—Esa es la respuesta automática. Alguien ve símbolos raros en una escena del crimen e inmediatamente supone que son obra de algún horrendo culto satánico. Los villanos favoritos de todo el mundo.

—¿Crees que esto es otra cosa? —preguntó Frost.

—No estoy diciendo que no pueda tratarse de un culto al satanismo. Ellos utilizan la cruz invertida como símbolo del Anticristo. Y en aquel asesinato en la víspera de Navidad, en el que hubo una decapitación, había un círculo dibujado en el suelo alrededor de la cabeza de la víctima. Y las velas quemadas. Eso sí trae a la mente un ritual satánico.

—¿Cómo sabes todo esto?

Oliver miró a Edwina.

—De verdad creen que no tenemos idea....

—No importa cómo nos hemos enterado de los detalles —dijo Edwina—. El hecho es que conocemos el caso.

—¿Entonces qué pensáis de este símbolo? —preguntó Frost, señalando la foto—. ¿El que parece un ojo? ¿Es satánico, también?

—Depende —dijo Oliver—. En primer lugar, pensemos en lo que visteis en la escena de la víspera de Navidad. Había un círculo de tiza rojo donde el asesino había colocado la cabeza de la mujer. Y había cinco velas quemadas en el perímetro.

—¿Y cuál es el significado?

—Los círculos en sí son símbolos bastante primitivos y universales. Pueden significar toda clase de cosas. El sol, la luna. Protección, eternidad. Renacimiento, el ciclo de la vida. Y sí, también los usan los cultos satánicos para representar el órgano sexual femenino. No sabemos realmente qué significaba para la persona que lo dibujó aquella noche.

—Pero podría tener un significado satánico —dijo Frost.

—Por supuesto. Y las cinco velas pueden representar los cinco puntos de un pentagrama. Ahora veamos lo que dibujaron ayer en la puerta trasera de Anthony. —Señaló la fotografía. ¿Qué veis?

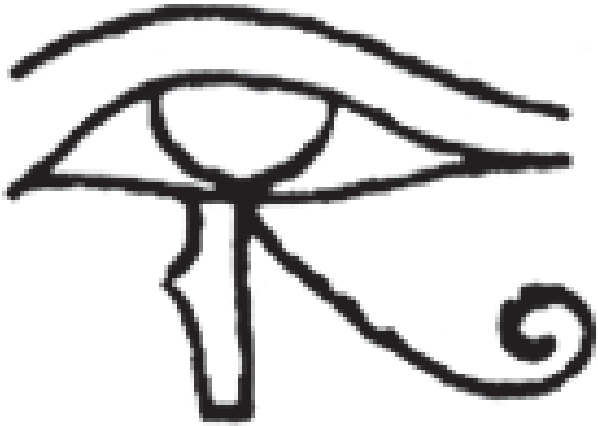
—Un ojo.

—Describidme el ojo.

—Tiene como una lágrima. Y una pestaña que sale del párpado inferior.

Oliver cogió un lapicero del bolsillo de su camisa y dio vuelta el papel de carta para dejar el lado en blanco a la vista.

—Lo dibujaré aquí con más claridad para que veáis los diferentes elementos que hay en este símbolo. —En la hoja de papel, reprodujo el dibujo:



—Sigue pareciendo un ojo —observó Frost.

—Sí, pero todos estos elementos, la pestaña, la lágrima, lo convierten en un ojo muy específico. Este símbolo se llama Udjat. Los expertos en cultos satánicos dirán que simboliza el ojo de Satanás, que todo lo ve. La lágrima es porque llora por todas las almas que están por fuera de su influencia. Algunos conspiranoicos alegan que es el mismo ojo que está impreso en los billetes estadounidenses.

—¿Se refiere al que está sobre la pirámide?

—Exacto. Alegan que es la prueba de que las finanzas del mundo están manejadas por adoradores de Satanás.

—O sea que hemos vuelto a los símbolos satánicos —dijo Jane.

—Esa es una interpretación posible.

—¿Qué otras existen?

—Este es también un símbolo utilizado por la hermandad antigua de los masones. En cuyo caso, tiene un significado benigno. Para ellos representa el progresismo, la iluminación.

—La búsqueda de la sabiduría —añadió Edwina—. Se refiere a aprender los secretos de sus oficios.

Jane intervino:

—¿Estáis diciendo que el asesino es masón?

—¡Santo cielo, no! —dijo Oliver—. No es en absoluto lo que estoy diciendo. Los pobres masones han sido blanco de tantas acusaciones maliciosas, que ni siquiera las voy a repetir. Solo os estoy dando una lección rápida de historia. Como sabéis, este es mi campo, la interpretación de símbolos. Estoy tratando de explicaros que este símbolo, Udjat, es muy antiguo. Ha sido utilizado a través de la historia con diferentes propósitos. Para algunos, tiene un significado sagrado. Para otros es aterrador y simboliza el mal. Pero su significado original, en la época del antiguo Egipto, era mucho menos amenazador. Y más práctico.

—¿Qué significaba entonces?

—Representaba el ojo de Horus, el dios sol. A Horus, por lo general, se lo representa en pinturas o esculturas como la cabeza de un halcón sobre el cuerpo de un hombre. En la tierra, su personificación era el Faraón.

Jane sonrió.

—O sea que podría tratarse de un símbolo satánico o un símbolo de la iluminación. O del ojo de no sé qué dios egipcio con cabeza de halcón.

—Existe todavía otra posibilidad más.

—Sabía que lo dirías.

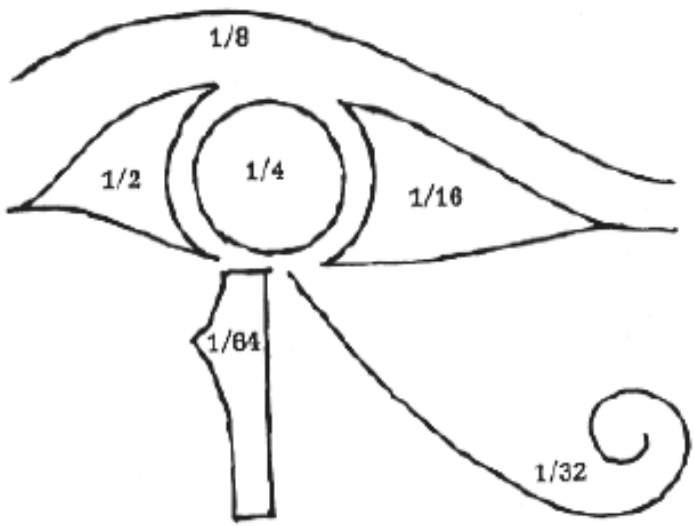
Oliver cogió el lapicero y dibujó otra variante del ojo.

—Este símbolo —explicó— comenzó a utilizarse en Egipto

alrededor del año 1200 AC. Se lo encuentra en la escritura hierática.

—¿Ese sigue siendo el ojo de Horus? —preguntó Frost.

—Sí, pero fíjese cómo el ojo ahora está formado por partes separadas. El iris está representado por este círculo, entre la dos mitades de la esclerótica. Luego tenemos la lágrima y la pestaña curva, como la habéis llamado. Se parece a una versión estilizada de Udjat, pero en realidad, tenía un uso muy práctico como símbolo matemático. Cada parte del ojo representa una fracción. —Procedió a escribir números sobre el dibujo:



—Estas fracciones se obtienen de dividir por la mitad números subsiguientes. Todo el ojo representa al número entero uno. La mitad izquierda de la esclerótica representa la fracción un medio. La pestaña es un treintaidosavo.

—¿Vamos a llegar a algún punto concreto con esto? —quiso saber Jane.

—Por supuesto.

—¿Y cuál sería?

—Que tal vez haya un mensaje específico en este ojo. En la primera escena del crimen, la cabeza estaba dentro de un círculo. En la segunda, hay un dibujo de Udjat en la puerta. ¿Y si esos dos símbolos estuvieran conectados? ¿Y si uno de los símbolos fuera la clave para interpretar el otro?

—¿La clave matemática, quiere decir?

—Sí, y el círculo, en el primer asesinato, representaría un elemento de Udjat.

Jane miró concentradamente los dibujos de Oliver, los números que había anotado en las varias secciones de ese ojo que todo lo veía.

—Estás diciendo que el círculo en el primer asesinato vendría a ser el iris.

—Sí. Y que tiene un valor.

—¿Quieres decir que representa un número? ¿Una fracción? —Levantó la mirada hacia Oliver y vio que estaba inclinado hacia ella, con las mejillas rosadas de entusiasmo.

—Exacto —dijo—. ¿Y cuál sería esa fracción?

—Un cuarto —respondió Jane.

—Correcto. —Sonrió—. Correcto.

—¿Un cuarto de qué? —preguntó Frost.

—Ah, eso no lo sabemos todavía. Podría ser un cuarto de la luna. O una de las cuatro estaciones.

—O podría significar que solo ha completado un cuarto de su tarea —sugirió Edwina.

—Sí —dijo Oliver—. Tal vez nos esté diciendo que habrá más

asesinatos. Que tiene planeado un total de cuatro.

Jane miró a Frost.

—Había cuatro sitios en la mesa del comedor.

En el silencio que siguió, el sonido que hizo el móvil de Jane los sobresaltó a todos. Ella reconoció el número como proveniente del laboratorio de criminalística y respondió de inmediato.

—Habla Rizzoli.

—Hola, detective. Soy Erin, de Evidencia de Rastreo. ¿Recuerda ese círculo rojo que estaba dibujado en el suelo de la cocina?

—Sí. Estamos hablando de eso ahora mismo.

—He comparado el pigmento con los símbolos de la escena del crimen de Beacon Hill. Los dibujos que estaban en la puerta. Los pigmentos son iguales.

—¿Entonces el asesino utilizó la misma tiza en ambas escenas.

—Bueno, por eso mismo la llamaba. No se trata de tiza roja.

—¿Qué es?

—Algo mucho más interesante.

Dieciséis

El laboratorio de criminalística estaba ubicado en el ala sur del edificio del departamento de Policía de Boston situado en Shroeder Plaza, a poca distancia de las oficinas de la unidad de homicidios. . Para llegar hasta allí, Jane y Frost fueron por un pasillo y pasaron junto a ventanas que daban al vecindario cansado y roto de Roxbury. Ese día, bajo una capa de nieve, todo se veía purificado y blanco; hasta el cielo estaba limpio y el aire, cristalino. Pero esa vista resplandeciente de los edificios solo mereció una mirada por parte de Jane, que estaba concentrada en la sala S269, el laboratorio de evidencia de rastreo.

La perito criminalista Erin Volchko los estaba esperando. En cuando Jane y Frost entraron en el laboratorio, se apartó del microscopio sobre el que había estado inclinada y cogió una carpeta que estaba sobre la encimera.

—Vosotros dos me debéis un trago de los buenos —dijo—, por el esfuerzo que le he dedicado a esto.

—Siempre dices lo mismo —dijo Frost.

—Pues esta vez lo digo en serio. De toda la evidencia de rastreo que llegó de aquella primera escena del crimen, pensé que esta sería la que menos trabajo nos daría. En cambio, tuve que buscar por todos lados para averiguar con qué estaba dibujado ese círculo.

—Y resulta que no es la vieja y querida tiza —dijo Jane.

—No. —Erin le entregó la carpeta. —Échale un vistazo.

Jane abrió la carpeta. La primera página mostraba una serie de imágenes impresas. Manchas rojas sobre un fondo borroso.

—Comencé con microscopía lumínica de alta magnificación —dijo

Erin—. De 600X a 1000X. Esas manchas que ve allí son partículas de pigmento, recogidas del círculo rojo que estaba dibujado en el suelo de la cocina.

—¿Y qué significa esto?

—Varias cosas. Puedes ver aquí los diferentes grados de color. Las partículas no son uniformes. El índice de refracción también variaba, de 2.5 a 3.01 y muchas de esas partículas son birrefringentes.

—¿Qué significa eso?

—Que son partículas de óxido de hierro. Una sustancia muy común que se encuentra en todo el mundo. Es lo que le da a la arcilla sus tonos distintivos. Se utiliza en los pigmentos artísticos para producir los colores, rojo, amarillo y marrón.

—Pues no suena en absoluto especial.

—Es lo que pensé, hasta que investigué más profundamente el asunto. Supuse que provenía de un trozo de tiza o de una pintura pastel, entonces realicé comparaciones contra muestras que obtuvimos de dos tiendas locales de artículos para artistas.

—¿Hubo coincidencias?

—Ninguna. La diferencia era inmediatamente obvia en el microscopio. En primer lugar, los gránulos de pigmento rojo en las pinturas de pastel mostraban mucha menos variabilidad en cuanto al color e índice de refracción. Eso es porque la mayoría del óxido de hierro que se utiliza actualmente en pigmentos es sintético, es decir, se fabrica, no se obtiene de la tierra. Por lo general se utiliza un compuesto llamado Rojo Marte, una mezcla de óxidos de hierro y de aluminio.

—¿Entonces los gránulos de pigmento de esta foto no son sintéticos?

—No, esto es óxido de hierro natural. También se lo llama hematita, que deriva de la palabra griega para sangre. Porque en ocasiones es rojo.

—¿Este elemento se usa en los artículos para artistas?

—Pudimos encontrar algunas tizas y pasteles especiales que contienen hematita natural como pigmento. Pero la tiza contiene carbonato de calcio. Y los pasteles fabricados generalmente utilizan un pegamento natural para unir el pigmento. Alguna clase de almidón, como metilcelulosa o goma tragacanto. Todo se mezcla en una pasta, que luego se moldea para hacer las pinturas de pastel. No encontramos rastros de goma tragacanto ni de ningún almidón en las muestras de la escena del crimen. Tampoco encontramos suficiente carbonato de calcio como para indicar que provenía de tiza de colores.

—Entonces no estamos ante algo que encontrarías en una tienda de elementos artísticos.

—No, en ninguna tienda local.

—¿Pues de dónde vino, entonces?

—Hablemos primero de este material rojo. De lo que es, exactamente.

—Lo llamaste hematita.

—Correcto. Óxido ferroso. Pero cuando se encuentra en arcilla colorida tiene otro nombre también: ocre.

—¿Eso no es lo que utilizaban los aborígenes estadounidenses para pintarse las caras? —intervino Frost.

—El ocre ha sido utilizado por el hombre durante por lo menos tres mil años. Hasta ha sido encontrado en tumbas de Neandertal. El ocre rojo, particularmente, parece haber tenido valor universal para ceremonias mortuorias, seguramente debido a su parecido a la sangre. Se lo ha encontrado en pinturas de la Edad de Piedra y en muros de Pompeya. Lo utilizaban los hombres de la antigüedad para decorarse los cuerpos o pintarse para ir a la guerra. Y se utilizaba en rituales mágicos.

—¿Incluyendo ceremonias satánicas?

—Tiene el color de la sangre. Cualquiera que sea la religión que se profese, ese color tiene poder simbólico. —Erin hizo una pausa. —Este asesino hace elecciones muy particulares.

—Creo que ya lo sabemos —observó Jane.

—Quiero decir que está en contacto con la historia. No utiliza tiza común en lo que dibuja en sus rituales. Utiliza, en cambio, el mismo pigmento primitivo que se utilizaba en la era Paleolítica. Y no es que cavó su propio jardín y lo obtuvo allí.

—Pero dijiste que el ocre rojo se encuentra en la arcilla corriente —dijo Frost—. Entonces tal vez sí, cavó y lo obtuvo.

—No se obtuvo de ningún jardín de esta zona. —Erin hizo un ademán con la cabeza hacia la carpeta que Jane sostenía. —Echad un vistazo al análisis químico. Lo que descubrimos en la cromatografía de gases y la espectroscopía Raman.

Jane pasó a la siguiente página y vio un gráfico impreso que mostraba picos múltiples.

—¿Quieres decirnos de qué se trata esto?

—Sí, claro. En primer lugar, la espectroscopia Raman.

—Nunca oí hablar de ella.

—Es una técnica que utilizan los arqueólogos para analizar los artefactos históricos. Utiliza el espectro de luz de una sustancia para determinar sus propiedades. La gran ventaja para los arqueólogos es que no destruye el artefacto en sí. Se pueden analizar los pigmentos de cualquier cosa, desde las mortajas de una momia al Sudario de Turín y no dañar el objeto de ninguna forma. Le solicité al doctor Ian MacAvoy, del departamento de arqueología de Harvard que analizara los resultados de la espectroscopía y me confirmó que la muestra contiene óxido ferroso, arcilla y sílice.

—¿Eso es ocre rojo?

—Sí. Ocre rojo.

—Pero ya lo sabías.

—Con todo, me gustó que él lo confirmara. Luego el doctor MacAvoy se ofreció a ayudarme a rastrear el origen. El lugar en el mundo de dónde provenía ese ocre rojo en particular.

—¿Se puede hacer eso?

—La técnica está todavía en etapa de investigación. Es probable que no pueda utilizarse como prueba en un juicio. Pero sintió curiosidad como para compararlo con una biblioteca de perfiles de ocre de todo el mundo que ha compilado. Determina las concentraciones de otros once elementos presentes en las muestras, tales como magnesio, titanio y torio. La teoría es que una zona geográfica particular tendrá un perfil distintivo de rastros de elementos. Es como mirar las muestras de suelo presentes en un neumático y saber que tiene el perfil de plomo y zinc característico de un distrito minero de Missouri. En este caso, con el ocre, estamos evaluando la muestra según once variables separadas.

—Los otros elementos.

—Exacto. Y los arqueólogos han compilado una biblioteca de orígenes del ocre.

—¿Por qué?

—Porque ayuda a determinar la proveniencia de un objeto. Por ejemplo, ¿de dónde vino el pigmento del Sudario de Turín? ¿De Francia o de Israel? La respuesta puede establecer los orígenes del sudario. O una pintura antigua en una cueva: ¿de dónde obtuvo el artista el ocre que utilizó? Si vino desde mil kilómetros, eso nos dice que él mismo hizo ese viaje o que existía algún tipo de comercio en la prehistoria. Es por eso que la biblioteca de orígenes del ocre es tan valiosa. Nos abre una ventana a la vida de la antigüedad.

—¿Y qué sabemos de nuestra muestra de pigmento? —preguntó Frost.

—Bien. —Erin sonrió. —En primer lugar, tiene una proporción bastante considerable de dióxido de manganeso: un quince por

ciento, lo que le da un tono más profundo, más intenso. Es la misma proporción hallada en los ocres rojos que se utilizaban en la Italia medieval.

—¿Es italiano?

—No. Los venecianos lo importaban de otro sitio. Cuando el doctor MacAvoy comparó todo el perfil elemental, descubrió que coincidía con una ubicación en particular, un sitio de donde todavía hoy se obtiene ocre rojo. La isla de Chipre.

Jane dijo:

—Necesito ver un mapa del mundo.

Erin señaló la carpeta.

—Casualmente imprimí uno de Internet.

Jane pasó las páginas hasta dar con él.

—Bien, aquí la veo. Está en el Mediterráneo, al sur de Turquía.

—Diría que habría sido mucho más fácil utilizar tiza roja —comentó Frost.

—Y más barato. Vuestro asesino eligió un pigmento poco corriente, de origen poco conocido. Tal vez tenga lazos con Chipre.

—O está jugando con nosotros —dijo Frost—. Dibuja símbolos raros. Usa pigmentos extraños. Es como que quiere que nos estalle la cabeza.

Jane seguía estudiando el mapa. Pensó en el símbolo dibujado en la puerta trasera de Anthony Sansone. Udjat, el ojo omnividente. Miró a Frost.

—Egipto está directamente debajo de Chipre.

—¿Estás pensando en el ojo de Horus?

—¿Qué es eso? —preguntó Erin.

—El símbolo que dejó en la escena del crimen de Beacon Hill —explicó Jane—. Horus es el dios sol de los egipcios.

—¿Es un símbolo satánico?

—No sabemos qué significado tiene para este asesino —respondió Frost—. Todos tienen una teoría. Que practica el culto a Satanás. Que es un fanático de la historia. O tal vez simplemente podría estar loco de remate.

Erin asintió.

—Como el Hijo de Sam. Recuerdo que la policía perdió mucho tiempo preguntándose quién era el misterioso Sam. Resultó ser solamente una alucinación auditiva del asesino. Un perro que hablaba.

Jane cerró la carpeta.

—Sabes, de alguna manera me gustaría que nuestro asesino también estuviera loco.

—¿Por qué? —quiso saber Erin.

—Porque me asusta mucho más la alternativa. Que este asesino esté perfectamente cuerdo.

Jane y Frost estaban sentados en el coche mientras el motor se calentaba y el desempañador derretía la niebla del limpiaparabrisas. Si solo fuera tan fácil despejar la bruma que ocultaba al asesino. Jane no lograba formarse una imagen de él; no podía imaginar qué aspecto tendría. ¿Un místico? ¿Un artista? ¿Un historiador? Lo único que sé es que es un carnicero.

Frost puso el coche en movimiento y se mezclaron con el tránsito que se movía con más lentitud de la habitual sobre calles resbaladizas por el hielo. Bajo el cielo despejado, la temperatura descendía y esa noche se anunciaba como la más fría del invierno hasta el momento. Sería una noche para quedarse en casa y comer un abundante estofado, una noche, deseaba Jane, en la que ojalá el

mal no saliera a las calles.

Frost giró hacia el este por la avenida Columbus, luego se dirigió a Beacon Hill, donde planeaban echar otro vistazo a la escena del crimen. El coche por fin se había calentado y a Jane no le agradaba la idea de volver a salir a ese viento helado para ingresar en el patio de Sansone, todavía manchado con sangre congelada.

Vio que se acercaban a la Avenida Masachusetts y dijo súbitamente:

—¿Puedes girar a la derecha?

—¿No iremos a casa de Sansone?

—Gira aquí.

—Si tú lo dices. —Frost tomó a la derecha.

—Sigue por aquí hacia la calle Albany.

—¿Vamos a la morgue?

—No.

—¿A dónde, entonces?

—Es aquí, faltan unas pocas calles. —Jane miró la numeración de las calles y dijo: Detente. Es aquí´. —Miró hacia el otro lado de la calle.

Frost se acercó a la acera y la miró con preocupación.

—¿Kinko's?

—Mi papá trabaja allí. —Jane miró el reloj. —Y es casi mediodía.

—¿Qué estamos haciendo?

—Esperando.

—Ay, por Dios, Rizzoli. No me digas que esto se trata de tu mamá.

—Me está arruinando la vida en este mismo momento.

—Tus padres se han peleado. Sucede.

—Espera a que tu madre se mude a tu casa. Ya verás lo contenta que se pondrá Alice.

—Estoy seguro de que esto pasará y tu madre volverá a su casa.

—Si se trata de otra mujer, no. —Rizzoli irguió la espalda. —Allí está él.

Frank Rizzoli salió por la puerta principal de Kinko's y se subió la cremallera de la chaqueta. Miró hacia el cielo, se estremeció y soltó un suspiro que se elevó, blanco, en el frío.

—Parece que sale a almorzar —dijo Frost—. ¿Cuál es el problema?

Una mujer acababa de salir por la puerta también; rubia, con un peinado elaborado, chaqueta de cuero negro y vaqueros adheridos al cuerpo. Frank sonrió y le pasó el brazo alrededor de la cintura. Echaron a andar calle abajo, abrazados, alejándose de Jane y Frost.

—Joder —dijo Jane—. Es cierto.

—Mira, creo que deberíamos irnos.

—Míralos. ¡Míralos!

Frost encendió el motor.

—Me apetecería almorzar. ¿Qué te parece si vamos a...?

Jane abrió la puerta y descendió.

—¡Venga, Rizzoli, no!

Ella cruzó corriendo la calle y subió a la acera justo detrás de su padre.

—Eh —gritó—. ¡Eh!

Frank se detuvo y dejó caer el brazo que rodeaba la cintura de la mujer. Se volvió, boquiabierto y vio que su hija se acercaba. La rubia todavía no lo había soltado y seguía aferrada a Frank, que

intentaba, en vano, liberarse. Desde una distancia, la mujer había parecido realmente llamativa, pero al acercarse, Jane vio que tenía profundas arrugas alrededor de los ojos que ni el maquillaje podía disimular, y sintió el olor a cigarrillo que emanaba. ¿Esto era lo que había conseguido Frank, una rubia cabeza hueca con pelo inflado? ¿Este equivalente humano del perro Golden retriever?

—Janie —dijo Frank—, este no es el momento para...

—¿Y cuándo es el momento?

—Te llamaré, ¿vale? Hablaremos esta noche.

—Frankie, cariño, ¿qué ocurre? —preguntó la rubia.

¡No lo llames Frankie! Jane fulminó a la mujer con la mirada.

—¿Y tú cómo te llamas?

La mujer irguió el mentón.

—¿Quién eres para preguntármelo?

—Responde a la pregunta.

—¡Pues oblígame a hacerlo! —La rubia miró a Frank. —¿Quién coño es?

Frank se llevó una mano a la cabeza y emitió un gemido, como de dolor.

—Ay, Dios mío.

—Policía de Boston —dijo Jane. Sacó su credencial y la acercó a la cara de la mujer. —Ahora dime tu nombre.

La rubia ni siquiera miró la credencial. Sus ojos estaban fijos sobre Jane.

—Sandie —murmuró.

—¿Sandie qué?

—Huffington.

—Muéstrame identificación —le ordenó Jane.

—Janie —dijo su padre—. Suficiente.

Sandie sacó obedientemente la cartera para mostrar su licencia de conducir.

—¿Qué hemos hecho mal? —Dirigió una mirada desconfiada a Frank. —¿Qué has hecho tú?

—Son todas patrañas —respondió él.

—Y cuándo terminarán las patrañas ¿eh? —preguntó Jane—. ¿Cuándo vas a madurar?

—Esto no es asunto tuyo.

—¿Ah no? Ella está en mi apartamento ahora mismo, seguramente llorando a mares. Todo porque tú no puedes mantener la cremallera de tus pantalones cerrada.

—¿Ella? —dijo Sandie—. ¿De quién estamos hablando?

—¿Treinta y siete años de matrimonio y la abandonas para follártela a ella?

—No comprendes —dijo Frank.

—Cómo que no, claro que comprendo.

—No tienes idea de lo que es. Soy una abeja obrera, nada más. El esclavo que pone la comida sobre la mesa. Tengo sesenta y un años y ¿qué he logrado? ¿No te parece que merezco divertirme un poco, por una vez en la vida?

—¿Crees que mamá se está divirtiendo?

—Ese es su problema.

—Es el mío, también.

—Pues yo no voy a hacerme responsable de eso.

—Oye —dijo Sandie—. ¿Esta es tu hija? —Miró a Jane. —Dijiste que eras policía.

Frank suspiró.

—Es policía, sí.

—Le estás rompiendo el corazón ¿lo sabes? —dijo Jane—. ¿Te importa, acaso?

—¿Y mi corazón, qué? —interpuso Sandie.

Jane la ignoró y mantuvo la atención sobre Frank.

—Ya no sé quién eres, papá. Yo te respetaba. ¡Pero mírate ahora! Es patético, sencillamente patético. Esta rubia mueve el culo y tú corres a olérselo como un perro imbécil. Qué bien, papá, ve y folla.

Frank agitó un dedo admonitorio.

—¡Ya has dicho suficiente!

—¿Crees que la Señorita Culo aquí, te va a cuidar cuando estés enfermo, acaso? ¿Crees que te apoyará en todo? Coño, ¿sabe cocinar, siquiera?

—¡Cómo te atreves! —dijo Sandie—. Has utilizado tu credencial para amedrentarme.

—Mamá te perdonará, papá. Sé que lo hará. Ve y habla con ella.

—Lo que has hecho es ilegal —dijo Sandie—. ¡Tiene que haber una ley que lo prohíba! ¡Es brutalidad policial!

—Te mostraré lo que es brutalidad policial —dijo Jane—. Sigue provocándome y verás.

—¿Qué vas a hacer, arrestarme? —Sandie se puso delante de la cara de Jane, y entornó los ojos delineados. —Adelante, hazlo. —La mujer colocó el dedo contra el pecho de Jane y la empujó. —Hazlo,

te desafío a que lo hagas.

Lo que sucedió después fue puramente reflejo. Jane ni siquiera se detuvo a pensar, sino que sencillamente, reaccionó. Con un movimiento de la mano, cogió la muñeca de Sandie e hizo girar a la mujer. A través del rugido de su propia sangre, oyó que Sandie gritaba obscenidades. Su padre gritó:

—¡Basta ya! ¡Por el amor de Dios, basta!

Pero Jane había pasado a funcionar en automático, con todos los nervios en combustión; empujó a Sandie hasta ponerla de rodillas, de la forma en que lo haría con cualquier delincuente. Pero esta vez la impulsaba la furia y la hacía ejercer más fuerza de la necesaria; le hacía desear lastimar a esa mujer. Humillarla.

—¡Rizzoli! Por Dios, Rizzoli, ya está!

El sonido de la voz de Frost finalmente penetró el ruido de su propio pulso. Abruptamente, soltó a Sandie y dio un paso atrás, respirando agitadamente. Miró a la mujer que gemía, de rodillas en la acera. Frank se arrodilló junto a Sandie y la ayudó a incorporarse.

—¿Qué coño vas a hacer ahora? —Frank miró a su hija. —¿Arrestarla?

—Lo viste. Ella me empujó.

—Estaba alterada.

—Fue ella la que me agredió primero.

—Rizzoli —dijo Frost en voz baja—. Dejémoslo así ¿vale?

—Podría arrestarla —dijo Jane—. Coño, claro que podría.

—Sí, de acuerdo —dijo Frost—. Podrías. ¿Pero quieres hacerlo, realmente?

Jane exhaló.

—Tengo mejores cosas que hacer —masculló. Dio media vuelta y regresó al coche. Cuando subió, su padre y la rubia habían doblado la esquina y desaparecido.

Frost subió al coche y cerró la puerta.

—Eso —dijo— no estuvo nada bien.

—Conduce.

—Te metiste a buscar pelea.

—¿La viste? ¡Mi padre sale con una rubia cabeza hueca!

—Razón de más para que te mantengas a mil kilómetros de ella. Ibais a mataros.

Jane suspiró y apoyó la cabeza sobre la mano.

—¿Qué le digo a mi mamá?

—Nada. —Frost puso el coche en movimiento y se alejó de la acera. —Su matrimonio no es asunto tuyo.

—Voy a tener que ir a casa y mirarla a la cara. Ver su dolor. Eso lo convierte en asunto mío.

—Entonces compórtate como una buena hija. Préstale un hombro sobre el que llorar —dijo Frost—, pues va a necesitarlo.

¿Qué le digo a mi mamá?

Jane aparcó el coche fuera de su apartamento y se quedó sentada un instante, temiendo lo que le esperaba. Tal vez lo mejor sería no contarle a su madre lo sucedido. Angela ya estaba enterada del romance de papá con La señorita Culo. ¿Para qué refregárselo en la cara? ¿Para qué humillarla todavía más?

Porque si yo fuera mamá, me gustaría que me lo dijeran. No me gustaría que mi hija me ocultase secretos, por más dolorosos que fueran.

Jane bajó del coche, pensando qué hacer, sabiendo que decidiera lo que decidiere, la velada sería sombría y que no había mucho que pudiera hacer o decir para aliviar el dolor de su madre. Compórtate como una buena hija, le había dicho Frost; acércale un hombro sobre el cual llorar. De acuerdo, eso era algo que podía hacer.

Subió la escalera hasta la primera planta, sintiendo los pies cada vez más pesados; maldijo en silencio a la señorita Sandie Huffington, que les había cagado la vida a todos ellos. Pues te tengo vigilada, Rubia. Si solo cruzas la calle de manera imprudente estaré allí. ¿Multas por estacionar mal? Malas noticias para ti. Mamá no puede vengarse, pero yo, sí. Insertó la llave en la puerta del piso y frunció el ceño al oír el sonido de la voz de su madre. El sonido de su risa.

¿Mamá?

Al abrir la puerta, olió el aroma de canela y vainilla. Oyó otra risa, sorprendentemente familiar. La risa de un hombre. Se dirigió a la cocina y vio al detective retirado Vince Korsak, que estaba sentado a la mesa con una taza de café. Delante de él había un plato gigantesco de galletas de azúcar.

—Hola —dijo él, elevando la taza a modo de saludo. La bebé, Regina, sentada junto a Vince en su sillita, levantó su manita también, como imitándolo.

—Hum... ¿qué estás haciendo aquí?

—¡Janie! —la regañó Angela, mientras colocaba una fuente de galletas recién horneadas sobre los fuegos para que se enfriaran. —Qué manera de tratar a Vince.

¿Vince? ¿Ahora lo llama Vince?

—Llamó para invitaros a ti y a Gabriel a una fiesta —dijo Angela.

—Y a usted también, señora Rizzoli —dijo Korsak con un guiño en dirección a Angela—. ¡Cuantas más chicas vengan, mejor!

Angela se sonrojó, y no por el calor del horno.

—Y apuesto a que olió las galletas por el teléfono —dijo Jane.

—Yo justo estaba horneándolas. Le dije que si venía, le haría unas para él.

—Imposible rechazar una oferta así —rió Korsak—. Oye, qué bueno tener aquí a tu madre ¿verdad?

Jane miró las migas que le cubrían la camisa arrugada.

—Veo que has abandonado la dieta.

—Y yo veo que estás de buen humor. —Bebió un trago ruidoso de café y se pasó una mano carnosa por la boca. —Escuché que te tocó un caso más raro que la mierda. —Se interrumpió y miró a Angela. —Disculpe, señora Rizzoli.

—Ay, puede decir lo que quiera —repuso Angela—. Quiero que se sienta en su casa.

Te lo ruego, no lo alientes.

—Algo de un culto satánico —dijo Korsak.

—¿Escuchaste eso?

—Tal vez esté retirado, sí, pero no me he vuelto sordo.

Ni tonto. Por más que Korsak la irritara con sus bromas groseras y du espantosa higiene personal, era uno de los investigadores más afilados que conocía. Aunque se había retirado tras el infarto sufrido hacía un año, no había olvidado su profesión. Cualquier noche de fin de semana se lo podía encontrar en el bar JP Doyle's, reducto favorito de la policía de Boston, poniéndose al día sobre las últimas novedades. Retirado o no, Vince Korsak moriría siendo policía.

—¿Qué más has escuchado? —preguntó Jane, mientras se sentaba a la mesa.

—Que tu asesino es un artista. Deja hermosos dibujitos de recuerdo. Y que le gusta... —Korsak hizo una pausa y miró a Angela, que estaba sacando galletas del homo. —... partir y picar, por decirlo así. ¿Cómo voy, tibio, tibio?

—Caliente, más que tibio.

Angela recogió las últimas galletas y las guardó en una bolsa plástica para llevar. Con un movimiento grandilocuente, la colocó delante de Korsak. Esa no era la Angela con que Jane había esperado encontrarse. Su madre iba y venía por la cocina, recogiendo fuentes y recipientes, salpicando espuma mientras lavaba los elementos de cocina. No se la veía triste, ni abandonada ni deprimida; parecía diez años más joven. ¿Esto es lo que sucede cuando tu marido te abandona?

—Cuéntele más sobre su fiesta —dijo Angela, mientras volvía a llenar la taza de Korsak.

—Ah, sí. —Bebió otro sorbo ruidoso. —Verás, firmé el divorcio la semana pasada. Tras casi un año de pelear por dinero, finalmente terminó todo. Me pareció que era momento para celebrar mi nueva condición de hombre libre. Decoré mi piso. Tengo un lindo sofá, un televisor gigante. Pienso comprar unos cajones de cerveza y reunir a algunos amigos ¡para fes-te-jar!

Se había convertido en un adolescente de cincuenta y cinco años con barriga y poco pelo. ¿Cuánto más patético podía ponerse?

—Entonces vendréis ¿verdad? —le preguntó a Jane—. El segundo sábado de enero.

—Consultaré la fecha con Gabriel.

—Si él no puede, pues te vienes sola. Asegúrate de traerla a ella, tu hermana mayor. —Le guiñó un ojo a Angela y ella soltó una risita.

Eso se estaba tornando más penoso con cada minuto que pasaba. Jane casi sintió alivio cuando oyó el sonido de su móvil. Fue a la sala, donde había dejado el bolso, y sacó el teléfono.

—Rizzoli —dijo.

El teniente Marquette no perdió tiempo con cháchara.

—Tienes que ser más respetuosa con Anthony Sansone —dijo.

Jane oyó que Korsak reía en la cocina y de pronto, el sonido la irritó. Si vas a coquetear con mi madre, por el amor de Dios, hazlo en otro lado.

—Me enteré que les has hecho pasar un mal rato a él y a sus amigos —dijo Marquette.

—¿Podría definir qué quiere decir con un mal rato?

—Lo interrogaste durante casi dos horas. También a su mayordomo y a sus invitados. Luego volviste a verlo esta tarde. Lo estás haciendo sentir como si lo estuvieras investigando.

—Pues, vaya, lamento haber herido su susceptibilidad. Solo estamos haciendo lo que hacemos siempre.

—Rizzoli, trata de tener en claro que el hombre no es sospechoso.

—Todavía no he llegado a esa conclusión. O'Donnell estaba en su casa. A Eve Kassovitz la asesinaron en su jardín. Y cuando el mayordomo descubre el cuerpo, ¿qué hace Sansone? Toma fotografías y se las distribuye a sus amiguitos. ¿Quiere saber la verdad? Esa gente no es normal. Sansone ciertamente no lo es.

—No es sospechoso.

—Todavía no lo he eliminado.

—Créeme y confía en mí. Déjalo en paz.

Ella hizo una pausa.

—¿Por qué no me cuenta más, teniente? —preguntó en voz baja—. ¿Qué es lo que no sé sobre Anthony Sansone?

—No es alguien a quien queramos ponernos en contra.

—¿Lo conoce?

—No personalmente. Solo te paso el mensaje que me ha llegado de arriba. Se nos ha indicado que lo tratemos con respeto.

Jane cortó. Fue hasta la ventana y contempló el cielo de la tarde que ya no era azul. Seguramente volvería a nevar. Pensó:

De pronto piensas que puedes ver todo lo que tienes por delante y un segundo después las nubes se cierran y oscurecen todo.

Cogió el teléfono móvil otra vez y comenzó a marcar.

Diecisiete

Maura miraba por la ventana de observación cómo Yoshima, protegido por un delantal de plomo, posicionaba el colimador por encima del abdomen. Algunas personas llegan a su trabajo el lunes por la mañana sabiendo que no los aguarda nada peor que una pila de papeles o de mensajes. Ese lunes por la mañana, a Maura le había aguardado la mujer que estaba sobre la mesa de autopsias, ya desnuda. Maura vio que Yoshima reaparecía desde detrás de la protección de plomo para recuperar la película y procesarla. Levantó la mirada y movió la cabeza en señal de asentimiento.

Maura empujó la puerta y regresó al laboratorio de autopsias.

Aquella noche en el jardín de Anthony Sansone, se había agachado, tiritando, y había visto el cadáver solo a la luz de las linternas. Ahora, la detective Eve Kassovitz yacía en plena vista, bajo luces intensas que despejaban todas las sombras. Le habían limpiado la sangre, dejando al descubierto heridas rosadas y abiertas. Una laceración en el cuero cabelludo. Una puñalada en el pecho, debajo del esternón. Y los ojos sin párpados, con las córneas nubladas por la exposición. Eso era lo que Maura no podía dejar de mirar: los ojos mutilados.

El movimiento del a puerta anunció la llegada de Jane.

—¿No has comenzado todavía? —preguntó.

—No. ¿Vendrá alguien más?

—No, hoy estoy solamente yo. —Mientras se ataba la bata, Jane se detuvo con la mirada fija en la mesa. En la cara. —Debería haberla defendido —dijo en voz baja—, cuando esos idiotas de la unidad comenzaron con las bromas estúpidas, debería haberles puesto fin allí mismo.

—Ellos son los que deberían sentirse culpables, Jane. No tú.

—Pero es que yo estuve en ese lugar. Sé lo que se siente. —Jane no podía dejar de mirar las córneas expuestas. —No podrán acomodarle los ojos para el funeral.

—Tendrá que ser con el ataúd cerrado.

—El ojo de Horus —murmuró Jane.

—¿Qué?

—El dibujo sobre la puerta de Sansone. Es un símbolo antiguo, que se remonta a los egipcios. Se llama Udjat, el ojo que lo ve todo.

—¿Quién te contó eso?

—Uno de los invitados de Sansone. —Miró a Maura. —Esta gente, Sansone y sus amigos, son raros. Cuanto más descubro sobre ellos, más repugnantes me parecen. Sobre todo él.

Yoshima salió de la sala de procesamiento, trayendo una pila de películas recién reveladas, que emitieron un chasquido musical cuando las abrochó a la caja de luz.

Maura cogió la regla, midió la laceración del cuero cabelludo y anotó las dimensiones en una tablilla con sujetapapeles.

—Me llamó aquella noche ¿sabías? —dijo, sin levantar la vista—. Para asegurarse de que hubiera llegado a casa sana y salva.

—¿Quién, Sansone?

Maura levantó la mirada.

—¿Lo consideras sospechoso?

—Piensa en esto: después de que encontraron el cuerpo, ¿sabes qué hizo Sansone? Cogió la cámara y tomó fotos. Hizo que su mayordomo se las llevara a sus amigos a la mañana siguiente. No me digas que no es extraño.

—¿Pero lo consideras sospechoso?

Tras una pausa, Jane admitió:

—No. Y si lo hiciera, sería un problema.

—¿Qué quieres decir?

—Gabriel trató de hacer averiguaciones para mí. Hizo llamadas para averiguar más sobre el sujeto. No hizo más que algunas preguntas y de repente, todas las puertas se cerraron. El FBI, Interpol, nadie quiso hablar sobre Sansone. Obviamente tiene amigos encumbrados que están dispuestos a protegerlo.

Maura pensó en la casa de Beacon Hill. El mayordomo, las antigüedades.

—El hecho de que sea tan acaudalado podría tener algo que ver.

—Todo es heredado. Claramente no hizo su fortuna enseñando historia medieval en Boston College.

—¿De qué tipo de riqueza estamos hablando?

—¿Esa casa en Beacon Hill? Es equivalente a una choza. También tiene casas en Londres y París, y una propiedad familiar en Italia. El tío es soltero, está forrado en billetes y es guapo. Pero jamás aparece en las páginas de publicaciones sobre la alta sociedad. Nada de bailes de beneficencia ni galas de etiqueta para recaudar fondos. Es una especie de ermitaño total.

—No me pareció el tipo de hombre con el que te cruzarías en el circuito de fiestas.

—¿Qué otra impresión te causó?

—No tuvimos una conversación demasiado larga.

—Pero hablasteis aquella noche.

—Hacía un frío terrible afuera y me invitó a pasar y tomar un café.

—¿No te pareció algo extraño?

—¿Qué cosa?

—¿Que te extendiera una invitación especial?

—Valoré su gesto. Y para que lo sepas, el mayordomo fue quien salió a buscarme.

—¿A ti, específicamente? ¿Sabía quién eras?

Maura vaciló.

—Sí.

—¿Qué quería pedirte, doc?

Maura había pasado al torso y estaba midiendo la puñalada en el pecho y anotando las dimensiones. Las preguntas se estaban tornando demasiado específicas y no le gustaban las implicaciones que tenían: que ella se había dejado usar por Anthony Sansone.

—No revelé nada vital sobre el caso, Jane, si es eso lo que me estás preguntando.

—¿Pero hablasteis del asunto?

—Hablamos sobre algunas cosas. Y sí, él quería saber qué pensaba yo. No es sorprendente, puesto que encontraron el cadáver en su jardín. Es comprensible que sienta curiosidad. Puede que sea algo excéntrico, sí. —Miró a Jane y los ojos de ella le resultaron incómodamente penetrantes. Volvió a concentrarse en el cadáver, en las heridas que no la turbaban tanto como las preguntas de Jane.

—¿Excéntrico? ¿Esa es la única palabra que se te ocurre?

Maura pensó en la forma en que Sansone la había estudiado aquella noche, en cómo sus ojos habían reflejado la luz del fuego, y otras palabras acudieron a su mente: Inteligente. Atractivo. Intimidante.

—¿No te resulta un poco siniestro? —preguntó Jane—. A mí, sí.

—¿Por qué?

—Has visto su casa. Es como meterse en un túnel del tiempo. Y eso que no viste las otras habitaciones, con todos esos retratos que te miran desde las paredes. Es como entrar en el castillo de Drácula.

—Es profesor de historia.

—Era. Ya no enseña.

—Seguramente son todas reliquias familiares muy valiosas. Se nota que valora el legado de su familia.

—Sí, claro, el legado familiar. Con eso sí que tuvo suerte. Es la cuarta generación que vive de un fideicomiso.

—No obstante, tuvo una carrera académica exitosa. Tienes que reconocerle algo de mérito por eso. No se convirtió en un playboy haragán.

—Aquí tienes un dato interesante. Al fideicomiso familiar lo estableció su bisabuelo, allá por 1905. ¿Adivina qué nombre tiene el fideicomiso?

—No tengo idea.

—Se llama la Fundación Mefisto.

Maura levantó la mirada, sorprendida.

—¿Mefisto? —murmuró.

—Hay que preguntarse —dijo Jane—, con un nombre así, ¿de qué clase de legado familiar estamos hablando?

—¿Qué significa ese nombre, Mefisto? —preguntó Yoshima.

—Lo investigué —respondió Jane—. Es la abreviación de Mefistófeles. Seguro que la doctora, aquí, sabe quién era.

—El nombre proviene de la leyenda del doctor Fausto —dijo Maura.

—¿Quién? —quiso saber Yoshima.

—El doctor Fausto era un hechicero que dibujaba símbolos secretos para invocar al diablo. Un espíritu maligno llamado Mefistófeles se le apareció y le ofreció un trato.

—¿Qué clase de trato?

—A cambio de llegar al conocimiento absoluto de la hechicería, el doctor Fausto le vendió el alma al diablo.

—Entonces Mefisto es...

—Un siervo de Satanás.

De repente, se oyó una voz por el altavoz del intercomunicador.

—Doctora Isles —dijo Louise, la secretaria de Maura—, tiene una llamada externa por la línea uno. Es un señor Sansone. ¿Desea atender o le tomo el mensaje?

Hablando de Roma...

Maura miró a Jane y vio que ella asentía rápidamente.

—Tomaré la llamada —respondió Maura. Se quitó los guantes y se dirigió al teléfono que estaba en la pared.

—¿Señor Sansone? —dijo.

—Espero no interrumpirla —dijo él.

Maura miró el cadáver sobre la mesa. A Eve Kassovitz no le importará, pensó. Nadie es tan paciente como un muerto.

—Tengo un minuto para hablar.

—Este sábado daré una cena aquí en mi casa. Me encantaría que viniera.

Maura hizo una pausa, muy consciente de la mirada de Jane sobre ella.

—Tendré que pensarlo —respondió.

—Seguramente se estará preguntando de qué se trata todo esto.

—En realidad, sí.

—Le prometo no hacerle preguntas sobre la investigación.

—De todas formas, no estoy autorizada a hablar de ella. Ya lo sabe.

—Comprendo. No es por eso que la estoy invitando

—¿Y por qué es, entonces? —Una pregunta franca y poco elegante, pero tenía que hacerla.

—Tenemos intereses en común. Preocupaciones en común.

—No sé si entiendo a qué se refiere.

—Únase a nosotros el sábado, a eso de las siete. Hablaremos entonces.

—Tendré que ver mi agenda. Le haré saber mi respuesta. —Maura colgó.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Jane.

—Me invitó a una cena.

—Quiere algo de ti.

—Alega que no es así. —Maura fue hasta el armario a buscar otro par de guantes. Aunque se los colocó con manos firmes, sintió que se sonrojaba y el pulso le latía en la punta de los dedos.

—¿Y tú te lo crees?

—Claro que no. Por eso no pienso ir.

—Pues tal vez deberías hacerlo —dijo Jane en voz baja.

Maura se volvió para mirarla.

—No hablas en serio.

—Me gustaría saber más sobre la Fundación Mefisto. Quiénes son, qué hacen en sus reunioncitas secretas. Tal vez sea la única forma que tenga de acceder a esa información.

—¿Entonces quieres que lo haga por ti?

—Solo digo que no creo que sea una mala idea que vayas. Siempre y cuando tengas cuidado.

Maura se dirigió a la mesa. Miró a Eve Kassovitz y pensó: Esta mujer era policía e iba armada. Sin embargo, no tuvo el suficiente cuidado. Cogió el bisturí y comenzó a cortar.

Trazó una Y en el tórax, con dos incisiones que iban desde los hombros y se encontraban más debajo de lo habitual, para preservar la puñalada. Aun antes de cortar las costillas y abrir el tórax, sabía lo que encontraría en la cavidad torácica. Podía verlo en las radiografías que colgaban de la caja de luz: el contorno globular del corazón, mucho más grande de lo que debería ser en una mujer joven y saludable. Al levantar el escudo protector formado por el esternón y las costillas, miró dentro de la cavidad torácica y deslizó la mano por debajo del saco hinchado que contenía el corazón.

Lo sintió como una bolsa llena de sangre.

—Taponamiento cardíaco —dijo, y miró a Jane—. La sangre acumulada en el saco que rodea el corazón le produjo compresión cardíaca. Como es un espacio limitado, el saco se tensa tanto que el corazón no puede bombear. O quizá la puñalada misma le produjo una arritmia fatal. De cualquier manera, la mató de manera rápida y eficiente. Pero el asesino tenía que saber dónde apuntar con la hoja del cuchillo.

—Sabía lo que hacía.

—O tuvo suerte. —Maura señaló la herida. —Se puede ver que la hoja penetró justo por debajo del xifoides. Si hubiera entrado por encima de ese punto, el corazón hubiera estado bien protegido por el esternón y las costillas. Pero si entras por aquí, donde está ubicada la herida y le das a la hoja el ángulo indicado...

—¿Llegas al corazón?

—No es difícil. Lo hice cuando era interna, en mi último año de estudios, cuando me tocó la rotación por Urgencias. Con una aguja, claro.

—Sobre una persona muerta, espero.

—No, estaba viva. Pero no podíamos oír los latidos, su presión sanguínea se desplomaba y la radiografía de corazón mostraba una dilatación. Tenía que hacer algo.

—¿Entonces la apuñalaste?

—Con una aguja cardíaca. Le sacamos suficiente sangre del saco como para mantenerla con vida hasta que pudiera ir a cirugía.

—Es como la novela de espías, La Isla de las Tormentas —dijo Yoshima—. El asesino apuñala a las víctimas directamente en el corazón y mueren tan rápido que casi no hay sangre. Es una forma de matar muy limpia.

—Gracias por esa información tan útil —dijo Jane.

—En realidad, Yoshima tiene razón —dijo Maura—. Nuestro asesino eligió un método rápido para matar a Eve Kassovitz. Pero con Lori-Ann Tucker, se tomó el tiempo para amputarle la mano, el brazo, para cortarle la cabeza. Y luego dibujó los símbolos. Con esta víctima, no perdió mucho tiempo. Lo que me hace pensar que la mató por motivos más prácticos. Tal vez ella lo sorprendió y simplemente tuvo que deshacerse de ella allí mismo. Así que lo hizo de la forma más rápida que pudo. Le atestó un golpe a la cabeza. Y luego una rápida estocada al corazón.

—Se tomó el tiempo de dibujar esos símbolos en la puerta.

—¿Cómo sabemos que no los dibujó antes? ¿Para dejarlos con el paquetito que acababa de depositar sobre el escalón de entrada?

—Te refieres a la mano.

Maura asintió.

—Su ofrenda.

El bisturí de Maura estaba de nuevo en movimiento, realizando incisiones y cortes. Tras extirpar los pulmones, los dejó caer en un recipiente de acero inoxidable, donde formaron una masa esponjosa. Una mirada a la superficie rosada y unos pocos cortes en cada lóbulo le informaron que eran los órganos saludables de una mujer no fumadora, que le hubieran funcionado bien hasta la vejez. Maura siguió a la cavidad peritoneal, donde extirpó el estómago, el páncreas y el hígado. Eve Kassovitz había tenido un vientre plano, un premio, sin duda, por las horas de planchas y ejercicios abdominales. Con qué facilidad ese esfuerzo se veía reducido a músculo y piel por el bisturí. El recipiente se fue llenando de órganos, anillos de intestino delgado que relucían como anguilas enredadas; el hígado y la vesícula se veían como una masa sanguinolenta. Saludables, todos los órganos tan saludables. Realizó una incisión retroperitoneal y extirpó los riñones suaves como terciopelo; realizó varios cortes que dejó caer en un envase para muestras. Los pequeños trozos se sumergieron en formalina dejando hilos de sangre.

Maura se enderezó y miró a Yoshima.

—¿Podrías exhibir las radiografías del cráneo? Veamos qué es lo que tenemos.

Yoshima retiró las placas torácicas y colgó un nuevo juego, que Maura todavía no había visto. La caja iluminaba ahora imágenes de la cabeza. Maura se concentró en el hueso justo por debajo de la laceración en el cuero cabelludo, buscando en el cráneo alguna fractura o depresión que no hubiera podido palpar, pero no vio ninguna. Aun sin haber producido una fractura, el golpe podría haber atontado a la víctima dejándola sumisa como para que el asesino pudiera abrirle la chaqueta y levantarle el jersey.

Para luego clavarle la hoja en el corazón.

Al principio, toda la atención de Maura se concentró en el cráneo.

Luego pasó a una toma lateral y estudió el cuello; su mirada se detuvo sobre el hueso hioides. Detrás de él se veía una opacidad en

forma de cono que no se parecía a nada que hubiera visto antes. Maura frunció el ceño y se acercó más a la caja de luz para estudiar la anomalía. En la toma frontal, quedaba casi oculto contra la mayor densidad de las vértebras cervicales. Pero en la vista lateral aparecía con nitidez y no era parte de la estructura del esqueleto.

—¿Qué diablos es esto? —murmuró.

Jane se ubicó a su lado.

—¿Qué estás mirando?

—Esta cosa aquí. No es hueso. No es una parte normal del cuello.

—¿Es algo que tiene en la garganta?

Maura regresó a la mesa y se dirigió a Yoshima:

—¿Podrías traerme el laringoscopio?

Desde la cabecera de la mesa, Maura levantó el mentón del cadáver. Había utilizado el laringoscopio por primera vez como estudiante de cuarto año de medicina, cuando había intentado insertarle un tubo endotraqueal a un hombre que no respiraba. Las circunstancias habían sido desesperadas; el paciente estaba en paro cardíaco. El residente que supervisaba a Maura, le había permitido un solo intento de intubación. “Tienes diez segundos”, le había dicho. “Si no puedes, lo haré yo”. Maura había insertado el laringoscopio y escudriñado la garganta, buscando las cuerdas vocales, pero lo único que se veía era la lengua y la mucosa. Con el correr de los segundos, mientras una enfermera bombeaba sobre el tórax y el equipo de Código Azul observaba, Maura había intentado en vano manejar el instrumento, sabiendo que con cada segundo en que el paciente no recibía oxígeno, más células cerebrales podían morir. El residente finalmente le quitó el instrumento de las manos y la hizo a un lado para realizar el procedimiento él mismo. Había sido una demostración humillante de su incompetencia.

Los muertos no requerían una intervención tan veloz. Ahora, al introducir el laringoscopio en la boca, no oía chillidos del monitor cardíaco ni sentía la mirada del equipo de Código Azul, no colgaba

una vida de un hilo. Eve Kassovitz era un sujeto pasivo mientras Maura movía el instrumento y quitaba la lengua de en medio. Se inclinó y miró dentro de la garganta. El cuello era largo y delgado y en el primer intento, Maura vio enseguida las cuerdas vocales como cintas rosadas flanqueando la tráquea. Atrapado entre ellas vio un objeto brillante.

—Fórceps —dijo y extendió la mano. Yoshima colocó el instrumento sobre su palma.

—¿Lo ves? —preguntó Jane.

—Sí.

Maura enganchó el objeto y lo extrajo lentamente de la garganta. Lo dejó caer sobre una bandeja y se oyó el tintineo del impacto contra el acero inoxidable.

—¿Es lo que creo que es? —dijo Maura.

Maura hizo girar el objeto, que resplandecía como una perla bajo las luces intensas.

Una concha marina.

Dieciocho

La luz de la tarde se había convertido en un gris sombrío cuando Jane llegó al campus de la Universidad de Harvard y aparcó el coche detrás del edificio Conant Hall. El aparcamiento estaba casi vacío y al salir del coche al viento helado, observó los antiguos edificios de ladrillo que se veían desiertos, vio las plumas de nieve que revoloteaban sobre el asfalto congelado y se dio cuenta de que para cuando terminara con su tarea allí, ya habría oscurecido.

Se abotonó el cuello del abrigo y echó a andar hacia los edificios del Museo de la Universidad. Dentro de pocos días, cuando los estudiantes regresaran del receso invernal, el campus volvería a cobrar vida. Pero en esa tarde gélida, Jane caminaba sola, con los ojos entrecerrados para protegerse de la agresión del viento. Llegó a la entrada lateral del museo y encontró la puerta cerrada. No le resultó sorprendente, pues era domingo por la tarde. Rodeó el edificio para llegar a la puerta principal, caminando por un sendero despejado a pala por entre los bancos de nieve sucia. En la entrada de la calle Oxford, se detuvo a contemplar el imponente edificio de ladrillos. Las palabras por encima de la puerta anunciaban: MUSEO DE ZOOLOGÍA COMPARATIVA.

Jane subió los escalones de granito y entró en el edificio, pasando inmediatamente a otra época. El suelo de madera crujía bajo sus pies. Olió el polvo de muchas décadas y el calor de radiadores antiguos; vio hilera tras hilera de vitrinas de exhibición hechas en madera.

Pero no había gente. El vestíbulo estaba desierto.

Se adentró más en el edificio, pasando junto a vitrinas cerradas que mostraban diversos especímenes y se detuvo a contemplar una colección de insectos pinchados con alfileres. Vio monstruosos escarabajos negros con pinzas listas para morder piel tierna y

cucarachas aladas de reluciente caparazón. Se estremeció y siguió caminando junto a exhibidores con mariposas coloridas como joyas, otros con huevos de aves que jamás serían empollados y pájaros embalsamados que no volverían a cantar.

El crujido de un paso le informó que no estaba sola. Se volvió y miró hacia un pasillo estrecho entre dos muebles altos. Iluminado desde atrás por la luz invernal que entraba por la ventana, el hombre no era más que una silueta sin cara que avanzaba hacia ella. Solo cuando él se acercó y emergió de su escondite, Jane pudo ver la cara arrugada y las gafas de montura de metal. Unos ojos azules distorsionados la miraban desde detrás de los cristales.

—No será usted esa mujer de la policía ¿verdad?

—¿Doctor Von Schiller? Soy la detective Rizzoli.

—Ya me lo imaginaba. Nadie más llegaría a esta hora tan avanzada del día. La puerta por lo general ya está cerrada a esta hora, así que la suya va a ser como una visita privada. —Le guiñó un ojo, como si ese tratamiento especial debiera ser un secreto entre ambos. Una rara oportunidad de ver insectos muertos y pájaros embalsamados sin hordas de visitantes. —¿Y? ¿La ha traído? —preguntó.

—La tengo aquí mismo. —Sacó la bolsa de evidencia del bolsillo y los ojos de él se iluminaron al ver el contenido, visible a través del plástico transparente.

—¡Vamos, entonces! Subamos a mi despacho donde podré echarle un buen vistazo con la lupa. Mis ojos ya no ven tan bien. Detesto la lámpara fluorescente que tengo allí arriba, pero para algo como esto es necesaria.

Jane lo siguió hacia la escalera, adaptando su andar a la marcha penosamente lenta de él. ¿Era posible que ese hombre siguiera enseñando? Parecía demasiado anciano como para siquiera poder subir la escalera. Pero Von Schiller fue el nombre que le recomendaron cuando llamó al departamento de zoología comparativa, y el brillo de los ojos de él cuando había visto lo que ella traía en el bolsillo había sido inconfundible. El anciano no veía la hora de tenerla entre manos.

—¿Sabe mucho sobre conchas marinas, detective? —preguntó Von Schiller mientras subía lentamente la escalera, aferrándose a la baranda tallada con una mano nudosa.

—Solo lo que he aprendido de comer almejas.

—¿Va a decirme que nunca las coleccionó? —Von Schiller miró hacia atrás. —¿Sabía que Robert Louis Stevenson en una oportunidad dijo que "Tal vez sea un destino más afortunado tener una afición por coleccionar conchas que nacer millonario".

—¿Ah, sí? —Creo que preferiría ser millonario.

—Es una pasión que tengo desde niño. Mis padres nos llevaban todos los años a la costa amalfitana. Mi dormitorio estaba lleno de tantas cajas de conchas que casi no podía moverme. Todavía las tengo a todas, ¿sabe? Incluso un espécimen precioso de Epitonium celesti. Bastante raro. Lo compré cuando tenía doce años y lo pagué bastante caro. Pero siempre pensé que gastar dinero en conchas era una inversión. El arte más exquisito de la Madre Naturaleza.

—¿Pudo ver las fotografías que le envié por correo electrónico?

—Sí. Se las envié a Stefano Rufini, un viejo amigo mío. Trabaja como consultor para una compañía llamada Medshells. Localizan especímenes raros de todo el mundo y se los venden a coleccionistas acaudalados. Él y yo estamos de acuerdo sobre el origen probable de esa concha.

—¿Cómo se llama esta concha?

Von Schiller la miró con una sonrisa.

—¿Cree que le daría una respuesta sin examinarla antes?

—Pues ya parece saberlo.

—He limitado las posibilidades, eso es todo lo que voy a decirle. —Reanudó la subida por la escalera. —Pertenece a la clase Gastrópodos. —Subió otro escalón. —Del orden de los Caenogastrópodos . —Otro escalón. —Familia: Bucinácea.

—¿Disculpe, qué quiere decir todo eso?

—Significa que esa pequeña concha es ante todo, un gastrópodo, que significa pie de estómago. Es la misma clase general de moluscos de un caracol terrestre o una lapa. Son univalvos, con un pie muscular.

—¿Así se llama esta concha?

—No, esa es solamente la clase filogenética. Hay por lo menos cincuenta mil variedades diferentes de gastrópodos en el mundo y no todos habitan los océanos. La babosa terrestre común, por ejemplo, es un gastrópodo, aunque carece de concha. —Llegó a la cima de la escalera y la guió por otro pasillo lleno de vitrinas que contenían un zoológico mudo, cuyos ojos vidriosos miraban a Jane con desaprobación. Era tan vívida la sensación que tenía de estar siendo observada que se detuvo y miró hacia atrás, a la galería desierta, llena de animales embalsamados.

No hay nadie aquí, salvo nosotros y los animales asesinados.

Se volvió para seguir a Von Schiller.

El anciano había desaparecido.

Por un instante, se quedó allí, sola en el vasto recinto; solo escuchaba el latido de su propio corazón y sentía las miradas hostiles de todas esas criaturas atrapadas detrás de los cristales.

—¿Doctor Von Schiller? —llamó y su voz pareció retumbar en una sala tras otra. La cabeza de él asomó desde detrás de una vitrina.

—¿Viene o no? —preguntó—. Mi despacho está aquí.

Despacho era una palabra demasiado pretenciosa para el espacio que Von Schiller ocupaba. Una puerta con una placa que decía DR. HENRY VON SCHILLER, PROFESOR EMÉRITO llevaba a un rincón sin ventanas ligeramente más amplio que un armario para escobas. En su interior se apretaban un escritorio, dos sillas y poco más. El anciano encendió el interruptor de luz y entornó los ojos para protegerse del brillo fluorescente.

—Veámosla, entonces —dijo y cogió con entusiasmo la bolsa transparente que le tendía Jane—. ¿Dice que la encontró en la escena del crimen?

Ella vaciló y luego solo dijo que sí. Insertada a presión en la garganta de una mujer muerta fue lo que no dijo.

—¿Por qué piensa que es significativa?

—Tenía esperanzas que pudiera decírmelo usted.

—¿Puedo tocarla?

—Si es realmente necesario.

Él abrió la bolsa y con dedos artríticos sacó la concha marina.

—Sí, sí —murmuró mientras se sentaba en una silla crujiente detrás del escritorio. Encendió una lámpara de mesa con cuello flexible y sacó una lupa y una regla. —Sí, es lo que pensé. Parece de unos... ajá, veintiún milímetros de largo. No es un espécimen de belleza particular. Estas estriaciones no son tan bonitas y está un poco rota aquí, ¿lo ve? Podría tratarse de una vieja concha que ha estado dentro de la caja de algún coleccionista. —Levantó la cabeza y la miró con ojos húmedos detrás de las gafas. —Pisania maculosa.

—¿Así se llama?

—Sí.

—¿Está seguro?

Él dejó la lupa de manera abrupta y se puso de pie.

—¿No confía en mí? —dijo con aspereza—. Venga conmigo, entonces.

—No estoy diciendo que no confíe...

—Claro que es lo que está diciendo. —Von Schiller abandonó su cubículo, moviéndose con una velocidad de la que ella no lo había creído capaz. Molesto y apresurado por defenderse, caminó por una

sala tras otra, llevando a Jane a una laberíntica profundidad de vitrinas y exhibidores, bajo la mirada de un sinnúmero de ojos muertos, hasta llegar a un extremo del edificio. Claramente, ese no era un sector muy visitado del museo. Los rótulos explicativos impresos estaban amarillentos por la edad y las vitrinas se veían polvorientas. Von Schiller caminó por un pasillo estrecho entre vitrinas, abrió un cajón y extrajo una caja.

—Aquí tiene —dijo y abrió la caja. Sacó un puñado de conchas marinas y las colocó, una por una, sobre el cristal de una mesa exhibidora. — Pisania maculosa. Y aquí tiene otra y otra. Y aquí está la suya. —La miró, indignado y ofendido. —¿Y bien?

Jane estudió el despliegue de conchas marinas, todas con las mismas curvas elegantes, las mismas estriaciones en espiral.

—Son muy similares, sí.

—¡Pues claro que lo son! ¡Pertenecen a la misma especie! Sé de lo que estoy hablando. Es mi campo de conocimientos, detective.

Qué campo tan útil, pensó Jane, mientras sacaba su libreta.

—¿Cómo me dijo que se llamaba la especie?

—Venga, deme eso. —El anciano le quitó la libreta y Jane observó cómo escribía el nombre, frunciendo ferozmente el entrecejo. No era un anciano agradable. Con razón lo mantenían oculto en un armario para escobas.

Von Schiller le devolvió la libreta.

—Ahí lo tiene. Bien escrito.

—¿Qué significa esto, entonces?

—Es el nombre.

—No, me refiero a qué significado tiene esta concha marina en particular?

—¿Tiene que tener algún significado, acaso? Usted es una Homo

sapiens sapiens, esta es una Pisania maculosa. Es así.

—¿Es una concha marina muy rara?

—En absoluto. Se pueden comprar fácilmente por internet, hay muchos vendedores.

Lo que la convertía en inútil para rastrear a un asesino. Jane suspiró y guardó la libreta.

—Son muy comunes en el Mediterráneo —dijo él.

Jane levantó la mirada.

—¿En el Mediterráneo?

—Y en las islas Azores.

—Disculpe, no sé exactamente dónde se encuentran las Azores.

Él le dirigió una mirada de amarga incredulidad. Luego hizo un ademán para que se acercara a uno de los exhibidores donde se veían docenas de conchas marinas junto con un mapa descolorido del Mediterráneo.

—Allí —dijo, y señaló el mapa. Son estas islas aquí, al oeste de España. Las Pisania Maculosa se encuentran en esta zona, desde las Azores al Mediterráneo.

—¿Y en ningún otro sitio? ¿En el continente Americano?

—Acabo de mostrarle el rango de ubicación. Esas conchas que cogí del cajón para mostrarle, se recolectaron todas en Italia.

Ella permaneció callada un momento, con la mirada fija en el exhibidor. No recordaba la última vez que había mirado con atención un mapa del Mediterráneo. Su mundo, al fin y al cabo, era Boston; cruzar la línea estatal era el equivalente de un viaje al extranjero. ¿Por qué una concha marina? ¿Por qué esta concha en particular?

Sus ojos se posaron en el extremo oriental del Mediterráneo. En la

isla de Chipre.

Ocre rojo. Conchas marinas. ¿Qué está tratando de decirnos el asesino?

—Ah —dijo Von Schiller—, no sabía que había alguien más aquí.

Jane no había oído pasos ni crujidos de la madera del suelo. Se volvió y vio a un joven detrás de ella. Seguramente un estudiante de posgrado, a juzgar por los vaqueros y la camisa arrugada. Ciertamente tenía aspecto de académico, con gruesas gafas de montura negra y una cara de palidez invernal. Permanecía allí, en absoluto silencio y Jane se preguntó si podría hablar.

Entonces brotaron las palabras, en un tartamudeo tan torturante que resultaba doloroso de escuchar.

—P-p-profesor Von Schiller. Es ho-ho-hora de ce-ce-cerrar.

—Ya estamos terminando, Malcolm. Quería enseñarle a la detective Rizzoli unos ejemplares de Pisania. Von Schiller volvió a guardar las conchas marinas en la caja. —Me encargaré de cerrar.

—P-p-pero es m-m-mi...

—Lo sé, lo sé. Solo porque estoy en edad avanzada nadie cree que puedo hacer girar una estúpida llave. Mira, todavía tengo papeles sobre el escritorio que necesito ordenar. ¿Por qué no acompañas a la detective a la salida? Te prometo que cerraré con llave cuando me marche.

El joven vaciló, como intentando encontrar las palabras para objetar. Luego simplemente suspiró y asintió.

Jane guardó en su bolsillo la bolsa de evidencia que contenía la concha marina.

—Gracias por su ayuda, doctor Von Schiller —dijo. Pero el anciano ya se estaba alejando para volver a guardar la caja en el cajón adecuado.

El joven no pronunció palabra mientras guiaba a Jane por las sombrías salas de exhibición, junto a animales atrapados detrás de

los cristales; su calzado deportivo casi no hacía crujir el suelo. No era el lugar para que un joven pasara la velada del domingo, pensó Jane. En compañía de fósiles y mariposas atravesadas por alfileres.

Afuera, en la oscuridad del anochecer, Jane caminó hacia el coche; sus botas crujían sobre la nieve dura. A mitad de camino, frenó y se detuvo. Se volvió y estudió los edificios oscuros, los charcos de luz bajo las farolas. Nada ni nadie se movía.

La noche en que murió, ¿Eve Kassovitz vio venir a su asesino?

Aceleró el paso, con las llaves ya en la mano y cruzó hasta su coche, que era el único en el aparcamiento. Solamente cuando estuvo dentro y trabó la puerta pudo bajar la guardia. Este caso me está poniendo de los nervios, pensó. Ni siquiera puedo cruzar un aparcamiento sin sentir que el diablo está a mis espaldas.

Y cada vez más cerca.

Diecinueve

1 DE AGOSTO. Fase de la luna: Llena.

Anoche mi madre me habló en sueños. Me regañó. Fue un recordatorio de que no me estoy comportando de manera disciplinada. "Te he enseñado todos los rituales antiguos, ¿y para qué?", preguntó. "¿Para que los ignores? Recuerda quién eres. Eres el elegido".

No lo he olvidado. ¿Cómo podría olvidarlo? Desde mi infancia más temprana me ha recitado las historias de nuestros ancestros, sobre quienes Manetón de Sebenitos, en la era de Ptolomeo II, escribió: "Incendiaron nuestras ciudades. Hicieron que el pueblo sufriera todas las brutalidades. Emprendieron la guerra con el deseo de exterminar a la raza".

Por mis venas corre la sangre sagrada de los cazadores.

Estos son secretos que ni siquiera mi distraído y ajeno padre sabía. Los lazos entre mis padres eran puramente prácticos. Pero entre mi madre y yo, los lazos abarcan el tiempo, los continentes, hasta mis sueños. Ella está enfadada conmigo.

Por lo que esta noche, llevaré a una cabra al bosque.

Vendrá de buen grado, pues nunca ha experimentado el dolor de la crueldad humana. La luna está tan brillante que no necesito la linterna para ver el camino. Detrás de mí oigo el balido desconcertado de otras cabras que acabo de soltar del granero del granjero, pero no me siguen. Sus balidos se apagan a medida que me adentro en el bosque y ahora solo escucho el ruido de mis pasos y de las pezuñas de la cabra contra el suelo del bosque.

Cuando nos hemos alejado lo suficiente, ato la cabra a un árbol. El

animal siente lo que le espera y emite un balido temeroso mientras yo me desvisto hasta quedar desnudo. Me arrodillo sobre el musgo. La noche está fresca, pero no tiemblo de frío sino de expectación. Levanto el cuchillo y las palabras rituales brotan de mis labios con la facilidad con que lo han hecho siempre. Alabo a nuestro señor Seth, el dios de mis ancestros. El dios de la muerte y la destrucción. A través de incontables milenios, ha guiado nuestras manos, nos ha llevado del Levante a las tierras de Fenicia y Roma, a cada rincón de la tierra. Estamos en todas partes.

La sangre emana en un chorro caliente.

Cuando todo ha terminado, camino, desnudo, pero con zapatos, hasta el lago. A la luz de la luna me introduzco en el agua y me lavo la sangre de la cabra. Emerjo limpio y eufórico. Solo cuando me vuelvo a vestir se calma por fin mi corazón y el cansancio deja caer su brazo pesado sobre mis hombros. Podría quedarme dormido sobre el césped, pero no me atrevo a recostarme; estoy tan cansado que tal vez no despierte hasta el amanecer.

Camino pesadamente de regreso a la casa. Cuando llego a la cima de la cuesta, la veo. Lily está en el extremo del jardín, una silueta delgada con el pelo reluciente a la luz de la luna. Me está mirando.

—¿Dónde has estado? —pregunta.

—Fui a nadar.

—¿En la oscuridad?

—Es la mejor hora. —Lentamente, me acerco. Se queda perfectamente inmóvil, aun cuando estoy cerca como para tocarla —El agua está tibia. Nadie puede verte si nadas desnuda. —Tengo la mano fría y ella se estremece cuando le acaricio la mejilla. ¿Es miedo o fascinación? No lo sé. Lo que sí sé es que me ha estado observando en estas semanas, del mismo modo en que la he estado observando yo a ella y algo está sucediendo entre ambos. Dicen que el Infierno llama al Infierno. En alguna parte, dentro de ella, la oscuridad ha escuchado mi llamada y está despertando a la vida.

Me acerco todavía más. Aunque es mayor que yo, soy más alto que ella

y le paso los brazos alrededor de la cintura con facilidad cuando me inclino hacia ella. Nuestras caderas se encuentran.

Su bofetada me envía tambaleándome hacia atrás.

—Nunca más vuelvas a tocarme —dice—. Gira en redondo y camina hacia la casa.

Me arde la cara. Me quedo en la oscuridad, esperando que la marca de la bofetada se borre de mi mejilla. No sabe quién soy realmente, a quién acaba de humillar. No tiene idea de cuáles serán las consecuencias.

Esa noche no duermo.

Me quedo despierto, pensando en todas las lecciones que me ha enseñado mi madre sobre la paciencia y sobre aguardar el momento. "El premio que más satisfacción provoca", solía decir, "es aquel que te ves obligado a esperar". Cuando sale el sol a la mañana siguiente, sigo en la cama, pensando en las palabras de mi madre. Y también en esa bofetada humillante. En todas las maneras en que Lily y sus amigas me han faltado el respeto.

Abajo, la tía Amy está en la cocina preparando el desayuno. Huelo el aroma de café y el de la panceta ahumada dorándose en una sartén. Y la oigo decir:

—¿Peter? ¿Has visto mi cuchillo deshuesador?

Veinte

Como sucedía siempre en cualquier día cálido de verano, la Piazza di Spagna era un mar de turistas sudorosos. Se apiñaban codo con codo, con cámaras costosas colgando del cuello, caras arreboladas protegidas del sol bajo sombreros blandos y gorras de béisbol. Desde su posición en lo alto de la escalinata, Lily observaba el movimiento de la multitud; notó el remolino alrededor de los carritos de vendedores, las contracorrientes de grupos diferentes de visitas guiadas. Consciente de la presencia de ladronzuelos, comenzó a bajar, espantando a los inevitables vendedores de baratijas que se acercaban como moscas. Vio que varios hombres la miraban, pero su interés era solo momentáneo. Una mirada, un destello lascivo, luego esos ojos se posaban en la siguiente mujer que pasaba. Lily descendió hacia la plaza sin dedicarles un solo pensamiento; se abrió camino alrededor de una pareja que se abrazaba sobre los escalones y un muchachito estudioso inclinado sobre un libro. Se mezcló entre la horda de gente. En las multitudes se sentía segura, anónima, aislada. Era solo una ilusión, por supuesto; ningún sitio era realmente seguro. Mientras cruzaba la plaza entre turistas que se fotografiaban y niños que lamían gelato, era consciente de que era fácil de localizar. Las multitudes brindaban protección tanto a la presa como al depredador.

Llegó al extremo de la plaza y pasó junto a una tienda de zapatos y carteras caras que jamás podría permitirse en esa vida. Más allá había un banco con cajero automático y tres personas esperando en fila para utilizarlo. Se unió a ellas. Para cuando le llegó el turno, ya había mirado bien a todos los que estaban cerca y no había visto a ningún ladrón dispuesto a dar su golpe. Ahora era momento de hacer una extracción sustancial. Estaba en Roma desde hacía cuatro semanas y todavía no había conseguido trabajo. A pesar de que hablaba italiano fluidamente, ningún puesto de café, ninguna tienda de suvenires tenía trabajo para ella y solo le quedaban cinco euros.

Insertó la tarjeta bancaria, solicitó trescientos euros y aguardó a que apareciera el efectivo. La tarjeta se deslizó hacia afuera junto con un recibo impreso. Pero sin dinero. Miró el recibo y el alma se le fue a los pies. No necesitaba traducción para comprender lo que decía.

Fondos insuficientes.

Bien, pensó, tal vez solicité un monto demasiado grande. Tranquila. *Volvió a insertar la tarjeta, pulsó el código y solicitó doscientos euros.*

Fondos insuficientes.

A esas alturas, la mujer que estaba detrás de ella en la fila ya estaba suspirando con impaciencia. Por tercera vez, Lily insertó la tarjeta. Solicitó cien euros.

Fondos insuficientes.

—Oye, ¿piensas terminar en algún momento, tal vez hoy? —dijo la mujer detrás de ella.

Lily se volvió para mirarla. Esa sola mirada, de furia líquida como lava, hizo que la mujer diera un paso atrás, alarmada. Lily pasó junto a ella con un empellón y se dirigió otra vez a la Piazza, a ciegas; por una vez no le importaba si alguien la vigilaba o la seguía. Para cuando llegó a las escaleras de la Plaza de España, ya no tenía fuerzas en las piernas. Se dejó caer sobre los escalones y apoyó la cabeza en las manos.

Se había quedado sin dinero. Sabía que le quedaban pocos fondos, y que con el correr del tiempo se le acabarían, pero creyó que le alcanzaría para otro mes más por lo menos. Le quedaba efectivo para dos comidas más, eso era todo. No tenía para el hotel de esa noche, ni para una cama. Pero, bueno, esos escalones eran bastante cómodos y las vistas eran inmejorables. Cuando sintiera hambre, siempre podía zambullirse dentro de un cubo de basura en busca del bocadillo sin terminar de algún turista.

¿A quién quiero engañar? Tengo que conseguir algo de dinero.

Levantó la cabeza, paseó la mirada por la plaza y vio muchos

hombres solos. Hola, muchachos, ¿alguno quiere pagar por pasar una tarde con una chica ardiente y desesperada? Después divisó a tres policías caminando por la periferia y decidió que ese no era un buen sitio para buscar clientes. Un arresto resultaría poco conveniente... o podría ser fatal.

Abrió la mochila y revisó febrilmente el contenido. Tal vez había un fajo de billetes cuya existencia había olvidado o algunas monedas sueltas en el fondo. Qué va. Como si no tuviera contado hasta el último centavo. Encontró un paquete de pastillas de menta, un bolígrafo. Nada de dinero.

Pero también encontró una tarjeta con el nombre FILIPPO CAVALLI. De inmediato recordó su cara. El conductor de camión con ojos lascivos. “Si no tienes dónde alojarte”, había dicho, “yo tengo un apartamento en la ciudad”.

Pues ¿adivina qué? No tengo dónde alojarme.

Permaneció sentada en los escalones, con la mente en blanco, jugueteando con la tarjeta hasta que quedó arrugada y doblada. Pensando en Filippo Cavalli y sus ojos malévolos, su cara sin afeitar. ¿Cómo de terrible podría ser? Había hecho cosas peores en su vida. Mucho peores.

Y sigo pagando por eso.

Cerró la mochila y buscó a su alrededor un teléfono. Ojos malévolos o no, pensó, tengo que comer.

En el pasillo, afuera de la puerta del apartamento 4-G, se enderezó nerviosamente la blusa y se acomodó el pelo. Luego se preguntó por qué diablos se molestaba, con lo desaliñado que había estado él la última vez que lo había visto. Dios, por lo menos haz que no tenga mal aliento, pensó. Podía lidiar con hombres gordos y hombres feos. Podía cerrar los ojos y no mirar. Pero un hombre con mal aliento...

La puerta se abrió.

—¡Pasa! —dijo Filippo.

Una primera mirada bastó para que Lily quisiera volverse y huir. Filippo estaba exactamente como lo recordaba, sin afeitar y con ojos hambrientos que ya le estaban devorando la cara. Ni siquiera se había molestado en vestirse bien para la visita: tenía puestos pantalones holgados y una camiseta sin mangas. ¿Por qué iba a tomarse el trabajo de asearse? Seguramente ya sabía lo que la había llevado a ella allí y no eran su cuerpo escultural ni su ingenio agudo.

Lily entró en el apartamento, donde el olor a ajo y a humo de cigarrillo luchaban por establecer dominancia. De no ser por eso, no estaba tan mal el sitio. Vio un sofá y unos sillones, una pila ordenada de periódicos, una mesa de café. La ventana del balcón daba a otro edificio de apartamentos. A través de las paredes se escuchaba el televisor de un vecino.

—¿Quieres vino, Carol? —preguntó él.

Carol. Casi había olvidado el nombre que le había dado.

—Sí, por favor —respondió—. Y... ¿tendrías algo para comer?

—¿Comida? Por supuesto. —Sonrió, pero sus ojos en ningún momento perdieron la expresión lasciva. Él sabía que eran solo las trivialidades que antecedían a la transacción. Llevó a la mesa pan, queso y un pequeño plato con hongos marinados. No era un banquete, sino más bien un tentempié. Eso era lo que ella valía, entonces. El vino era barato, fuerte y astringente, pero Lily igualmente bebió dos copas mientras comía. Era mejor estar borracha para lo que seguiría. Él estaba sentado a la mesa frente a ella, observándola mientras bebía una copa de vino. ¿Cuántas otras mujeres habrían venido a ese apartamento, se habrían sentado a esa misma mesa, armándose de valor para pasar al dormitorio? Seguramente ninguna lo había hecho por propia voluntad. Al igual que Lily, sin duda necesitaban un par de tragos antes de poder pasar al siguiente nivel.

Él extendió el brazo por encima de la mesa. Ella se inmovilizó cuando él le abrió los dos botones superiores de la blusa. Luego se arrellanó en la silla, sonriendo ante la visión del escote de Lily.

Trató de ignorarlo y cogió otro trozo de pan, luego terminó su copa de vino y se sirvió otra.

Él se puso de pie y se ubicó detrás de ella. Terminó de desabotonarle la blusa y se la deslizó por los hombros, luego le desabrochó el sujetador.

Lily se introdujo un trozo de queso en la boca, lo masticó y lo tragó. Casi lo regurgitó cuando las manos de él se cerraron sobre sus pechos. Se quedó sentada tiesa, apretando los puños, reprimiendo el instinto de girar y pegarle. En cambio, dejó que él pasara sus manos por delante de ella y le desabrochara los vaqueros. Cuando él tiró, ella se puso de pie obedientemente para que pudiera quitarle el resto de la ropa. Finalmente quedó desnuda en la cocina y él dio un paso atrás para admirar la vista; su excitación era obvia. Ni siquiera se molestó en quitarse la ropa, sino que hizo retroceder a Lily hasta la encimera, se abrió los pantalones y la poseyó allí, de pie. Con tanto vigor que los muebles temblaban y los cubiertos hacían ruido dentro de los cajones.

Date prisa. Termina de una vez, coño.

Pero él tan solo estaba comenzando. La hizo girar, la puso de rodillas y la penetró otra vez en el suelo. Luego fue en la sala, en plena vista de la ventana del balcón, como si quisiera que el mundo entero viera que él, Filippo, podía follarse a una mujer en todas las posiciones, en todas las habitaciones. Ella cerró los ojos y se concentró en los sonidos del televisor del departamento contiguo. Música rítmica de un programa de juegos y la voz animada de un presentador italiano. Se concentró en la televisión porque no quería escuchar los jadeos y gruñidos de Filippo mientras arremetía contra ella hasta llegar al clímax.

Se desplomó sobre ella, un peso muerto y flácido que amenazaba con asfixiarla. Lily se deslizó de debajo del cuerpo de él y quedó tendida de espaldas, con el cuerpo resbaladizo por el sudor de ambos.

Un instante después, el ya roncaba.

Lily lo dejó allí, en el suelo de la sala y se dirigió al baño para darse

una ducha. Pasó unos veinte minutos bajo el agua, lavándose del cuerpo todo rastro de él. Con el pelo empapado, regresó a la sala para cerciorarse de que siguiera dormido. Lo estaba. En silencio, entró en el dormitorio y revisó los cajones de la cómoda. Bajo un montículo de calcetines, encontró un fajo de billetes: al menos seiscientos euros. No echará de menos cien euros, pensó, mientras contaba los billetes. De todas formas, se los había ganado.

Se vistió y cuando estaba recogiendo la mochila, escuchó los pasos de él a sus espaldas.

—¿Te marchas tan pronto? —preguntó Filippo—. ¿Cómo puede bastarte con una sola vez?

Lentamente, ella se volvió para mirarlo y se obligó a sonreír.

—Es que una sola vez contigo, Filippo, es como diez veces con cualquier otro hombre.

Él sonrió.

—Es lo que me dicen las mujeres.

Pues te mienten.

—Quédate. Te cocinaré la cena. —Se acercó a ella y jugueteó con un mechón de su cabello. —Quédate y tal vez...

Ella lo pensó durante unos dos segundos. Si bien ese era un buen sitio donde pasar la noche, el precio era demasiado alto.

—Tengo que irme —dijo, y le dio la espalda.

—Por favor, quédate. —Él hizo una pausa y luego añadió, con una nota de desesperación en la voz: —Te pagaré.

Ella se detuvo y lo miró.

—Es así, ¿verdad? —preguntó él en voz baja. La sonrisa se le borró y su cara se desmoronó en una máscara cansada. Ya no era el amante que se pavoneaba, sino un hombre triste, de mediana edad, barrigón y sin una mujer en su vida. En un tiempo, a ella le había

parecido que sus ojos tenían una expresión cruel; ahora esos mismos ojos se veían cansados, derrotados. —Sé que es cierto. —Suspiró. —No viniste por mí. Lo que buscas es dinero.

Por primera vez, Lily no sintió repugnancia al mirarlo. También, por primera vez, decidió ser sincera con él.

—Sí —admitió—. Necesito dinero. Estoy en bancarrota y no puedo encontrar trabajo en Roma.

—Pero eres estadounidense. Puedes regresar a tu casa.

—No puedo.

—¿Por qué?

Ella apartó la mirada.

—Porque no. De todas maneras, allí no hay nada para mí.

Él se quedó pensando en sus palabras unos instantes y llegó a una conclusión razonable:

—¿Te busca la policía?

—No. La policía no.

—¿Entonces de quién estás huyendo?

Del mismísimo diablo, fue lo que pensó Lily. Pero no podía decirlo, pues Filippo creería que estaba loca. Respondió, simplemente:

—De un hombre. De alguien a quien le temo.

Un novio violento, seguramente pensaría él. Asintió con aire compasivo.

—Entonces necesitas dinero. Ven, puedo darte algo. —Giró como para dirigirse al dormitorio.

—Espera, Filippo. —Sintiéndose culpable, Lily metió la mano en el bolsillo y sacó los cien euros que había cogido del cajón de los calcetines. ¿Cómo iba a robarle a un hombre que estaba tan

hambriento de compañía? —Perdón —dijo—. Esto es tuyo. Necesitaba dinero, pero no debería haberlo cogido. —Tomó la mano de Filippo y apretó los billetes dentro de su palma, casi sin atreverse a mirarlo a los ojos. —Me las arreglaré por mi cuenta. —Se volvió como para marcharse.

—Carol. ¿Es tu nombre verdadero?

Ella se detuvo con la mano sobre la manilla de la puerta.

—Es un nombre como cualquier otro.

—Dices que necesitas trabajo. ¿Qué sabes hacer?

Ella lo miró.

—Haré cualquier cosa. Limpiar casas, servir mesas. Pero necesito que me paguen en efectivo.

—Tu italiano es muy bueno. —La estudió con aire pensativo. —Tengo una prima, aquí en la ciudad —dijo por fin—. Organiza excursiones.

—¿Qué clase de excursiones?

—Al Foro, a la basílica. —Filippo levantó los hombros. —Ya sabes, a todos los puntos turísticos de Roma. A veces necesita guías que hablen inglés. Pero tienen que tener estudios universitarios.

—¡Tengo un título universitario en estudios clásicos! —Una nueva esperanza le aceleró repentinamente el corazón. —Tengo muchos conocimientos de historia, de hecho. Sobre el mundo antiguo.

—¿Pero sabes sobre Roma?

Lily soltó una risa repentina y dejó la mochila.

—En realidad, sí —dijo.

Veintiuno

Maura estaba de pie sobre la acera congelada, mirando la residencia de Beacon Hill, cuyas ventanas brillaban con una luz acogedora. El fuego ardía en el salón delantero, igual que la noche que había entrado por primera vez, atraída por las llamas danzantes y la promesa de un café. Esa noche lo que la impulsaba era la curiosidad sobre un hombre que la atraía y al mismo tiempo, debía admitir, la asustaba un poco. Hizo sonar el timbre y lo escuchó tintinear dentro de la casa, haciendo eco en las habitaciones que todavía no había visto. Esperaba que el mayordomo abriera la puerta y se sorprendió cuando la abrió Anthony Sansone.

—No estaba seguro de que vendría —comentó él mientras la hacía pasar.

—Yo tampoco —admitió Maura.

—Los demás llegarán más tarde. Me gustaba la idea de que pudiéramos hablar antes nosotros dos, a solas. —La ayudó a quitarse el abrigo y pulsó sobre el panel secreto que revelaba un guardarropa. En la casa de ese hombre, hasta las paredes ocultaban sorpresas. —Entonces, ¿por qué había decidido venir, después de todo?

—Dijo usted que teníamos intereses en común. Quiero saber a qué se refería.

Colgó el abrigo de Maura y se volvió hacia ella; una figura alta, vestida de negro; el fuego hacía brillar destellos dorados en su cara.

—El mal —dijo él—. Eso es lo que tenemos en común. Ambos lo hemos visto de cerca. Lo hemos mirado a la cara, hemos olido su aliento. Y hemos sentido que nos miraba a los ojos.

—Muchas personas lo han visto.

—Pero usted lo ha conocido en un nivel profundamente personal.

—Está hablando de mi madre de nuevo.

—Joyce me dice que todavía nadie ha podido hacer un conteo de todas las víctimas de Amalthea.

—No he seguido la investigación. Me he mantenido al margen. La última vez que vi a Amalthea fue en julio y no tengo intención de volver a ir a verla jamás.

—Ignorar el mal no hace que desaparezca. Sigue allí, sigue siendo parte de nuestras vidas...

—De la mía, no.

—... hasta en el ADN.

—Un accidente de nacimiento. No somos nuestros padres.

—Pero en algún nivel, Maura, los crímenes de su madre deben resultarle una carga. Deben de hacerla preguntarse si...

—¿Si yo también soy un monstruo?

—¿Se lo pregunta?

Ella no respondió por unos segundos, sintiendo la intensidad de la mirada de él.

—No me parezco en nada a mi madre. En todo caso, soy todo lo opuesto. Piense en la carrera que elegí, en el trabajo que hago.

—¿Una forma de expiación?

—No tengo nada que expiar.

—Sin embargo, ha elegido trabajar del lado de las víctimas. Y de la justicia. No todos hacen esa elección ni hacen tan bien ni tan meticulosamente su trabajo como usted. Por eso la he invitado esta noche. —Abrió la puerta que daba a la sala contigua. —Y es también por eso que deseo enseñarle algo.

Maura lo siguió dentro de un comedor revestido en madera, donde la imponente mesa estaba preparada para la cena. Cinco lugares dispuestos, notó Maura, contemplando la cristalería y la porcelana reluciente con bordes en cobalto y dorado. Otra chimenea, donde las llamas bailaban, pero la cavernosa habitación con techo de cuatro metros de altura estaba fría y ella se alegró de no haberse quitado el jersey de cachemira.

—¿Una copa de vino, antes? —preguntó él, levantando una botella de Cabernet.

—Sí. Gracias.

Él sirvió la copa y se la acercó, pero Maura casi no la miró Estaba concentrada en los retratos que colgaban de las paredes. Una galería de rostros, tanto de hombres como de mujeres, observaban a través de la pátina de los siglos.

—Estos son solo algunos de ellos —dijo él—. Los retratos que mi familia logró procurar a través de los años. Algunos son copias modernas, otros son meras representaciones del aspecto que creemos que tenían. Pero algunos de estos retratos son originales. Muestran la apariencia que tenían en la vida real. —Atravesó el comedor para detenerse delante de un retrato en particular. Mostraba a una mujer joven con ojos oscuros luminosos y el pelo negro recogido suavemente en la nuca. Su cara era un óvalo pálido y en esa habitación con luz tenue y el fuego encendido, su piel se veía traslúcida y tan viva que Maura casi podía imaginar el latido de un pulso en ese cuello blanco. La mujer estaba vuelta parcialmente hacia el artista; su vestido color burdeos brillaba con hilos de oro y su mirada era directa y audaz.

—Su nombre era Isabella —dijo Sansone—. Este retrato fue pintado un mes antes de su casamiento. Ha requerido bastante restauración. El lienzo estaba marcado por quemaduras en algunas partes. Fue una suerte que sobreviviera al incendio que destruyó su hogar.

—Es hermosa.

—Sí, lo era. Para su desgracia.

Maura frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Se casó con Nicolo Contini, un noble veneciano. Por lo que sabemos, fue un matrimonio muy feliz hasta que... —Hizo una pausa. —... hasta que Antonino Sansone destruyó sus vidas.

Maura lo miró, sorprendida.

—¿Es el hombre del retrato que está en la otra sala?

Anthony asintió.

—Mi distinguido antepasado. Oh, sí, él justificaba todas sus acciones en nombre de acabar con el diablo. La iglesia lo autorizaba todo; torturas, derramamiento de sangre, quemar gente en la hoguera. Los venecianos en particular eran expertos en torturas y creativos para inventar instrumentos brutales para extraer confesiones. Por más estrafalarias que fueran las acusaciones, unas pocas horas en los calabozos con Monsignore Sansone harían que casi todos se declararan culpables. Ya se tratara de practicar brujería o de hechizar a un vecino o de asociarse con el diablo, confesar y declararse culpable era la única forma de detener el sufrimiento y recibir la misericordia de la muerte. Cosa que en sí misma, no era demasiado misericordiosa, puesto que a la mayoría los quemaban vivos. —Paseó la mirada por la habitación y por los retratos. Las caras de los muertos. —Todas estas personas que ve aquí sufrieron a manos de él. Hombres, mujeres, niños... no hacía distinciones. Dicen que despertaba cada día ansioso por poner manos a la obra, que alegremente se fortificaba con una comida matutina de pan y carne. Luego se vestía con sus túnicas ensangrentadas y se iba a trabajar, a acabar con los herejes. Afuera, en la calle, aun a pesar de las gruesas paredes de piedra, los transeúntes podían escuchar los gritos.

Maura recorrió la habitación con la mirada, observando las caras de los condenados al sufrimiento y la muerte y las imaginó lastimadas y deformadas por el dolor. ¿Cuánto tiempo habrían resistido? ¿Durante cuánto tiempo se habrían aferrado a la esperanza de huir, de vivir?

—Antonino los derrotó a todos —dijo él—, menos a una. —Su mirada se había vuelto a posar sobre la mujer de ojos luminosos.

—¿Isabella sobrevivió?

—No, no. Nadie sobrevivía a sus atenciones. Como todos los demás, ella murió. Pero no se dejó vencer.

—¿Se negó a confesar?

—Y a entregarse. Solamente tenía que implicar a su esposo, renunciar a él, acusarlo de hechicería y podría haber vivido. Porque lo que Antonino deseaba realmente no era su confesión. Era a Isabella.

Su belleza fue su desgracia. Eso era lo que él había querido decir.

—Un año y un mes —dijo Anthony—. Ese fue el tiempo que sobrevivió en una celda sin calor ni luz. Todos los días, otra sesión con su torturador. —Miró a Maura. —He visto los instrumentos de aquella época. No puedo imaginar ninguna versión del Infierno que pueda ser peor.

—¿Y él nunca la derrotó?

—Ella resistió hasta el final. Aun cuando le quitaron su bebé recién nacido. Aun cuando le rompieron las manos, la azotaron hasta dejarla sin piel en la espalda, aun cuando le dislocaron las articulaciones. Cada acto de brutalidad quedaba registrado meticulosamente en los diarios personales de Antonino.

—¿Y usted ha podido ver esos diarios?

—Sí. Han pasado de generación en generación en mi familia. Están guardados en una bóveda, actualmente, con otras reliquias desagradables de aquella época.

—Qué legado tan atroz.

—A eso me refería cuando le dije que teníamos intereses y preocupaciones en común. Ambos hemos heredado sangre envenenada.

Maura seguía mirando la cara de Isabella cuando súbitamente, registro algo que él había dicho hacía unos instantes. Le quitaron su bebé recién nacido. Miró a Anthony.

—Dijo usted que ella dio a luz un bebé en cautiverio.

—Sí. Un hijo.

—¿Qué sucedió con él?

—Lo entregaron al cuidado de un convento local, donde se crió.

—Pero era el hijo de una hereje. ¿Por qué le permitieron vivir?

—Por quién era su padre.

Maura comprendió y se quedó mirándolo, estupefacta.

—¿Antonino Sansone?

Él asintió.

—El niño nació a los once meses de cautiverio de su madre.

El hijo de una violación, pensó Maura. Así que este es el linaje de los Sansone. Se remonta al hijo de una mujer condenada a muerte.

Y de un monstruo.

Recorrió los otros retratos con la mirada.

—Creo que no querría tener estos retratos en mi casa.

—¿Le parece macabro?

—Todos los días me recordarían lo sucedido. Me sentiría acosada por cómo murieron.

—¿Entonces los ocultaría en un armario? ¿Evitaría mirarlos, del mismo modo en que evita pensar en su madre?

Maura se puso rígida.

—No tengo motivos para pensar en ella. No ocupa un lugar en mi vida.

—Sí que lo hace. Y sí que piensa en ella ¿no es así? No puede evitarlo.

—No cuelgo su retrato en mi sala. —Maura dejó la copa sobre la mesa. —Esta es una forma muy extraña de venerar a los antepasados. Exhibiendo al torturador familiar en el salón delantero, como una especie de ícono, algo de lo que se enorgullece. Y aquí en el comedor, tiene una galería de víctimas de él. Todas estas caras lo miran, como una colección de trofeos. Es la clase de cosa que ...

Que exhibiría un cazador.

Maura calló, y mientras contemplaba su copa vacía, tomó conciencia del silencio de la casa. Aunque la mesa estaba dispuesta para cinco personas, ella era la única invitada que había llegado, tal vez la única que realmente había sido invitada.

Se sobresaltó cuando él le rozó el brazo para coger la copa vacía. Sansone se volvió para llenársela nuevamente y Maura observó su espalda, el contorno de los músculos bajo el jersey cuello de cisne. Luego él se volvió hacia ella y le tendió la copa. Maura la aceptó, pero no bebió, aunque de pronto sentía la garganta seca.

—¿Sabe por qué están aquí estos retratos? —preguntó él en voz baja.

—Lo encuentro... extraño, nada más.

—Crecí con ellos. Estaban en la casa de mi padre, y en la de mi abuelo. Al igual que el retrato de Antonino, pero siempre en salas diferentes. Siempre en sitios de prominencia.

—Como un altar.

—De algún modo, sí.

—¿Veneráis a ese hombre? ¿Al torturador?

—Mantenemos vivo su recuerdo. Jamás nos permitimos olvidar quiénes –y qué- somos.

—¿Por qué?

—Porque es nuestra responsabilidad. Un deber sagrado que los Sansone aceptaron hace generaciones, comenzando por el hijo de Isabella.

—El niño que nació en cautiverio.

Él asintió.

—Para cuando Vittorio llegó a la adultez, Monsignore Sansone estaba muerto. Pero su reputación de monstruo se había esparcido, y el apellido Sansone ya no era una ventaja, sino más bien una maldición. Vittorio podría haber huido de su propio apellido, podría haber negado su linaje. Pero en cambio, hizo todo lo contrario. Abrazó el apellido Sansone y también la carga.

—Mencionó usted un deber sagrado. ¿Qué clase de deber?

—Vittorio juró expiar lo que había hecho su padre. Si usted mira nuestro escudo familiar, verá las palabras Sed libera nos a malo.

Latín. Maura lo miró con el entrecejo fruncido.

—Líbranos del mal.

—Exacto.

—¿Y qué es lo que deben hacer los Sansone, exactamente?

—Perseguir al diablo, doctora Isles. Eso es lo que hacemos.

Por un instante, ella no respondió. No puede estar hablando en serio, pensó, pero la mirada de él se mantuvo firme sobre ella.

—Lo dice de manera figurativa, por supuesto —dijo Maura finalmente.

—Sé que usted no cree en la existencia del diablo.

—¿Satanás? —Maura no pudo menos que reír.

—La gente no tiene problema en creer que Dios existe —observó él.

—Por eso se la llama fe. No requiere pruebas, porque no las hay.

—Si uno cree en la luz, también tiene que creer en la oscuridad.

—Pero está hablando usted de un ser sobrenatural.

—Estoy hablando del mal, destilado a su forma más pura. Manifiesto en la forma de seres de carne y hueso que caminan entre nosotros. Esto no se trata del asesino impulsivo, del marido celoso que pierde la cabeza o del soldado asustado que mata a un enemigo desarmado. Hablo de algo completamente diferente. De personas que parecen humanas, pero están muy lejos de serlo.

—¿Demonios?

—Si quiere llamarlos así.

—¿Y usted realmente cree que existen estos monstruos o demonios o como quiera llamarlos?

—Sé que existen —respondió él en voz baja.

El sonido del timbre la sobresaltó. Maura miró hacia el salón del frente, pero Sansone no hizo ningún movimiento para atender. Se oyeron pasos y luego la voz del mayordomo en el vestíbulo.

—Buenas noches, señora Felway. ¿Quiere darme su abrigo?

—Llego con algo de retraso, Jeremy. Lo siento.

—Ni el señor Stark ni la doctor a O'Donnell han llegado todavía.

—¿No? Bueno, eso me hace sentir mejor.

—El señor Sansone y la doctora Isles están en el comedor, si desea reunirse con ellos.

—Claro; qué bien me vendría un trago.

La mujer que entró en el comedor era alta y formidable como un hombre; su espalda ancha se veía remarcada por una chaqueta de tweed con charreteras de cuero. Aunque tenía el pelo canoso, se movía con el vigor de la juventud y la confianza de la autoridad. Sin vacilar, cruzó directamente hacia Maura.

—Usted debe de ser la doctora Isles —dijo y le estrechó la mano—. Soy Edwina Felway.

Sansone le entregó una copa de vino.

—¿Cómo estaban los caminos, Winnie?

—Traicioneros. —Bebió un sorbo. —Me sorprende que Ollie no esté aquí todavía.

—Son solo las ocho. Viene con Joyce.

Los ojos de Edwina estaban fijos sobre Maura. Su mirada era directa, hasta indiscreta.

—¿Hubo avances en el caso?

—No hemos hablado de eso —dijo Sansone.

—¿En serio? Pero es lo que todos tenemos en mente.

—No puedo hablar del caso —dijo Maura—. Estoy segura de que comprenderá por qué.

Edwina miró a Sansone.

—¿Entonces todavía no ha aceptado? ?

—¿Aceptado qué cosa? —preguntó Maura.

—Formar parte de nuestro grupo, doctora Isles.

—Winnie, te estás adelantando un poco. Todavía no le hé explicado...

—¿La Fundación Mefisto? —preguntó Maura—. ¿A eso se refiere?

Se hizo silencio. En otra sala, un teléfono comenzó a sonar.

Edwina de pronto rió.

—Está un paso delante de ti, Anthony.

—¿Cómo se enteró de la fundación? —preguntó él, mirando a Maura. Luego dejó escapar un suspiro. —Por la detective Rizzoli, claro. Me enteré que ha estado haciendo preguntas.

—Le pagan para que haga preguntas —dijo Maura.

—¿Y finalmente ha quedado satisfecha en cuanto a que no somos sospechosos?

—Es solo que no le agradan los misterios. Y vuestro grupo es muy misterioso.

—Y por eso usted aceptó mi invitación de esta noche. Para averiguar quiénes somos.

—Creo que ya lo he averiguado —respondió Maura—. Y me parece que he oído lo suficiente como para tomar una decisión. —Dejó la copa sobre la mesa. —La metafísica no me interesa. Sé que existe el mal en el mundo y que ha existido siempre. Pero no es necesario creer en Satanás ni en los demonios para explicarlo. Los seres humanos son perfectamente capaces de ser malvados por su propia cuenta.

—¿No le interesa en absoluto unirse a la fundación? —quiso saber Edwina.

—No me sentiría a gusto aquí. Y creo que es hora de irme. —Se volvió y vio a Jeremy de pie en la puerta.

—¿Señor Sansone? —El mayordomo traía un teléfono inalámbrico. —Acaba de llamar el señor Stark. Está preocupado.

—¿Por qué?

—La doctora O'Donnell tenía que pasarlo a buscar, pero no ha aparecido todavía.

—¿A qué hora tenía que estar en su casa?

—Hace cuarenta y cinco minutos. La ha estado llamando, pero no atiende el teléfono de la casa ni el móvil.

—Intentaré llamarla yo. —Sansone tomó el teléfono y marcó; aguardó, tamborileando los dedos sobre la mesa. Cortó, volvió a marcar, tamborileando los dedos cada vez más rápido. Nadie hablaba; todos lo observaban, escuchando el ritmo acelerado de sus dedos. La noche en que Eve Kassovitz había muerto, esas mismas personas habían estado en esa misma habitación, sin darse cuenta de que la Muerte aguardaba afuera. Que había entrado en su jardín y había dejado sus símbolos extraños sobre la puerta. La casa había sido marcada.

Tal vez marcaron también a los que estaban adentro.

Sansone cortó.

—¿No debería llamar a la policía? —preguntó Maura.

—Joyce puede haberlo olvidado, simplemente —dijo Edwina—. Pienso que es demasiado pronto para involucrar a la policía.

—¿Quiere que vaya en el coche a la casa de la doctora O'Donnell? —preguntó Jeremy.

Sansone miraba el teléfono.

—No —dijo, por fin—. Iré yo. Preferiría que os quedarais aquí, por si llama Joyce.

Maura lo siguió hasta la sala, donde él buscó el abrigo en el armario oculto. Maura también se puso el de ella.

—Por favor, quédese a cenar —dijo él, mientras cogía las llaves del coche—. No tiene por qué regresar tan pronto a su casa.

—No voy a casa —respondió ella—. Iré con usted.

Veintidós

La luz del porche de la casa de Joyce O'Donnell estaba encendida, pero nadie acudió a la puerta.

Sansone intentó abrirla.

—Está con llave —dijo, y sacó su móvil—. La llamaré una última vez.

Mientras él marcaba, Maura se apartó del porche y desde el camino de entrada, levantó la mirada hacia una ventana de la primera planta de la casa, que derramaba su brillo cálido en la noche. Escuchó el sonido distante del teléfono. Luego, otra vez silencio.

Sansone cortó.

—Se ha conectado el contestador automático.

—Creo que es hora de llamar a Rizzoli.

—Todavía no. —Sacó una linterna y caminó por el sendero que rodeaba la casa.

—¿Adónde va?

Él siguió caminando; su abrigo negro se derritió en las sombras. La luz de la linterna saltaba sobre las losas y desapareció cuando dobló la esquina.

Maura quedó sola en el jardín delantero, escuchando el ruido de las hojas secas en las ramas por encima de su cabeza.

—¿Sansone? —llamó. Él no respondió. Solo se escuchaban los latidos de su corazón. Lo siguió hasta detrás de la casa. Allí se detuvo frente a la sombra del garaje que se elevaba delante de ella. Cuando estaba a punto llamarlo otra vez, algo la hizo callar; la

sensación de que había otra presencia observándola, siguiéndola. Se volvió y miró hacia ambos lados de la calle. Vio que un trozo de papel en el viento rodaba por la calle como fantasma en el aire.

Una mano se cerró alrededor de su brazo.

Maura ahogó una exclamación y dio un respingo. Se encontró mirando a Sansone, que se había materializado a sus espaldas.

—Su coche está en el garaje —dijo él.

—¿Entonces dónde está ella?

—Iré hacia la parte posterior.

Esta vez Maura no lo perdió de vista, sino que lo siguió por el jardín lateral, por la nieve profunda e intacta que bordeaba el garaje. Cuando salieron al jardín trasero, ella tenía los pantalones empapados y nieve derretida dentro de los zapatos, por lo que sentía los pies congelados. La luz de la linterna de Anthony se movía sobre los arbustos y las tumbonas, cubiertos por una aterciopelada manta blanca. No se veían pisadas en la nieve. Una pared recubierta de enredaderas protegía el jardín, un espacio privado oculto de los vecinos. Y ella estaba allí sola con un hombre al que casi no conocía.

Pero él no le prestaba atención. Estaba concentrado en la puerta de la cocina, que no podía abrir. Se quedó mirándola unos segundos, tratando de decidir qué hacer. Luego, se volvió hacia Maura.

—¿Tiene el número de la detective Rizzoli? —dijo—. Llámela.

Maura sacó el móvil y se acercó a la ventana de la cocina en busca de más luz. Estaba a punto marcar cuando su mirada se posó sobre el fregadero, del otro lado de la ventana.

—Sansone —susurró.

—¿Qué?

—Hay sangre... junto al desagüe.

El echó un solo vistazo y su siguiente acción escandalizó a Maura. Levantó una de las tumbonas y la arrojó contra la ventana. El cristal se hizo añicos y volaron astillas dentro de la cocina. Sansone entró e instantes después la puerta se abrió.

—Hay sangre aquí en el suelo, también.— dijo.

Maura bajó la vista y vio las manchas rojas sobre las baldosas color crema. Anthony salió corriendo de la cocina; el abrigo negro flameaba tras él como una capa. Se movía tan rápido que cuando ella llegó al pie de la escalera, él ya estaba en el descanso de la planta superior. Maura vio más sangre en los escalones, junto al zócalo, como si una extremidad golpeada hubiera rozado la pared mientras arrastraban el cuerpo hacia arriba.

—¡Maura! —gritó Sansone.

Ella subió corriendo la escalera, llegó al descanso y vio más sangre, como marcas de esquí brillantes por el pasillo. Y oyó el sonido, como agua burbujeante dentro de un tubo de buceo. Aun antes de entrar en el dormitorio, sabía con qué se encontraría: no con una víctima muerta sino con una que luchaba desesperadamente por vivir.

Joyce O'Donnell yacía en el suelo, con los ojos abiertos por el pánico mortal; del cuello le brotaba sangre. Cuando inspiraba, la sangre le hacía ruido en los pulmones. Tosió. De la garganta le brotó una nube roja que salpicó la cara de Sansone, que estaba inclinado sobre ella.

—¡Yo me encargo! ¡Tú llama al 911! —le ordenó Maura mientras se arrodillaba y apretaba con los dedos la herida del cuello. Estaba acostumbrada a tocar carne muerta, no con vida, y la sangre que le mojó las manos estaba sorprendentemente caliente. El ABC de la preservación de la vida: vías aéreas, respiración, circulación. Pero con un corte brutal en la garganta, el atacante había comprometido las tres cosas. Soy médica, pero es tan poco lo que puedo hacer para salvarla.

Sansone terminó su llamada.

—La ambulancia está en camino. ¿Qué puedo hacer?

—Consígueme toallas. ¡Necesito frenar la hemorragia!

La mano de O'Donnell se cerró de repente alrededor de la muñeca de Maura con la fuerza del pánico. La piel estaba tan resbaladiza por la sangre que los dedos de Maura resbalaron y soltó la herida, lo que hizo que brotara un nuevo chorro de sangre. Otra inspiración laboriosa, otra tos, y más sangre de la tráquea seccionada. O'Donnell se estaba ahogando. Con cada inspiración, inhalaba su propia sangre, que burbujeaba en sus vías aéreas, generando espuma en los alvéolos. Maura había examinado los pulmones de otras víctimas a quienes les habían cortado la garganta: conocía el mecanismo de la muerte.

Ahora mismo estoy viendo cómo sucede y no puedo hacer nada para impedirlo.

Sansone regresó corriendo con toallas y Maura presionó una contra el cuello. El material blanco se tiñó mágicamente de rojo. La mano de O'Donnell le apretó la muñeca con más fuerza aún. Sus labios se movían, pero no podía producir palabras, solo se oía el ruido del aire burbujeando entre la sangre.

—Tranquila, tranquila —dijo Maura—. Ya está a punto de llegar la ambulancia.

O'Donnell comenzó a temblar; sus extremidades se sacudían como con convulsiones. Pero sus ojos estaban alerta y fijos sobre Maura. ¿Acaso puede ver en mis ojos la certeza de que va a morir?

Maura levantó la cabeza cuando oyó el gemido distante de una sirena.

—Allí viene —dijo Sansone.

—¡La puerta principal está con llave!

—Iré abajo a abrirles. —Se puso de pie de un salto y Maura lo oyó descender estrepitosamente a la planta baja.

O'Donnell seguía con los ojos abiertos, mirándola. Sus labios se

movían más rápido ahora y los dedos de su mano se habían cerrado como una garra alrededor de la muñeca de Maura. Afuera, el ulular de la sirena se oía más cercano, pero en esa habitación, el único sonido provenía de la respiración burbujeante de la mujer moribunda.

—¡Quédate conmigo, Joyce! —la animó Maura—. ¡Resiste, sé que puedes hacerlo!

O'Donnell tironeaba de la muñeca de Maura con movimientos aterrados que amenazaban con impedir que Maura siguiera presionando contra la herida. Con cada jadeo, la sangre le brotaba de la garganta en chorros explosivos. Sus ojos se agrandaron, como si vieran la oscuridad que se abría ante ellos. No, dijo con los labios. No.

En ese instante, Maura comprendió que la mujer ya no la estaba mirando a ella sino a algo detrás de ella. Solo entonces oyó el crujir de la madera del suelo.

El atacante no abandonó la casa. Sigue aquí. En esta habitación.

Se volvió justo cuando el golpe se le vino encima. Vio que la oscuridad se cernía sobre ella como alas de un murciélago y luego cayó de cara al suelo. Golpeó contra la madera y quedó tendida allí, aturdida, viendo todo negro. Pero pudo sentir, a través de las tablas de madera del suelo, los pasos que escapaban, como el corazón de la casa misma, latiendo contra su mejilla. El dolor se abrió camino hasta su mente y se convirtió en un martilleo regular que parecía hundirle clavos en el cráneo.

No escuchó cómo Joyce O'Donnell soltaba su último respiro.

Una mano la cogió del hombro. Presa de pánico, comenzó a agitar los brazos, intentando golpear ciegamente a su atacante.

—¡Maura, basta! ¡Maura!

Con las manos atrapadas en las de él, solo pudo defenderse débilmente. De pronto, se le aclaró la visión y se dio cuenta de que Sansone la miraba. Escuchó otras voces y vio el brillo metálico de

una camilla. Giró la cabeza; dos paramédicos se inclinaban sobre el cuerpo de Joyce O'Donnell.

—No tengo pulso. No hay respiración.

—Esta vía endovenosa está abierta.

—Dios mío, mira toda esa sangre.

—¿Cómo está la otra mujer? —El paramédico miró a Maura.

—Parece encontrarse bien —respondió Sansone—. Creo que solo se desmayó.

—No —susurró Maura. Cogió el brazo de Sansone—. Él estaba aquí.

—¿Qué?

—¡Estaba todavía aquí! ¡En la habitación!

De repente, él comprendió lo que ella decía y con expresión de espanto, se incorporó a toda prisa.

—¡No...! ¡Espera a la policía!

Pero Sansone ya había abandonado la habitación.

Maura se incorporó con esfuerzo; se le nublaba la visión. Cuando por fin pudo ver con claridad, divisó a dos paramédicos arrodillados en la sangre de Joyce O'Donnell, con sus equipos y envoltorios desparramados a su alrededor. Un electro cardiograma dejaba su rastro en el osciloscopio.

Una línea plana.

Jane subió al asiento trasero del coche patrulla junto a Maura y cerró la puerta. Esa única ráfaga de aire frío que entró desterró el calor del vehículo y Maura comenzó a temblar de nuevo.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Jane—. Tal vez deberíamos llevarte a Urgencias.

—Quiero ir a casa —dijo Maura—. ¿Puedo irme, ya?

—¿Hay algo más que recuerdes? ¿Algún otro detalle que te haya vuelto a la mente?

—Ya te lo he dicho, no le vi la cara.

—Solo la ropa negra.

—Algo negro.

—¿Algo? ¿Estamos hablando de un hombre o de un animal?

—Sucedió todo tan rápido.

—Anthony Sansone vestía de negro.

—No era él. Bajó a recibir a la ambulancia.

—Sí, es lo mismo que dice él.

La cara de Jane estaba recortada contra las luces de los coches policiales aparcados del otro lado de la calle. Ya se había hecho presente el habitual convoy de vehículos oficiales y la cinta policial flameaba entre postes hundidos en el jardín delantero. Maura había pasado tanto tiempo en ese coche que la sangre del abrigo se le había secado, convirtiendo la tela en un pergamino duro. Tendría que deshacerse del abrigo; no pensaba volver a usarlo nunca más.

Miró hacia la casa, donde todas las luces estaban encendidas.

—Las puertas estaban con llave cuando llegamos. ¿Cómo entró?

—No hay indicios de que alguien haya entrado por la fuerza. Solo esa ventana rota en la cocina.

—Tuvimos que romperla. Vimos sangre en el fregadero.

—¿Y Sansone estuvo contigo todo el tiempo?

—Estuvimos juntos toda la noche, Jane.

—Excepto cuando se puso a buscar. Alega que no vio a nadie

afuera. Y pisoteó toda l nieve mientras buscaba. Nos dejó sin ninguna huella o pisada que podríamos haber utilizado.

—No es sospechoso en esta ocasión.

—No estoy diciendo que lo sea.

Maura no respondió; pensaba en algo que Jane acababa de decir. No hay indicios de que haya entrado por la fuerza.

—Joyce O'Donnell lo dejó entrar. —Miró a Jane. —Dejó entrar al asesino en su casa.

—U olvidó echarle llave a la puerta.

—Por supuesto que habría cerrado con llave. No era tonta.

—Tampoco se cuidaba demasiado. Cuando trabajas con monstruos, nunca sabes cuál de ellos te seguirá hasta tu casa. Estos asesinatos siempre han estado relacionados con ella, doc. Con el primero, el asesino capta la atención de ella cuando la llama por teléfono. El segundo se produce justo fuera de la casa donde ella está cenando. Todo llevaba a esto, al evento principal.

—¿Por qué lo dejaría entrar en su casa?

—Tal vez porque creía que podía controlarlo. Piensa en todas las prisiones que ha visitado, a cuánta gente como Warren Hoyt y Amalthea Lank ha entrevistado. Entabla relación de cercanía con todos ellos.

Ante la mención de su madre, Maura se estremeció, pero no dijo nada.

—Es como uno de esos domadores de leones del circo. Trabajan con los animales todos los días y comienzan a pensar que los controlan. Creen que cada vez que hacen sonar el látigo, los leones saltarán como gatitos obedientes. Hasta piensan que los animales los aman. Luego un día les dan la espalda y las bestias les hunden los colmillos en el cuello.

—Sé que nunca te cayó bien —dijo Maura—. Pero si hubieras

estado allí, si la hubieras visto morir... —Maura miró a Jane. —Estaba aterrada.

—No comenzará a caerme bien solo porque esté muerta. Es una víctima ahora, así que le debo mi mejor esfuerzo. Pero no puedo dejar de pensar que ella misma provocó lo que le sucedió.

Se oyó un golpe sobre el cristal y Jane bajó la ventanilla. Un policía se inclinó hacia ellas y dijo:

—El señor Sansone quiere saber si habéis terminado de interrogarlo.

—No, no hemos terminado. Dile que espere.

—Y el médico forense está recogiendo sus cosas. ¿Tiene alguna otra pregunta para él?

—Lo llamaré si necesito algo.

A través de la ventanilla, Maura vio que su colega, el doctor Abe Bristol, salía de la casa. Abe se encargaría de la autopsia de O'Donnell. Si lo que acababa de ver lo había alterado, no lo demostraba. Se detuvo en el porche y se abotonó tranquilamente el abrigo y se puso los guantes mientras conversaba con un policía. Abe no tuvo que verla morir, pensó Maura. No lleva su sangre en el abrigo.

Jane abrió la puerta del coche y entró otra ráfaga de aire helado.

—Ven, doc —dijo al bajar—; te llevaremos a tu casa.

—Mi coche sigue aparcado en Beacon Hill.

—Te ocuparás del coche más tarde. —Te he conseguido un conductor. —Jane giró y llamó: —Padre Brophy, ya está lista para irse.

Solo entonces Maura se percató de su presencia; estaba en las sombras, del otro lado de la calle. Caminó hacia ellas, una figura alta cuyas facciones parpadeaban bajo las luces danzantes de los coches policiales.

—¿Estás segura de que te sientes bien? —preguntó él, mientras la ayudaba a salir del coche—. ¿No quieres ir al hospital?

—Por favor, solo llévame a casa.

Él le ofreció el brazo como apoyo, pero Maura no lo cogió. Mantuvo las manos en los bolsillos mientras caminaban hasta el coche de él. Sentía las miradas de los policías sobre ellos. Allí van la doctora Isles y ese sacerdote, otra vez juntos. ¿Había alguien que no los hubiera visto, que no se hubiera hecho preguntas sobre ellos?

Pues no hay una puta cosa sobre la que hacerse preguntas.

Maura subió al asiento del pasajero y mantuvo la mirada sobre la calle mientras él encendía el motor.

—Gracias —dijo.

—Sabes que haría esto por ti en un segundo.

—¿Te llamó Jane?

—Sí, y me alegro. Necesitas que un amigo te lleve a casa. No un policía a quien casi no conoces. —Se alejó de la acera y las luces estridentes de los vehículos de emergencia fueron desapareciendo en la distancia. —Qué cerca has estado esta noche —dijo él en voz baja.

—Créeme, no estaba tratando de hacer nada.

—No deberías haber ido a esa casa. Deberías haber llamado a la policía.

—No hablemos de eso ¿vale?

—¿Hay algo de lo que todavía podamos hablar, Maura? ¿O a partir de ahora será así? ¿No vendrás a visitarme ni atenderás mis llamadas?

Ella lo miró, finalmente.

—Daniel, el tiempo pasa y no me estoy haciendo más joven. Tengo

cuarenta y un años, mi único matrimonio fue un fracaso espectacular y tengo un talento especial para meterme en relaciones imposibles. Anhelo casarme. Anhelo ser feliz. No puedo perder tiempo con relaciones que no llevan a ninguna parte.

—¿Ni siquiera si la amistad, si los sentimientos, son reales?

—Las amistades se rompen todo el tiempo. Los corazones, también.

—Sí —dijo él, y suspiro—. Eso es cierto. —Anduvieron un momento en silencio. Luego Daniel dijo: —No fue mi intención en ningún momento romperte el corazón.

—No lo hiciste.

—Pero te he lastimado. Eso lo sé.

—Nos hemos lastimado mutuamente. No tuvimos opción. —Hizo una pausa y dijo con amargura: —Es lo que exige tu Dios todopoderoso ¿verdad? —Sus palabras tenían intención de herir y el silencio repentino de él le hizo saber que habían dado en el blanco. Daniel no dijo nada; llegaron al vecindario de Maura y detuvo el coche en la entrada de su casa. Apagó el motor y se quedó sentado un instante. Luego se volvió hacia ella.

—Tienes razón —dijo Daniel—. Mi Dios exige demasiado. —Y la atrajo hacia él.

Ella debió haberse resistido; debió haberlo apartado y debió haber bajado del coche. Pero no lo hizo, porque durante demasiado tiempo había deseado ese abrazo, ese beso. Y mucho, mucho más. Era una locura; no podía terminar bien. Pero ni el sentido común ni el Dios de él se interponían entre ellos en ese momento.

No nos dejes caer en la tentación. Se besaron desde el coche hasta la puerta principal. Líbranos del mal. Palabras fútiles, un mero castillo de arena ante una corriente implacable. Entraron en la casa. Maura no encendió la luz y en el vestíbulo en penumbra, la oscuridad parecía magnificar el sonido agitado de la respiración de ambos, el susurro de la lana de sus prendas. Maura se quitó el abrigo ensangrentado y este cayó al suelo en un charco negro. Solo la luz tenue que entraba por las

ventanas iluminaba el vestíbulo. No había luces que iluminaran su pecado ni ojos que fueran testigos de su caída en desgracia.

Maura lo guió al dormitorio. A su cama.

Durante un año habían estado bailando en círculos esa danza; cada paso los había acercado a ese momento. Maura conocía el corazón de ese hombre y él conocía el de ella, pero su cuerpo era el de un desconocido, nunca lo había tocado ni saboreado. Sus dedos recorrían la piel tibia de Daniel y se perdían en la curva de su espalda, todo constituía territorio nuevo que estaba hambrienta por explorar.

Las últimas prendas cayeron al suelo; la última oportunidad de arrepentirse se esfumó;

—Maura —susurró él, mientras le besaba el cuello, los senos—. Mi Maura. —Sus palabras eran suaves como una plegaria, no a su Señor sino a ella. Maura no sintió ninguna culpa cuando lo recibió en sus brazos. No estaba rompiendo ningún juramento, no era su conciencia la que sufriría. Esta noche, Dios, durante lo que dure este momento, es mío, pensó, disfrutando de su victoria al oír que Daniel gemía contra su piel; enredó sus piernas alrededor del cuerpo de él, atormentándolo, alentándolo. Tengo lo que tú, Dios, nunca podrás darle. Te lo quito. Lo reclamo. Llama a todos tus demonios; me importa un cuerno.

Esa noche, a Daniel tampoco le importaba.

Cuando finalmente sus cuerpos liberaron su pasión, él se desplomó en brazos de Maura. Durante largo rato permanecieron en silencio. En la luz que entraba por la ventana, ella vio el destello de sus ojos en la oscuridad. No estaba dormido, sino pensando. Lamentándose, quizá. Con el correr de los minutos, ya no pudo soportar el silencio.

—¿Te arrepientes? —preguntó por fin.

—No —susurró él, deslizando los dedos por sobre el brazo de Maura.

—¿Por qué no me siento convencida?

—¿Necesitas estarlo?

—Quiero que estés contento. Lo que hemos hecho es natural. Es humano. —Hizo una pausa y luego añadió, con un suspiro: —Tal vez sea solo una forma de encontrar una excusa para el pecado.

—No estoy pensando en nada de eso.

—¿En qué estás pensando?

Él le besó la frente; su aliento cálido le entibió el pelo.

—En lo que sucede después.

—¿Qué quieres que suceda?

—No quiero perderte.

—No tienes por qué perderme. Es tu decisión.

—Mi decisión —respondió Daniel con suavidad—, es como tener que elegir entre inspirar o exhalar. —Rodó para quedar de espaldas. Guardó silencio durante un momento. —Creo que una vez te conté cómo fue que tomé los votos.

—Me contaste que tu hermana se estaba muriendo. De leucemia.

—E hice un trato con Dios. Él cumplió y Sophie está viva. Yo también cumplí con mi parte del trato.

—Pero solo tenías catorce años. Eras demasiado joven como para entregar el resto de tu vida por una promesa.

—Pero hice la promesa. Y puedo hacer mucho bien en Su nombre, Maura. He sido feliz cumpliendo con esa promesa.

—Y luego me conociste.

Él suspiró.

—Y luego te conocí.

—Tienes que elegir, Daniel.

—O te marcharás de mi vida. Lo sé.

—No deseo hacerlo.

Él la miró.

—¡Entonces no lo hagas, Maura! Por favor. Estos últimos meses sin ti me he sentido perdido en la jungla. Me sentía tan culpable por desearte. Pero eras lo único en lo que pensaba.

—¿Entonces cómo quedo yo, si me mantengo en tu vida? Tú te quedas con tu iglesia, pero ¿y yo? —Maura miraba el techo en la oscuridad. —Nada ha cambiado realmente ¿no es cierto?

—Todo ha cambiado. —Daniel buscó su mano. —Te amo.

Pero no lo suficiente. No tanto como amas a tu Dios.

Sin embargo, permitió que él la volviera a tomar en sus brazos. Y le devolvió los besos. Esta vez no fue un tierno encuentro, sino una intensa colisión de cuerpos. No amor sino castigo. Esa noche, se utilizarían mutuamente. Si ella no podía ser dueña de su amor, lo sería de su lujuria. Le daría algo para recordar que lo perseguiría en las noches en que Dios no le bastara. A esto renunciarás cuando me dejes. Este es el Paraíso al que le darás la espalda.

Antes del amanecer, él se marchó. Maura sintió que él despertaba, luego se sentaba sobre la cama y comenzaba a vestirse. Por supuesto: era la mañana del domingo y debía ocuparse de su grey.

Él se inclinó y le besó el pelo.

—Tengo que irme —susurró.

—Lo sé.

—Te amo, Maura. Nunca pensé que le diría eso a una mujer. Pero lo estoy diciendo ahora. —Le acarició el pelo y ella se apartó para que no viera que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Te prepararé café —dijo, y se incorporó.

—No, quédate en la cama. Saldré por mi cuenta. —Otro beso y se puso de pie. Maura oyó que caminaba por el pasillo; luego, la puerta principal se cerró.

Finalmente había sucedido, entonces. Ella se había convertido en otro cliché. Eva y la manzana. La seductora que había llevado a un hombre pío al pecado. Esta vez, la serpiente que los había seducido no había sido Satanás, sino sus propios corazones solitarios. Tú quieres encontrar al diablo, Anthony Sansone. Pues mírame a mí y ya.

Míra a cualquiera de nosotros.

Afuera, el cielo se aclaraba con la llegada de un amanecer frío y brillante. Maura hizo a un lado las sábanas y el aroma de la pasión de ambos se elevó de la tela tibia; la fragancia embriagadora del pecado. No se duchó, simplemente se puso una bata, pantuflas y se dirigió a la cocina a preparar café. De pie junto al fregadero, mientras llenaba la jarra de agua, contempló las clemátides cristalizadas en hielo, los rododendros con las hojas arrugadas y no tuvo que mirar el termómetro para darse cuenta de que el frío sería glacial. Imaginó a los fieles de Daniel ajustándose los abrigos alrededor del cuerpo mientras bajaban de los coches y caminaban hacia la iglesia de Nuestra Señora de la Divina Luz, enfrentándose al frío dominical en busca de las palabras inspiradoras del padre Brophy. ¿Y qué les diría él esa mañana? ¿Confesaría ante su rebaño que él mismo, su pastor, se había desviado del camino?

Encendió la cafetera y se dirigió a la puerta en busca del periódico. Cuando salió, el frío la dejó aturdida. Le quemaba la garganta y las fosas nasales. No perdió tiempo en levantar el periódico, que había aterrizado sobre el camino de entrada, y de inmediato corrió de regreso al porche y subió los escalones. Cuando se disponía a girar la manija de la puerta, se paralizó, con los ojos fijos en la puerta.

En las palabras, los símbolos, garabateados allí.

Se giró y recorrió la calle con la mirada. Solo se veía el brillo del sol sobre el asfalto y se oía el silencio del domingo por la mañana.

Entró en la casa, cerró la puerta y la trabó con el cerrojo. Luego

corrió hasta el teléfono y llamó a Jane Rizzoli.

Veintitrés

—¿Estás segura de que no escuchaste nada anoche? ¿Pasos en el porche, nada fuera de lo común? —preguntó Jane.

Maura estaba sentada en el sofá, temblando a pesar del jersey y los pantalones de lana. No había desayunado, ni siquiera se había servido una taza de café, pero no sentía nada de apetito. Durante la media hora que habían tardado Jane y Frost en llegar, Maura se había quedado junto a la ventana de la sala, vigilando la calle, escuchando cada ruido, siguiendo con la mirada cada coche que pasaba. El asesino sabe dónde vivo. Sabe lo que sucedió anoche en mi dormitorio.

—¿Doc?

Maura levantó la vista.

—No escuché nada. La puerta estaba escrita cuando desperté, cuando salí para buscar... —Se estremeció; el corazón comenzó a latirle con más fuerza.

El teléfono estaba sonando.

Frost cogió el auricular.

—Residencia de la doctora Isles. Habla el detective Frost. Lo siento, señor Sansone, pero estamos resolviendo una situación aquí ahora mismo y no es un buen momento para que hable con ella. Le haré saber que usted llamó.

Jane volvió a concentrarse en Maura.

—¿Estás segura de que la puerta no estaba escrita ya anoche cuando regresaste?

—No vi nada en aquel momento.

—¿Entraste por la puerta principal?

—Sí. Por lo general, entro por el garaje. Pero mi coche sigue en Beacon Hill.

—¿El padre Brophy te acompañó hasta la puerta?

—Estaba oscuro, Jane. No habríamos visto nada en la puerta. Estábamos concentrados solo en nosotros mismos. En lo único que pensábamos era en llegar al dormitorio.

Frost dijo:

—Creo que iré a revisar afuera. Para ver si hay pisadas. —Salió por la puerta principal. Aunque caminaba por la nieve justo fuera de la casa, el sonido de sus pasos no penetraba por las ventanas de doble cristal. La noche anterior un intruso podría haber pasado junto a la ventana del dormitorio de Maura y ella no habría oído absolutamente nada.

—¿Crees que te siguió hasta aquí anoche? —preguntó Jane—. ¿Desde la casa de O'Donnell?

—No lo sé. Tal vez lo hizo. Pero he estado presente en las tres escenas del crimen. La de Lori-Ann Tucker. La de Eve Kassovitz. Podría haberme visto cualquiera de esas noches.

—Y haberte seguido hasta tu casa.

Maura cruzó los brazos alrededor del cuerpo, tratando de contener el temblor.

—No me di cuenta. En ningún momento sospeché que me estuvieran vigilando.

—Tienes sistema de alarma. ¿Lo utilizaste anoche?

—No.

—¿Por qué?

—Yo... simplemente olvidé conectarlo. Tenía otras cosas en la cabeza.

Jane se sentó en el sillón frente a ella.

—¿Por qué dibujaría esos símbolos sobre tu puerta? ¿Qué crees que significan?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Y el mensaje que dejó... es el mismo que dejó en el dormitorio de Lori-Ann Tucker. Solo que esta vez no se molestó en escribirlo en latín. Esta vez se aseguró de que entendiéramos exactamente lo que quería decir: He pecado. —Jane hizo una pausa. —¿Por qué dirigirte a ti esas palabras en particular?

Maura no respondió.

—¿Crees que estaban destinadas a ti? —De pronto, la mirada de Jane se volvió intensa, penetrante.

Me conoce demasiado bien, pensó Maura. Se da cuenta de que no estoy contándole toda la historia. O tal vez ha captado el olor a sexo en mi piel. Debería haberme duchado antes de que vinieran; debería de haberme quitado de encima el olor de Daniel.

Súbitamente, Maura se puso de pie.

—No puedo concentrarme —dijo—. Necesito una taza de café. —Se volvió y se dirigió a la cocina. Allí se mantuvo ocupada, sirviendo café, buscando crema en la nevera. Jane la había seguido hasta la cocina, pero Maura evitaba mirarla. Deslizó hacia Jane una taza humeante y luego se volvió hacia la ventana para tomar su café, intentando aplazar la revelación de su vergüenza.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Jane.

—Ya te lo he contado todo. Desperté esta mañana y encontré eso escrito sobre mi puerta. No sé qué más decirte.

—¿Después de que os marchasteis de la casa de O'Donnell, el padre Brophy te trajo directamente a tu casa?

—Sí.

—¿Y no viste que os siguiera ningún coche?

—No.

—Pues tal vez el padre Brophy haya notado algo. Veré qué recuerda. .

—No es necesario que hables con él —se apresuró a decir Maura—. Es decir, si hubiera visto algo anoche, me lo habría comentado.

—Tengo que preguntárselo, de todos modos.

Maura se volvió hacia Jane.

—Es domingo, sabes.

—Sé qué día es, sí.

—Tiene misas.

Jane entornó los párpados y Maura sintió que le subía fuego por las mejillas.

—¿Qué sucedió anoche? —preguntó Jane.

—Ya te lo he dicho. Vine directamente a casa.

—¿Y te quedaste adentro toda la noche?

—No salí de la casa.

—¿Y el padre Brophy salió?

La pregunta, hecha en tono tan pragmático, sorprendió a Maura y la dejó muda. Tras unos instantes, se dejó caer en una de las sillas frente a la mesa de la cocina, pero no dijo nada, solo contempló su café.

—¿Cuánto tiempo se quedó? —preguntó Jane. Sin ninguna emoción en la voz, con profesionalismo de policía, aunque Maura sabía que había reprobación detrás de la pregunta; sentía que el puño de la

culpa le cerraba la garganta.

—Se quedó casi toda la noche.

—¿Hasta qué hora?

—No lo sé. Estaba oscuro todavía cuando se marchó.

—¿Y qué hicisteis mientras él estuvo aquí?

—Eso no es relevante.

—Sabes que lo es. Estamos hablando de lo que el asesino pudo haber visto por las ventanas. Lo que puede haberlo inspirado a escribir esas palabras sobre tu puerta. ¿Dejaste la luz de la sala encendida toda la noche? ¿Tú y Brophy estuvisteis sentados allí, hablando?

Maura exhaló.

—No. Las luces... estaban apagadas.

—La casa estaba a oscuras.

—Sí.

—Y alguien que estaba afuera, mirando por las ventanas, podría suponer que...

—Sabes perfectamente lo que supondría.

—¿Y estaría en lo cierto?

Maura la miró a los ojos.

—¡Estaba aterrada anoche, Jane! Daniel estuvo allí para lo que hiciera falta. Siempre ha estado allí para mí. No fue algo que planeamos. Es la única vez... fue la única vez... —Su voz se perdió. —Yo no quería estar sola.

Jane también se sentó a la mesa.

—Sabes, esas palabras adquieren un nuevo significado. He pecado.

—Todos hemos pecado —replicó Maura—. Todos y cada uno de nosotros.

—Tranquila, no te estoy criticando.

—Sí, lo estás haciendo. ¿Crees que no oigo el tono reprobador de tu voz?

—Si te sientes culpable, doc, no es por nada que haya podido decir yo.

Maura sostuvo la mirada implacable de Jane y pensó: Tiene razón, por supuesto. La culpa que siento es solo mía.

—Tendremos que hablar con el padre Brophy sobre el asunto, como imaginarás. Sobre lo que sucedió anoche.

Maura soltó un suspiro de resignación.

—Por favor, cuando hables con él, sé discreta.

—Tampoco voy a llevar a las cámaras de televisión ¿vale?

—No es necesario que el detective Frost se entere de esto.

—Claro que es necesario. Es mi compañero.

Maura hundió la cara entre las manos.

—Ay, Dios.

—El asunto tiene relevancia para el caso y lo sabes. Si no se lo contara a Frost, estaría en todo su derecho de decir que hay algo turbio.

O sea que no podré volver a mirar a Frost a los ojos sin ver un reflejo de mi propia culpa, pensó Maura, sintiendo vergüenza anticipada por la reacción de Frost. La reputación era algo tan frágil: ante la menor grieta, se desintegraba. Durante dos años la habían considerado la reina de los muertos, la imperturbable médica forense que podía presenciar sin estremecerse escenas que revolvían el estómago hasta a los investigadores más

experimentados. Ahora la mirarían y verían las debilidades, los defectos de una mujer que se sentía sola.

Se oyeron pasos en el porche. Era Frost, que había vuelto a entrar en la casa. Maura no quería estar presente cuando él se enterara de la sórdida verdad. El formal e íntegro Barry Frost se escandalizaría al oír quién había dormido en la cama de Maura.

Pero Frost no era la única persona que había entrado en la casa. Maura escuchó voces y levantó la mirada cuando reconoció la de Anthony Sansone, que entró en la cocina seguido por Frost.

—¿Estás bien? —preguntó Sansone.

—No es buen momento para una visita, señor Sansone. ¿Le molestaría retirarse? —dijo Jane.

Sansone la ignoró; su mirada estaba fija sobre Maura. No vestía de negro ese día, sino en tonos de gris. Una chaqueta de tweed, una camisa color ceniza. Tan diferente de Daniel, pensó Maura; a este hombre no lo puedo leer y me hace sentir incómoda.

—Acabo de ver las marcas en tu puerta —dijo él—. ¿Cuándo sucedió?

—No lo sé —respondió Maura—. Anoche, en algún momento.

—Debería haberte traído a tu casa yo mismo.

Jane interrumpió.

—Deber retirarse, de verdad.

—Aguarda —dijo Frost—. Tienes que escuchar lo que dice sobre lo que está escrito sobre la puerta. Lo que podría significar.

—¿He pecado? Creo que el significado es bastante obvio.

—No se refiere a las palabras —dijo Sansone—. Sino a los símbolos debajo de ellas.

—Ya hemos hablado del ojo que todo lo ve. Su amigo Oliver Stark

nos lo ha explicado.

—Puede haber estado equivocado.

—¿Usted no concuerda con que se trata del ojo de Horus?

—Creo que puede representar algo completamente diferente. —Miró a Maura. —Ven afuera y te lo explicaré.

A ella no le apetecía en absoluto volverse a enfrentar a esas palabras acusadoras, pero el tono urgente de él la obligó a seguirlo. Salió al porche y parpadeó bajo el resplandor del sol. Era una preciosa mañana de domingo, una mañana para pasarla tranquilamente tomando café y leyendo el periódico. Pero ella, en cambio, tenía miedo de quedarse sola en su propia casa, miedo de mirar la puerta principal.

Inspiró profundamente y se volvió para mirar lo que había sido dibujado en ocre y tenía el color de sangre seca. Las palabras He pecado gritaban una acusación que hacía que deseara encogerse, ocultar su expresión culpable.

Pero Sansone no prestaba atención a las palabras. Señaló los dos símbolos dibujados debajo de ellas. El más grande lo habían visto con anterioridad sobre la puerta trasera de su casa.

—Pues yo a eso lo veo como el ojo que lo ve todo —dijo Jane.

—Pero observad este otro símbolo —dijo Sansone, señalando una figura en la parte inferior de la puerta. Era tan pequeña que casi parecía algo agregado a último momento. —Dibujado en ocre, como en las otras escenas del crimen.

—¿Cómo se enteró del ocre? —preguntó Jane.

—Mis colegas tienen que ver esto. Para confirmar lo que creo que representa. —Sacó su teléfono móvil.

—Un momento —dijo Jane—. Esto no es una visita guiada.

—¿Sabe usted cómo interpretar esto, detective? ¿Tiene alguna idea acerca de por dónde comenzar? Si quiere encontrar a este asesino,

será mejor que comprenda cómo piensa. Sus símbolos. —Comenzó a marcar. Jane no se lo impidió.

Maura se puso en cuclillas para poder estudiar el dibujo. Vio cuernos arqueados, una cabeza triangular y ojos como rendijas.

—Se parece a una cabra —dijo—. ¿Pero qué significa? —Levantó la mirada hacia Sansone. Iluminado desde detrás por el resplandor matinal, era una figura gigantesca, negra y sin rostro.

—Representa a Azazel —respondió—. Es un símbolo de los Custodios.

—Azazel era el líder de los Se'irim —dijo Oliver Stark—. Eran demonios con forma de machos cabríos que asolaban los antiguos desiertos antes de Moisés, antes de los faraones. Se remontan a la época de Lilith.

—¿Quién es Lilith? —quiso saber Frost.

Edwina Felway lo miró, sorprendida.

—¿No conoce su historia?

Frost se encogió de hombros, algo avergonzado.

—Debo admitir que no sé mucho de la Biblia.

—Oh, no encontrará a Lilith en la Biblia —dijo Edwina—. Fue desterrada hace mucho de la doctrina cristiana aceptada, aunque sí ocupa un lugar en la leyenda hebrea. Era la primera esposa de Adán.

—¿Adán tuvo otra esposa?

—Sí, antes de Eva. —Edwina sonrió al ver la expresión de desconcierto de Frost. —¿Qué, acaso cree que la Biblia cuenta toda la historia?

Estaban sentados en la sala de Maura, alrededor de la mesa de café,

sobre la que estaban el bloc de dibujos de Oliver y las tazas y platitos. Media hora después de la llamada de Sansone, tanto Edwina como Oliver habían llegado para examinar los símbolos de la puerta. Debatieron en el porche durante pocos minutos, pero luego el frío los hizo entrar a tomar café y discutir teorías. Teorías que ahora a Maura le parecían fríamente intelectuales. Su casa había sido marcada por un asesino y ellos estaban sentados allí, tan tranquilos, discutiendo su teología estrafalaria. Miró a Jane, cuya expresión decía claramente: esta gente está chalada. Pero Frost parecía verdaderamente fascinado.

—Nunca oí que Adán tuviera una primera esposa —dijo.

—Hay toda una historia que en ningún momento aparece en la Biblia, detective —dijo Edwina—, una historia secreta que solo se puede encontrar en las leyendas cananeas y hebreas. Hablan del matrimonio entre Adán y una mujer de espíritu libre, una astuta seductora que se negaba a obedecer a su esposo o yacer debajo de él como debía hacerlo una esposa dócil. En cambio, exigía sexo salvaje en todas las posiciones y se burlaba de él cuando no podía satisfacerla. Fue la primera mujer verdaderamente liberada del mundo y no temía buscar los placeres de la carne.

—Pues suena mucho más divertida que Eva —comentó Frost.

—Pero a ojos de la iglesia, Lilith era una abominación, una mujer que estaba fuera del control de los hombres, una criatura tan insaciable sexualmente que terminó abandonando a su aburrido marido, Adán, y huyó a incursionar en orgías con los demonios. Como resultado, dio a luz al demonio más poderoso de todos, el que ha atormentado a la humanidad desde entonces.

—¿No estará hablando del diablo?

Sansone intervino:

—Es una creencia muy común de la Edad Media: Lilith era la madre de Lucifer.

Edwina soltó una risa irónica.

—¿Veis cómo la historia trata a una mujer decidida? Si te niegas a ser sumisa, si disfrutas un poco demasiado del sexo, entonces la iglesia te convierte en un monstruo. Te adjudican ser la madre del diablo.

—O desapareces por completo de la historia —dijo Frost—. Porque es la primera vez que escucho nombrar a Lilith. O a ese macho cabrío.

—Azazel —dijo Oliver. Arrancó su dibujo más reciente y lo colocó sobre la mesa para que todos pudieran verlo. Era una versión más detallada de la cara que habían dibujado sobre la puerta de Maura: una cabra con cuernos, con ojos como rendijas y una llama ardiendo sobre su cabeza. —Los demonios con cabeza de machos cabríos se mencionan en el Levítico y en Isaías. Eran criaturas peludas que retozaban con criaturas salvajes como Lilith. El nombre Azazel se remonta a los cananeos; probablemente se trate de una derivación del nombre de uno de sus antiguos dioses.

—¿Y a eso se refiere el símbolo en la puerta? —preguntó Frost.

—Eso es lo que supongo.

Jane rió, sin poder contener su escepticismo.

—¿Una suposición? Ah, pero no hay dudas de que tenemos bien claros los hechos reales, aquí, ¿no es así?

—¿Piensa que esta conversación es una pérdida de tiempo?

—Pienso que un símbolo es cualquier cosa que queramos que sea. Vosotros creéis que es un demonio con cabeza de cabra. Pero para el loco que lo ha dibujado, puede significar algo completamente diferente. ¿Recuerda todo eso que usted y Oliver contaron sobre el ojo de Horus? ¿Las fracciones, la luna creciente? ¿Ahora resulta que todas esas cosas son patrañas?

—Le expliqué que el ojo puede representar muchas cosas diferentes —dijo Oliver—. El dios egipcio. El ojo omnividente de Lucifer. O el símbolo masónico de iluminación, de sabiduría.

—Pues son significados bastante opuestos —comentó Frost—. ¿El

demonio contra la sabiduría?

—No son opuestos en absoluto. Recuerde lo que significa la palabra Lucifer. La traducción es: “El que trae la luz”.

—No suena tan mal.

—Algunos alegan que Lucifer no es el mal —dijo Edwina—, sino que representa la mente cuestionadora, el pensador independiente, todo aquello que en un momento amenazaba a la iglesia.

Jane soltó una risa sarcástica.

—¿Entonces ahora resulta que Lucifer no es mal tío? ¿Solo hacía demasiadas preguntas?

—A quien llama usted el diablo depende de su perspectiva —dijo Edwina—. Mi difunto marido era antropólogo. He vivido por todo el mundo y he coleccionado imágenes de demonios que tienen aspecto de chacales o gatos o serpientes. O de mujeres hermosas. Cada cultura tiene su propia idea de qué aspecto tiene el diablo. Hay una sola cosa sobre la que concuerdan casi todas las culturas, y hablo hasta de las tribus más primitivas: el diablo existe.

Maura pensó en ese remolino negro sin cara que había visto la noche anterior en el dormitorio de O’Donnell, y sintió un escalofrío en la nuca. No creía en Satanás. Pero sí creía en el mal. Y anoche, estuve en su presencia. Su mirada se posó sobre el dibujo que había hecho Oliver de la cabra con cuernos.

—¿Esta criatura, este Azazel, es también un símbolo del diablo?

—No —dijo Oliver—. Azazel por lo general se utiliza como símbolo de los Custodios.

—¿Quiénes son estos custodios que ha mencionado una y otra vez? —quiso saber Frost.

Edwina miró a Maura.

—¿Tiene usted una Biblia, doctora Isles?

Maura la miró con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Podría traérnosla, por favor?

Maura fue hasta la biblioteca y buscó en el estante superior la familiar cubierta gastada. La Biblia había pertenecido a su padre y Maura no la había abierto en años. La cogió y se la entregó a Edwina, que pasó las páginas, levantando una nubecilla de polvo.

—Aquí está. Génesis, capítulo seis. Versículos uno y dos: "Aconteció que cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas; y tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas".

—¿Los hijos de Dios? —preguntó Frost.

—Ese pasaje casi seguramente se refiere a los ángeles —explicó Edwina—. Dice que los ángeles deseaban a las mujeres de la tierra, entonces las desposaron. Un matrimonio entre lo divino y lo mortal. —Bajó los ojos hacia la Biblia nuevamente. —Y aquí está el versículo cuatro: "En aquellos días, y aún después, cuando los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres y ellas tuvieron hijos, había en la tierra gigantes: estos fueron los héroes famosos de la antigüedad". —Edwina cerró el libro.

—¿Y todo eso qué significa? —preguntó Frost.

—Dice que tuvieron hijos —explicó Edwina—. Es la única vez que se menciona a estos hijos en la Biblia. Son el producto del apareamiento entre humanos y ángeles. Eran una raza mixta de demonios llamados los Nefilim.

—También conocidos como los Custodios —dijo Sansone.

—Encontraréis referencias a ellos en otras fuentes que se basan en la Biblia. En el Libro de Enoc. En el Libro de los Jubileos. Se los describe como monstruos, engendrados por ángeles caídos que tuvieron relaciones sexuales con mujeres humanas. El resultado fue una raza secreta de híbridos que supuestamente todavía existe entre

nosotros. Se dice que estas criaturas tienen belleza, talento, y encantos especiales. Suelen ser muy altos y muy carismáticos. Pero no dejan de ser demonios, y son siervos de la oscuridad.

—¿Y vosotros creéis esto, de verdad? —preguntó Jane.

—Solo le estoy relatando lo que figura en los escritos sagrados, detective. Los ancianos creían que la humanidad no estaba sola sobre la tierra, que hubo otros antes que nosotros y que algunos hoy en día todavía llevan el linaje de esos monstruos.

—Pero usted los llamó hijos de ángeles.

—Ángeles caídos. Defectuosos y malvados.

—O sea que estas criaturas, los Custodios, son como mutantes —dijo Frost—, híbridos.

Edwina lo miró.

—Una subespecie. Violenta y depredadora. El resto de nosotros somos solamente presas.

—Está escrito que cuando llegue el Armagedón —acotó Oliver—, cuando el mundo tal como lo conocemos llegue a su fin, el Anticristo será uno de los Nefilim. Un Custodio.

Y su marca está sobre mi puerta. Maura contempló el dibujo de la cabeza de cabra. ¿Acaso el símbolo habría sido una advertencia?

¿O una invitación?

—Bien —dijo Jane, mirando el reloj con deliberación—. Le hemos dado un uso muy valioso a nuestro tiempo, realmente.

—Sigue sin comprender el significado de todo esto ¿verdad? —dijo Sansone.

—Es una muy buena historia para contar alrededor de una fogata, pero no me acerca ni un centímetro a nuestro asesino.

—La introduce dentro de su cabeza. Nos muestra las cosas en las

que él cree.

—Ángeles y demonios con cabezas de cabra. Exacto. O tal vez al asesino simplemente le gusta jugar con la policía. Entonces nos hace perder el tiempo yendo tras el ocre y las conchas marinas. —Jane se puso de pie. —La unidad de escena del crimen llegará en cualquier momento. Deberíais regresar a vuestras casas para dejarnos hacer nuestro trabajo.

—Aguarde —interpuso Sansone—. ¿Qué acaba de decir sobre conchas marinas?

Jane no le prestó atención y miró a Frost.

—¿Puedes llamar a los de escena del crimen y preguntar por qué tardan tanto?

—Detective Rizzoli —insistió Sansone—. Háblenos sobre las conchas marinas.

—Usted parece tener sus propias fuentes. ¿Por qué no se lo pregunta a ellas?

—Podría tratarse de algo muy importante. ¿Por qué no nos ahorra el esfuerzo y nos lo cuenta?

—Primero, dígamelo usted a mí. ¿Qué significado tiene una concha marina?

—¿Qué clase de concha? ¿Bivalva, cónica?

—¿Importa?

—Sí.

Jane lo pensó.

—Es como una espiral. Un cono, supongo.

—¿La dejaron en una escena del crimen?

—Podría decirse que sí.

—Descríbala.

—Pues, mire, no tiene nada de especial. El sujeto con el que hablé dice que es una especie común que se encuentra por todo el Mediterráneo. —Se interrumpió cuando sonó su móvil. —Disculpe —dijo, y salió de la habitación. Por unos instantes, nadie habló. Los tres miembros de la Fundación Mefisto intercambiaron miradas.

—Pues bien —dijo Edwina en voz baja—, diría que esto casi lo confirma.

—¿Confirma qué cosa? —preguntó Frost.

—En el escudo familiar de Anthony —dijo Oliver— hay una concha marina.

Sansone se levantó de la silla y fue hasta la ventana. Allí se quedó mirando hacia la calle; la ventana enmarcaba en negro su espalda ancha.—Los símbolos se dibujaron en ocre rojo, extraído de Chipre —dijo—. ¿Entiende el significado de eso, detective Frost?

—No tenemos idea —admitió Frost.

—Este asesino no está jugando con la policía. Está jugando conmigo. Con la Fundación Mefisto. —Se volvió hacia ellos, pero el resplandor de la luz matinal tornaba su expresión imposible de leer. —En la víspera de Navidad, mata a una mujer y deja símbolos satánicos en la escena: las velas, el círculo de ocre. Pero lo más importante que hace esa noche es llamar a Joyce O'Donnell, que era miembro de nuestra fundación. Eso fue como tirarnos de la manga para llamar nuestra atención.

—¿Vuestra atención? Me parece que esto se ha tratado de O'Donnell desde el primer momento.

—Luego mata a Eve Kassovitz en mi jardín. En una noche en la que estamos reunidos.

—También es la noche en que O'Donnell era su invitada. El asesino la estaba acechando a ella, tenía el ojo puesto en ella.

—Anoche hubiera estado de acuerdo con usted. Hasta ese momento,

todos los indicios apuntaban a Joyce como blanco. Pero estos símbolos sobre la puerta de Maura nos dicen que el asesino no ha terminado su trabajo todavía. La cacería continúa.

—Está enterado de nuestra existencia, Anthony —dijo Edwina—. Está achicando nuestro círculo. Joyce fue la primera. La pregunta es, ¿quién será el siguiente?

Sansone miró a Maura.

—Me temo que piensa que eres una de nosotros.

—Pero no lo soy —dijo Maura—. No quiero saber nada con vuestros delirios grupales.

—¿Doc? —dijo Jane. Maura no la había escuchado entrar de nuevo en la sala. —¿Puedes venir a la cocina? Tenemos que hablar en privado.

Maura se puso de pie y la siguió por el pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó en cuanto pasaron a la cocina.

—¿Puedes hacer los arreglos necesarios para tomarte el día de mañana? Tú y yo tenemos que viajar esta noche. Me voy a casa a preparar un bolso. Pasaré a buscarte cerca del mediodía.

—¿Me estás diciendo que debo huir y ocultarme? ¿Solo porque alguien ha escrito sobre mi puerta?

—Esto no tiene nada que ver con tu puerta. Acabo de recibir la llamada de un policía del norte del estado de Nueva York. Anoche encontraron el cadáver de una mujer. Queda claro que se trató de un homicidio.

—¿Y por qué iba a interesarnos un asesinato ocurrido en Nueva York?

—Le falta la mano izquierda.

Veinticuatro

8 de agosto. Fase de la luna: Cuarto menguante.

Todos los días, Teddy baja al lago.

Por la mañana, oigo el ruido de la puerta de tela mosquitera al cerrarse y luego oigo el golpe de sus zapatos sobre los escalones del porche. Desde mi ventana, lo miro alejarse de la casa y bajar hacia el agua, con la caña de pescar sobre su hombro huesudo y la caja de aparejos en la mano. Es un ritual extraño e inútil, creo, porque su labor nunca da frutos. Todas las tardes, regresa con las manos vacías, pero alegre.

Hoy, lo sigo.

No me ve mientras camina por el bosque hacia el agua. Me mantengo bastante detrás para que no pueda oír mis pasos. De todas maneras, va cantando con su voz aguda de niño, una canción desafinada y no tiene idea de que lo estoy vigilando. Llega a la orilla, coloca la carnada en el anzuelo y arroja la línea. A medida que pasan los minutos, se acomoda sobre la hierba de la orilla y contempla el agua tan quieta que ni siquiera un susurro de brisa agita el espejo de la superficie.

La caña de pescar se mueve ligeramente.

Me acerco más mientras Teddy recoge la línea. Es un pez amarronado y se retuerce; todos sus músculos se contraen en terror mortal. Me quedo esperando el golpe fatal, el instante sagrado en que la chispa divina se apaga. Pero ante mi sorpresa, Teddy coge el pez, le quita el anzuelo de la boca y lo vuelve a sumergir cuidadosamente en el agua. Se inclina hacia el pez y murmura, como pidiéndole disculpas por haberlo molestado esa mañana.

—¿Por qué no te lo quedas? —pregunto.

Teddy se endereza, sorprendido por mi voz.

—Ah —dice—, eres tú.

—Lo has liberado.

—No me gusta matarlos. Además, es solo un róbalo.

—¿Entonces a todos los arrojas de nuevo al agua?

—Ajá. —Teddy vuelve a colocar carnada en el anzuelo y arroja la línea al agua.

—¿Cuál es el propósito de pescarlos, entonces?

—Es divertido. Es como un juego. Entre los peces y yo.

Me siento a su lado sobre la orilla. Los insectos revolotean alrededor de nuestras cabezas y Teddy los ahuyenta con la mano. Acaba de cumplir once años, pero todavía tiene la piel perfecta y suave de un niño y el vello dorado de bebé que le cubre la cara brilla a la luz del sol. Estoy lo suficientemente cerca como para oírlo respirar, para ver el pulso que le late en el cuello delgado. No parece turbado por mi presencia: es más, me dedica una sonrisa tímida, como si esto fuera un momento especial, compartir la mañana tranquila con su primo mayor.

—¿Quieres probar? —dice y me ofrece la caña.

La cojo. Pero mi atención sigue fija sobre Teddy, en su frente perlada de transpiración, en las sombras que dibujan sus pestañas.

Siento un tirón en la caña.

—¡Tienes uno!

Comienzo a recoger la línea y la lucha del pez me hace sudar las manos de expectativa. Siento sus saltos, su desesperación por vivir, transmitida a través de la caña. Por fin sale del agua y su cola se mueve cuando lo dejo caer sobre la orilla. Sujeto las escamas resbalosas.

—Ahora quítale el anzuelo —dice Teddy—. Pero ten cuidado de no lastimarlo.

Miro dentro de la caja de aparejos y veo un cuchillo.

—Date prisa, no puede respirar fuera del agua —me dice Teddy con urgencia en la voz.

Pienso en coger el cuchillo, sujetar el pez movedizo contra la hierba y clavárselo detrás de las branquias. Pienso en abrirlo hasta el vientre. Quiero sentir cómo el pez se retuerce por última vez, quiero sentir como su fuerza vital pasa directamente a mí en una corriente vivificante, la misma corriente que sentí cuando tenía diez años y tomé el juramento de Herem. Cuando mi madre por fin me trajo al círculo y me entregó el cuchillo. "Has alcanzado la edad", dijo. "Es hora de que seas uno de nosotros". Pienso en el último estertor de la cabra sacrificada y en los murmullos de aprobación del círculo de hombres con túnicas. Quiero volver a sentir esa emoción.

Un pez no me servirá.

Le quito el anzuelo y lo dejo caer de nuevo en el agua. Salpica con la cola y se aleja. Un suspiro de brisa agita el agua y las libélulas tiemblan sobre los juncos. Me vuelvo hacia Teddy.

Y él dice:

—¿Por qué me miras así?

Veinticinco

Cuarenta y dos euros en propinas: un botín nada despreciable para un frío domingo de diciembre. Mientras Lily saludaba con la mano al grupo al que acababa de guiar por el Foro Romano, sintió que una gota de lluvia helada le caía en la cara. Levantó la mirada al cielo, vio las nubes oscuras y ominosas que colgaban, bajas, y se estremeció. Necesitaría un impermeable para el día siguiente.

Con el fajo de billetes en el bolsillo, se dirigió al sitio preferido de compras de todos los estudiantes que cuidan el centavo en Roma: el mercado de pulgas de Porta Portese en el Trastevere. Ya era la una de la tarde y los vendedores estarían cerrando sus puestos, pero tal vez tendría tiempo de conseguir alguna ganga. Para cuando llegó al mercado, caía una llovizna fina. La Piazza de Porta Portese retumbaba con el ruido de cajas y embalaje. No perdió el tiempo en hacerse con un jersey usado de lana por solo tres euros. Apestaba a humo de cigarrillos, pero un buen lavado resolvería el problema. Pagó dos euros más por una chaqueta impermeable con capucha que solo estaba manchada con una raya de grasa negra. Abrigada con sus compras nuevas, y con dinero en el bolsillo, se entregó al lujo de mirar y revisar.

Paseó por el pasillo estrecho entre los puestos, deteniéndose para revolver cubos con bisutería y monedas romanas falsas y siguió hacia la Piazza Ippolito Nievo y los puestos de antigüedades. Todos los domingos, por lo visto, terminaba siempre en esa sección del mercado, porque lo que realmente le interesaba eran las cosas viejas, antiguas. Un trozo de tapiz medieval o una esquirla de bronce podían acelerarle el corazón. Para cuando llegó a la zona de antigüedades, la mayoría de los vendedores ya se estaban llevando su mercancía y vio que quedaban solamente algunos puestos abiertos, con los objetos expuestos a la llovizna. Paseó entre las exiguas ofertas y junto a vendedores de caras sombrías y cuando estaba a punto abandonar la Piazza, su mirada se posó sobre una

pequeña caja de madera. Frenó y se quedó mirándola.

Tres cruces invertidas estaban talladas sobre la cubierta.

Sintió que su cara, húmeda por la lluvia, de pronto se convertía en hielo. Luego notó que la bisagra miraba hacia ella y con una risa avergonzada, rotó la caja para dejarla en su ubicación correcta. Con las cruces hacia arriba. Cuando buscas demasiado al mal, lo ves en cualquier lado. Aun cuando no está allí.

—¿Buscas objetos religiosos? —preguntó el vendedor en italiano.

Ella levantó la vista y vio la cara arrugada del hombre; sus ojos parecían perdidos entre los pliegues.

—Solo estoy mirando, gracias.

—Aquí hay más. —Colocó una caja delante de ella y Lily vio rosarios enredados y una Madonna tallada en madera y viejos libros con las páginas abarquilladas por la humedad. —¡Mira, mira! Tómate tu tiempo.

A primera vista no vio nada en la caja que le interesara. Luego leyó el lomo de uno de los libros. El título estaba estampado en dorado sobre el cuero: El libro de Enoc

Lo cogió y lo abrió en la página de los derechos de autor. Era una traducción de R.H. Charles, una edición de 1912 impresa por Oxford University Press. Dos años antes, en un museo de Paris, había visto un trozo de ese mismo libro con muchos siglos de antigüedad, perteneciente a la versión etíope. El libro de Enoc era un texto antiguo, parte de la literatura apócrifa.

—Es muy antiguo —dijo el vendedor.

—Sí, es cierto —murmuró ella.

—Dice 1912.

Y estas palabras son todavía más antiguas, pensó Lily, mientras pasaba los dedos por las páginas amarillentas. Ese texto era doscientos años anterior al nacimiento de Cristo. Contenía historias

de una era anterior a Noé y su arca, anterior a Matusalén. Hojeó el texto y se detuvo en un pasaje que alguien había subrayado con tinta.

Los espíritus malignos han procedido de sus cuerpos, puesto que han nacido de hombres y su comienzo y su origen primal son los sagrados Custodios; serán espíritus malignos sobre la tierra y así se los llamará.

—Tengo más cosas de él —dijo el vendedor.

Ella levantó la vista.

—¿De quién?

—Del hombre a quien pertenecía ese libro. Todo esto es de él. —Señaló todas las cajas. —Murió el mes pasado y ahora todo se vende. Si le interesan este tipo de objetos, tengo más. Se inclinó para revolver dentro de otra caja y sacó otro libro encuadernado en cuero, con la cubierta gastada y manchada. —El mismo autor —dijo —. R.H.Charles.

No es el mismo autor, pensó ella, sino el mismo traductor. Era una edición de 1913 de El libro de los jubileos, otro texto sagrado anterior a la era cristiana. Si bien ella conocía el título, nunca había leído ese libro en particular. Abrió la tapa y las páginas se abrieron en el capítulo diez, versículo cinco, un pasaje que también estaba subrayado con tinta.

Tú sabes cómo obraron en mis días tus Custodios, padres de estos espíritus. A estos espíritus que están ahora en vida enciérralos también y sujétalos en el lugar de suplicio; no permitas que destruyan a los hijos de tu siervo, Dios mío, pues son perversos y para destruir fueron creados.

En el margen, escritas con la misma tinta, se veían las palabras: Los hijos de Seth. Las hijas de Caín.

Lily cerró el libro y de pronto notó las manchas oscuras sobre la cubierta de cuero. ¿Sangre?

—¿Quiere comprarlo?

Ella lo miro.

—¿Qué le sucedió a este hombre? ¿Al dueño de estos libros?

—Ya se lo he dicho. Murió.

—¿Cómo?

El vendedor levantó los hombros.

—Vivía solo. Era muy anciano, muy extraño. Lo encontraron dentro de su piso, con todos estos libros apilados contra la puerta. Ni siquiera podía salir. Loco de remate, ¿verdad?

O aterrado, pensó ella, de lo que pudiera entrar.

—Se lo dejaré a buen precio. ¿Lo quiere?

Ella contempló el segundo libro, pensando en su dueño, muerto y parapetado en su piso abarrotado de objetos y casi pudo oler en las páginas el hedor de carne en descomposición. Aunque las manchas sobre el cuero le producían asco, quería ese libro. Quería saber por qué el dueño había garabateado esas palabras en los márgenes y si había escrito algo más.

—Cinco euros —dijo el vendedor.

Por una vez, ella no regateó, sino que simplemente pagó el precio y se marchó con el libro.

Llovía para cuando subió la escalera húmeda hacia su piso. Llovió toda la tarde mientras ella leía bajo la luz gris y acuosa que entraba por la ventana. Leyó sobre Seth. El tercer hijo de Adán, que engendró a Enos, que engendró a Kenan. De esa gran estirpe también provinieron los patriarcas Jared y Enoc, Matusalén y Noé. Pero ese mismo linaje también dio origen a hijos corruptos y malvados que se aparearon con las hijas de un antiguo antepasado.

Las hijas de Caín.

Lily se detuvo ante otro pasaje subrayado; las palabras de antaño habían sido remarcadas por el hombre cuya presencia espectral ahora sentía sobre su hombro, el hombre que anhelaba compartir sus secretos, susurrar sus advertencias.

Creció entonces la iniquidad sobre la tierra, y todos los mortales corrompieron su conducta, desde los hombres hasta los animales, bestias, aves y todo aquello que camina sobre la tierra. Todos corrompieron su conducta y sus normas, empezaron a devorarse unos a otros, creció la iniquidad sobre la tierra y los pensamientos conscientes de todos los hijos de los hombres eran malvados siempre.

Oscurecía; Lily había estado sentada tanto tiempo que no sentía las piernas. Afuera, la lluvia seguía golpeando contra la ventana y en las calles de Roma, el tráfico ronroneaba y sonaban las bocinas. Pero allí, en su habitación, ella permanecía sentada, entumecida y en silencio. Un siglo antes de Cristo, antes de los apóstoles, esas palabras ya eran viejas, escritas sobre un terror tan antiguo que la humanidad del presente ya no lo recordaba, ya no registraba su presencia.

Bajó la mirada, otra vez, a El Libro de los Jubileos, a las ominosas palabras de Noé, dichas a sus hijos:

Veo que los demonios han comenzado a seduciros, a vosotros y a vuestros hijos, y temo por vosotros que, tras mi muerte, derraméis sangre humana en la tierra y seáis destruidos y desaparezcáis de su faz.

Los demonios siguen entre nosotros, pensó Lily. Y el derramamiento de sangre ya ha comenzado.

Veintiséis

Jane y Maura tomaron hacia el oeste por la autopista de Massachusetts; Jane iba al volante, conduciendo a gran velocidad por un paisaje inhóspito de nieve y árboles desnudos. Aun en una tarde de domingo, compartían la carretera con un convoy de camiones monstruosos que hacían que el Subaru de Jane, serpenteando entre ellos, pareciera una pulga temeraria. Era mejor no mirar. Maura se concentró, en cambio, en las notas de Jane. La caligrafía era un garabato, pero no era peor que la letra de los médicos, que Maura había aprendido a descifrar años atrás.

Sarah Parmley, 28 años. Vista por última vez el 23/12, saliendo del Motel Oakmont.

—Desapareció hace dos semanas —dijo Maura—. ¿Y acaban de encontrar su cadáver?

—La encontraron en una casa deshabilitada. Al parecer, es en un sitio aislado. El cuidador vio que su coche estaba aparcado afuera. También descubrió que la puerta principal estaba sin llave, por lo que entró a investigar. Fue él quien descubrió el cadáver.

—¿Qué hacía la víctima en una casa deshabilitada?

—Nadie lo sabe. Sarah llegó a la ciudad el veinte de diciembre para asistir al funeral de su padre. Todos dieron por sentado que regresó a California enseguida después del sepelio. Pero luego su empleador, en San Diego, comenzó a llamar preguntando por ella. Ni siquiera entonces se barajó la posibilidad de que Sarah nunca se hubiera marchado.

—Mira el mapa, Jane. Desde el norte del estado de Nueva York a Boston, las escenas del crimen están a casi quinientos kilómetros de distancia. ¿Por qué el asesino transportaría su mano tan lejos? Tal vez no sea la de ella.

—Es la mano de ella. Lo sé. Te lo aseguro, las radiografías encajarán como piezas de un rompecabezas.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Mira el nombre del pueblo donde encontraron el cadáver de Sarah.

—Purity, en el estado de Nueva York. Es un nombre pintoresco, pero no me significa nada.

—Sarah Parmley creció en Purity. Se graduó en la secundaria de esa ciudad.

—¿Y entonces?

—¿Adivina dónde fue a la secundaria Lori-Ann Tucker?

Maura la miro, sorprendida:

—¿Son del mismo pueblo?

—Exacto. Y Lori-Ann Tucker tenía veintiocho años. Hace once años se graduaron en la misma escuela secundaria.

—Dos víctimas que se criaron en la misma localidad y fueron a la misma escuela. Seguramente se conocían.

—Y tal vez allí fue donde el asesino las conoció. Ese es el motivo por el que las eligió. Tal vez estaba obsesionado con ellas desde la época escolar. Tal vez lo maltrataron o lo ignoraron y se ha pasado los últimos once años pensando en la manera de vengarse de ellas. Luego, de pronto, Sarah aparece en Purity para el funeral de su madre y él la ve. Se vuelve a enfadar. La mata y le amputa la mano para quedarse con un recuerdo. Le da tanto placer todo eso que decide volverlo a hacer.

—¿Entonces se va en coche hasta Boston para matar a Lori-Ann? Es demasiado lejos como para ir a darse un gusto.

—Pero no para una buena venganza a la antigua.

Maura contempló la carretera mientras lo pensaba.

—Si fue todo por venganza, ¿por qué llamó a Joyce O'Donnell aquella noche? ¿Por qué descargó su furia sobre ella?

—Solo ella conocía la respuesta a eso. Y se negaba a compartir el secreto con nosotros.

—¿Y por qué escribir sobre mi puerta? ¿Cuál es el mensaje ahí?

—¿Te refieres a He pecado?

Maura se sonrojó. Cerró la carpeta y apretó los puños contra ella. Así que habían vuelto a eso. El único tema del que no deseaba hablar.

—Se lo he contado a Frost —dijo Jane.

Maura no respondió, solo mantuvo la mirada fija en el camino.

—Tenía que saberlo. Ya ha hablado con el padre Brophy.

—Deberías haberme permitido hablar con Daniel primero.

—¿Por qué?

—Para que no lo pillara completamente por sorpresa.

—¿Qué cosa, que estábamos enterados de lo sucedido entre vosotros?

—No hables con ese tono sentencioso.

—No me di cuenta de que estuviera haciéndolo.

—Oigo la crítica en tu voz. No es algo que necesite.

—Entonces es una suerte que no hayas escuchado lo que Frost tenía

para decir.

—¿Crees que esto no sucede todo el tiempo? La gente se enamora, Jane. Se equivoca.

—¡Pero no tú! —Jane sonaba casi enfadada, traicionada. —Siempre creí que eras más inteligente que esto.

—Nadie es tan inteligente.

—Esto no conduce a ninguna parte y lo sabes. Si tienes esperanzas de que se case contigo...

—Ya intenté con el matrimonio ¿recuerdas? Un éxito rotundo.

—¿Y qué crees que vas a obtener de esto?

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé. En primer lugar, piensa en todos los rumores. Tus vecinos se preguntarán por qué el coche del sacerdote está siempre aparcado fuera de tu casa. Luego tendréis que salir de la ciudad solo para pasar tiempo juntos. Pero con el correr del tiempo, alguien os verá. Y luego comenzará el cotilleo. Se pondrá cada vez más incómodo. ¿Cuánto tiempo crees que podrás soportarlo? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que él se vea obligado a tomar una decisión?

—No quiero hablar de esto.

—¿Crees que te elegirá a ti?

—Ya basta, Jane.

—¿Dime, lo crees? —La pregunta era innecesariamente cruel y por un instante, Maura pensó en bajarse en el siguiente pueblo, alquilar un coche y volverse por su cuenta.

—Tengo edad suficiente como para tomar mis propias decisiones —dijo.

—¿Pero cuál será la decisión de él?

Maura miró por la ventanilla los campos blancos, los postes semienterrados bajo la nieve. Si no me elige ¿me sorprendería? Puede decirme una y otra vez cuánto me ama, ¿pero dejará alguna vez a su iglesia por mí?

Jane suspiró.

—Lo siento.

—Es mi vida, no la tuya.

—Sí, tienes razón. Es tu vida. —Jane meneó la cabeza y rió. —Hombre, todo el mundo está loco de remate. Ya no puedo contar con ninguna certeza. Ni una puta certeza. —Condujo unos minutos en silencio, con los ojos entornados para protegerse de la luz del atardecer. —No te he contado mis propias novedades maravillosas.

— ¿Qué novedades?

—Mis padres se han separado.

Maura la miró, por fin.

—¿Cuándo sucedió?

—Después de Navidad. Treinta y siete años de matrimonio y mi padre de repente sale corriendo a olisquear a una rubia hueca del trabajo.

—Lo siento mucho.

—Y luego este asunto entre tú y Brophy... es como que todo el mundo se ha vuelto loco por el sexo. Tú. El idiota de mi padre. Hasta mi madre. —Hizo una pausa. —Vince Korsak la ha invitado a una cita. A eso me refiero cuando digo que todo es una locura. —De pronto, soltó un gemido. —Ay, Dios: se me acaba de ocurrir. ¿Te das cuenta de que podría terminar siendo mi padrastro?

—El mundo no se ha vuelto tan loco.

—Podría suceder. —Jane se estremeció. —Se me eriza la piel de solo pensar en ellos.

—Entonces no lo hagas.

Jane apretó los dientes.

—Lo intento.

Y yo trataré de no pensar en Daniel.

Pero mientras continuaban su trayecto hacia el sol poniente y pasaban por la ciudad de Springfield para adentrarse en las colinas de Berkshire, no podía pensar en otra cosa que en Daniel. Cuando respiraba todavía podía sentir su aroma, cruzaba los brazos y sentía sus caricias, como si los recuerdos estuvieran grabados sobre su piel. Y se preguntaba: ¿Sientes lo mismo, Daniel? Cuando te presentaste frente a tu congregación esta mañana y observaste los rostros que te miraban y esperaban tus palabras, ¿era mi cara la que buscabas, era mi cara en la que pensabas?

Para cuando cruzaron el límite estatal e ingresaron en Nueva York, había caído la noche. Sonó el móvil de Maura y en el coche oscuro, a ella le llevó unos segundos encontrarlo entre los objetos de su bolso.

—Habla la doctora Isles —dijo.

—Maura, soy yo.

Al oír la voz de Daniel, sintió fuego en las mejillas y se alegró de que la oscuridad ocultara su cara de la mirada de Jane.

—Vino a verme el detective Frost —dijo él.

—Tuve que contárselo.

—Por supuesto. Pero me gustaría que me hubieras llamado para decírmelo.

—Lo siento. Ha de haber sido muy incómodo escucharlo de boca de él.

—No, me refiero a lo que escribieron sobre tu puerta. No tenía idea. Hubiera ido a acompañarte en un segundo. No deberías haber

pasado por eso sola.

Ella guardó silencio, consciente de que Jane estaba escuchando cada palabra. Y sin duda manifestaría su desaprobación en cuanto terminara la llamada.

—Pasé por tu casa hace un rato —dijo él—. Tenía esperanzas de encontrarte allí.

—No estaré en casa esta noche.

—¿Dónde estás?

—En el coche, con Jane. Acabamos de pasar por Albany hace unos minutos.

—¿Estás en Nueva York? ¿Por qué?

—Han encontrado otra víctima. Creemos que... —La mano de Jane se cerró súbitamente alrededor de su brazo, una advertencia inconfundible de que cuanto menos revelaran, mejor sería. Jane ya no confiaba en él, ahora que había demostrado ser demasiado humano. —No puedo hablar del asunto.

Hubo silencio del otro lado de la línea. Luego, en voz baja:

—Comprendo.

—Existe información que debemos mantener confidencial.

—No es necesario que me expliques. Sé cómo funciona.

—¿Te puedo llamar luego? ¿Cuándo no haya otro par de oídos escuchando?

—No te sientas obligada a hacerlo, Maura.

—Quiero hacerlo. Necesito hacerlo.

Maura cortó y contempló la noche perforada solamente por las luces del coche. Habían dejado la autopista detrás y ahora se dirigían hacia el sudoeste por un camino que pasaba por campos

nevados. Las únicas luces que se veían provenían de ocasionales vehículos que pasaban o de alguna granja distante.

—No irás a hablar con él del caso ¿verdad? —preguntó Jane.

—Aun si lo hiciera, es muy discreto. Siempre he confiado en él.

—Yo también confiaba en él.

—¿Ahora ya no?

—Os domina el deseo, doc. No es el mejor momento para confiar en vuestro juicio.

—Ambas conocemos a este hombre.

—Y jamás pensé....

—¿Qué cosa, que se acostaría conmigo?

—Solo digo que puedes pensar que conoces a alguien. Y de pronto, te sorprenden. Hacen algo que jamás habrías esperado y te das cuenta de que en realidad, no conoces a nadie. A nadie. Si hace unos meses me hubieras dicho que mi papá dejaría a mi mamá por una Barbie cabeza hueca, te habría dicho que estabas loca. Te lo aseguro, las personas son un maldito misterio. Incluso aquellos que amamos.

—Y ahora no confías en Daniel.

—No en lo que se refiere al famoso voto de castidad.

—No hablo de eso. Hablo de esta investigación. De contarle detalles que nos conciernen a ambas.

—No es policía. No tiene por qué enterarse de nada.

—Estaba conmigo anoche. Esas palabras escritas en la puerta también estaban dirigidas a él.

—¿Te refieres a He pecado?

Maura sintió una oleada de calor en las mejillas.

—Sí —respondió.

Por unos instantes, ninguna habló. Los únicos sonidos que se escuchaban eran los neumáticos sobre el camino y el siseo de la calefacción del coche.

—Yo respetaba a Brophy, ¿vale? —dijo Jane—. Le ha hecho bien al departamento de policía. Cuando necesitamos un sacerdote en escena, viene de inmediato, a cualquier hora de la noche. Me caía bien.

—¿Entonces por qué te has vuelto en contra de él?

Jane la miró.

—Porque tú también me caes bien, sabes.

—Pues ciertamente no me das esa impresión.

—¿En serio? Bueno, pues cuando haces algo inesperado como esto, algo tan autodestructivo, no puedo menos que preguntarme...

—¿Qué?

—Si realmente te conozco a ti también.

Eran más de las ocho cuando finalmente aparcaron en el aparcamiento del Hospital Lourdes de Binghamton. Maura no estaba de ánimo para conversar cuando descendieron del coche; sentía los músculos tiesos por el largo viaje. Habían hecho una breve parada para una cena silenciosa en McDonald's y tenía el estómago revuelto por cómo Jane conducía, por la cena devorada a toda prisa, pero sobre todo, por la tensión entre ambas, tan tirante ahora que una vuelta más podía cortarla. No tiene ningún derecho de juzgarme, pensó Maura mientras caminaban pesadamente junto a montículos de nieve despejada por las máquinas. Jane estaba casada y feliz y se sentía tan jodidamente superior desde el punto de vista moral. ¿Qué sabía sobre la vida de Maura, sobre las noches que pasaba sola viendo películas viejas o tocando el piano en una casa vacía? La brecha entre sus vidas era demasiado profunda como

para que una amistad verdadera pudiera zanjarla. ¿Y qué tengo en común, de todos modos, con esta perra categórica e intransigente? Nada.

Entraron por la puerta de Urgencias, en compañía de una ráfaga de viento helado; las puertas automáticas se cerraron tras ellas. Jane cruzó hasta la ventanilla de triaje y llamó:

—¿Hola, hay alguien? Necesito información.

—¿Es usted la detective Rizzoli? —dijo una voz detrás de ellas.

No lo habían visto, sentado solo en la zona de espera para pacientes. Se puso de pie; era un hombre de cara cansada con chaqueta de tweed sobre un jersey verde oscuro. No es policía, pensó Maura, al ver su abundante melena, y él de inmediato confirmó su impresión.

—Soy el doctor Kibbie —dijo—. Decidí esperarla aquí, para que no tuviera que buscar por su cuenta la morgue.

—Gracias por esperarnos —dijo Jane—. Esta es la doctora Isles, de nuestra oficina de medicina forense.

Maura le estrechó la mano.

—¿Ya ha realizado la autopsia?

—No, no. No soy patólogo, solo un humilde médico interno. Somos cuatro y nos turnamos como forenses del condado de Chenango. Yo hago la investigación preliminar de la muerte y decido si es necesaria una autopsia. Es probable que la autopsia se lleve a cabo mañana por la tarde, suponiendo que el médico forense del condado de Onondaga pueda venir desde Syracuse.

—Pero debéis tener vuestro propio patólogo en este condado.

—Sí, pero en este caso en particular... —Kibbie meneó la cabeza. —Desafortunadamente, sabemos que este asesinato va a generar publicidad. Mucho interés. Además, podría terminar en un juicio penal algún día y nuestro patólogo quería traer también a otro médico forense. Para que no haya cuestionamientos sobre sus

conclusiones. Dos opiniones pesan más que una, como comprenderéis. —Cogió el abrigo que colgaba de la silla. —El ascensor está por allí.

—¿Dónde está el detective Jurevich? —preguntó Jane—. Tenía entendido que iba a encontrarse con nosotras aquí.

—Lamentablemente, Joe tuvo que acudir a un aviso hace unos minutos, así que no os verá esta noche. Dijo que se encontraría con vosotras por la mañana, en la casa. Que lo llaméis mañana. —Kibbie inspiró hondo. —Bien, ¿estáis preparadas para esto?

—Va a ser atroz ¿verdad?

—Digámoslo así: espero no tener que volver a ver algo como esto en mi vida .

—Tras dos semanas, debe de estar en muy mal estado —comentó Jane.

—De hecho, la descomposición es mínima. La casa estaba vacía. No había calefacción ni electricidad. Adentro probablemente hacía un grado bajo cero. Es como guardar carne en un congelador.

—¿Cómo terminó allí?

—No tenemos idea. No había indicios de entrada forzada, de modo que debe de haber tenido una llave. O la tenía el asesino.

La puerta del ascensor se abrió y subieron, Kibbie flanqueado por las dos mujeres. Un amortiguador entre Maura y Jane, que seguían sin intercambiar palabra desde que habían descendido del coche.

—¿A quién pertenece esa casa desocupada? —preguntó Jane.

—A una mujer que ya no vive en la zona. La heredó de sus padres y ha estado tratando de venderla durante años. No hemos podido contactarla. Ni siquiera el agente de bienes raíces sabe dónde está. —Descendieron del ascensor en el subsuelo. Kibbie las guió por un pasillo y tras abrir una puerta, entró en la antesala de la morgue.

—Allí está, doctor Kibbie. —Una mujer joven, rubia, vestida con

uniforme hospitalario dejó la novela de bolsillo que había estado leyendo y se puso de pie para recibirlos. —Me preguntaba si vendría.

—Gracias por esperar, Lindsey. Estas son las dos personas de las que te hablé, de Boston. La detective Rizzoli y la doctora Isles.

—Habéis hecho ese largo viaje para ver a nuestra chica ¿verdad? Pues ya os la traigo. —Pasó por unas puertas dobles al laboratorio de autopsias y encendió el interruptor. Las luces fluorescentes iluminaron la mesa vacía. —Doctor Kibbie, tengo que marcharme en un rato. ¿Me haría el favor de dejarla otra vez en la cámara y cerrar todo cuando termine? Solo tiene que cerrar la puerta del pasillo cuando salga.

—¿Vas a tratar de llegar al a lo que resta del partido? —preguntó Kibbie.

—Si no aparezco, Ian no volverá a hablarme.

—¿Qué, Ian habla?

Lindsey puso los ojos en blanco.

—Ay, Doctor Kibbie. Por favor.

—Te lo digo siempre, deberías llamar a mi sobrino. Está estudiando medicina en Cornell. Alguna otra chica lo atrapará si no te das prisa.

Ella rió mientras abría la puerta de la cámara frigorífica.

—Qué va, ni que quisiera casarme con un médico.

—Eso me duele.

—Quiero un tío que vuelva a casa a cenar. —Movió una camilla y la maniobró para sacarla de la cámara. —¿Queréis que la coloque sobre la mesa?

—En la camilla está bien. No vamos a realizar incisiones.

—Déjeme verificar que sea el cadáver correcto. —Examinó el rótulo y luego abrió la cremallera, sin vacilación, sin repugnancia, para dejar expuesta la cara del cadáver. —Sí, es ella —dijo, y se enderezó, echando hacia atrás el pelo rubio; su cara tenía el rubor rosado de la juventud. Un marcado contraste con la cara sin vida y los ojos disecados que miraban desde la abertura de la mortaja.

—Nos encargaremos nosotros, ahora, Lindsey —dijo el doctor Kibbie.

La chica saludó con la mano.

—Recuerde cerrar la puerta con firmeza —dijo en tono vivaz y se marchó, dejando una estela incongruente de perfume.

Maura cogió guantes de látex de una caja sobre la encimera. Luego cruzó hasta la camilla y abrió completamente la bolsa. Ninguno pronunció palabra mientras el plástico se separaba. Lo que estaba sobre la camilla dejó a todos en silencio.

A los cuatro grados centígrados el crecimiento bacteriano se frena, la descomposición se detiene. A pesar de las dos semanas o más que habían transcurrido, la temperatura gélida de la casa deshabilitada había preservado los tejidos blandos del cadáver y no había necesidad de ungüento de mentol para disimular el hedor sobrecogedor. Las luces penetrantes dejaban a la vista horrores mucho más atroces que la mera putrefacción. La garganta estaba abierta y expuesta por un único corte profundo que había seccionado la tráquea, llegando hasta la columna cervical. Pero ese golpe fatal de la hoja afilada no fue lo que capturó la mirada de Maura, cuyos ojos estaban fijos, en cambio, sobre el torso desnudo. Sobre la multitud de cruces talladas sobre los pechos, sobre el abdomen. Símbolos sagrados trazados a filo sobre un pergamino de piel humana. Se veía sangre incrustada en los dibujos e incontables hilos habían chorreado de las incisiones poco profundas y se habían secado en líneas rojas que corrían por los costados del torso.

Maura miró el brazo derecho, a un lado del cadáver. Vio el anillo de magulladuras, como un brazalete cruel alrededor de la muñeca. Levantó los ojos y se encontró con la mirada de Jane. Durante ese instante, todo el encono entre las dos mujeres quedó olvidado,

barrido a un lado por la visión de los últimos momentos de Sarah Parmley.

—Le hizo esto mientras todavía estaba viva —dijo Maura.

—Todos estos cortes. —Jane tragó saliva. —Podría haber llevado horas.

—Cuando la encontramos —dijo Kibbie—, tenía una cuerda de nailon alrededor de la muñeca y de ambos tobillos. Los nudos estaban clavados al suelo, para que no pudiera moverse.

—Esto no se lo hizo a Lori-Ann Tucker —dijo Maura.

—¿Es la víctima de Boston?

—La desmembró. Pero no la torturó.

Maura rodeó el cadáver buscando el lado izquierdo y contempló el muñón en la muñeca. La carne cortada se había secado y se veía como cuero marrón y los tejidos blandos se habían contraído, dejando al descubierto la superficie del hueso cortado.

—Tal vez quería algo de esta mujer —dijo Jane—. Tal vez tenía un motivo para torturarla.

—¿Un interrogatorio? —aventuró Kibbie.

—O un castigo —dijo Maura, mirando la cara de la víctima. Pensó en las palabras que habían dibujado sobre su puerta. En la pared del dormitorio de Lori-ann. He pecado.

¿Esta es la recompensa?

—Estos no son cortes al azar —dijo Jane—. Son cruces. Símbolos religiosos.

—También las dibujó sobre las paredes —acotó Kibbie.

Maura lo miró.

—¿Había algo más sobre las paredes? ¿Otros símbolos?

—Sí. Muchas cosas raras. Se lo aseguro, me dio terror entrar por esa puerta. Joe Jurevich os los enseñará cuando vayais a la casa. —Observó el cadáver. —Esto es todo lo que hay para ver, en realidad. Suficiente para deciros que estamos lidiando con un sujeto muy, muy enfermo.

Maura cerró la bolsa mortuoria, cubriendo con el plástico los ojos hundidos, las córneas nubladas por la muerte. No llevaría a cabo esa autopsia, pero no necesitaba un bisturí para saber cómo había muerto esa víctima; había visto la respuesta grabada sobre su carne.

Volvieron a introducir la camilla dentro de la cámara frigorífica y se quitaron los guantes. De pie junto al fregadero, mientras se lavaba las manos, Kibbie dijo:

—Hace diez años, cuando me mudé al Condado Chenango, pensé que era tierra bendecida. Aire fresco, colinas onduladas. Gente que me saludaba por la calle, que me convidaba pastel cuando hacía una visita a domicilio. —Suspiró y cerró el grifo. —No se puede escapar de todo, ¿verdad? Ciudad grande o pueblo pequeño, los maridos siguen matando de un disparo a sus esposas, los chavales siguen comportándose como vándalos y entrando a robar. Pero nunca pensé que vería algo tan perturbador. —Cortó de un tirón una toalla de papel y se secó las manos. —Mucho menos en un pueblo como Purity. Comprenderéis a qué me refiero cuando lleguéis allí.

—¿A qué distancia está de aquí?

—A una hora y media, tal vez dos. Depende de si queréis arriesgar la vida andando a toda velocidad por caminos secundarios.

—Entonces será mejor que continuemos con el viaje —dijo Jane—, si es que queremos conseguir un motel allí.

—¿Un motel? —Kibbie rió. —Si estuviera en vuestro lugar, pasaría la noche en la localidad de Norwich. En Purity no vais a encontrar demasiado.

—¿Es tan pequeño el pueblo?

Kibbie arrojó la toalla de papel dentro del cubo de basura.

—Es tan pequeño, sí.

Veintisiete

Las paredes del motel eran delgadas como de papel. Tendida en la cama, Maura podía oír a Jane hablando por teléfono en la habitación contigua. Qué lindo ha de ser, pensó, llamar a tu esposo y reírse juntos. Compartir un beso en público, un abrazo, sin primero tener que mirar alrededor, para ver si no hay nadie que te conoce y podría reprochar. Su llamada a Daniel había sido breve y furtiva. Había oído a otras personas hablando en el fondo, otros que lo estaban escuchando, razón por la cual se había mostrado muy reservado. ¿Así es como sería siempre? ¿Sus vidas privadas separadas de sus vidas públicas, sin nunca una intersección entre ellas? Allí radicaba el verdadero precio del pecado. No el fuego del infierno ni de la condenación, sino la pena y el desengaño amoroso.

En la habitación contigua, Jane terminó su llamada. Instantes después, se encendió el televisor y luego Maura oyó el ruido del agua en la ducha. Solo las separaba una pared, pero la barrera entre ellas era mucho más formidable que la madera y el yeso. Casi no habían intercambiado palabra desde Binghamton y ahora, el solo ruido del televisor de Jane era una molestia creciente. Maura se cubrió la cabeza con una almohada para bloquear el ruido, pero no logró ahogar los susurros de duda en su mente. Aun cuando por fin se hizo silencio en la habitación de Jane, Maura seguía despierta, consciente del paso de los minutos y luego de las horas.

No eran todavía las siete de la mañana cuando por fin se levantó de la cama, agotada tras una noche de insomnio, y miró por la ventana. El cielo era de un color gris claustrofóbico. Durante la noche había nevado y los coches en el aparcamiento estaban cubiertos de blanco. Quería volver a su casa. Anhelaba la comodidad de su cama, de su cocina. Pero le esperaba un largo día, otro día de silencios rencorosos y comentarios críticos de Jane. Aprieta los dientes y resiste.

Tras dos tazas de café pudo sentirse preparada para encarar el día. Comió una galleta de queso rancia, cortesía del desayuno continental del motel y llevó la maleta al aparcamiento, donde Jane ya tenía el motor en marcha.

—Jurevich se encontrará con nosotros en la casa —dijo Jane.

—¿Sabes cómo llegar?

—Me ha dado indicaciones. —Jane la miró con el entrecejo fruncido. —Hombre, que cara de agotamiento tienes.

—No he dormido bien.

—El colchón era un desastre ¿verdad?

—Entre otras cosas. —Maura dejó caer la maleta sobre el asiento trasero y cerró la puerta. Guardaron silencio unos instantes, mientras la calefacción les calentaba las rodillas.

—Sigues cabreada conmigo —dijo Jane.

—No tengo muchos deseos de hablar, en este momento.

—Solo estoy tratando de ser buena amiga ¿vale? Si veo que la vida de una amiga está a punto de descarrilar, siento que es mi deber decir algo al respecto.

—Y te he escuchado. —Maura se abrochó el cinturón de seguridad. —¿Podemos irnos, ya?

Abandonaron la ciudad de Norwich y tomaron hacia el noroeste, por caminos resbaladizos debido a la nieve recién caída. Las nubes gruesas amenazaban con más nieve y la vista que Maura tenía desde su ventanilla estaba borroneada en tonos de gris. Sentía la galleta de queso como un ladrillo de hormigón en el estómago y se echó hacia atrás, con los ojos cerrados, para evitar las náuseas.

Despertó sobresaltada, sintiendo que habían transcurrido solo unos minutos, y descubrió que estaban avanzando por un camino sin despejar; las ruedas de Jane hacían fuerza en la nieve. A ambos lados se veía un bosque cerrado y las nubes se habían vuelto más

oscuras desde que Maura se había quedado dormida.

—¿Cuánto falta para Purity? —preguntó.

—Ya pasamos por el pueblo. No te has perdido nada.

—¿Estás segura de que este es el camino?

—Son las indicaciones que me dio.

—Jane, vamos a quedar varadas.

—Tengo doble tracción, tranquila. Y siempre podemos llamar a una grúa.

Maura sacó el móvil.

—No hay señal. Buena suerte.

—Aquí debe ser donde tenemos que girar —dijo Jane, señalando un cartel de EN VENTA que estaba semienterrado en la nieve. —La casa está en venta ¿recuerdas? —Aceleró y el Subaru derrapó, luego los neumáticos encontraron agarre y avanzaron por el camino, que comenzaba a subir. Los árboles se abrieron, permitiendo una vista de la casa que estaba sobre la colina.

Jane aparcó en la entrada y contempló la casona victoriana de tres pisos que se elevaba sobre ellas.

—Vaya —murmuró—. Qué casa tan grande.

Desde la baranda de un amplio porche cubierto, revoloteaba la cinta de escena del crimen. Aunque las tablas de madera necesitaban pintura con urgencia, los indicios de abandono no lograban disimular el hecho de que en un tiempo esa había sido una casa señorial con unas vistas imponentes. Descendieron del coche y sintiendo el pinchazo de los copos de nieve contra la cara, subieron los escalones del porche. Maura espió por una ventana y vio en el sombrío interior las siluetas espectrales de muebles cubiertos por sábanas, pero no mucho más.

—La puerta está con llave —dijo Jane.

—¿A qué hora tenía que encontrarse con nosotras?

—Hace quince minutos.

Maura soltó un suspiro de aliento vaporoso.

—Este viento está helado. ¿Cuánto vamos a esperar?

—Veré si consigo señal. —Jane miró el teléfono con el ceño fruncido. —Una barra. Puede que sea suficiente.

—Esperaré en el coche. —Maura descendió los escalones y justo cuando estaba a punto abrir la puerta, escuchó que Jane decía;

—Allí viene.

Maura se volvió; un Jeep Cherokee rojo se acercaba por el camino. Inmediatamente detrás se veía un Mercedes negro. El Cherokee aparcó junto al Subaru de Jane y descendió un hombre con corte de pelo en estilo cepillo, vestido con una voluminosa chaqueta de plumón y botas pesadas. Le tendió una mano enguantada y ella vio una cara sombría y gélidos ojos grises.

—¿La detective Rizzoli? —preguntó.

—No, soy la doctora Isles. Usted debe ser el detective Jurevich.

Él asintió mientras se estrechaban la mano.

—Trabajo para la Oficina del Sheriff del condado de Chenango. —Miró a Jane, que estaba bajando los escalones del porche para recibirlo. —¿Rizzoli?

—Sí. Llegamos hace unos minutos... —Jane se interrumpió, y su mirada quedó inmóvil sobre el Mercedes negro, sobre el hombre que acababa de descender del coche. —¿Qué coño hace él aquí?

—Predijo que usted reaccionaría de ese modo —dijo Jurevich.

Anthony Sansone venía hacia ellos, con el abrigo negro flameando en el viento. Hizo un ademán con la cabeza en dirección a Jane, un saludo seco que reconocía lo evidente: que a ella no le agradaba su

presencia allí. Luego su mirada se posó sobre Maura:

—¿Ya has visto el cadáver?

Ella asintió.

—Anoche, sí.

—¿Crees que estamos ante el mismo asesino?

—¿Qué es esto de estamos? —interpuso Jane—. No estaba enterada de que usted perteneciera a las fuerzas del orden, señor Sansone.

Impertérrito, él se volvió hacia ella.

—No obstaculizaré su trabajo.

—Esta es una escena del crimen. No debería ni siquiera estar aquí.

—Entiendo que el condado de Chenango no es su jurisdicción. La última palabra la tiene el detective Jurevich.

Jane miró a Jurevich.

—¿Usted le da acceso?

Jurevich se encogió de hombros.

—Nuestra unidad de escena del crimen ya ha procesado la casa. No hay razón por la que no pueda recorrerla con nosotros.

—O sea que ahora es una visita guiada para el público.

—Esto ha sido autorizado por la oficina del sheriff, por pedido especial.

—¿Por pedido de quién?

Jurevich miró a Sansone, cuya expresión no revelaba nada.

—Estamos perdiendo el tiempo, aquí —dijo Sansone—. Estoy seguro de que todos queremos salir de este viento.

—¿Detective? —lo presionó Jane.

—Si tiene objeciones —dijo Jurevich, claramente ofuscado por haber quedado atrapado en el medio—, puede dirigirse al Departamento de Justicia. Bien, ¿por qué no entramos antes de morir congelados? —Subió los escalones del porche, seguido de cerca por Sansone.

Jane se quedó mirándolos y murmuró:

—¿Qué influencias tiene este sujeto?

—Tal vez deberías preguntárselo directamente —dijo Maura y subió los escalones. Jurevich ya había abierto la puerta principal y ella siguió a los hombres dentro de la casa. Adentro hacía casi la misma temperatura, pero al menos estaban protegidos del viento. Jane entró última y cerró la puerta. Tras el resplandor de la nieve, a Maura le llevó varios segundos acostumbrarse a la penumbra interior. Miró por la puerta que daba a una sala y vio muebles cubiertos por sábanas y el brillo opaco del suelo de madera. Por las ventanas entraba una pálida luz invernal que bañaba la habitación en tonos de gris.

Jurevich señaló la zona al pie de la escalera.

—No es posible verlas, pero el químico Luminol reveló muchas manchas de sangre sobre los escalones y en este vestíbulo. Al parecer, limpió sus rastros mientras se marchaba, por lo que no hay marcas claras de pisadas.

—¿Revisaron toda la casa con Luminol? —preguntó Jane.

—Con Luminol, con luz ultravioleta, y con fuente de luz alternativa. Revisamos todas las habitaciones. Por esa puerta se va al comedor y a la cocina. Y a un escritorio más allá de la sala. Salvo por las marcas de zapatos en el vestíbulo, en la planta baja no apareció nada demasiado interesante. —Se volvió hacia la escalera. —Toda la acción se desarrolló arriba.

—Dijo usted que la casa estaba deshabitada —intervino Sansone—. ¿Cómo entró el asesino? ¿Había señales de entrada forzada?

—No, señor. Las ventanas estaban todas cerradas. Y la agente inmobiliaria jura que siempre cierra la puerta con llave cuando se marcha.

—¿Quién tiene llaves?

—Ella. Y dice que la llave jamás sale de su oficina.

—¿Qué antigüedad tiene la cerradura?

—Vaya, no lo sé. Probablemente unos veinte años.

—Supongo que la dueña tendrá una llave.

—Hace años que no ha vuelto a Purity. Entiendo que está viviendo en alguna parte de Europa. No hemos podido contactarla. —Jurevich hizo un ademán con la cabeza en dirección a los muebles cubiertos por sábanas. —Todo está cubierto de polvo. Se ve que aquí no ha vivido nadie por un buen tiempo. Una pena, realmente. Una casa tan sólida, construida para durar un siglo, y está así, abandonada. El cuidador viene una vez al mes a verificar cómo está todo. Así fue cómo encontró el cadáver. Vio el coche de alquiler de Sarah Parmley aparcado afuera y luego descubrió que la puerta estaba sin llave.

—¿Habéis investigado al cuidador? —preguntó Jane.

—No es sospechoso.

—¿Por qué?

—Pues porque para empezar, tiene setenta y un años. Y salió del hospital hace tres semanas. Cirugía de próstata. —Jurevich miró a Sansone. —Qué agradable lo que nos espera a los hombres ¿verdad?

—O sea que tenemos varias preguntas sin respuesta —dijo Sansone —. ¿Quién abrió la puerta principal? ¿Por qué vino la víctima hasta aquí?

—La casa está en venta —acotó Maura—. Tal vez vio el letrero y vino por curiosidad.

—Son todas suposiciones —dijo Jurevich—. Le hemos dado muchas vueltas al asunto y realmente no sabemos por qué vino.

—Cuéntenos más sobre Sarah Parmley —dijo Sansone.

—Se crió en Purity. Se graduó en la escuela secundaria local. Pero como muchos otros chicos, no encontró nada que la retuviera aquí, así que se mudó a California y se quedó allí. Regresó al pueblo solo porque murió su tía.

—¿De qué? —quiso saber Sansone.

—Ah, fue un accidente. Cayó por las escaleras y se rompió el cuello. Así que Sarah se tomó un avión para asistir al funeral. Se hospedó en un motel cerca del centro y se retiró el día después del funeral. Y esa es la última vez que la vieron. Hasta el sábado, cuando el cuidador encontró su coche aquí. —Miró hacia la planta superior. —Os enseñaré el dormitorio.

Jurevich tomó la delantera. A mitad de camino por la escalera, se detuvo y señaló la pared.

—Esta es la primera que vimos —dijo—. Esta cruz de aquí. Es el mismo símbolo que le cortó en el cuerpo. Parece dibujado con una especie de tiza roja.

Maura observó el símbolo y sintió que se le entumecían los dedos dentro de los guantes.

—Esta cruz está invertida.

—Arriba hay más —dijo Jurevich—. Muchas más. —Mientras subían hacia la primera planta, aparecieron más cruces en la pared. Al principio fueron algunas, dispersas. Luego, en el sombrío pasillo del primer piso, las cruces se multiplicaron como una furiosa infestación que avanzaba hacia una puerta.

—Aquí dentro se pone feo —advirtió Jurevich.

Su aviso hizo que Maura vacilara afuera del dormitorio. Aun después de que los otros entraron, se detuvo en el umbral, preparándose para lo que la aguardaba del otro lado de la puerta.

Entró por la puerta y llegó a la cámara de los horrores.

No fue el lago seco de sangre en el suelo lo que capturó su mirada, sino las huellas de manos sobre cada una de las paredes, como si una multitud de almas perdidas hubiera dejado su testamento sangriento al pasar por esa habitación.

—Todas estas huellas fueron hechas con la misma mano —dijo Jurevich—. Las huellas de la palma y las líneas son idénticas. No creo que nuestro asesino haya sido tan estúpido como para que sean suyas. —Miró a Jane. —Apostaría a que fueron hechas con la mano cercenada de Sarah Parmley. La que apareció en su escena del crimen.

—Madre mía —murmuró Jane—. Utilizó su mano como una especie de sello de goma.

Con sangre como tinta, pensó Maura, recorriendo las paredes con la mirada. ¿Cuántas horas pasó en esa habitación, mojando la mano en el charco de sangre y apretándola contra la pared como un niño con un juego de sellos? Sus ojos se posaron sobre la pared más cercana, donde se veían unas palabras semiocultas bajo las huellas de las manos. Se acercó más y contempló las palabras que recorrían la pared. Tres palabras en latín se repetían una y otra vez. Siguó el texto, que daba la vuelta a la habitación en una línea continua, cruzando las esquinas, como una serpiente que se enroscaba alrededor de ellos en un anillo cada vez más cerrado.

Abyssus abyssum invocat abyssus abyssum invocat abyssus abyssum invocat...

De pronto comprendió su significado y dio un paso hacia atrás, helada hasta la médula.

El Infierno llama al Infierno —murmuró Sansone—. Maura no había notado que él estaba a su lado.

—¿Eso es lo que significa? —preguntó Jane.

—Es el significado literal, sí. También tiene otro.

—Pues el Infierno llama al Infierno ya me parece bastante ominoso.

Abyssus abyssum invocat es un refrán que se originó hace al menos mil años. Significa, un acto malvado lleva a otro.

Maura contemplaba las palabras.

—Nos está diciendo que esto es solo el comienzo. Que acaba de empezar.

—Y estas cruces... —Sansone señaló un enjambre de cruces apiñadas sobre una pared, como agrupadas para un ataque. —... Están todas invertidas. Es una burla a la cristiandad, un rechazo de la iglesia.

—Sí. Nos dijeron que es un símbolo satánico —dijo Jurevich.

—Primero escribió las palabras y las cruces —dijo Maura, con la mirada fija sobre los hilos de sangre que habían chorreado por la pared, oscureciendo en parte las palabras en latín. Leyó las salpicaduras, vio los arcos dejados por el chorro arterial. —Antes de matarla, antes de degollarla, se tomó el tiempo para decorar las paredes.

—La pregunta es —acotó Jurevich,— si escribió las palabras mientras ella yacía ahí, esperando para morir. O si la habitación ya estaba preparada como matadero antes de que llegara la víctima.

—¿Entonces luego la atrajo hasta esta casa?

—Hay indicios claros de preparación. —Jurevich señaló el suelo de madera, donde la sangre se había secado en un charco congelado. — ¿Veis los clavos aquí? Vino equipado con martillo y una cuerda de nailon. Así fue como la inmovilizó. Le ató la cuerda alrededor de las muñecas y de los tobillos. Y clavó los nudos al suelo. Una vez que la sometió, pudo haberse tomado su tiempo.

Maura pensó en los cortes que el asesino había hecho en el cuerpo de Sarah Parmley. Luego miró los mismos símbolos dibujados sobre la pared con ocre rojo. Un crucifijo invertido. La cruz de Lucifer.

—¿Pero cómo atraerla hasta aquí? —preguntó Sansone—. ¿Qué podía hacerla venir a esta casa?

—Sabemos que recibió una llamada en el motel —dijo Jurevich—. Fue el día en que se marchó. El empleado de recepción transfirió la llamada a su habitación.

—Eso no nos lo había dicho —dijo Jane.

—Porque no sabemos si es importante. Veamos, Sarah Parmley se crió en este pueblo. Seguramente conocía a mucha gente aquí, gente que la llamaría tras el funeral de su tía.

—¿Fue una llamada local?

—Desde el teléfono público de la gasolinera de Binghamton.

—Eso está a unas horas de aquí.

—Exacto. Es una de las razones por las que no creemos que haya provenido del asesino.

—¿Hay otra razón?

—Sí, la que llamó era una mujer.

—¿La persona que atendió en el motel está segura? Fue hace dos semanas.

—Segurísima. Se lo hemos preguntado varias veces.

—El mal no tiene género —dijo Sansone.

—¿Y qué probabilidades hay de que una mujer haya hecho esto? —preguntó Jane, señalando la pared, las huellas sangrientas de la mano.

—No descartaría de manera automática la posibilidad de que se tratara de una mujer —dijo Sansone—. No contamos con pisadas aquí que se puedan utilizar.

—No descarto nada. Solo hablo de probabilidades.

—Pues no son más que eso. Probabilidades.

—¿Y a cuántos asesinos ha capturado usted? —replicó Jane.

Él la miró, impertérrito.

—Creo que la respuesta la sorprendería, detective.

Maura se volvió hacia Jurevich.

—El asesino debe de haber pasado horas aquí, en esta casa. Ha de haber dejado pelos, fibras.

—Nuestra unidad de peritos forenses revisó todas las habitaciones con fuente de luz alternativa.

—Pues no pueden haber terminado con las manos vacías.

—No, no, encontraron muchísimas cosas. Esta casa es vieja, y ha estado habitada de manera periódica durante los últimos setenta años. Encontramos pelos y fibras en todas las habitaciones. Y algo que nos sorprendió. Permitidme que os enseñe el resto de la casa.

Salieron nuevamente al pasillo y Jurevich señaló una puerta.

—Otro dormitorio, aquí. Mucho polvo, algunos pelos de gato, pero ninguna otra cosa interesante. —Continuó por el pasillo; pasaron junto a otro dormitorio, luego un baño con baldosas negras y blancas, pero Jurevich no les dedicó atención. Llegó a la última puerta.

—Aquí. Este resultó ser un dormitorio muy interesante.

Maura oyó la nota ominosa en su voz, pero cuando entró en la habitación no vio nada alarmante, solo un espacio sin muebles, con paredes desnudas. La madera del suelo estaba en mejor estado que en el resto de la casa; las tablas parecían recién pulidas. Dos ventanas desnudas miraban a la cuesta boscosa, que bajaba a un lago congelado.

—¿Qué tiene de interesante esta habitación, entonces? —preguntó Jane.

—Me refiero a lo que encontramos en el suelo.

—No veo nada.

—Se tornó visible cuando lo rociamos con Luminol. La unidad de escena del crimen revisó toda la casa para ver dónde podría haber dejado rastros de sangre el asesino. Por si había dejado huellas que no pudiéramos ver en otras habitaciones. Encontramos sus pisadas en el pasillo, en las escaleras y en el vestíbulo, todas visibles al ojo desnudo. Por lo tanto, sabemos que intentó limpiar los rastros cuando abandonó la casa. Pero la sangre no se puede ocultar. Si se la rocía con Luminol, aparece claramente iluminada. —Jurevich observaba el suelo. —Aquí se iluminó todo.

—¿Más marcas de zapatos? —preguntó Jane.

—No solamente marcas de zapatos. Era como si una ola de sangre hubiera inundado esta habitación y salpicado la pared. Se veía en las rendijas entre las maderas, en donde se coló en las molduras. En esa pared de allí había muchas marcas, donde alguien había tratado de lavarla. Pero no pudieron borrarla. Aunque ahora no la podáis ver, había sangre por todas partes. Estuvimos aquí de pie, viendo cómo se iluminaba toda la maldita habitación y se nos pusieron los pelos de punta, os lo aseguro. Porque cuando encendimos las luces, se veía igual que ahora. Nada. Ni un solo rastro de sangre visible al ojo desnudo.

Sansone observaba las paredes, como tratando de ver esos ecos atroces de muerte. Bajó la mirada al suelo, a las tablas de madera pulidas y lisas.

—No puede tratarse de sangre fresca —murmuró—. En esta casa ha sucedido alguna otra cosa.

Maura recordó el letrero de EN VENTA, semienterrado en la nieve, al pie de la colina. Pensó en las tablas gastadas, en la pintura descascarillada. ¿Por qué una casa tan elegante había sido abandonada a años de descuido?

—Es por eso que nadie quiere comprarla —dijo.

Jurevich asintió.

—Sucedió hace unos doce años, justo antes de que me mudara a esta zona. No lo supe hasta que me lo contó la agente inmobiliaria.

No es algo que le guste revelar, puesto que la casa está a la venta, pero tampoco lo puede ocultar. Un pequeño detalle que a todos los potenciales compradores les gustaría saber. Y casi que los hace salir corriendo en la dirección contraria.

Maura miró el suelo, las uniones y rendijas que contenían sangre que ella no podía ver.

—¿Quién murió aquí?

—En esta habitación fue un suicidio. Pero cuando se piensa en todas las otras cosas que sucedieron aquí, es como que la casa entera trae mala suerte.

—¿Hubo otras muertes?

Jurevich asintió.

—En aquel tiempo vivía aquí una familia. Un médico y su esposa, con dos hijos, un varón y una chica. Y un sobrino que estaba pasando el verano con ellos. Por lo que dicen todos, los Saul eran buena gente. Una familia unida, con muchos amigos.

Nada es lo que parece, pensó Maura. Nunca.

—El hijo de once años murió primero. Fue un accidente trágico. Bajó al lago a pescar y no volvió. Pensaron que debía haber caído al agua y entraron en pánico. Encontraron su cadáver al día siguiente, De allí en adelante, todo empeoró para la familia. Una semana más tarde, la madre cae por la escalera y se rompe el cuello. Había estado tomando sedantes y pensaron que perdió el equilibrio.

—Qué coincidencia interesante —observó Sansone.

—¿Cuál?

—¿No es así como murió la tía de Sarah Parmley? ¿Por una caída por la escalera, en la que se rompió el cuello?

Jurevich hizo una pausa.

—Sí. No lo había pensado. Es realmente una coincidencia ¿verdad?

Jane dijo:

—No nos ha contado lo del suicidio.

Jurevich asintió.

—Fue el marido. Pensad en todo lo que había sufrido. Primero se ahoga su hijo. Luego su esposa cae por la escalera. Así que dos días más tarde, coge su pistola, se sienta aquí en el dormitorio y se vuela la cabeza. —Jurevich miró el suelo. —La sangre del suelo es la suya. Imaginadlo. Una familia entera, prácticamente exterminada en unas pocas semanas.

—¿Y qué sucedió con la hija? —preguntó Jane.

—Se mudó con amigos. Terminó la escuela secundaria un año más tarde y se marchó del pueblo.

—¿Es la dueña de la casa?

—Sí. Sigue estando a su nombre. Ha estado intentando venderla todos estos años. La agente dice que ha tenido interesados, pero cuando se enteran de lo sucedido, se van. ¿Viviría usted en esta casa? Yo, ni que me pagaran millones. Es un sitio de mal augurio. Casi que se siente al entrar por la puerta.

Maura miró las paredes y se estremeció.

—Si existen las casas asoladas por fantasmas, esta sería una de ella.

—Abyssus abyssum invocat —dijo Sansone en voz baja—. Ahora adquiere un significado diferente.

Todos lo miraron.

—¿Cuál? —preguntó Jurevich.

—Por eso el asesino la eligió como sitio para matar. Conocía la historia de la casa. Sabía lo que había sucedido aquí y sentía atracción por este sitio. Se la puede llamar un portal a otra dimensión. O un vórtice. Pero existen sitios oscuros en este mundo, sitios maléficos a los que solo se los puede denominar malditos.

Jane dejó escapar una risa nerviosa.

—¿De verdad cree eso?

—Lo que yo crea no importa. Pero si nuestro asesino lo cree, entonces eligió esta casa porque lo llamó. El Infierno llama al Infierno.

—Hombre, que se me pone la piel de gallina —dijo Jurevich—. Miró a su alrededor, las paredes desnudas y se estremeció, como si sintiera un viento helado. —¿Sabe qué creo? Que deberían prenderle fuego a este sitio. Quemarlo y que no quede nada. Nadie en su sano juicio lo comprará.

—Dijo usted que aquí vivía un médico con su familia —comentó Jane.

—Así es. La familia Saul.

—¿Y había un sobrino que estaba pasando el verano con ellos?

Jurevich asintió.

—Un chico de quince años.

—¿Qué sucedió con ese chico? ¿Tras todas esas tragedias?

—La agente inmobiliaria dice que el chico se marchó de Purity poco tiempo después. La madre vino a buscarlo.

—¿Sabe algo más de él?

—No olvide que fue hace doce años. Nadie lo conocía demasiado. Y solo estuvo aquí durante ese verano. Jurevich se interrumpió. —Sé lo que está pensando. El chico tendría ventisiete años ahora. Y sabría todo lo que sucedió aquí.

—También podría tener una llave de la puerta principal —comentó Jane—- ¿Cómo podemos averiguar más sobre él?

—Por su prima, supongo. La mujer a quien pertenece la casa. Lily Saul.

—Pero no sabe cómo encontrarla, tampoco.

—La agente inmobiliaria lo ha estado intentando.

Jane dijo:

—Me gustaría ver los informes policiales sobre la familia Saul. Supongo que todas las muertes fueron investigadas.

—Llamaré a mi oficina y pediré que le hagan copias de todo. Puede pasar a recogerlas cuando salga del pueblo. ¿Regresa a Boston esta misma noche?

—Teníamos pensado hacerlo, enseguida después de almorzar.

—Entonces intentaré tener todo para entonces. Podéis dirigiros al Café de Roxanne. Tiene unos bocadillos de pavo deliciosos. Y está justo en frente de nuestra oficina.

—¿Tendrá tiempo de fotocopiar todo?

—No hay demasiado en los expedientes salvo los informes de autopsias y del sheriff. En los tres casos, la causa de muerte y la manera en que murieron fueron bastante evidentes.

Sansone había estado de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera. Se volvió hacia Jurevich.

—¿Cómo se llama vuestro periódico local?

—Al condado de Chenango lo cubre el Evening Sun. Tienen las oficinas en Norwich. —Jurevich miró su reloj. —No queda nada más que ver aquí.

Una vez afuera, esperaron a merced del viento helado mientras Jurevich cerraba la puerta con llave y se cercioraba que estuviera trabada.

—Si avanzamos en algo —dijo a Jane—, la llamaré. Pero creo que a este asesino lo atrapará usted. —Se cerró la chaqueta y se enfundó los guantes. —Está jugando en su vecindario, ahora.

Veintiocho

—Aparece en su cochazo, con invitación especial a la escena del crimen —dijo Jane, agitando una patata frita en dirección a Maura —. ¿Qué es todo eso? ¿A quién conoce Sansone en Justicia? Ni siquiera Gabriel pudo averiguarlo.

—Deben de tener un motivo para confiar en él.

—Sí, claro. —Jane se introdujo la patata en la boca y cogió otra; la indignación le abría el apetito. En pocos minutos había reducido un gigantesco sándwich a unas pocas migas de pan tostado y panceta y ahora arrastraba las últimas patatas fritas por un charco de kétchup. —¿Para confiar en un millonario con afición por los crímenes?

—Multimillonario.

—¿Quién se cree que es, Bruce Wayne? ¿O el tío ese en aquel viejo programa de televisión? El ricachón que es policía. Mi mamá solía verlo.

—Creo que te refieres a La ley de Burke.

—Sí. ¿Cuántos policías ricos conoces?

Maura suspiró y cogió su taza de té.

—Ninguno.

—Exacto. Es una fantasía. Un ricachón aburrido cree que sería divertido jugar a Harry el Sucio, salvo que en realidad no quiere ensuciarse. No quiere tener que patrullar ni escribir informes de incidentes. Solo quiere aparecer en su Mercedes para decirnos a nosotros, los idiotas, cómo hay que hacer las cosas. ¿Crees que no he tratado con gente como él en otras ocasiones? Todos creen que son más inteligentes que la policía.

—No creo que sea solo un aficionado, Jane. Creo que vale la pena escucharlo.

—Claro. Un ex profesor de historia. —Jane bebió lo que quedaba de café en su taza y estiró el cuello por encima del divisor del compartimiento, buscando a la camarera en el atestado café. —Eh... ¿señorita? Podría traerme más café, por...? —Se interrumpió. Y dijo a Maura: —Mira quién acaba de entrar.

—¿Quién?

—Nuestro amigo

Maura se volvió hacia la puerta, y miró más allá de la barra donde hombres con gorras estaban sentados con sus cafés y hamburguesas. Vio a Sansone en el mismo momento en que él la vio a ella. Cuando atravesó el salón, las cabezas giraron para seguir el avance de esa llamativa figura de cabello color plata que se dirigía hacia el compartimiento de Maura.

—Me alegro de que sigáis aquí —dijo—. ¿Puedo sentarme?

—Estábamos a punto de marcharnos —respondió Jane, buscando la cartera con gestos ampulosos y dejando en el olvido su pedido de más café.

—Esto solo me tomará un minuto. ¿O prefiere que se lo envíe por correo electrónico, detective?

Maura miró el fajo de papeles que traía Sansone.

—¿Qué es todo eso?

—De los archivos del periódico Evening Sun. —Colocó los papeles sobre la mesa delante de ella.

Maura se deslizó hacia un costado sobre el banco para dejarle sitio en el compartimiento apretado; Sansone se sentó a su lado. Se sentía atrapada en una esquina por ese hombre, cuya mera presencia parecía dominar y abrumar el espacio reducido.

—Sus archivos digitales se remontan solamente a cinco años —dijo

—. Estas son fotocopias de los archivos encuadernados, por lo que la reproducción no es tan buena como me gustaría. Pero cuenta la historia.

Maura miró la primera fotocopia. Era la primera página del Evening Sun, con fecha del 11 de agosto, doce años antes. El artículo en la parte superior le llamó la atención de inmediato.

FUE HALLADO EL CADÁVER DE UN NIÑO EN EL ESTANQUE PAYSON

La foto que acompañaba la nota mostraba a un niño sonriente que sostenía un gato atigrado entre los brazos. El pie de foto decía: Teddy Saul había cumplido once años.

—Su hermana Lily fue la última persona que lo vio con vida —dijo Sansone—. Fue también la que lo encontró flotando en el estanque al día siguiente. Lo que sorprendió a todos, según el artículo, fue el hecho de que el chico era muy buen nadador. Y había otro detalle interesante.

Maura levantó la mirada.

—¿Cuál?

—Supuestamente había bajado al lago a pescar. Pero la caña y la caja de pesca fueron encontradas a unos veinte metros de la orilla.

Maura le pasó la fotocopia a Jane y miró el siguiente artículo, con fecha del 18 de agosto. Una semana después de que fue encontrado el cadáver del pequeño Teddy, la desgracia volvió a golpear a la familia Saul.

MADRE DE DUELO MUERE EN PROBABLE ACCIDENTE.

Acompañaba el artículo otra fotografía con otro triste pie de foto. La imagen mostraba a Amy Saul en tiempos más felices, sonriendo a la cámara con un bebé en el regazo. El mismo niño, Teddy, que once años más tarde perdería la vida en el estanque Payson.

—La encontraron al pie de la escalera —dijo Maura. Miró a Jane. —La encontró su hija Lily.

—¿Otra vez? ¿La hija los encontró a ambos? —Jane cogió el artículo fotocopiado. —Esto comienza a parecer demasiada mala suerte.

—Y recuerda la llamada al hotel de Sarah Parmley hace dos semanas. Era la voz de una mujer.

—Antes de que llegue a conclusiones apresuradas —dijo Sansone—, no fue Lily Saul la que encontró el cadáver de su padre. Fue su primo. Es la primera y única vez que aparece el nombre de Dominic Saul en alguno de estos artículos.

Maura se concentró en la tercera fotocopia y contempló la fotografía del sonriente doctor Peter Saul. Debajo de la foto se leía: Deprimido por la muerte de su esposa y su hijo. —Levantó la mirada. —¿Hay alguna fotografía de Dominic?

—No. Pero el artículo lo menciona como el que encontró el cuerpo del tío. Y también dice que él llamó a la policía.

—¿Y la chica? —preguntó Jane—. ¿Dónde estaba Lily cuando sucedió esto?

—No lo dice.

—Supongo que la policía habrá verificado su coartada.

—Uno pensaría que sí.

—Pues yo no pensaría nada.

—Esperemos que esa información esté en los archivos policiales —dijo Sansone—, porque no la va a conseguir del investigador del caso.

—¿Por qué?

—Murió el año pasado de un infarto. Encontré la nota necrológica en los archivos del periódico. Así que solo tenemos lo que está en los expedientes. Pero piense en la situación. Usted es un policía local que tiene delante a una chica de dieciséis años que acaba de perder a su hermano, a su madre y ahora a su padre. Es probable

que esté en estado de shock. Tal vez está histérica. ¿Va a someterla a un interrogatorio sobre dónde estaba cuando murió su padre cuando todo indica que fue un suicidio?

—Es mi trabajo preguntar —dijo Jane—. Yo lo habría hecho.

Sí, lo habría hecho, pensó Maura, observando la expresión inflexible de Jane y recordando las preguntas implacables que le había hecho el día anterior por la mañana. Sin compasión, sin guardarse nada. Que Dios te ayude si Jane Rizzoli decide que eres culpable de algo. Maura bajó la mirada a la fotografía de Peter Saul. —No hay foto de Lily. No sabemos qué aspecto tiene, tampoco.

—En realidad, hay una foto —dijo Sansone—. Y la encontraréis muy interesante. —Pasó a la siguiente fotocopia y señaló el artículo.

EL FUNERAL DEL MÉDICO ATRAE A DEUDOS DE TODO EL CONDADO

Amigos, colegas y hasta desconocidos se reunieron en el cementerio Ashland en una preciosa tarde de agosto para despedir al doctor Peter Saul, que murió el domingo pasado tras dispararse con su arma. Fue la tercera tragedia que golpeó a la familia Saul en las últimas dos semanas.

—Ahí está —dijo Sansone—, señalando la foto que acompañaba el artículo—. Esa es Lily Saul.

Era una imagen poco nítida y la cara de la chica estaba oculta parcialmente por dos personas que la acompañaban. Lo único que Maura pudo ver fue el perfil de su cabeza inclinada, y el pelo largo y oscuro que caía como un velo.

—Eso no nos muestra demasiado —dijo Jane.

—No es la foto lo que quería que vierais —dijo Sansone—. Es el texto que la acompaña. Fijaos en los nombres de las chicas que están junto a Lily.

Solo entonces Maura comprendió por qué Sansone había insistido tanto en que vieran esas fotocopias. El pie de foto debajo de la imagen de la acongojada Lily Saul incluía dos nombres sorprendentemente familiares.

Lily Saul consolada por sus amigas Lori-Ann Tucker y Sarah Parmley.

—Allí está la conexión entre todas —dijo Sansone—. Tres amigas. Dos de ellas están muertas. Solo Lily Saul sigue con vida. —Hizo una pausa. —Y ni siquiera sabemos eso con certeza.

Jane cogió la fotocopia y la estudió.

—Tal vez porque no quiere que lo sepamos.

—Es a ella a quien tenemos que encontrar —dijo Sansone—. Ella tendrá las respuestas.

—O tal vez ella es la respuesta. No sabemos nada sobre esta chica Lily. Si se llevaba bien con su familia. Si se quedó con una herencia interesante.

—No puedes hablar en serio —objetó Maura.

—El señor Sansone lo dijo hace un momento: el mal no tiene género.

—Pero venga, Jane, matar a su propia familia.

—Matamos a aquellos que amamos. Eso lo sabes. —Jane miró la fotografía de las tres chicas.— Y tal vez estas chicas también lo sabían. —Miró el reloj. —Doce años es mucho tiempo para guardar un secreto. —Miró el reloj. —Necesito hacer preguntas en el pueblo, ver qué más puedo averiguar sobre Lily. Alguien debe saber cómo encontrarla.

—Mientras hace preguntas —dijo Sansone—, tal vez quiera averiguar también sobre esto. —Le alcanzó otra fotocopia a Jane. El

titular decía: Joven de South Plymouth se lleva el premio de la organización agrícola 4-H.

—Hum... ¿tengo que hacer averiguaciones sobre toros premiados? —preguntó Jane.

—No, me refiero a la nota en la pequeña sección de Policiales —explicó Sansone—. Casi la pasé por alto yo también. Es más, no la habría visto en absoluto si no hubiera estado en la misma página, debajo de la historia sobre Teddy Saul.

—¿Se refiere a esta? Vándalos atacan un granero y desaparece una cabra?

—Preste atención a la historia.

Jane leyó la nota en voz alta:

—"La policía recibió una denuncia por parte de Eben Bongers, de Purity, quien declaró que vándalos ingresaron en su granero el sábado por la noche. Cuatro cabras se escaparon y tres fueron recuperadas, pero una de ellas sigue sin aparecer. Los vándalos también pintarrajearon... —Jane miró a Maura y se interrumpió. —... cruces en el granero.

—Siga leyendo —le indicó Sansone.

Jane tragó saliva y volvió a concentrarse en el artículo.

—"En otros edificios de la zona se han encontrado dibujos similares. Se solicita que cualquiera que tenga información se ponga en contacto con la Oficina del Alguacil del condado de Chenango".

—El asesino estuvo aquí —dijo Sansone—. Hace doce años, vivía en este condado. Y nadie se dio cuenta de lo que caminaba entre ellos. Nadie se enteró de lo que habitaba en medio de ellos.

Habla como si el asesino no fuera humano, pensó Maura. No dice quien, sino qué. No es alguien, sino algo.

—Luego, hace dos semanas —continuó Sansone—, el asesino regresa a la casa donde vivían los Saul. Dibuja los mismos símbolos

en las paredes, pone clavos en el suelo. Se prepara para su víctima. Para lo que va a hacerle a Sarah Parmley. —Sansone se inclinó hacia adelante, con la mirada fija sobre Jane. —No creo que Sarah Parmley haya sido su primera víctima. Hubo otras antes que ella. Usted vio lo elaborada que fue la escena de Sarah, la planificación y ceremonia que conllevó ese crimen. Se trató de un asesinato maduro, llevado a cabo por alguien que ha tenido meses, hasta años, para perfeccionar sus rituales.

—Hemos solicitado una búsqueda en la base de datos de crímenes violentos del sistema VICAP. Hemos buscado asesinatos previos.

—¿Qué parámetros de búsqueda se utilizaron?

—Desmembramiento. Símbolos satánicos. Sí, aparecieron algunos casos de otros estados, pero nada que coincidiera con lo que buscábamos.

—Entonces debéis ampliar la búsqueda.

—Si se amplía más, se torna inútil. Demasiado general, una red demasiado amplia.

—Hablo de ampliarla internacionalmente.

—Pues eso sí que sería una red inmensa.

—Ninguna red es demasiado grande para este asesino. Piense en todas las pistas que ha dejado. Inscripciones en latín, dibujos hechos con ocre rojo de Chipre. Una concha marina del Mediterráneo. Prácticamente os ha anunciado que ha vivido en el extranjero. Y que seguramente ha matado en el extranjero. Le garantizo que si busca en la base de datos de interpol, encontrará más víctimas.

—¿Cómo puede estar tan...? —Jane se interrumpió y de pronto, entornó los ojos. —Ya lo sabe. Lo ha investigado.

—Me he permitido el atrevimiento. Este asesino ha dejado rastros distintivos por todas partes. No le teme a la policía. Confía completamente en su propia capacidad de mantenerse invisible. —Señaló las fotocopias. —Hace doce años, el asesino vivía aquí. Y ya tenía sus fantasías, ya dibujaba esas cruces.

Jane miró a Maura.

—Me quedaré aquí por lo menos una noche más. Tengo que hablar con más personas.

—Pero necesito volver a casa —objetó Maura—. No puedo ausentarme tanto tiempo.

—El doctor Bristol puede cubrirte ¿no es así?

—Tengo otros asuntos que atender. —A Maura no le cayó bien la mirada que Jane le dirigió. ¿Otros asuntos llamados Daniel Brophy?

—Yo regreso a Boston esta noche —dijo Sansone—. Puedes venir en el coche conmigo.

Veintinueve

—A la detective Rizzoli no pareció gustarle demasiado que aceptaras mi ofrecimiento —comentó Sansone.

—Hay muchas cosas que no le gustan últimamente —respondió Maura, contemplando los campos cubiertos por una gruesa piel blanca. Si bien la luz del día se había extinguido, salía la luna y su reflejo brillante iluminaba la nieve como una farola. —Yo soy una de ellas.

—Noté que había tensión entre vosotras.

—¿Tan evidente era?

—Ella no se esfuerza demasiado por disimular ¿verdad? —Le dirigió una mirada en la oscuridad del coche. —Vosotras dos no podríais ser más distintas.

—Cada vez me estoy dando más cuenta.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Unos dos años. Desde que acepté el puesto en Boston.

—¿Y siempre han saltado chispas como ahora?

—No. Es solo porque... —Maura calló. Porque desaprueba mi conducta. Porque se ha subido al pedestal moral y no tengo permitido mostrarme humana. No tengo permitido enamorarme. —Han sido semanas muy estresantes. —Así terminó la oración.

—Me alegro de tener esta oportunidad de hablar en privado —dijo él—, porque lo que estoy a punto decirte sonará absurdo. Y ella lo descartaría sin dedicarle un segundo. —Volvió a mirarla. —Tengo esperanzas de que tú estés más dispuesta a escuchar.

—¿Porque piensas que soy menos escéptica que ella? No estés tan seguro.

—¿Qué piensas de la escena del crimen de hoy? ¿Qué te hizo pensar del asesino?

—Vi evidencia de una mente seriamente perturbada.

—Esa es una posibilidad.

—¿Cuál es tu interpretación?

—Que detrás de todo esto hay inteligencia verdadera. No se trata solo de un demente al que lo excita torturar mujeres. Este es alguien que tiene un motivo lógico y preciso.

—Tus míticos demonios, de nuevo.

—Sé que no aceptas su existencia. Pero has visto esa nota en el periódico sobre el granero que pintarrajeó hace doce años. ¿Te llamó la atención alguna otra cosa de esa nota?

—¿Además de las cruces dibujadas en el granero, quieres decir?

—La cabra desaparecida. Soltaron a cuatro cabras del granero y el granjero recuperó solo tres. ¿Qué le sucedió a la cuarta?

—Tal vez se escapó. O se perdió en el bosque.

—En el Levítico, capítulo dieciséis, otro nombre que se le da a Azazel es “el chivo expiatorio”. El que asume todos los pecados y las maldades de los hombres. Por tradición, al animal elegido, que se lleva todos los pecados de la humanidad con él, se lo guía hasta el bosque y allí se lo libera.

—Otra vez estamos con tu símbolo de Azazel.

—Un dibujo de su cabeza apareció sobre tu puerta. No puedes haber olvidado eso.

No, no lo he olvidado. ¿Cómo podría olvidar que mi puerta lleva la marca de un asesino?

—Sé que eres escéptica —admitió él— y sé que piensas que esta será como tantas otras investigaciones. Que nos llevará a encontrar a un personaje corriente, hasta digno de lástima que vive solo y sin notoriedad. Otro asesino como Jeffrey Dahmer o como el hijo de Sam. Quizás este asesino oye voces. Tal vez ha leído la Biblia Satánica de Anton LaVey demasiadas veces y se la ha tomado a pecho. Pero piensa en otra posibilidad, algo mucho más aterrador. —Miró a Maura. —Que los Nefilim, los Custodios, realmente existen. Que siempre han existido y que siguen viviendo entre nosotros.

—¿Los hijos de los ángeles caídos?

—Esa es solo la interpretación bíblica.

—Todo esto es bíblico. Y sabes que yo no soy creyente.

—El Antiguo Testamento no es el único sitio donde se menciona a estas criaturas. Aparecen en los mitos de culturas anteriores.

—Cada civilización tiene sus espíritus malignos míticos.

—No hablo de espíritus sino de seres de carne y hueso, con caras humanas. Una especie paralela de depredadores que han evolucionado a nuestro lado. Que se han cruzado con nosotros.

—¿No estaríamos enterados de su existencia a estas alturas?

—Los conocemos por el mal que cometen. Pero no los reconocemos por lo que realmente son. Los llamamos sociópatas o tiranos. O Vlad el Empalador, conocido también como Vlad Drácula. Se abren camino a fuerza de carisma y seducción hasta llegar a posiciones de poder y autoridad. Prosperan con la guerra, con las revoluciones, con el desorden. Y en ningún momento nos damos cuenta de que son diferentes del resto de nosotros. Diferentes de una manera fundamental que se remonta a nuestros códigos genéticos. Nacen depredadores y el mundo entero es su coto de caza.

—¿De eso se trata la Fundación Mefisto? ¿De la búsqueda de estas criaturas míticas? —Maura rió. —Da lo mismo que os pongáis a buscar unicornios.

—Somos muchos los que creemos.

—¿Y qué haréis cuando finalmente encontréis a uno? ¿Le dispararéis y montaréis su cabeza como trofeo?

—Somos exclusivamente un grupo de investigación. Nuestra función es identificar y estudiar. Y asesorar.

—¿Asesorar a quién?

—A las fuerzas del orden público. Les brindamos información y análisis. Y ellos utilizan lo que les suministramos.

—¿A las agencias del orden les importa lo que tenéis para decir? ¿En serio? —preguntó Maura, con una inconfundible nota de incredulidad en la voz.

—Sí. Nos escuchan —fue todo lo que respondió él, con la calma de alguien que está tan seguro de lo que afirma que no siente la necesidad de defender su posición.

Maura pensó en la facilidad con la que él había obtenido acceso a detalles confidenciales de la investigación. Pensó en cómo las averiguaciones que Jane había hecho sobre Sansone habían chocado con silencio por parte del FBI, Interpol y el Departamento de Justicia. Todos lo protegen.

—Nuestro trabajo no ha pasado inadvertido —dijo él y añadió en voz baja—, lamentablemente.

—Pensé que ese era el objetivo. Que vuestro trabajo se advirtiera.

—No que lo advirtieran las personas erróneas. De algún modo, nos han descubierto. Saben quiénes somos y lo que hacemos. —Hizo una pausa. —Y piensan que eres una de nosotros.

—No creo que ellos existan, siquiera.

—Han marcado tu puerta. Te han identificado.

Maura contempló la nieve iluminada por la luna, la sorprendente blancura de la noche. Casi parecía de día. No había dónde

ocultarse, no había oscuridad. En ese paisaje despiadado se vería cada movimiento de una presa.

—No soy miembro de vuestro club —dijo.

—Pues da lo mismo que lo fueras. Te han visto en mi casa. Te han visto conmigo.

—También me han visto en las tres escenas del crimen. Solo he estado haciendo mi trabajo. El asesino podría haberme visto cualquiera de esas noches.

—Es lo que pensé al principio. Que te cruzaste por casualidad en su línea de visión, que eras una presa accidental. También pensé lo mismo de Eve Kassovitz... que tal vez él la vio en la primera escena del crimen en la víspera de Navidad y que se interesó por ella.

—¿Ya no crees que eso haya sido lo que sucedió?

—No, no lo creo.

—¿Por qué?

—Por la concha marina. Si me hubiera enterado antes de eso, todos hubiéramos tomado precauciones. Y tal vez Joyce seguiría con vida.

—¿Piensas que la concha marina era un mensaje para ti?

—Durante siglos, los hombres de la familia Sansone marcharon a la guerra bajo el estandarte de la concha marina. Eso fue una burla, una provocación dirigida a la fundación. Una advertencia de lo que vendrá.

—¿Y eso qué sería?

—Nuestra exterminación. —Lo dijo en voz baja, como si el solo hecho de pronunciar esas dos palabras en voz alta fuera a hacer caer la espada sobre su cuello. Pero Maura no oyó miedo en su voz, solo resignación ante el destino que le había tocado. No supo qué responder. Esa conversación se había desviado hacia terreno desconocido y ella se sentía desorientada. El universo de él era un paisaje tan sombrío de pesadillas que el solo hecho de estar sentada

allí, con él, en su coche, cambiaba su visión del mundo. Lo convertía en un país desconocido por el que deambulaban monstruos. Daniel, pensó, te necesito ahora. Necesito tus caricias y tu esperanza y tu fe en el mundo. Este hombre es pura oscuridad y tú eres la luz.

—¿Sabes cómo murió mi padre? —preguntó él.

Ella lo miró con el ceño fruncido, desconcertada por la pregunta.

—¿Cómo dices?

—Créeme, es relevante. Toda la historia de mi familia es relevante. He tratado de alejarme de ella. Pasé trece años enseñando en Boston College, pensando que podía vivir una vida normal como cualquier otra persona, convencido de que mi padre era solo malhumorado y excéntrico, igual que su padre, que todas las historias extrañas que me contaba en mi adolescencia eran folclore familiar pintoresco. —La miró. —Las creía tanto como tú me crees ahora, o sea, nada.

Suena tan racional. Pero no lo es. No puede serlo.

—Enseñaba historia, por lo que estoy familiarizado con los antiguos mitos —dijo—. Pero nunca me convencerás de que en un tiempo existían los sátiros o las sirenas o los caballos alados. ¿Por qué iba a creer las historias de mi padre sobre los Nefilim¨?

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Sabía que algo de lo que me contaba era cierto. La muerte de Isabella, por ejemplo. En Venecia, pude encontrar en documentos de la iglesia los registros de su encarcelamiento y su muerte. Fue quemada viva, es cierto. Y es cierto que dio a luz a un hijo, justo antes de ser ejecutada. No todas las historias que circulaban en el folclore familiar Sansone eran pura fantasía.

—¿Y la parte sobre que tus antecesores eran cazadores de demonios?

—Mi padre la creía.

—¿Y tú?

—Creo que existen fuerzas hostiles que buscan destruir a la Fundación Mefisto. Y ahora nos han encontrado. Igual que encontraron a mi padre.

Ella se quedó mirándolo, esperando que le explicara.

—Hace ocho años —dijo Sansone—, viajó a Nápoles. Iba a encontrarse con un viejo amigo, un hombre a quien conocía desde sus días universitarios en New Haven. Ambos eran viudos. Ambos compartían la pasión por la historia antigua. Planeaban visitar el Museo Arqueológico nacional allí y ponerse al día respecto de sus vidas. Mi padre estaba muy entusiasmado con el viaje. Era la primera vez que lo oía hablar animadamente desde que mi madre había muerto. Pero cuando llegó a Nápoles, su amigo no estaba en el aeropuerto. Ni en el hotel. Me llamó, me dijo que había un problema muy serio y que pensaba regresar a casa al día siguiente. Me di cuenta que estaba muy alterado, pero no quiso decir nada más sobre el asunto. Creo que pensaba que alguien estaba escuchando nuestra conversación.

—¿De verdad creía que el teléfono estaba intervenido?

—¿Lo ves? Tu reacción es la misma que la mía. Que era solo mi querido y excéntrico padre imaginando duendes otra vez. Lo último que me dijo fue: —Me han encontrado, Anthony. Ellos saben quién soy.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Sabía perfectamente a quién se refería. Eran los mismos disparates que había escuchado desde que era niño. Fuerzas siniestras en el gobierno. Una conspiración mundial de Nefilim que se ayudan mutuamente a obtener posiciones de poder. Y una vez que consiguen el control político, pueden cazar a sus anchas, sin temor al castigo. Como lo hicieron en Kosovo. Y en Camboya. Y en Rwanda. Prosperan con la guerra, el desorden y el derramamiento de sangre. Se alimentan de eso. Eso es lo que significa el Armagedón para ellos: el paraíso del cazador. Por ese motivo no ven la hora de provocarlo, lo anhelan.

—Suena como el delirio paranoico por excelencia.

—Es también una forma de explicar lo inexplicable: por qué las personas pueden hacerse cosas tan atroces unas a otras.

—¿Tu padre creía todo eso?

—Quería que yo lo creyera. Pero fue necesario que muriera para que yo me convenciera.

—¿Qué le sucedió?

—Podría fácilmente haberse interpretado como un simple robo que salió mal. Nápoles es un sitio descarnado y los turistas tienen que ser cuidadosos. Pero mi padre estaba sobre Via Partenope, junto al Golfo de Nápoles, una calle que casi siempre está atestada de turistas. Aun así, sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de pedir ayuda. Simplemente se desplomó. Nadie vio a su atacante. Nadie vio lo que sucedió. Pero allí estaba mi padre desangrándose en la calle. La hoja del cuchillo entró justo debajo del esternón, cortó el pericardio y perforó el ventrículo derecho.

—Así murió Eve Kassovitz —murmuró Maura. Una forma brutalmente eficiente de matar.

—Lo peor para mí —prosiguió él—, es que él murió pensando que yo nunca le creería. Tras nuestra última conversación telefónica, corté y le dije a uno de mis colegas: “Al viejo le ha llegado finalmente la hora de tomar antipsicóticos”.

—Pero ahora le crees.

—Aun después de viajar a Nápoles, unos días más tarde, yo seguía pensando que se trataba de un acto aleatorio de violencia. Un turista desafortunado que estaba en el sitio erróneo en el momento erróneo. Pero cuando estaba en la comisaría de policía, aguardando una copia del informe, un hombre mayor entró en la sala y se presentó. Yo había oído a mi padre nombrarlo con anterioridad. Lo que no sabía era que Gottfried Baum trabajaba para Interpol.

—¿Por qué me resulta conocido ese nombre?

—Era uno de mis invitados a cenar la noche en que mataron a Eve Kassovitz.

—¿El hombre que partió hacia el aeropuerto?

—Sí, tenía un vuelo esa noche. A Bruselas.

—¿Es miembro del club Mefisto?

Sansone asintió.

—Fue él quien me hizo escucharlo y me hizo creer. Todas las historias que mi padre me contó, todas sus teorías disparatadas sobre los Nefilim... Baum me las repitió todas.

—Folie à deux —dijo Maura—. Un delirio compartido.

—Ojalá fuera un delirio. Ojalá pudiera descartarlo con un movimiento de hombros como haces tú. Pero no has visto ni oído lo mismo que yo, lo mismo que han visto y oído Gottfried y los otros. La Fundación Mefisto está luchando por su vida. Tras cuatro siglos, somos los últimos. —Hizo una pausa. —Y yo soy el último del linaje de Isabella.

—El último cazador de demonios —dijo ella.

—No he avanzado ni un centímetro contigo ¿verdad?

—Esto es lo que no entiendo. No es tan difícil matar a alguien. Si tú eres el blanco, ¿por qué no te eliminan, directamente? No te estás ocultando. Solo se necesita un disparo a través de tu ventana, una bomba en tu coche. ¿Para qué hacer jueguitos estúpidos con conchas marinas? ¿Qué sentido tiene que te adviertan de que te tienen en la mira?

—No lo sé.

—Te das cuenta de que no es lógico.

—Sí.

—Y sin embargo, sigues pensando que estos asesinatos giran

alrededor del grupo Mefisto.

Él suspiró.

—Ni siquiera voy a intentar convencerte. Solo quiero que consideres la posibilidad de que lo que te he dicho sea verdad.

—¿Que hay una hermandad mundial de Nefilim? ¿Que la Fundación Mefisto y nadie más, está al tanto de esta conspiración?

—Nuestra voz comienza a escucharse.

—¿Pues qué vais a hacer para protegeros? ¿Cargarle balas de plata a vuestras pistolas?

—Voy a encontrar a Lily Saul.

Maura lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿La hija?

—¿No te resulta extraño que nadie sepa dónde está? ¿Qué nadie la pueda ubicar? —Miró a Maura. —Lily sabe algo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no quiere que la encuentren.

—Creo que es mejor que entre contigo —dijo Sansone—, solo para asegurarme de que todo esté bien.

Habían aparcado fuera de la casa de Maura y a través de las cortinas de las ventanas, Maura vio el brillo de luces, de las lámparas que se encendían con un temporizador automático. Antes de irse el día anterior, había limpiado las marcas de la puerta. Mirando desde la penumbra, se preguntó si habría marcas nuevas en la puerta, nuevas amenazas ocultas en las sombras.

—Sí, creo que me sentiría mejor si entraras conmigo —admitió.

Él sacó una linterna de la guantera y ambos descendieron del coche.

Ninguno de los dos hablaba; estaban concentrados en lo que los rodeaba: la calle oscura, el susurro distante del tráfico. Sansone se detuvo en la acera, como tratando de captar el aroma de algo que todavía no podía ver. Subieron al porche y encendió la linterna para examinar la puerta.

Estaba limpia.

Dentro de la casa, el teléfono estaba sonando. ¿Daniel?

Maura abrió la puerta principal y entró. Le llevó solo unos segundos pulsar el código en el teclado y desactivar el sistema de seguridad, pero para cuando llegó al teléfono, ya había dejado de sonar. Cuando presionó el botón de historial de llamadas, reconoció el número del móvil de Daniel en el identificador de llamadas y sintió el deseo de levantar el auricular y llamarlo. Pero Sansone estaba en la sala junto a ella.

—¿Te parece que todo está bien?

Ella asintió.

—Sí. Todo está bien.

—¿Por qué no echas un vistazo por la casa antes de que me marche?

—Sí, claro —respondió Maura y caminó por el pasillo. Sansone la seguía y maura sentía su mirada. ¿Acaso podía verlo en su cara? ¿Reconocía la expresión de una mujer enferma de amor? Recorrió todas las habitaciones, revisando ventanas, puertas. Todo estaba cerrado. Como simple cuestión de hospitalidad, debería haberle ofrecido café y haberlo invitado a quedarse unos minutos, por la amabilidad que había demostrado trayéndola a su casa. Pero no estaba de humor para mostrarse hospitalaria.

Para alivio de Maura, él no se demoró, sino que se volvió hacia la puerta.

—Te llamaré por la mañana —le dijo.

—Estaré bien.

—Tienes que cuidarte, Maura. Todos tenemos que cuidarnos.

Pero yo no soy una de vosotros, pensó ella. En ningún momento quise serlo.

Sonó el timbre. Ambos se miraron.

Anthony dijo en voz baja:

—Ve a ver quién es ¿vale?

Ella inspiró hondo y se dirigió al vestíbulo. Miró por la ventana y abrió la puerta de inmediato. Ni la ráfaga de aire helado pudo aplacar el calor que sintió en las mejillas cuando entró Daniel, con los brazos ya extendidos hacia ella. Luego vio al otro hombre en el pasillo y se inmovilizó en su sitio.

Sansone llenó cómodamente el silencio.

—Usted debe ser el padre Brophy —dijo, y le tendió la mano—. Soy Anthony Sansone. Lo vi en la casa de la doctora O'Donnell la otra noche, cuando vino a recoger a Maura.

Daniel asintió.

—He oído hablar de usted.

Los dos hombres se estrecharon la mano en un saludo rígido y cauteloso. Luego Sansone tuvo el buen juicio de marcharse.

—Activa tu sistema de seguridad —le recomendó a Maura.

—Sí, lo haré.

Antes de salir por la puerta, dirigió una última mirada especulativa a Brophy. Sansone no era ciego ni tonto; probablemente podía adivinar qué hacía el sacerdote en la casa de ella.

—Buenas noches —dijo, y se alejó.

Maura cerró la puerta con llave.

—Te echaba de menos —dijo y se hundió en los brazos de Daniel.

—Lo sentí como un día tan largo —murmuró él.

—Solo podía pensar en volver a casa. En estar contigo.

—Yo tampoco podía pensar en otra cosa. Discúlpame por aparecer así de improviso, pero necesitaba pasar por aquí.

—Es la clase de sorpresa que me gusta.

—Pensé que regresarías mucho más temprano.

—Nos detuvimos en el camino para cenar.

—Me preocupaba, sabes. Que volvieras con él.

—No tenías nada de qué preocuparte. —Dio un paso atrás, sonriendo. —Puedes darme el abrigo.

Pero él no se lo quitó.

—¿Qué has averiguado sobre él, ya que habéis pasado todo el día juntos?

—Creo que es solo un hombre excéntrico con mucho dinero. Y un pasatiempo muy extraño.

—¿La búsqueda de todo lo satánico? Eso va más allá de lo que yo llamaría extraño.

—Lo verdaderamente extraño es que haya logrado reunir a un círculo de amigos que creen lo mismo que él.

—¿Y no te preocupa? ¿Qué esté tan enfocado en el lado oscuro? ¿Qué esté realmente buscando al diablo? Ya conoces el dicho... "Cuando miras mucho dentro del abismo..."

—"El abismo también mira dentro tuyo". Sí, conozco ese dicho.

—Vale la pena recordarlo, Maura. La facilidad con la que la oscuridad nos puede atraer.

Maura rió.

—Suena como algo sacado de uno de tus sermones dominicales.

—Hablo en serio. No sabes demasiado sobre este hombre.

Sé que te preocupa. Y que te hace sentir celos.

Maura le acarició la cara.

—No hablemos más de él. No tiene importancia. Venga, dame tu abrigo.

Él no hizo ningún movimiento para desabotonarlo. Solo entonces ella comprendió.

—No te quedarás esta noche —dijo.

Daniel suspiró.

—No puedo. Lo siento.

—¿Entonces por qué has venido?

—Ya te lo he dicho, estaba preocupado. Quería cerciorarme de que llegaras bien a tu casa.

—¿No puedes quedarte, al menos unas horas?

—Ojalá pudiera. Pero a último momento, me han pedido que asista a una conferencia en Providence. Tengo que irme en el coche esta misma noche.

Me han pedido. Ellos. Maura no tenía derecho sobre él. La iglesia, por supuesto, dirigía su vida. Ellos eran sus dueños.

Daniel la tomó en brazos y su aliento le entibió el pelo.

—Vayámonos unos días —murmuró—. A algún sitio fuera de la ciudad.

Donde nadie nos conozca.

Mientras él se dirigía a su coche, Maura permaneció en la puerta, dejando que el frío se arremolinara alrededor de ella y entrara en la

casa. Aun tras la partida de Daniel, se quedó allí, sin sentir el cruel aguijón del viento. Era su castigo por desearlo. Esto era lo que la iglesia de él les exigía a ambos. Camas separadas, vidas separadas. ¿Acaso el mismísimo diablo podía ser más cruel?

Si pudiera venderle mi alma a Satanás para conseguir tu amor, creo que lo haría.

Treinta

La señora Cora Bongers apoyó su peso considerable contra la puerta corrediza del granero y esta se abrió con un chirrido de sufrimiento. Desde el oscuro interior se oían los balidos nerviosos de las cabras y Jane sintió el olor de paja húmeda y animales apiñados.

—No sé cuánto podrá ver en este momento —dijo la señora Bongers, iluminando el interior con la linterna—. Lamento no haber recibido antes su mensaje, para poder haber hecho que viniera de día.

Jane encendió su propia linterna.

—No debería haber problema. Solo quiero ver los dibujos, si es que siguen ahí.

—Claro que siguen aquí. Lo ponían de los nervios a mi esposo cada vez que venía y los veía. Yo le decía que pintara por encima para que dejara de quejarse. Él decía que eso solo lo enfurecería más todavía, tener que pintar el interior de un granero. Como si estuviera haciendo remodelaciones para las cabras. —La señora Bongers entró en el granero; sus botas pesadas aplastaban la paja que cubría el suelo de tierra. La breve caminata desde la casa la había dejado sin aliento y se detuvo, respirando agitadamente, y apuntó la linterna a un corral de madera donde se apiñaban nerviosamente una docena de cabras. —Todavía lo echan de menos, sabe. Eben se quejaba todo el tiempo del trabajo que le daba ordeñarlas todas las mañanas, pero adoraba a sus cabras. Hace seis meses que se ha ido y ellas todavía no se acostumbran a que las ordeñe otra persona. —Abrió la puerta del corral y miró a Jane, que se mantenía bastante atrás. —No les tendrá miedo a las cabras ¿verdad?

—¿Es necesario que entremos ahí?

—Ay, no le harán nada. Solo cuide su abrigo. Les gusta mordisquear.

A ver, cabras, portaos bien, pensó Jane mientras entraba en el corral y cerraba la puerta. No mordáis a la mujer policía. Caminó con cuidado sobre la paja, tratando de no ensuciarse los zapatos. Los animales la miraban con ojos fríos e inertes. La última vez que había estado tan cerca de una cabra había sido en segundo grado, durante una excursión a un zoológico en el que se podía tocar a los animales. Había mirado a la cabra, la cabra la había mirado a ella y un minuto después estaba tendida en el suelo de espaldas mientras sus compañeros reían. No confiaba en las bestias y claramente ellas sentían lo mismo; mantuvieron su distancia cuando Jane atravesó el corral.

—Aquí —dijo la señora Bongers, apuntando la linterna hacia la pared—. Esto es una parte.

Jane se acercó, con los ojos fijos sobre los símbolos tallados en las tablas de madera. Las tres cruces de Gólgota. Pero era una versión pervertida, pues las cruces estaban al revés.

—Ahí arriba hay más —dijo la señora Bongers y apuntó el haz de luz hacia arriba, donde se veían más cruces, talladas también en la pared. —Para hacer esas tuvo que subirse a unos fardos de paja. Tanto esfuerzo. Cualquiera diría que esos malditos chavales tendrían cosas mejores que hacer.

—¿Por qué cree que fueron chavales?

—¿Quién otro lo haría? En verano están todos aburridos. No tienen nada mejor que hacer que correr por allí tallando paredes. Y colgando esos amuletos extraños de los árboles.

Jane la miró.

—¿Qué amuletos?

—Muñecos hechos con ramitas y cosas así. Siniestros. La policía no le dio importancia, pero a mí no me gustaba verlos colgando de las ramas. —Se detuvo delante de uno de los símbolos. —Ahí, como ese.

Era la figura de un hombre hecha en palillos con lo que parecía ser una espada en una mano. Debajo estaba tallado en la madera: RXX-VII.

—Vaya uno a saber qué significa eso.

Jane se volvió hacia ella.

—Leí en el periódico que aquella noche desapareció una de sus cabras. ¿La pudo recuperar?

—Nunca la encontramos.

—¿No había rastros de ella?

—Bueno, pues hay jaurías de perros salvajes por aquí, sabe. No dejan nada.

Pero esto no lo hizo ningún perro, pensó Jane, mirando nuevamente los trazos en la madera. De pronto, sonó su móvil; las cabras balaron y corrieron desesperadas al otro extremo del corral.

—Disculpe —dijo Jane—. Sacó el teléfono del bolsillo, sorprendida de que hubiera señal ahí. —Habla Rizzoli.

—Hice lo que pude —dijo Frost.

—¿Por qué me suena al comienzo de una excusa?

—Porque no estoy teniendo suerte para dar con Lily Saul. Parece moverse bastante. Sabemos que ha estado en Italia durante por lo menos ocho meses. Tenemos registros de retiros de cajeros automáticos durante ese período desde bancos en Roma, Florencia y Sorrento. Pero no utiliza demasiado la tarjeta de crédito.

—¿Ocho meses como turista? ¿Cómo hace para pagárselo?

—Viaja barato. Y hablo de barato de verdad. Hoteles de cuarta categoría todo el tiempo. Además, puede estar trabajando de manera ilegal. Sé que tuvo un trabajo breve en Florencia, como asistente del curador de un museo.

—¿Está capacitada para eso?

—Tiene un título universitario en estudios clásicos. Y cuando todavía era estudiante, trabajó en un sitio de excavación en Italia. En un lugar llamado Paestum.

—¿Por qué demonios no podemos dar con ella?

—Me da la impresión de que no quiere que la encuentren.

—Bien. ¿Y qué se sabe sobre su primo, Dominic Saul?

—Uh. Ese sí que es un problema.

—No piensas darme ninguna buena noticia esta noche, ¿verdad?

—Tengo una copia de su registro académico de la Academia Putnam. Es un internado en Connecticut. Estuvo allí durante unos seis meses, mientras cursaba el décimo año.

—¿O sea que habría tenido unos quince o dieciséis años?

—Quince. Terminó aquel año y tendría que haber regresado al año siguiente. Pero no lo hizo.

—Ese es el verano que pasó con los Saul. En Purity.

—Exacto. El padre del chico acababa de morir, de manera que el doctor Saul lo hospedó durante el verano. Cuando el chico no regresó a la escuela en septiembre, la Academia Putnam trató de localizarlo. Finalmente recibieron una carta de su madre, diciendo que lo retiraba del colegio.

—¿Y a qué colegio fue, entonces?

—No lo sabemos. En la Academia Putnam dicen que nunca recibieron la solicitud de transferencia de los registros del chico. Es el último rastro de él que he podido conseguir.

—¿Y la madre? ¿Dónde está?

—No tengo idea. No puedo encontrar una puta cosa sobre esa

mujer. Nadie de la escuela la vio nunca. Lo único que tienen es una carta firmada por una tal Margaret Saul.

—Es como si fueran fantasmas. El primo. La madre.

—Tengo la foto escolar de Dominic. No sé si nos sirve de mucho ahora, pues solo tenía quince años en aquel entonces.

—¿Qué aspecto tiene?

—Un chico muy guapo. Rubio, de ojos azules. Y en el colegio dicen que sus evaluaciones lo ponían en el rango de genio. Claramente era un chico muy inteligente. Pero en su expediente hay una nota que dice que no parecía tener amigos.

Jane observaba cómo la señora Bongers calmaba a las cabras. Estaba junto a ellas, susurrándoles, en el mismo granero en el que doce años antes, alguien había tallado símbolos extraños en las paredes, alguien que bien podría haber pasado a tallar cuerpos de mujeres.

—Bien, aquí viene lo interesante —continuó Frost—. Estoy leyendo los formularios de admisión del chico al colegio.

—¿Sí?

—Hay una sección que completó su padre, sobre cualquier preocupación que pudiera tener. Y el padre escribe que es la primera experiencia de Dominic en un colegio estadounidense. Porque había vivido en el extranjero la mayor parte de su vida.

—¿En el extranjero? —Jane sintió que se le aceleraba el pulso. —¿Dónde?

—En Egipto y Turquía. —Frost hizo una pausa y agregó: —Y en Chipre.

Jane volvió a mirar la pared, la inscripción tallada en la madera: RXX-VII. —¿Dónde estás ahora? —preguntó.

—En casa.

—¿Tienes una Biblia ahí?

—¿Por qué?

—Quiero que busques algo.

—Aguarda, le preguntaré a Alice dónde está. —Jane oyó que él llamaba a su esposa, luego escuchó pasos y después, la voz de Frost: —¿La versión del rey Jacobo te sirve?

—Si es la que tienes, sí. Busca en el índice. ¿Qué secciones comienzan con la letra R?

—¿En el Antiguo Testamento o en el Nuevo?

—En ambos.

Lo oyó pasar las páginas.

—Está el Libro de Rut. Romanos. Y el Libro de las Revelaciones, también llamado Apocalipsis.

—Léeme de cada libro, el capítulo veinte, versículo siete.

—Vale, aquí va. El Libro de Rut no tiene capítulo veinte. Solo llega hasta el cuatro.

—¿Romanos?

—Romanos termina en el el dieciséis.

—¿Y Revelaciones?

—Aguarda. —Más ruido de páginas. —Aquí está. Revelaciones, capítulo veinte, versículo siete: "Y cuando se cumplan los mil años, Satanás... —Frost se interrumpió. Su voz se convirtió en un susurro. —... Satanás será liberado de su prisión."

Jane sentía los latidos de su corazón. Contempló la pared del granero y el dibujo tallado en la madera, la figura humana blandiendo una espada. No es una espada. Es una guadaña.

—¿Rizzoli? —dijo Frost.

Ella respondió:

—Creo que ya sabemos el nombre del asesino.

Treinta y uno

Debajo de la Basilica di San Clemente, se oía el eco del agua que corría en la oscuridad. Lily apuntó la linterna por entre la rejilla de hierro que bloqueaba la entrada al túnel y el haz de luz reveló antiguas paredes de ladrillo y el destello tenue del agua, muy abajo.

—Hay un lago subterráneo debajo de esta basílica —dijo—, y aquí se puede ver el río subterráneo que nunca deja de fluir. Debajo de Roma hay otro mundo, un vasto submundo de túneles y catacumbas. —Observó las caras que observaban la penumbra con expresiones de fascinación. —Cuando retornéis a la superficie, cuando caminéis por las calles, recordad todos los lugares oscuros y secretos que se ocultam bajo vuestros pies.

—¿Puedo ver el río más de cerca? —preguntó una de las mujeres.

—Sí, claro. Venga, sostendré la linterna para que todos podáis mirar de a uno por la rejilla.

Uno por uno, los miembros de su grupo se turnaron para ubicarse junto a Lily y escudriñar dentro del túnel. No había mucho para ver, en realidad. Pero cuando se viaja hasta Roma, tal vez para un viaje único en la vida, el deber de un turista es mirar. Ese día Lily tenía solamente seis personas en su grupo, dos estadounidenses, dos ingleses y un par de alemanes. No iba a recolectar demasiadas propinas. ¿Pero qué podía esperarse en un jueves helado de enero? Los turistas del grupo de Lily eran los únicos visitantes del laberinto en ese momento y ella les permitió tomarse su tiempo para apretarse contra la rejilla de metal, rozándola a ella con sus impermeables. Del túnel subía aire húmedo, mustio, con olor a moho y piedra mojada; el aroma de eras pasadas.

—¿Qué eran estas paredes, originariamente? —preguntó el turista alemán. Lily suponía que era un ejecutivo. De unos sesenta años, hablaba excelente inglés y llevaba un costoso abrigo de Burberry.

Pero su esposa, sospechaba Lily, no hablaba tan bien el idioma, pues casi no había pronunciado palabra durante toda la mañana.

—Son los cimientos de las casas que existían aquí en la época de Nerón —explicó Lily—. El gran incendio del año 64 A.D redujo este vecindario a escombros quemados.

—¿Ese es el incendio en el que Nerón tocaba el violín mientras Roma ardía? —preguntó el norteamericano.

Lily sonrió, pues había escuchado esa pregunta docenas de veces y casi siempre podía predecir cuál de los miembros del grupo la haría.

—En realidad, Nerón no tocaba el violín. El violín no se había inventado todavía. Mientras Roma ardía, se dice que él tocaba la lira y cantaba.

—Y luego les echó la culpa del incendio a los cristianos —añadió la esposa del hombre.

Lily apagó la linterna.

—Venga, sigamos. Hay mucho más para ver.

Los guió hacia el sombrío laberinto. Por encima de ellos, el tránsito rugía sobre las calles atestadas y los vendedores ofrecían postales y recuerdos a los turistas que paseaban por las ruinas del Coliseo. Pero allí, debajo de la basílica, solo se oía el sonido del agua que corría, eterna, y el susurro de sus abrigos mientras avanzaban por el túnel oscuro.

—Este tipo de construcción se llama opus reticulatum —dijo Lily, señalando las paredes—. Es trabajo de albañilería que alterna ladrillos con tufo.

—¿Tufo? —El norteamericano otra vez. Las preguntas tontas eran siempre de él. —¿Tiene mal olor? —Solo se rió su esposa, un relincho agudo e irritante.

—El tufo, o toba, —dijo el turista inglés —en realidad es ceniza volcánica compactada.

—Sí, es exactamente eso —dijo Lily—. Se utilizaba frecuentemente en la construcción de las casas romanas.

—¿Cómo puede ser que nunca hayamos oído hablar de ese tufo? —le preguntó la mujer norteamericana al marido, dando entender que como ellos no la conocían, no podía existir.

Aun en la penumbra, Lily vio que el hombre inglés revoleaba los ojos con impaciencia. Le respondió levantando un hombro, divertida.

—Usted es estadounidense ¿verdad? —preguntó la mujer—. ¿Señorita?

Lily no respondió enseguida. No le agradaba esa pregunta personal.

—En realidad —mintió—soy canadiense.

—¿Y sabía qué era el tufo antes de convertirse en guía? ¿O acaso se trata de... de una palabra europea?

—Muchos norteamericanos no conocen la palabra —respondió Lily.

—Ah, claro. Entonces es solamente algo europeo —dijo la mujer con satisfacción. Si los norteamericanos no la conocían, no podía ser importante.

—Lo que veis aquí —dijo Lily, retomando la visita guiada—, es lo que queda de la villa de Titus Flavius Clemens. En el Siglo I A.D, este era un sitio de encuentro secreto para cristianos, antes de que fueran aceptados abiertamente. En aquel entonces todavía era un culto nuevo, que comenzaba a ganar popularidad entre las esposas de los nobles. —Volvió a encender la linterna, utilizando la luz para dirigir la atención de los turistas. —Ahora estamos entrando en la parte más interesante de estas ruinas. Este sector fue descubierto hace muy poco en 1870. Aquí veremos un templo secreto para rituales paganos.

Cruzaron el pasillo y aparecieron columnas corintias en las sombras. Era la antecámara del templo, bordeada por asientos de piedra y decorada con frescos y estuco antiguos. Se introdujeron más en el santuario, pasando junto a dos nichos en sombras, el sitio para los

ritos de iniciación. En el mundo superior, el paso de los siglos había alterado las calles y las vistas, pero en esa gruta antigua, el tiempo se había congelado. Allí, todavía, se veía la escultura del dios Mitra matando al toro. Allí, todavía, el agua susurraba desde las sombras.

—Cuando nació Cristo —dijo Lily—, el culto de Mitra ya era antiguo; durante siglos había sido venerado por los persas. Bien, pensemos en la historia de la vida de Mitra, lo que los persas creían sobre él. Era el mensajero de Dios. Nació en una cueva durante el solsticio de invierno. Su madre, Anahita, era una virgen y a su nacimiento asistieron pastores que llevaban obsequios. Tuvo doce discípulos que lo acompañaban en sus viajes. Lo enterraron en una tumba y más tarde se levantó de entre los muertos. Y cada año, su resurrección se celebra como un renacimiento. —Hizo una pausa para lograr un efecto teatral y miró las caras de cada uno. —¿Algo de esto os suena conocido?

—Es el evangelio cristiano —dijo la mujer estadounidense.

—Sin embargo, siglos antes de Cristo, esto ya era parte de la tradición persa.

—Nunca he escuchado hablar de esto. —La mujer miró a su marido. —¿Y tú?

—No.

—Entonces tal vez deberíais visitar los templos de Ostia —sugirió el caballero inglés—. O el Louvre. O el Museo Arqueológico de Frankfurt. Es posible que los encontréis educativos.

La mujer se volvió hacia él.

—No tiene por qué tratarme con condescendencia.

—Créame, señora. Nada de lo que ha dicho nuestra encantadora guía es escandaloso ni falso.

—Usted sabe tan bien como yo que Cristo no era un persa con sombrero extraño que mataba toros.

Lily aclaró:

—Solo quería señalar los paralelos interesantes en la iconografía.

—¿Qué?

—Mire, no es tan importante, realmente —dijo Lily, desesperada por que la mujer olvidara el asunto; intuía, también, que cualquier posibilidad de recibir una propina por parte de los norteamericanos se había esfumado hacía rato. —Es solo mitología.

—La Biblia no es mitología.

—No fue eso lo que quise decir.

—Además, ¿quién sabe algo sobre los persas? O sea, ¿dónde está su libro sagrado? —Los demás turistas guardaban silencio, incómodos.

Déjalo pasar. No vale la pena discutir.

Pero la mujer no había terminado todavía. Desde que había subido al minibús esa mañana, se había quejado de todo lo que tenía que ver con Italia y los italianos. El tráfico de Roma era caótico, no como en Estados Unidos. Los hoteles eran demasiado caros, no como en Estados Unidos. Los baños eran tan pequeños, a diferencia de Estados Unidos. Y ahora, esa irritación final. Había entrado a la Basilica di San Clemente para ver uno de los sitios de reunión Cristianos más antiguos y en cambio recibía toda esa propaganda pagana.

—¿Cómo sabemos en qué creían realmente los que veneraban a Mitra? —preguntó—. ¿Dónde están ahora?

—Los exterminaron —respondió el turista inglés—. Destruyeron sus templos hace mucho tiempo. ¿Qué cree que sucedió después de que la iglesia decretó que Mitra era un engendro de Satanás?

—Me suena a que todo eso es historia reescrita.

—¿Y quién cree usted que la reescribió?

Lily los interrumpió:

—Aquí termina nuestra visita. Muchas gracias por vuestra atención.

Podéis quedaros recorriendo este sector si lo deseáis. El conductor os aguardará en la minibus y cuando estéis listos para partir os llevará a vuestros hoteles. Si tenéis más preguntas, con gusto os las responderé.

—Creo que se debería informar a los turistas con antelación —dijo la mujer norteamericana.

—¿Informar qué cosa?

—Esta visita se llamaba "Los albores de la Cristiandad". Pero no es historia. Es pura mitología.

—En realidad —suspiró Lily—, es historia. Pero la historia no es siempre la que nos han contado.

—¿Y usted es experta en el tema?

—Tengo un título universitario en... —Lily se interrumpió. Cuidado. —... He estudiado historia.

—¿Solo eso?

—También he trabajado en museos en distintas partes del mundo —respondió Lily, demasiado irritada como para mostrarse cautelosa. —En Florencia. Y en París.

—Y ahora es guía turística.

Aun en esa gélida caverna subterránea, Lily sintió que se sonrojaba.

—Sí —respondió tras un largo silencio—. Soy guía turística. Nada más. Ahora si me disculpa, iré a ver si está nuestro conductor. —Se volvió y se fué otra vez por el laberinto de túneles. Claramente no iba a recibir propinas ese día; que se las arreglaran solos para regresar arriba.

Subió desde el mitreo, avanzando en el tiempo con cada paso, hasta los cimientos bizantinos. Allí, debajo de la basílica actual de San Clemente, estaban los pasadizos abandonados de una iglesia del siglo cuarto que había estado oculta durante ocho siglos, sepultada debajo de la iglesia medieval que la había reemplazado tiempo

después. Escuchó que se acercaban voces hablando en francés. Otro grupo de turistas descendía hacia el mitreo. Caminaron por el estrecho corredor y Lily se hizo a un lado para permitir el paso a los tres turistas y su guía. Cuando sus voces se apagaron, se detuvo debajo de los antiguos frescos, sintiéndose repentinamente culpable por haber abandonado a su grupo. ¿Por qué había permitido que los comentarios de una turista ignorante la alteraran de ese modo? ¿En qué había estado pensando?

Se volvió y se paralizó al ver la silueta de un hombre en un extremo del pasadizo.

—Espero que no la haya hecho enfadar demasiado —dijo. Lily reconoció la voz del turista alemán y exhaló, liberándose inmediatamente de toda la tensión.

—No hay problema. Me han dicho cosas peores.

—Pues no se lo merecía. Solo estaba explicando la historia.

—Algunas personas prefieren su propia versión de la historia.

—Si no les gusta que los desafíen, entonces no deberían venir a Roma.

Ella sonrió, aunque él posiblemente no podía ver su sonrisa desde el extremo del túnel sombrío.

—Sí, Roma nos desafía a todos, es cierto.

El hombre se acercó hacia ella despacio, como si Lily fuera un cervatillo arisco.

—¿Puedo hacerle una sugerencia?

El alma se le fue a los pies. Él también iba a hacerle una crítica, entonces? ¿Y cuál sería? ¿No iba a poder satisfacer a nadie, hoy?

—Una idea —dijo el hombre— para una visita diferente, algo que seguramente atraería a un grupo distinto de visitantes.

—¿Cuál sería el tema?

—Usted conoce la historia bíblica.

—No soy experta, pero la he estudiado.

—Todas las agencias de viaje ofrecen visitas a los sitios sagrados para turistas como nuestros amigos norteamericanos, gente que quiere caminar en las huellas de los santos. Pero a algunos de nosotros no nos interesan los santos ni los sitios sagrados. —Se había acercado tanto a ella que Lily podía oler el aroma a tabaco de pipa de su ropa. —Algunos de nosotros —dijo en voz baja— buscamos lo impío, lo profano.

Lily quedó completamente inmóvil.

—¿Ha leído el Libro de las Revelaciones?

—Sí —susurró.

—Entonces sabe de la existencia de la Bestia.

Ella tragó saliva. Sí.

—¿Y quién es la Bestia? —preguntó él.

Ella retrocedió lentamente.

—No quién es, sino qué es. Es... una representación de Roma.

—Ah. Conoce la interpretación académica.

—La Bestia era el Imperio Romano —dijo ella, sin dejar de retroceder. —El número 666 era un símbolo del emperador Nerón.

—¿Realmente cree eso?

Ella miró por encima de su hombro hacia la salida y vio que nadie le bloqueaba la huida.

—¿O acaso cree que es real? —insistió el hombre—. ¿De carne y hueso? ¿Algunos dicen que la Bestia yace aquí, en esta ciudad. Que espera su momento. Y vigila.

—Ese... ese es un tema para los filósofos.

—Pues dígamelo usted, Lily Saul. ¿En qué cree?

Conoce mi nombre.

Se volvió para escapar. Pero otra persona se había materializado como por arte de magia en el túnel detrás de ella. Era la monja que había hecho pasar al grupo de Lily a los pasadizos subterráneos. La mujer estaba muy quieta, observándola. Bloqueándole el paso.

Sus demonios me han encontrado.

Lily tomó la decisión en un instante. Bajó la cabeza y embistió de lleno a la mujer, haciéndola caer hacia atrás en un revuelo de tela negra. La mano de la monja arañó su tobillo cuando Lily corrió hacia adelante y se liberó de ella de un puntapié.

¡Corre a la calle!

Era por lo menos treinta años menor que el alemán. Una vez que estuvieran afuera, él no podría alcanzarla. Lo perdería en la multitud que se apiñaba alrededor del Coliseo. Subió a toda prisa los escalones y salió por una puerta a la cegadora claridad de la basílica superior; corrió hacia la nave central. Hacia la salida. Solo pudo dar unos pocos pasos sobre los mosaicos brillantes del suelo antes de detenerse, horrorizada.

Desde detrás de las columnas de mármol emergieron tres hombres. No dijeron nada, solo la acorralaron, impidiéndole la huida. Una puerta se cerró tras ella y Lily oyó pasos que se acercaban: el alemán y la monja.

¿Por qué no hay otros turistas? ¿Nadie que escuche mis gritos?

—Lily Saul —dijo el alemán.

Ella se volvió para enfrentarlo. Al hacerlo, tomó conciencia de que los otros tres hombres se cerraban aún más detrás de ella. Entonces aquí es donde termina, pensó. En este sitio sagrado, bajo la mirada de Cristo en la cruz. Nunca había imaginado que sucedería en una iglesia. Pensó que sería en una calle oscura, tal vez en una deprimente habitación de hotel. Pero no allí, donde tantos habían levantado la mirada hacia la luz.

—Finalmente la hemos encontrado —dijo él.

Ella se enderezó e irguió el mentón. Si iba a enfrentarse al diablo, lo haría con la frente alta.

—¿Dónde está él, entonces? —preguntó el alemán.

—¿Quién?

—Dominic.

Ella se quedó mirándolo. No esperaba esa pregunta.

—¿Dónde está su primo? —insistió el hombre.

Lily meneó la cabeza, perpleja.

—¿No es él quien os ha mandado? —preguntó—. ¿A que me matéis?

Ahora fue el turno del alemán de mostrarse sorprendido. Hizo un ademán con la cabeza a uno de los hombres que estaban detrás de Lily. Ella se sobresaltó cuando le sujetaron los brazos detrás de la espalda y la esposaron.

—Vendrá con nosotros —dijo el alemán.

—¿A dónde?

—A un sitio seguro.

—O sea que... ¿no vais a ...?

—¿Matarte? No. —Se dirigió al altar y abrió un panel oculto que daba aun túnel de cuya existencia ella nunca había oído. —Pero alguien más bien podría hacerlo.

Treinta y dos

Lily miraba por los cristales polarizados de la limusina cómo el paisaje de la Toscana pasaba volando. Hacía cinco meses, había viajado hacia el sur por esa misma carretera, pero en circunstancias diferentes, en un camión destartalado conducido por un hombre sin afeitar cuyo único objetivo había sido encamarse con ella. Aquella noche se había sentido hambrienta y exhausta y le dolían los pies por caminar durante la mitad de la noche. Ahora iba por el mismo camino, pero hacia el norte, de nuevo hacia Florencia, ya no como caminante cansada, sino como pasajera de primer nivel. Por donde mirara, en el asiento trasero de la limusina veía lujo. El tapizado era de cuero negro, suave como piel humana. El bolsillo en el respaldo del asiento delantero delante de ella contenía una sorprendente variedad de periódicos: ejemplares de ese día del International Herald Tribune, el London Times, Le Figaro y el Corriere della Sera. De las rejillas de ventilación brotaba aire tibio en un susurro y sobre un estante había agua mineral gasificada, vino y una selección de frutas frescas, queso y galletas. Pero a pesar de la comodidad, el coche seguía siendo una prisión, puesto que no podía destrabar la puerta. Un cristal blindado la separaba del conductor y el acompañante que iban en los asientos delanteros. Durante las últimas dos horas, ninguno de los dos hombres le había dirigido una mirada. Ni siquiera estaba segura de que fueran humanos. Tal vez se tratara de robots. Lo único que había podido ver eran sus nucas.

Se volvió y miró por la ventana trasera el Mercedes que los seguía. Vio que el alemán la miraba a través del parabrisas. Tres hombres en dos coches muy caros la estaban llevando hacia el norte. Esas personas tenían recursos y sabían lo que estaban haciendo. ¿Qué posibilidades tenía de resistirse?

Ni siquiera sé quiénes son.

Pero ellos sabían quién era ella. A pesar de todos los recaudos que

había tomado en los últimos meses, de algún modo esas personas habían logrado rastrearla.

La limusina abandonó la autopista. Entonces no irían a Florencia, después de todo. Circularon hacia la campiña por las suaves colinas de Toscana. Caía el anochecer y en la creciente oscuridad vio vides desnudas apiñadas sobre laderas ventosas, y casas de piedra abandonadas hacía mucho tiempo. ¿Por qué habrían cogido ese camino? No había nada allí salvo granjas derruidas.

Tal vez ese fuera el objetivo. Allí no habría testigos.

Había deseado creerle al alemán cuando le dijo que la llevaría a un sitio seguro, lo había anhelado de tal manera que se había dejado cautivar temporalmente por un poco de lujo y un viaje confortable. Ahora, mientras la limusina aminoraba la marcha y circulaba por un camino de tierra privado, sentía el corazón latiéndole contra las costillas y le sudaban tanto las manos que tuvo que secárselas sobre los vaqueros. Estaba oscuro, ya. La llevarían a dar un breve paseo por los campos y le meterían una bala en la cabeza. Con tres hombres, cavar la tumba y hacer rodar el cadáver dentro sería una tarea fácil.

En enero, la tierra estaría fría.

La limusina subía, serpenteando entre los árboles; las luces iluminaban la vegetación áspera. Vio el breve destello rojo de los ojos de un conejo. Luego los árboles se abrieron y se detuvieron frente a un portón de hierro. Una cámara de seguridad brillaba por encima de un intercomunicador. El conductor bajó la ventanilla y dijo, en italiano:

—Tenemos el paquete.

Se encendieron unos reflectores cegadores y la cámara enfocó a los ocupantes del coche. Luego el portón se abrió con un chirrido.

Ingresaron, seguidos por el Mercedes que se había mantenido detrás de ellos desde que habían salido de Roma. Solo entonces, cuando su visión volvió a adaptarse a la oscuridad, Lily pudo ver siluetas de estatuas y setos bien podados que bordeaban el camino. Y delante

de ellos, elevándose al final de la entrada de grava, se veía una villa con todas las luces encendidas. Lily se inclinó hacia adelante, azorada, para contemplar las terrazas de piedra, las urnas enormes y los cipreses altos como una hilera de lanzas negras que apuntaban a las estrellas. La limusina se detuvo junto a una fuente de mármol, seca y silenciosa durante el invierno. El Mercedes aparcó detrás de ellos y el alemán descendió y le abrió la puerta a Lily.

—Señorita Saul, ¿entramos en la casa?

Ella miró a los dos hombres que lo flanqueaban. Esa gente tomaba todos los recaudos para que ella no escapara. No tenía otra opción que seguirlos. Descendió del coche, sintiendo las piernas tiesas tras el viaje y siguió al alemán por los escalones que daban a la terraza. Un viento frío barría hojas delante de ella, desparramándolas como cenizas. Antes de que llegaran a la puerta, esta se abrió y un anciano esperó allí para recibirlos. Dirigió a Lily una mirada somera y luego se concentró en el alemán.

—La habitación está lista para ella —dijo en inglés con marcado acento italiano.

—Yo también pasaré la noche aquí, si no hay problemas. ¿Él llegará mañana?

El anciano asintió.

—En un vuelo nocturno.

¿Quién llegaría mañana?, se preguntó Lily. Subieron por una magnífica escalera con balaustrada hacia la primera planta. De las paredes colgaban tapices que se estremecían ligeramente contra las paredes a su paso. Lily no tenía tiempo de apreciar las obras de arte. La llevaban con prisa por un pasillo del que colgaban retratos con ojos que vigilaban sus pasos.

El anciano abrió con una llave una pesada puerta de roble y le hizo un ademán para que ingresara. Lily entró en un dormitorio elegantemente amueblado con madera oscura y pesado terciopelo.

—Es solo por esta noche —dijo el alemán.

Ella se volvió al darse cuenta de que nadie la había seguido dentro de la habitación.

—¿Y qué sucede mañana? —preguntó.

La puerta se cerró y Lily escuchó que la llave giraba y la encerraba dentro.

¿Por qué nadie me contesta una maldita pregunta?

A solas, cruzó rápidamente hasta las pesadas cortinas y las abrió, revelando una ventana con rejas. Se esforzó por separarlas, tiró y tiró hasta quedar extenuada, pero las rejas eran de hierro, estaban soldadas en su sitio y ella era solo de carne y hueso. Presa de impotencia, se volvió y observó su cárcel de terciopelo. Vio una cama enorme de roble labrado, cubierta por un baldaquino color rojo oscuro. Estudió las molduras de madera oscuras, los querubines y enredaderas que decoraban el techo alto. Podrá ser una cárcel, pensó, pero también es el dormitorio más bonito en el que dormiré en toda mi vida. Una habitación digna de un Medici.

Sobre una mesa con exquisitas incrustaciones habían dejado una bandeja cubierta de plata, una copa de cristal y una botella de Chianti, ya descorchada. Levantó la tapa y vio lonchas de carne fría, una ensalada de tomates y mozzarella, y pan toscano sin sal. Se sirvió una copa de vino y luego se detuvo con el cristal contra los labios.

¿Por qué me envenenarían cuando es igual de fácil meterme una bala en la cabeza?

Bebió toda la copa de vino y se sirvió otra. Luego se sentó a la mesa y atacó la bandeja de comida; cortó trozos de pan, se los introdujo en la boca y los tragó junto con el Chianti. La carne era tan tierna y estaba cortada en lonchas tan finas que era como pinchar manteca. Devoró hasta el último bocado y bebió casi toda la botella de vino. Para cuando se levantó de la silla, se sentía tan pesada que apenas pudo tambalearse hasta la cama. No me envenenaron, pensó. Me emborracharon, nada más. Ya no le importaba qué podría suceder al día siguiente. Ni siquiera se tomó la molestia de desvestirse y se dejó caer, completamente vestida, sobre la colcha de damasco.

La despertó una voz, la de un hombre, profunda y desconocida, que decía su nombre. Abrió un ojo dolorido y lo entornó para protegerse de la luz que entraba por la ventana con rejas. De inmediato lo volvió a cerrar. ¿Quién coño había abierto las cortinas? ¿En qué momento había salido el sol?

—Señorita Saul, despierte.

—Más tarde —murmuró.

—No volé en avión toda la noche solo para verla dormir. Tenemos que hablar.

Ella soltó un quejido y giró hacia el otro lado.

—No hablo con hombres que no me dicen su nombre.

—Me llamo Anthony Sansone.

—¿Y se supone que lo conozco?

—Esta es mi casa.

Eso hizo que ella abriera los ojos. Parpadeó para alejar el sueño y al volverse vio a un hombre de pelo canoso que la miraba. A pesar de la resaca, registró el hecho de que era un sujeto tremendamente guapo, aun con el evidente cansancio que le ensombrecía los ojos. Dijo que había volado toda la noche y ella no lo dudó tras ver su camisa arrugada y la sombra de barba en su mandíbula. Sansone no estaba solo en la habitación; el alemán también estaba allí, de pie junto a la puerta.

Lily se incorporó en la cama y se masajeó las sienes doloridas.

—¿De verdad es el dueño de esta villa?

—Ha estado en mi familia por generaciones.

—Qué afortunado. —Hizo una pausa. —Habla como norteamericano.

—Lo soy.

—¿Y ese hombre? —Lily levantó la cabeza y miró al alemán. —¿Trabaja para usted?

—No. El señor Baum es un amigo. Trabaja para Interpol.

Lily se paralizó. Bajó la mirada hacia la cama, para que no pudieran ver su expresión.

—Señorita Saul —dijo él en voz baja—, ¿por qué tengo la impresión de que le teme a la policía?

—No es así.

—Pues yo creo que miente.

—Y yo creo que no es un buen anfitrión. Me encerró con llave en su casa. Y luego entra así, sin siquiera llamar.

—Llamamos. Pero usted no quería despertar.

—Pues si vais a arrestarme ¿al menos me diréis por qué? —preguntó. Porque ahora comprendía de qué se trataba todo eso. De algún modo habían averiguado lo que había hecho hacía doce años y la habían rastreado. De todos los finales que había imaginado, ese no era uno de ellos. Una tumba fría y anónima, sí. ¿Pero la policía? Sintió deseos de reír. Vale, arrestadme. Me he enfrentado a miedos mucho peores que la amenaza de prisión.

—¿Existe un motivo por el que debamos arrestarla? —preguntó el señor Baum.

¿Qué esperaba, que soltara una confesión allí mismo? Tendrían que esforzarse un poco más.

—Lily —dijo Sansone y se sentó sobre la cama, una invasión a su espacio personal que inmediatamente la puso en guardia. —¿Estás enterada de lo que sucedió en Boston hace unas semanas?

—¿En Boston? No sé de qué habla.

—¿El nombre de Lori-Ann Tucker te dice algo?

Lily guardó silencio, sorprendida por la pregunta. ¿Acaso Lori-Ann habría hablado con la policía? ¿Fue así cómo se enteraron? Me lo prometiste, Lori-Ann. Me dijiste que guardarías el secreto.

—Era amiga tuya, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí —admitió Lily.

—¿Y Sarah Parmley? ¿También era tu amiga?

De pronto Lily cayó en la cuenta de que él había utilizado la palabra era. No es. Se le secó la garganta. Todo comenzaba a sonar muy mal.

—¿Conocías a estas dos mujeres? —insistió él.

—Crecimos juntas. Las tres. ¿Por qué me pregunta sobre ellas?

—Entonces no te has enterado.

—He estado fuera de contacto. Hace meses que no hablo con nadie en Estados Unidos.

—¿Y nadie te ha llamado?

—No. —¿Cómo iban a hacerlo? He hecho todos los esfuerzos posibles por mantenerme oculta.

Él miró a Baum, luego otra vez a Lily.

—Lamento muchísimo tener que decirte esto. Pero tus amigas, las dos, han muerto.

Lily negó con la cabeza.

—No entiendo. ¿Hubo un accidente? ¿Cómo puede ser que las dos...?

—No, no fue un accidente. Las asesinaron.

—¿A las dos juntas?

—Por separado. Sucedió alrededor de Navidad. Mataron a Lori-Ann en Boston y a Sarah, en Purity, en Nueva York. El cadáver de Sarah fue encontrado en la casa de tus padres, la casa que has estado tratando de vender. Es por eso que la policía ha estado buscándote.

—Disculpe —susurró ella—. Creo que me voy a vomitar. —Bajó de la cama y corrió al baño contiguo. Cerró la puerta y cayó de rodillas junto al retrete. El vino que había bebido la noche anterior subió desde su estómago, quemándole la garganta como si fuera ácido. Se aferró al retrete e hizo arcadas hasta que se le vació el estómago, hasta que no le quedó nada por vomitar. Hizo correr el agua y se tambaleó hasta el lavabo, donde se enjuagó la boca y la cara. Al ver su imagen en el espejo, casi no reconoció a la mujer que veía allí. ¿Hacía cuánto tiempo que no se miraba de verdad en un espejo? ¿En qué momento se había transformado en esa criatura salvaje? La huida se había cobrado su precio. Si huyes durante demasiado tiempo, en algún momento, perderás el alma.

Se secó la cara con una gruesa toalla de algodón y utilizó los dedos para peinarse y volver a atarse el pelo en una coleta. El señor Guapo y Rico estaba esperando para interrogarla y necesitaba estar concentrada. Decirle lo suficiente para mantenerlo contento. Si no sabe lo que hice, no pienso contárselo.

El color estaba volviendo a sus mejillas. Levantó el mentón y vio el antiguo destello de lucha en sus ojos. Sus dos amigas estaban muertas. Era la única que quedaba. Ayudadme, chicas. Ayudadme a sobrevivir. Inspiró hondo y salió del baño.

Los hombres la miraban con expresiones preocupadas.

—Lamento haberte dado las noticias de manera tan abrupta —dijo Sansone.

—Cuénteme los detalles —dijo Lily, sin rodeos—. ¿Qué encontró la policía?

El parecía desconcertado ante su pragmatismo.

—No son detalles agradables.

—No esperaba que lo fueran. —Lily se sentó sobre la cama. —Necesito saberlo —dijo en voz baja—. Necesito saber cómo murieron.

—¿Puedo preguntarle algo antes? —preguntó el alemán, el señor Baum. Se acercó. Ahora ambos hombres estaban de pie ante ella, observando su cara. —¿Conoce el significado de las cruces invertidas?

Durante unos segundos, Lily no respiró. Luego logró volver a hablar.

—La cruz invertida es... es un símbolo que pretende burlar el cristianismo. Algunos lo consideran satánico.

Vio que Baum y Sansone intercambiaban miradas de sorpresa.

—¿Y qué me dice de este símbolo? —Baum metió la mano dentro del bolsillo de la chaqueta y sacó un bolígrafo y un trozo de papel. Rápidamente, hizo un dibujo y se lo mostró: —A veces se lo llama el ojo omnividente. ¿Conoce su significado?

—Es Udjat —respondió ella—. El ojo de Lucifer.

De nuevo, Baum y Sansone se miraron.

—¿Y si tuviera que dibujar una cabeza de cabra con cuernos? —preguntó Baum—. ¿Significaría algo para usted?

Ella enfrentó la mirada amable de él.

—¿Supongo que se refiere al símbolo de Baphomet? ¿O Azazel?

—Conoce todos esos símbolos.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Practica usted el culto satánico, señorita Saul?

Ella sintió ganas de reír.

—En absoluto. Solo conozco esa simbología. Es un interés

particular.

—¿Su primo Dominic practica el culto satánico?

Lily se paralizó; sus manos quedaron inmóviles sobre su regazo.

—¿Señorita Saul?

—Tendría que preguntárselo a él —susurró.

—Nos gustaría hacerlo —dijo Sansone—. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Lily se miró las manos que tenía entrelazadas con fuerza sobre el regazo.

—No lo sé.

Él suspiró. — Dedicamos muchos recursos humanos a rastrearte. Nos llevó diez días encontrarte.

Sólo diez días. Dios, me he vuelto descuidada.

—Así que si pudieras decirnos dónde está Dominic, nos ahorrarías mucho trabajo.

—Ya os lo he dicho, no lo sé.

—¿Por qué lo proteges? —preguntó Sansone.

Eso la hizo levantar el mentón.

—¿Por qué lo protegería?

—Es tu único pariente vivo. ¿Y no sabes dónde está?

—No lo he visto en doce años —replicó ella.

Sansone entornó los ojos.

—¿Recuerdas con precisión hace cuánto que no lo ves?

Lily tragó saliva. Eso fue un error. Tengo que ser más cuidadosa.

—Las cosas que les hizo a Lori-Ann y a Sarah... eso fue obra de Dominic, Lily.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Quieres escuchar lo que le hizo a Sarah? ¿Las horas que debe haber pasado gritando mientras él le tallaba cruces en la piel? ¿Y adivina qué dibujó sobre la pared del dormitorio de Lori-Ann, el mismo dormitorio donde desmembró su cuerpo? Cruces invertidas. Lo mismo que dibujó en aquel granero cuando tenía quince años, cuando vivía con vosotros aquel verano, en Purity. —Sansone se acercó a ella y de repente, Lily sintió su cercanía como amenazante. —¿Has estado huyendo de él? ¿De tu primo, Dominic?

Lily no respondió.

—Es evidente que estás huyendo de algo. Desde que te marchaste de París, no has vivido más de seis meses en ningún sitio. Y no has regresado a Purity en años. ¿Qué sucedió aquel verano, Lily, el verano en que perdiste a tu familia?

Ella cruzó los brazos alrededor del cuerpo y se tensó como un ovillo. De pronto, comenzó a temblar, justo cuando necesitaba, más que nunca, mantener la calma.

—Primero se ahoga tu hermano Teddy. Luego tu madre cae por la escalera. Después tu padre se suicida de un disparo. Todo en menos de tres semanas. Son demasiadas tragedias para una chica de dieciséis años.

Lily se abrazó el cuerpo con más fuerza, temiendo que si no lo hacía, temblaría hasta hacerse añicos.

—¿Fue solo mala suerte, Lily?

—¿Qué otra cosa podría ser? —susurró.

—¿O sucedía algo ese verano, algo entre tú y Dominic?

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué insinúa?

—Te niegas a ayudarnos a encontrarlo. Solo puedo concluir que lo estás protegiendo.

—Usted... ¿usted cree que teníamos una relación? —Su voz se convirtió en un chillido histérico. —¿Piensa que yo quería que mi familia muriera? ¡Mi hermano tenía solo once años! —Calló y luego repitió en un susurro. —Tenía solo once años.

—Tal vez no te diste cuenta de lo peligroso que era todo —dijo Sansone—. Tal vez te uniste a él para algunos conjuros, algunos rituales inocuos. Muchos adolescentes lo hacen, sabes, por curiosidad. Tal vez para demostrar que son diferentes de los demás, que son únicos. O para escandalizar a sus padres. ¿Tus padres se escandalizaban?

—Ellos no lo entendían —susurró Lily—. No se daban cuenta de que...

—Y las otras chicas. Tus amigas Lori-Ann ySarah. ¿Participaban de los rituales de Dominic? ¿En qué momento el juego se volvió aterrador? ¿Cuándo os disteis cuenta de que existen poderes que nunca en la vida conviene despertar? Eso es lo que sucedió, ¿verdad? Dominic te hizo entrar en su mundo.

—No, no es en absoluto lo que sucedió.

—Y luego te asustaste. Intentaste apartarte, pero era demasiado tarde, porque tenían sus ojos puestos en ti. Y en tu familia. Una vez que invitas a la oscuridad a tu vida, no es fácil deshacerse de ella. Se mete dentro de ti, se convierte en parte de ti. Y tú te conviertes en parte de ella.

—No —Lily lo miró. —¡Yo no quería saber nada con eso!

—¿Entonces por qué sigues buscándola?

—¿Qué quiere decir?

Sansone miró a Baum, que abrió su maletín y sacó un fajo de papeles.

—Estos son informes sobre su paradero que hemos recopilado en los

últimos años —explicó Baum—. Entrevistas con personas con las que trabajó. Curadores de museos en Florencia y París. La empresa de visitas guiadas en Roma. Un vendedor de antigüedades en Nápoles. Al parecer, señorita Saul, impresionó a todos por su sabiduría misteriosa sobre todo lo referido a demonología. —Dejó caer los papeles sobre la mesa. —Sabe mucho sobre el tema.

—Soy autodidacta —respondió ella.

—¿Por qué? —preguntó Sansone.

—Quería entenderlo a él.

—¿A Dominic?

—Sí.

—¿Y lo entiendes ahora?

—No. Me doy cuenta de que no lo entenderé jamás. —Lo miró a los ojos. —¿Cómo se puede entender algo que ni siquiera es humano?

Él dijo, en voz baja:

—No podemos, Lily. Pero podemos hacer todo lo posible para derrotarlo. Ayúdanos, entonces.

—Usted es su prima —acotó Baum—. Vivió con él aquel verano. Posiblemente lo conozca mejor que nadie.

—Han pasado doce años.

—Y él no te ha olvidado —dijo Sansone—. Por eso mató a tus amigas. Las estaba utilizando para encontrarte a ti.

—Pues entonces las mató en vano —replicó Lily—. Ellas no conocían mi paradero. No podrían haberle revelado nada.

—Y tal vez esa sea la única razón por la que usted sigue con vida —dijo Baum.

—Ayúdanos a encontrarlo —dijo Sansone—. Regresa a Boston

conmigo.

Durante varios segundos ella permaneció sentada en la cama bajo la mirada de ambos hombres. No tengo alternativa. Estoy obligada a seguirles el juego.

Respiró hondo y miró a Sansone.

—¿Cuándo partimos?

Treinta y tres

Lily Saul se parecía a una joven drogadicta a la que acababan de sacar de la calle. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo grasoso atado en una coleta desaliñada. Resultaba evidente que había dormido con la blusa puesta y los vaqueros estaban tan gastados que con algunos lavados más correrían peligro de desintegrarse. ¿O sería ese el estilo de moda entre los chicos, últimamente? Entonces Jane recordó que no estaba ante ninguna niña. Lily Saul tenía veintiocho años, ya era toda una mujer, pero en ese momento parecía mucho más joven y muy vulnerable. Sentada en el elegante comedor de Anthony Sansone, empequeñecida por la enorme silla, Lily estaba penosamente fuera de lugar y era consciente de ello. Su mirada pasaba nerviosamente de Jane a Sansone, como tratando de adivinar desde dónde vendría el ataque.

Jane abrió una carpeta y sacó la copia ampliada de la fotografía del anuario de la Academia Putman.

—¿Puedes confirmar que este es tu primo, Dominic Saul? —preguntó.

Lily bajó la mirada a la foto. Era, a decir verdad, un retrato llamativo el que le devolvía la mirada: una cara esculpida, pelo dorado y ojos azules, un ángel de Rafael.

—Sí —dijo Lily—. Ese es mi primo.

—Esta foto tiene más de doce años. No contamos con ninguna más actual. ¿Sabes dónde podríamos obtener una?

—No.

—Lo dices con mucha certeza.

—No he tenido contacto con Dominic. No lo he visto en años.

—¿Y cuándo fue la última vez que lo viste?

—Aquel verano. Se marchó la semana después del funeral de mi padre. Yo me estaba hospedando en casa de Sarah y él ni siquiera se molestó en venir a despedirse. Me escribió una nota y se marchó. Dijo que su madre había venido a buscarlo y que abandonarían la ciudad de inmediato.

—¿Y desde entonces no lo has visto ni has sabido de él?

Lily vaciló. Fue solo un segundo, pero hizo que Jane se inclinara hacia adelante, súbitamente alerta.

—Has sabido de él ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Qué significa eso?

—El año pasado, cuando estaba viviendo en Paris, recibí una carta de Sarah. Ella había recibido una postal por correo que la había perturbado. Me la envió.

—¿De quién era la postal?

—No tenía dirección del remitente ni estaba firmada. Era un cuadro del Museo Real de Bruselas. Una pintura de Antoine Wiertz. El Ángel del Mal.

—¿Tenía algún mensaje?

—Ninguna palabra. Solo símbolos. Símbolos que Sarah y yo reconocimos porque los habíamos visto tallados en los árboles aquel verano.

Jane le alcanzó una libreta y un bolígrafo.

—Dibújamelos, por favor.

—Lily cogió la lapicera. Dejó pasar unos segundos, como si no quisiera reproducir lo que había visto. Finalmente presionó el bolígrafo contra el papel. Lo que dibujó hizo que Jane se sintiera

atravesada por una esquirla de hielo: tres cruces invertidas y la anotación R17:16.

—¿Eso se refiere a una cita bíblica? —preguntó.

—Es del Libro de las Revelaciones.

Jane miró a Sansone.

—¿Podría buscar la cita?

—Se la puedo recitar —dijo Lily en voz baja: "Y los diez cuernos que viste en la bestia aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego".

—La sabes de memoria.

—Sí.

Jane pasó a una hoja en blanco y volvió a entregarle la libreta a Lily:

—¿Me la escribes, por favor?

Por un instante, Lily se quedó mirando el papel, luego, de mala gana, comenzó a escribir. Despacio, como si cada palabra le resultara dolorosa. Cuando por fin le entregó la libreta a Jane, fue con un suspiro de alivio.

Jane estudió las palabras y volvió a sentir ese frío en la espalda.

Y devorarán sus carnes y la quemarán con fuego.

—Parece una advertencia, una amenaza —observó.

—Lo es. Estoy segura de que era para mí.

—¿Entonces por qué la recibió Sarah?

—Porque a mí era difícil encontrarme. Me había mudado tantas veces, a tantas ciudades.

—Entonces se la envió a Sarah. Y ella sabía cómo localizarte. —

Jane hizo una pausa. —La envió él, ¿verdad?

Lily meneó la cabeza.

—No lo sé.

—Ay, vamos, Lily. ¿Quién podría ser sino Dominic? Es casi igual a lo que talló en la madera de ese granero hace doce años. ¿Por qué te busca? ¿Por qué te amenaza?

Lily agachó la cabeza y respondió en voz muy baja.

—Porque sé lo que hizo aquel verano.

—¿Lo que le hizo a tu familia?

Lily levantó la mirada; sus ojos brillaban con lágrimas.

—No podía demostrarlo. Pero yo lo sabía.

—¿Cómo?

—Mi padre jamás se habría suicidado. Sabía cuánto lo necesitaba. Pero nadie quería escucharme. ¡Nadie escucha a una chica de dieciséis años!

—¿Qué sucedió con la postal? ¿Con los símbolos?

Ella levantó la barbilla.

—La quemé. Y me marché de Paris.

—¿Por qué?

—¿Qué haría usted si recibiera una amenaza de muerte? ¿Quedarse sentada esperando?

—Podrías haber dado aviso a la policía. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Para decirles qué? ¿Qué alguien me envió una cita bíblica?

—¿Ni siquiera pensaste en denunciarlo? Sabías en tu fuero íntimo que tu primo era un asesino. ¿Pero nunca llamaste a las

autoridades? Eso es lo que no entiendo, Lily. Te amenazó. Te asustó lo suficiente como para hacer que te marcharas de París. Pero no pediste ayuda. Simplemente huiste.

Lily bajó la mirada. Transcurrió un largo silencio. Desde otra habitación se oía el tictac sonoro de un reloj.

Jane miró a Sansone. Parecía tan perplejo como ella. Volvió a concentrarse en Lily, que se negaba a mirarla a los ojos.

—Bien, Lily —dijo Jane—. ¿Qué es lo que no nos estás contando?

Lily no respondió.

Jane perdió la paciencia.

—¿Por qué coño no quieres ayudarnos a atraparlo?

—No podéis atraparlo —respondió Lily.

—¿Por qué?

—Porque no es humano.

En el largo silencio que siguió, Jane oyó que el reloj daba la hora y el eco retumbaba por los salones. La esquirla de hielo que había sentido antes era ahora un viento helado en su espalda.

No era humano. Y los cuernos que viste en la bestia...

Sansone se inclinó hacia adelante y preguntó en voz baja:

—¿Qué es, entonces, Lily?

La muchacha se estremeció y cruzó los brazos alrededor del cuerpo.

—No puedo escapar de él. Siempre me encuentra. Me encontrará también aquí.

—Bien —dijo Jane, recuperando el control. La entrevista se había descarrilado de tal modo que le hacía dudar de todo lo que la mujer había dicho antes. Lily Saul mentía o deliraba y Sansone no solo absorbía con fruición cada detalle extraño, sino que además

alimentaba los delirios de Lily con los propios. —Suficiente con los disparates —dijo Jane—. No estoy persiguiendo al diablo. Estoy persiguiendo a un hombre.

—Entonces nunca lo atrapará. Y no puedo ayudarla. —Lily miró a Sansone. —Necesito utilizar el lavabo.

—¿No puedes ayudarnos? —dijo Jane—. ¿O no quieres hacerlo?

—Mire, estoy cansada —replicó Lily con aspereza—. Acabo de bajar del avión, estoy con jet lag y hace dos días que no me ducho. No voy a responder más preguntas. —Abandonó la habitación.

—No nos ha dicho ni una sola cosa útil —dijo Jane.

Sansone miraba la puerta por la que había salido Lily.

—Se equivoca —respondió—. Creo que sí lo ha hecho.

—Está ocultando algo. —Jane hizo una pausa. Estaba sonando su móvil. —Disculpe —dijo y lo sacó del bolso.

Vince Korsak no se molestó con preámbulos.

—Tienes que venir inmediatamente —le ordenó. Por el teléfono, Jane oyó música y ruido de conversación. Ay, Dios, pensó. Olvidé por completo la maldita fiesta.

—Oye, lo siento, de verdad —dijo—. Pero no voy a poder ir esta noche. Estoy en medio de un interrogatorio.

—¡Pero tú eres la única que puede resolver esto!

—Vince, debo irme.

—Son tus padres. ¿Qué coño se supone que tengo que hacer con ellos?

Jane se detuvo.

—¿Qué?

—Están aquí, a gritos. —Vince hizo una pausa. —Ay, madre mía.

Acaban de irse a la cocina. Tengo que esconder los cuchillos.

—¿Mi papá está en tu fiesta?

—Apareció de la nada. ¡No lo invité! Llegó enseguida después de tu mamá y ya hace veinte minutos que están discutiendo. ¿Vienes? Porque si no se calman, voy a tener que llamar al 911.

—¡No! ¡Por Dios, no hagas eso! —¿La policía llevándose esposados a mi mamá y mi papá? Jamás me recuperaré de eso. —Vale, iré enseguida. —Cortó y miró a Sansone. —Debo irme.

Él la siguió hasta la sala del frente, donde Jane se puso el abrigo.

—¿Regresará esta noche?

—En este momento, no está colaborando demasiado. Volveré a intentarlo mañana.

Sansone asintió.

—La mantendré a salvo hasta entonces.

—¿A salvo? —Jane soltó una risa irónica. —¿Qué tal si solo la mantiene aquí y se asegura de que no huya?

Afuera, la noche estaba fría y despejada. Jane cruzó la calle hacia su coche y estaba abriendo la puerta cuando oyó el ruido de una puerta. Miró hacia la calle y vio que Maura venía hacia ella.

—¿Qué estás haciendo en este vecindario? —preguntó Jane.

—Me enteré de que encontró a Lily Saul.

—Para lo que ha servido...

—¿Ya la has interrogado?

—Y no revela absolutamente nada. Esto no nos deja ni un centímetro más cerca. —Jane miró calle abajo y vio que la camioneta de Oliver Stark aparcaba contra la acera. —¿Qué está ocurriendo aquí?

—Hemos venido todos a ver a Lily Saul.

—¿Hemos? No me digas que te has unido a estos bichos raros.

—No me he unido a nada. Pero alguien marcó mi casa, Jane, y quiero saber por qué. Quiero escuchar lo que tiene para decir esa mujer. —Maura se volvió y echó a andar hacia la casa de Sansone.

—¡Ey, doc! —dijo Jane.

—¿Sí?

—Ten cuidado con Lily Saul.

—¿Por qué?

—O está loca u oculta algo. —Jane hizo una pausa. —O ambas cosas.

A través de la puerta cerrada del piso de Korsak, Jane podía oír el ritmo de música disco, como el latido de un corazón vibrando en las paredes. El hombre tenía cincuenta y cinco años, había sufrido un infarto y Staying Alive era probablemente una buena elección como canción temática. Golpeó a la puerta, pensando con pavor en Korsak enfundado en un traje ajustado al cuerpo y con pantalones acampanados.

Él abrió la puerta y Jane vio su camisa de seda brillante, con manchas de sudor en las axilas. Tenía el cuello desabotonado y el escote revelaba una mata de vello pectoral de gorila. Lo único que le faltaba era una cadena dorada alrededor del cuello.

—Gracias a Dios —suspiró Korsak.

—¿Dónde están?

—Siguen en la cocina.

—Y con vida, supongo.

—Han estado gritando bastante. ¡No puedo creer las palabrotas que salen de la boca de tu madre!

Jane avanzó hacia el juego de luces psicodélicas de una bola giratoria espejada. En la penumbra, vio a una docena de invitados poco entusiastas con bebidas en la mano o sentados en un sofá, pasando mecánicamente patatas fritas por la salsa. Era la primera vez que Jane visitaba el nuevo piso de soltero de Korsak y tuvo que detenerse, estupefacta, ante el espectáculo. Vio una mesa de café de cromo y vidrio oscuro, una alfombra blanca de pelo largo, más un televisor enorme y altavoces estéreo tan gigantescos que se podía ponerle techo a uno de ellos y llamarlo casa. Y vio también cuero negro: mucho, mucho cuero negro. Casi podía imaginar la testosterona que brotaba de las paredes.

Luego oyó, por encima del ritmo de Staying Alive, dos voces que gritaban en la cocina.

—¡No vas a quedarte aquí con ese aspecto! ¿Qué coño te pasa? ¿Crees que tienes diecisiete años otra vez?

—¡No eres quién para decirme qué hacer, Frank!

Jane entró en la cocina, pero sus padres ni se percataron de su presencia, de tan concentrados que estaban el uno en el otro. ¿Qué se ha hecho mamá?, se preguntó Jane, contemplando el ajustado vestido rojo de Angela. ¿En qué momento descubrió los tacones aguja y la sombra verde para ojos?

—Eres abuela, por el amor de Dios —dijo Frank—. ¿Cómo puedes salir con ese atuendo? ¡Mírate!

—Pues al menos alguien me mira. No como tú, que nunca lo has hecho.

—Se te salen los pechos por ese vestido.

—Pues si los tienes, muéstralos.

—¿Qué estás tratando de demostrar? ¿Acaso tú y ese detective Korsak...?

—Vince me trata muy bien, gracias.

—¿Mamá? —dijo Jane—. ¿Papá?

—¿Vince? ¿Así que ahora lo llamas Vince?

—¡Hola! —dijo Jane.

Sus padres la miraron.

—¡Ay, Janie! —exclamó Angela—. ¡Viniste, después de todo!

—¿Tú estabas enterada de esto? —dijo Frank, con una mirada fulminante hacia su hija—. ¿Sabías que tu mamá estaba de juerga?

—¡Já! —Angela rió. —¡Mira quién habla!

—¿Permitiste que tu madre saliera vestida así?

—Tiene cincuenta y siete años —dijo Jane—. ¿Se supone que tengo que medirle el largo del vestido?

—Esto es... ¡esto es inadecuado!

—Te diré lo que es inadecuado —replicó Angela—. Que tú me hayas robado mi juventud y belleza y me hayas descartado como basura. Lo que es inadecuado es que tú andes metiendo la polla en cualquier culo que se menea por ahí.

¿Mi madre acaba de decir eso?

—¡Lo inadecuado es que tú tengas las agallas de venir a decirme a mí lo que es inadecuado. Venga, vete ya, vuelve con ella. ¡Yo pienso divertirme en esta fiesta! —Angela dio media vuelta y salió taconeando de la cocina.

—¡Angela! ¡Vuelve inmediatamente!

—Papá —Jane cogió a Frank del brazo. —Déjala.

—Alguien tiene que detenerla antes de que se comporte de manera humillante.

—Humillante para ti, quieres decir.

Frank se liberó de la mano de su hija.

—Es tu madre. Deberías hacerla razonar.

—Está en una fiesta, ¿qué tiene de malo? Tampoco está cometiendo un delito.

—Ese vestido es un delito. Me alegro de haber llegado antes de que haga algo de lo que se arrepentirá.

—¿Y qué haces tú aquí, se puede saber? ¿Cómo sabías que ella vendría?

—Me lo dijo ella.

—¿Mamá te lo dijo?

—Me llama y me dice que me ha perdonado. Que haga mi vida y me divierta, porque ella también se está divirtiendo. Que tiene una fiesta por la noche. Dice que mi partida fue lo mejor que le ha sucedido. ¿Pero ¿qué coño tiene en la cabeza?

Lo que sucede, pensó Jane, es que mamá se está vengando. Le está mostrando que no le importa un rábano que él se haya ido.

—Y este tal Korsak —dijo Frank—, ¡es un hombre más joven!

—Solo unos pocos años.

—¿Qué, estás de su lado, ahora?

—No estoy de ningún lado. Creo que vosotros dos necesitáis no veros por un tiempo. ¿Vete, vale?

—No quiero marcharme hasta que termine de resolver esto con ella.

—En realidad no tienes ningún derecho de decirle nada. Lo sabes.

—Es mi esposa.

—¿Y qué diría tu novia al respecto, eh?

—No la llames así.

—¿Y cómo quieres que la llame? ¿La rubia hueca?

—No entiendes.

—Lo que entiendo es que mamá por fin se está divirtiendo. No se divertía lo necesario.

Frank hizo un ademán con el brazo en dirección a la música.

—¿A eso lo llamas diversión? ¿A esa orgía ahí fuera?

—¿Y cómo le dices tú a lo que estás haciendo, papá?

Frank suspiró pesadamente y se dejó caer sobre una silla de la cocina. Hundió la cabeza entre las manos.

—Qué desastre. Un gigantesco y puto error.

Ella se quedó mirándolo, más sorprendida por su lenguaje soez que por su admisión de arrepentimiento.

—No sé qué hacer —dijo Frank.

—¿Qué quieres hacer, papá?

Él levantó la cabeza y la miró con ojos atormentados.

—No puedo decidirlo.

—Ah, qué bien. Eso sí que hará que mamá se sienta genial.

—¡Ya no la reconozco! ¡Es como una extraterrestre con los pechos levantados! Seguro que todos esos tíos están mirándole el escote. —Súbitamente, se puso de pie. —Ya está. Voy a ponerle un límite a esto.

—No, no lo harás. Lo que harás es marcharte. Ahora mismo.

—No me iré si ella se queda.

—Solo empeorarás las cosas. —Jane lo cogió del brazo y lo guió

fuera de la cocina. —Venga, papá, vete ya.

Mientras cruzaban por la sala, miró a Angela, que estaba de pie con una copa en la mano; la bola giratoria arrojaba lentejuelas multicolores de luz sobre su vestido.

—¡Te quiero en casa a las once! —le gritó a su esposa. Luego abandonó el piso, cerrando la puerta con estrépito tras él.

—¡Já! —dijo Angela—. ¡Ni lo sueñes!

Jane estaba sentada a la mesa de su cocina, con los papeles desparramados delante de ella y la mirada fija en el reloj de pared; el minutero acababa de pasar las 10:45 de la noche.

—No puedes ir y arrastrarla a su casa —dijo Gabriel—. Es una mujer adulta. Si quiere pasar la noche entera allí, está en todo su derecho.

—Ni siquiera se te ocurra mencionar esa posibilidad. —Jane se llevó la mano a las sienes, tratando de bloquear la idea de su madre pasando la noche en casa de Korsak. Pero Gabriel ya había abierto las compuertas y las imágenes entraban en estampida. —Debería regresar allí ahora, antes de que suceda algo. Antes de...

—¿De qué? ¿De que se divierta demasiado?

Gabriel se acercó por detrás, colocó las manos sobre los hombros de Jane y le masajeó los músculos tensos.

—Venga, mi amor, no te lo tomes así. ¿Qué vas a hacer, ponerle un horario de llegada a tu mamá?

—Lo estoy pensando.

Desde su dormitorio, Regina emitió un chillido.

—Ninguna de las mujeres de mi vida está contenta esta noche. —Gabriel suspiró y salió de la cocina.

Jane volvió a mirar el reloj. Las once de la noche. Korsak le había prometido que pondría a Angela en un taxi. Tal vez ya lo había hecho. Quizá debería llamar y averiguar si ya se ha marchado.

En cambio, se obligó a concentrarse en los papeles que tenía sobre la mesa. Era el expediente sobre el esquivo Dominic Saul. Allí estaban las pocas pistas sobre un hombre joven que hacía doce años simplemente había echado a andar hacia la bruma y había desaparecido. Una vez más, estudió la fotografía escolar del chico; una cara que era casi angelical en su belleza. Pelo dorado, ojos azules intensos, nariz aguileña. Un ángel caído.

Leyó la carta manuscrita de la madre del chico, Margaret, en la que decía que retiraba a su hijo de la Academia Putnam.

Dominic no regresará para el semestre de otoño. Regresará conmigo a El Cairo...

Y allí habían desaparecido, simplemente. Interpol no había encontrado registros de su llegada, ninguna documentación que demostrara que Margaret o Dominic Saul habían regresado a Egipto.

Se frotó los ojos, de pronto demasiado cansada para concentrarse en la carta y comenzó a recoger los papeles y a guardarlos nuevamente en la carpeta. Cuando estaba por coger su libreta, de pronto se paralizó y se quedó mirando la hoja de papel que tenía delante. Vio la cita de Revelaciones que Lily Saul había escrito:

"Y los diez cuernos que viste en la bestia aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego".

Pero no fueron las palabras en sí las que hicieron que súbitamente

el corazón comenzara a martillarle contra el pecho. Fue la caligrafía.

Revisó la carpeta y volvió a sacar la carta de Margaret Saul que decía que retiraba a su hijo del colegio. La colocó junto a la libreta. Miró de una a otra, entre la cita bíblica y la carta de Margaret Saul.

Se puso de pie de un salto y llamó:

—¿Gabriel? Tengo que salir.

Él volvió desde el dormitorio de Regina, con la niña en brazos.

—Pues a ella no le va a gustar, sabes. ¿Por qué no le das una hora más en la fiesta?

—No se trata de mi mamá. —Jane se dirigió a la sala. Gabriel observó, con expresión preocupada, cómo abría un cajón, sacaba la funda con la pistola y se la abrochaba a la cintura. —Se trata de Lily Saul.

—¿Qué hay de nuevo?

—Mintió. Sabe perfectamente dónde se oculta su primo.

Treinta y cuatro

—Le he contado todo lo que sé —dijo Lily.

Jane estaba en el comedor de Sansone, donde los platos de postre todavía no habían sido retirados de la mesa. Jeremy, silenciosamente, dejó una taza de café delante de Jane, pero ella no la tocó. Tampoco miró a ninguno de los otros huéspedes sentados alrededor de la mesa. Su mirada se mantenía fija sobre Lily.

—¿Por qué no pasamos al salón contiguo, Lily, donde podremos hablar en privado.

—No tengo nada más que contarle.

—Creo que tienes mucho que contarme.

Edwina Felway dijo:

—Entonces haga sus preguntas aquí mismo, detective. A todos nos gustaría escucharlas.

Jane paseó la mirada por la mesa alrededor de la cual se ubicaban Sansone y sus invitados. El así llamado Club Mefisto. Aunque Maura alegaba que no era parte de él, allí estaba, sentada en ese círculo. Esa gente podía creer que entendía el mal, pero no sabía reconocerlo, ni siquiera cuando lo tenían sentado a la misma mesa que ellos. Jane volvió a mirar a Lily Saul, que se mantenía obstinadamente en su sitio y se negaba a abandonar su silla. Muy bien, pensó Jane. ¿Así es como quieres llevar adelante este juego? Así lo jugaremos, entonces, delante del público.

Jane abrió la carpeta que había traído a la casa y colocó con fuerza la hoja de papel delante de Lily, haciendo tintinear las copas y la vajilla. Lily miró la carta manuscrita.

—La madre de Dominic no escribió esa carta —dijo Jane.

—¿Qué es? —quiso saber Edwina.

—Es una carta por la que retira a Dominic, de quince años, del internado Putnam Academy en Connecticut. Se supone que está escrita por su madre, Margaret Saul.

—¿Se supone?

—Margaret Saul no escribió esa carta. —Jane miró a Lily. —La escribiste tú.

Lily soltó una risotada.

—¿Acaso parezco tener edad suficiente para ser su madre?

Jane colocó la libreta sobre la mesa, abierta en la página que contenía la cita de Revelaciones.

—Hace unas horas escribiste esa cita en mi libreta, Lily. Sabemos que es tu caligrafía. —Señaló la carta. —Como también lo es la de la carta.

Silencio. La boca de Lily se había convertido en dos líneas delgadas.

—Aquel verano, cuando tenías dieciséis años, tu primo Dominic quería desaparecer —dijo Jane—. Teniendo en cuenta lo que había hecho en Purity, tal vez necesitaba desaparecer. —Jane entornó los ojos. —Y tú lo ayudaste. Les contaste a todos una historia creíble: que su madre, de repente, había venido a buscarlo. Que se habían marchado del país. Pero era mentira ¿no es así? Margaret Saul nunca vino a buscar a su hijo. Nunca apareció, ¿verdad?

—No tengo obligación de responderle —repuso Lily—. Conozco mis derechos.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Dominic?

—Cuando lo encuentre, hágamelo saber. —Lily empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—¿Qué sucedió entre vosotros dos aquel verano?

—Me voy a la cama. —Lily se volvió y se dirigió a la puerta del comedor.

—¿Dominic hizo todo el trabajo sucio por ti? ¿Por eso lo proteges?

Lily se detuvo. Lentamente, se volvió y sus ojos eran tan peligrosos como el radio.

—Cuándo tus padres murieron, te hiciste con una bonita herencia —observó Jane.

—Heredé una casa que nadie comprará jamás. Y una cuenta de banco que pagó mi educación universitaria, pero no mucho más.

—¿Te llevabas bien con tus padres, Lily? ¿Discutíais mucho?

—Si cree que yo podría...

—Todos los adolescentes discuten con los padres. Pero tal vez vuestras discusiones iban más allá. Tal vez no veías la hora de marcharte de ese pueblito de mala muerte y seguir con tu vida. De repente tu primo viene a pasar el verano y comienza a darte ideas, te hace pensar en cómo podrías escapar antes, más rápido.

—¡No tiene la menor idea de lo que sucedió!

—Entonces cuéntamelo. Cuéntame por qué fuiste tú la que encontró el cadáver de Teddy en el lago, por qué fuiste tú la que encontró a tu madre al pie de la escalera.

—Jamás podría lastimarlos. Si hubiera sabido...

—¿Tú y Dominic erais amantes?

Lily empalideció de ira. Por un filoso momento, Jane pensó que la chica iba a arrojársele encima.

Un timbre sonoro cortó repentinamente el silencio. Todos miraron a Sansone.

—Es nuestra alarma contra intrusos —dijo él y se puso de pie para ir hasta un panel de control que estaba en una pared. —Alguien forzó la ventana que da al jardín.

—¿Alguien ha entrado en la casa? —preguntó Jane.

Lily dijo en voz baja:

—Es él.

Jeremy entró en el comedor.

—Acabo de revisar, señor Sansone. La ventana está trabada.

—Entonces puede tratarse de un fallo. —Sansone miró a los demás. —Creo que lo mejor es que todos os quedéis aquí de momento, mientras reviso el sistema.

—No —dijo Lily; sus ojos iban de puerta en puerta, como si esperara que el atacante entrara súbitamente—. No voy a quedarme en esta casa.

—Estarás perfectamente a salvo. Te protegeremos.

—¿Y quién os protegerá a vosotros? —Miró a Maura, Edwina y Oliver. —¿A cualquiera de vosotros? ¡Ni siquiera sabéis con qué estáis lidiando!

—Bien, mantened la calma ¿vale? –dijo Jane—. Iré afuera a echar un vistazo.

—La acompaño —dijo Sansone.

Jane se detuvo, a punto de rechazar el ofrecimiento. Luego pensó en Eve Kassovitz, a quien habían arrastrado, sangrante, por el sendero helado, con el arma todavía abrochada a la cintura.

—De acuerdo —asintió—. Vamos.

Se pusieron los abrigos y salieron a la calle.

Bajo las farolas, el hielo hacía resplandecer los charcos de luz. Era

un mundo congelado: todas las superficies relucían como vidrio lustrado. Aun si un intruso había andado por allí, esa noche no verían sus huellas. El haz de la linterna de Jane recorrió el asfalto duro como un diamante. Sansone y ella se dirigieron al portón lateral e ingresaron en el estrecho jardín. Allí era donde el asesino había derribado a Eve Kassovitz. Por ese sendero, había arrastrado su cuerpo, mientras la sangre de la herida en el cuero cabelludo manchaba las losas de granito y se congelaba en rayas rojas.

Jane ya había sacado el arma, que se había materializado en su mano como una extensión de su cuerpo. Avanzó hacia el jardín trasero, iluminando las sombras con la linterna; las suelas de sus zapatos resbalaban sobre el hielo. Paseó la luz por encima de unas enredaderas marchitas por el frío. Sabía que Sansone le pisaba los talones, pero él se movía tan silenciosamente que Jane tuvo que detenerse y mirar por encima del hombro solo para confirmar que él realmente estuviera allí, cubriéndole la espalda.

Avanzó hacia la esquina de la casa e iluminó el jardín, el patio donde Eve había estado tendida unas semanas antes, donde sus músculos y su sangre se habían congelado sobre las piedras heladas. Jane no vio movimientos ni sombras, no vio demonios con capas negras.

—¿Esa es la ventana? —preguntó. La luz rebotó contra el cristal. —¿La que el sistema dice que fue forzada?

—Sí.

Atravesó el patio para mirar de cerca.

—¿No tiene panel mosquitero?

—Jeremy los guarda durante el invierno.

—¿Y siempre está cerrada desde dentro?

—Siempre. La seguridad es sumamente importante para nosotros.

Jane recorrió el alféizar con el haz de luz y vio el daño en la madera. Fresco.

—Tenemos un problema aquí —dijo en voz baja—. Alguien ha intentado forzarla.

Sansone contempló el alféizar.

—Eso no habría hecho sonar la alarma. Suena solamente si se abre la ventana.

—Pero su mayordomo dice que está cerrada desde dentro.

—Eso significa... —Sansone se interrumpió. —Dios mío.

—¿Qué?

—Alguien entró y la volvió a cerrar. ¡Está dentro de la casa! —Sansone dio media vuelta y regresó corriendo por el jardín lateral; se movía tan rápido que sus zapatos resbalaban sobre el sendero. Estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio y siguió corriendo. Para cuando Jane llegó a la puerta principal, él ya estaba en el comedor, instruyendo a todos que se levantaran.

—Por favor, poneos vuestros abrigos —dijo—. Necesito que salgáis de la casa. Jeremy, yo ayudaré a Oliver a bajar los escalones, si tú puedes traer la silla de ruedas.

—¿Qué sucede? —preguntó Edwina.

—Obedeced, ¿sí? —dijo Jane—. Coged vuestros abrigos y salid por la puerta principal.

Fue el arma de Jane lo que les llamó la atención, el hecho de que no estuviera en la funda sino en su mano, un detalle que anunciaba a gritos: Esto no es un juego, sino algo serio.

Lily fue la primera en huir. Escapó corriendo del salón, delante de la estampida hacia la sala del frente, donde estaban los abrigos. Salieron todos al frío de la noche y Jane los siguió, teléfono en mano, pidiendo refuerzos. Podía estar armada, sí, pero no era insensata; no pensaba revisar la casa entera ella sola.

Instantes más tarde apareció el primer vehículo policial, con las luces encendidas, pero sin hacer sonar la sirena. Frenó con un

derrape y descendieron dos agentes.

—Necesito un perímetro —ordenó Jane—. Nadie sale de esa casa.

—¿Quién está adentro?

—Estamos a punto averiguarlo. —Levantó la vista al ver las luces del segundo coche patrulla. Dos policías más llegaban a la escena. —Tú —dijo Jane, y señaló a uno de los agentes más jóvenes. Necesitaba reflejos rápidos y un buen ojo. —Ven conmigo.

Jane entró primera en la casa, con el policía pisándole los talones, arma en mano. El joven abrió la boca con incredulidad cuando entraron en la sala y vio la elegancia de los muebles, el retrato sobre la chimenea. Jane sabía perfectamente lo que estaba pensando: Esta es la casa de un millonario.

Jane abrió el panel oculto y revisó el armario para verificar que estuviera vacío. Luego siguieron avanzando por el comedor, la cocina y pasaron a una amplia biblioteca. No había tiempo de detenerse para mirar los estantes que iban desde el suelo al techo. Estaban a la caza de un monstruo.

Subieron por la escalera, siguiendo la curva de la baranda. Muchos ojos los miraban desde los retratos. Pasaron debajo de un hombre pensativo, de una mujer con ojos de gacela, bajo dos niñas con caras angelicales sentadas delante de un clavecín. En la cima de la escalera, se encontraron con un pasillo alfombrado y con una serie de puertas. Jane no conocía el plano de la casa ni sabía qué esperar. Aun con un policía a sus espaldas y otros tres agentes afuera de la casa, le sudaban las manos y sentía el corazón en la boca. Avanzaron habitación por habitación, abriendo armarios, pasando de puerta en puerta. Cuatro dormitorios, tres baños.

Llegaron a una estrecha escalera.

Jane se detuvo y contempló la puerta que llevaba a un altillo. Coño, pensó. No quiero subir ahí.

Asió la baranda y subió el primer escalón. Lo escuchó crujir bajo su peso y comprendió que cualquiera que estuviera arriba también

podría oírlo y saber que ella iba en camino. A sus espaldas, oyó que la respiración del policía se aceleraba.

Él también la siente. A la malevolencia.

Atenta a los crujidos, subió los escalones hasta la puerta. Apoyo la mano húmeda y resbaladiza sobre la manija. Miró a su compañero y vio que éste asentía, tenso.

Abrió la puerta con violencia y entró, trazando con la linterna un arco en la oscuridad, iluminando siluetas oscuras. Vio el destello de bronce, vio formas encorvadas listas para el ataque.

Detrás de ella, el policía encontró por fin el interruptor y encendió la luz. Jane parpadeó ante el brillo repentino. En un segundo, los atacantes agazapados se transformaron en muebles, lámparas y alfombras enrolladas. Estaban ante un tesoro de antigüedades guardadas. Sansone era tan condenadamente rico que hasta los muebles que descartaba seguramente valían una fortuna. Jane recorrió el altillo; sus latidos comenzaban a tranquilizase, sus miedos se habían convertido en alivio. No había monstruos allí.

Enfundó la pistola y permaneció allí, en medio de todos esos tesoros, sintiéndose una tonta. Tenía que haber sido una falsa alarma. ¿Entonces qué fue lo que hizo esa marca en el alféizar de la ventana?

La radio del agente de pronto cobró vida.

—Graffam ¿cuál es tu situación?

—Parecería que está todo despejado aquí.

—¿Rizzoli está contigo?

—Sí, aquí mismo.

—Tenemos una situación aquí abajo.

Jane miró al agente con expresión interrogante.

—¿Qué sucede? —preguntó él por la radio.

—La doctora Isles quiere que baje de inmediato.

—Vamos en camino.

Jane paseó por última vez la mirada alrededor del altillo, luego descendió la escalera, caminó por el pasillo, pasando junto a los dormitorios que habían revisado, junto a los retratos que los habían visto subir. Otra vez sintió el corazón contra el pecho cuando salió por la puerta principal a la noche iluminada por las luces de los coches patrulla. Habían llegado dos vehículos policiales más y Jane se detuvo, momentáneamente cegada por el resplandor caleidoscópico.

—Jane, ha huido.

Miró a Maura, iluminada desde atrás por las luces del techo de un coche patrulla.

—¿Qué?

—Lily Saul. Estábamos de pie aquí, en la acera. Y cuando nos volvimos, se había ido.

—Mierda. —Jane miró hacia la calle, hacia las siluetas de los policías y de los curiosos que habían salido de sus casas para observar el alboroto.

—Fue hace apenas unos minutos —dijo Maura—. No puede haber ido muy lejos.

Treinta y cinco

Lily Saul corrió por una calle lateral y luego por otra, adentrándose cada vez más en el laberinto que era ese vecindario desconocido. No conocía Boston y no tenía idea de hacia dónde se dirigía. Podía oír sirenas de coches patrullas, merodeando como tiburones. El brillo de unas luces la hizo esconderse en un callejón, detrás de contenedores de residuos, mientras un vehículo policial recorría lentamente la calle. En el momento en que desapareció por la esquina, ella ya estaba de pie y moviéndose en la dirección contraria. Ahora iba cuesta abajo, resbalando sobre los adoquines helados; la mochila le golpeaba contra los omóplatos. No estaba vestida para ese clima tan hostil y le ardían los pies por el frío y se le habían entumecido las manos sin guantes. De pronto sus zapatillas de tenis resbalaron y aterrizó sobre las nalgas. El impacto le envió una puñalada de dolor por la columna. Quedó aturdida unos segundos, sintiendo el golpe en el cráneo. Cuando por fin se le aclaró la visión, vio que estaba al pie de una colina. Del otro lado de la calle había un parque, bordeado por arbustos; los árboles desnudos arrojaban su sombra raquítica sobre la nieve congelada. Un símbolo brillante captó su atención.

Una señal de la estación del metro.

Se metería dentro de un tren y en minutos estaría camino de cualquier punto de la ciudad. Y no tendría frío.

Se puso de pie, dolorida por la caída; las manos raspadas le ardían. Cruzó la calle cojeando, dio unos pasos por la acera y se detuvo.

Un coche policial acababa de girar en la esquina.

Corrió hacia el parque y se ocultó detrás de los arbustos. Allí aguardó, con el corazón en la garganta, pero el coche policial no pasaba. Espió por entre las ramas y vio que estaba aparcado con el motor encendido junto a la estación de metro. Coño. Hora de

cambiar de planes.

Miró a su alrededor y vio que del otro lado del parque había otra entrada del metro. Se puso de pie y echó a andar por el parque, moviéndose bajo la sombra de los árboles. La nieve estaba cubierta por una costra de hielo y cada paso hacía ruido cuando su zapatilla la quebraba y se hundía en la nieve debajo. Avanzó con dificultad, y estuvo a punto de perder un zapato; respiraba agitadamente por el esfuerzo que requería su progreso. Entonces, por entre el rugido de su respiración, oyó un ruido tras ella, un crujido. Se detuvo, se volvió y sintió que se le paralizaba el corazón.

La figura estaba debajo de un árbol: sin rostro, sin facciones, una forma oscura que parecía más sombra que sustancia. Es él.

Con un sollozo, Lily huyó, tambaleándose por la nieve, rompiendo el hielo con las zapatillas. Su respiración agitada y el latido de su corazón ahogaban cualquier sonido de persecución, pero ella sabía que él estaba tras ella. Siempre había estado detrás de ella, cada minuto, con cada respiración, siguiendo sus pasos, susurrándole su destino aciago. ¡Pero no tan cerca, nunca tan cerca! Lily no miraba hacia tras, no quería ver cómo la alcanzaba la criatura de sus pesadillas. Avanzaba ciegamente, sin una zapatilla, con la media empapada con agua helada.

De pronto, sin darse cuenta, bajó de un montículo de nieve a la acera. La entrada al metro estaba directamente delante de ella. Bajó los escalones corriendo, casi esperando sentir el ruido de alas y el dolor de garras clavadas en su espalda. En cambio, sintió el calor del túnel del metro en la cara y vio pasajeros que salían hacia la escalera.

No hay tiempo que perder con dinero. ¡Salta el torno!

Trepó y saltó la barrera y su media empapada dio contra el cemento. Dos pasos y frenó resbalando.

Jane Rizzoli estaba directamente delante de ella.

Lily giró hacia el torno que acababa de saltar. Un policía le bloqueaba la huida.

Desesperada, recorrió la estación con la mirada, buscando la criatura que la había perseguido, pero solo vio a los sorprendidos pasajeros que la miraban.

Una esposa se cerró alrededor de su muñeca.

Sentada en el coche aparcado de Jane Rizzoli, se sentía demasiado agotada para tan solo pensar en escapar. La media mojada era como un bloque de hielo que le comprimía el pie y ni siquiera con la calefacción encendida podía entrar en calor ni dejar de temblar.

—Bien, Lily —dijo Jane—- Ahora vas a contarme la verdad.

—No va a poder creer la verdad.

—Ponme a prueba.

Lily estaba inmóvil; el pelo enmarañado le caía sobre la cara. Ya no le importaba. Estaba demasiado cansada de escapar. Me rindo.

—¿Dónde está Dominic? —preguntó Jane.

—Está muerto —respondió Lily.

Transcurrieron unos segundos mientras la detective procesaba esa información y llegaba a sus propias conclusiones. A través de la ventana cerrada, se oía el gemido de un camión de bomberos, pero adentro del coche, solo el susurro de la calefacción.

—¿Lo mataste tú? —preguntó Jane.

Lily tragó saliva.

—Sí.

—Entonces su madre en ningún momento fue a buscarlo ¿verdad? Nunca se lo llevó al extranjero. Fue por eso que escribiste esa carta para la escuela.

Lily agachó la cabeza aún más. No tenía sentido negar nada. Esta

mujer ya había encajado todas las piezas.

—El colegio no dejaba de llamar. Querían saber si regresaría. Tuve que escribir la carta para que dejaran de preguntarme dónde estaba.

—¿Cómo lo mataste?

Lily se sacudió con un sollozo.

—Fue la semana después del funeral de mi padre. Dominic estaba en el garaje, mirando el coche de mi madre. Dijo que ella ya no lo necesitaría, así que tal vez podría quedárselo. —La voz de Lily se convirtió en un susurro tenso. —Fue entonces cuando le dije que lo sabía. Que sabía que él los había matado.

—¿Cómo lo supiste?

—Porque encontré su cuaderno. Lo guardaba debajo del colchón.

—¿Y qué decía el cuaderno?

—Era todo sobre nosotros. Páginas y páginas sobre la aburrida familia Saul. Lo que hacíamos cada día, lo que nos decíamos unos a otros. Tenía anotado el camino que cogía Teddy hacia el lago. Qué pastillas guardábamos en el armario del baño. Lo que comíamos para el desayuno, cómo nos saludábamos por las noches. —Hizo una pausa. Tragó saliva. —Y sabía dónde guardaba mi padre la llave del armario donde estaba la pistola. —Miró a Jane. —Parecía un científico que nos estudiaba. Y nosotros no éramos más que ratas de laboratorio.

—¿Llegó a escribir en el cuaderno que había matado a tu familia?

Lily vaciló.

—No. Su última anotación fue el ocho de agosto, el día que Teddy... —Se interrumpió. —Era demasiado inteligente como para dejarlo por escrito.

—¿Dónde está ese cuaderno ahora? ¿Lo sigues teniendo en tu poder?

—Lo quemé. Junto con todos sus otros libros. No podía soportar verlos.

Lily podía leer la mirada de Jane. Destruiste las pruebas. ¿Por qué tendría que creerte?

—Bien —dijo Jane—. Dices que encontraste a Dominic en el garaje y lo enfrentaste allí.

—Estaba tan enfadada que no pensé en lo que sucedería después.

—¿Y qué sucedió?

—Cuando le dije que sabía lo que había hecho, se quedó mirándome. Sin miedo, sin culpa. —No puedes probarlo, me dijo. —Lily inspiró hondo y soltó el aire. —Aún si hubiera podido probarlo, él tenía solo quince años. No habría ido a la cárcel. Habría salido en libertad tras pocos años. Pero mi familia seguiría muerta.

—¿Qué sucedió después?

—Le pregunté por qué. Por qué había hecho algo tan terrible. ¿Y sabe lo que respondió?

—¿Qué?

—Deberías haber sido más amable conmigo. Esa fue su respuesta. Eso fue todo lo que dijo. Luego sonrió y salió del granero, tan campante. —Lily hizo una pausa. —Fue entonces cuando lo maté.

—¿Cómo?

—Cogí una pala. Estaba apoyada contra la pared. Ni siquiera recuerdo el momento en que la cogí. No sentí su peso. Era como... como si mis brazos fueran de otra persona. Cayó al suelo, pero seguía consciente y comenzó a arrastrarse, a alejarse de mí. —Lily soltó un suspiro profundo y agregó en voz baja: —Entonces lo volví a golpear.

Afuera, la noche estaba en silencio. El frío había hecho desaparecer a los peatones de la calle y solo pasaba algún coche ocasional.

—¿Y luego? —dijo Jane.

—Yo solo podía pensar en cómo deshacerme del cadáver. Lo metí en el coche de mi madre. Pensé que tal vez podría hacer que pareciera un accidente. Era de noche, por lo que nadie vería nada. Conduje hasta una cantera que está a pocos kilómetros del pueblo. Hice caer el coche al agua. Supuse que alguien lo vería en algún momento e informaría que había un coche allí debajo. —Lily soltó una risa incrédula. —Pero nadie lo hizo. ¿Puede creerlo? —Miró a Jane. —Nadie nunca lo encontró.

—Y luego seguiste con tu vida.

—Me gradué en la escuela secundaria. Y me marché del pueblo para siempre. No quería estar allí si algún día encontraban su cadáver.

Se miraron durante unos instantes. Jane dijo

—Comprendes que acabas de confesar el asesinato de Dominic Saul. Tendré que arrestarte.

Lily no reaccionó.

—Lo volvería a hacer. Se lo merecía.

—¿Quién estaba al tanto de esto? ¿Quién sabía que lo habías matado?

Lily guardó silencio unos segundos. Afuera, pasó caminando una pareja, con la cabeza gacha para protegerse del viento, los hombros encorvados dentro de los abrigos.

—¿Sarah y Lori-Ann lo sabían?

—Eran mis mejores amigas. Tuve que contárselo. Entendieron por qué lo había hecho. Juraron guardar el secreto.

—Y ahora tus amigas están muertas.

—Sí. —Lily se estremeció y cruzó los brazos alrededor del cuerpo. —Es mi culpa.

—¿Quién más lo sabe?

—Nunca se lo conté a nadie. Pensé que era un asunto terminado. —Inspiró. —Y entonces Sarah recibió esa postal.

—¿Con la referencia al Libro de las Revelaciones?

—Sí.

—Alguien más debe de saber lo que hiciste. Alguien que te vio aquella noche o se enteró por otra persona. Alguien que ahora se divierte atormentándote.

Lily negó con la cabeza.

—Solo Dominic mandaría esa postal.

—Pero está muerto. ¿Cómo podría hacerlo?

Lily guardó silencio, sabiendo que lo que iba a decir seguramente le sonaría absurdo a esa mujer tan fría y lógica.

—¿Cree en la vida después de la muerte, detective?

Como Lily había predicho, Jane soltó una risotada.

—Creo que tenemos una sola vida. Por lo que no podemos darnos el lujo de arruinárnosla.

—Los antiguos egipcios creían en otra vida. Creían que cada persona tiene un Ba, al que representaban como un pájaro con rostro humano. El Ba es tu alma. Cuando mueres, queda en libertad y puede regresar volando al mundo de los vivos.

—¿Y qué tiene que ver esto de los egipcios con tu primo?

—Él nació en Egipto. Tenía libros y más libros de su madre, algunos muy antiguos, con conjuros de textos mortuorios egipcios, hechizos mágicos para llevar al Ba de nuevo a la vida. Creo que encontró la forma.

—¿Estás hablando de resurrección?

—No. De una posesión.

El silencio pareció extenderse por una eternidad.

—¿Te refieres a una posesión demoníaca? —preguntó Jane por fin.

—Sí —respondió Lily en voz baja. —El Ba encuentra otro hogar.

—¿Se apodera del cuerpo de otro tío? ¿Lo hace cometer asesinatos?

—El alma no tiene forma física. Necesita comandar a la carne. El concepto de posesión demoníaca no es nuevo. La Iglesia Católica siempre lo ha sabido y han documentado casos. Tienen ritos de exorcismo.

—¿Estás diciendo que el Ba de tu primo ha secuestrado un cuerpo y que es así como ha logrado perseguirte, como ha matado a tus dos amigas?

Lily oyó el escepticismo en la voz de Jane y suspiró.

—No tiene sentido hablar de esto. Usted no cree ni una palabra.

—¿Y tú sí? Venga, lo pregunto en serio.

—Hace doce años no lo creía —respondió Lily en voz baja. Miró a Jane. —Pero ahora lo creo.

Doce años debajo del agua, pensó Jane. Estaba de pie en el borde de la cantera, tiritando, mientras los motores rugían y el cable se tensaba por el peso del coche sumergido desde hacía tantos años. ¿Qué le sucede a la carne que ha estado en el agua entre algas florecientes durante doce veranos, en el hielo y el deshielo de doce inviernos? Las otras personas que estaban junto a ella guardaban un silencio sombrío, pensando con pavor, como ella, en el primer atisbo del cadáver de Dominic Saul. El examinador médico del condado, el doctor Kibbie, se levantó el cuello del abrigo y se cubrió la cara con la bufanda, como si quisiera desaparecer dentro del abrigo , como si quisiera estar en cualquier lado menos allí. En los árboles por encima de ellos, un trío de cuervos graznaba, como anhelando echarle un vistazo a la carroña o saborearla.

Ojalá no quede nada de carne, pensó Jane. Los huesos limpios no le causaban tanta impresión. Los esqueletos eran meras decoraciones de Halloween, parecían de plástico ruidoso. No eran humanos en absoluto.

Miró a Lily, que estaba a su lado. Ha de ser todavía peor para ti. Tú lo conocías. Tú lo mataste. Pero Lily no apartó la mirada; se mantuvo junto a Jane, con los ojos fijos en la cantera debajo de ellas.

El cable se tensó al máximo y levantó el coche de las aguas negras donde flotaban trozos de hielo roto. Un buzo se había sumergido con anterioridad para confirmar que el coche estaba allí, pero el agua había estado demasiado turbia, con demasiado sedimento para poder ver el interior con nitidez. Ahora el agua parecía hervir y el vehículo emergió a la superficie. El aire en los neumáticos lo había hecho darse vuelta al caer, y primero emergió la parte inferior, despidiendo agua del metal oxidado. Como una ballena que sale a la superficie, asomó el paragolpes trasero; la matrícula estaba cubierta por una década de algas y sedimento. El motor de la grúa cobró más fuerza y el chillido de la maquinaria perforó el cráneo de Jane. Sintió que Lily se estremecía contra ella y pensó que seguramente retrocedería hasta el coche. Pero Lily logró mantenerse firme en su sitio mientras la grúa transportaba la carga hacia tierra firme y la depositaba suavemente sobre la nieve.

Un obrero soltó el cable. Otro rugido de motores, un empellón de la grúa y el coche se enderezó. El agua que brotaba del vehículo manchaba la nieve de color marrón.

Durante unos instantes, nadie se acercó. Lo dejaron allí para que drenara el agua. Luego el doctor Kibbie se colocó guantes y atravesó la nieve fangosa hasta la puerta del conductor. Tiró, pero no la pudo abrir. Dio la vuelta al lado del pasajero y tiró de la manilla. Saltó hacia atrás cuando la puerta se abrió, liberando un torrente de agua que le empapó las botas y los pantalones.

Dirigió una mirada a los otros, luego se concentró nuevamente en la puerta abierta, de la que seguía saliendo agua. Inspiró hondo, tomando valor para lo que le esperaba y se inclinó dentro del coche. Durante varios segundos mantuvo esa postura, flexionado a partir de la cintura, con el trasero fuera del vehículo. De repente, se

enderezó y se volvió hacia los demás.

—No hay nada aquí —dijo.

—¿Qué? —exclamó Jane.

—Está vacío.

—¿No se ve ningún resto?

El doctor Kibbie negó con la cabeza.

—No hay ningún cadáver en este coche.

—Los buzos no hallaron nada, Lily. Ni un cuerpo, ni un esqueleto. Ninguna prueba de que tu primo haya estado en esa cantera.

Estaban sentadas en el coche aparcado de Jane, mientras copos de nieve caían suavemente sobre el parabrisas, cubriéndolo con un velo de encaje.

—No lo soñé —dijo Lily—. Sé que sucedió. —Miró a Jane con ojos atemorizados. —¿Por qué inventaría algo así? ¿Por qué confesaría que lo maté si no fuera verdad?

—Hemos confirmado que se trata del coche de tu madre. El registro no ha sido renovado en doce años. Las llaves siguen estando en el contacto.

—Le dije que estarían allí. Le dije con toda exactitud dónde encontrarían el coche.

—Sí, hemos podido verificar todo lo que has dicho con excepción de ese pequeño detalle: no hay cadáver.

—Podría haberse descompuesto hasta deshacerse.

—Debería haber un esqueleto, de todos modos. Pero no hay nada. Ni ropa, ni huesos. —Jane hizo una pausa. —Comprendes lo que eso significa.

Lily tragó saliva y contempló el parabrisas, ya cubierto por un manto de nieve.

—Que está vivo.

—No has estado escapando de un fantasma ni de un espíritu maligno. Está vivo, es de carne y hueso, y me atrevo a decir que está furioso contigo porque trataste de matarlo. De eso se trata todo esto, Lily. De venganza. Hace doce años era solo un chico. Pero ahora es un hombre y finalmente puede vengarse. El pasado mes de agosto, perdió tu rastro en Italia y no sabía cómo encontrarte. Así que fue tras Sarah y Lori-Ann en busca de información. Pero ellas tampoco sabían dónde estabas; no le fueron de ninguna utilidad. Tuvo que buscar otra forma de localizarte.

—La Fundación Mefisto —murmuró Lily.

—Si la organización Mefisto está tan bien considerada como sostiene Sansone, entonces es probable que su reputación se haya expandido más allá de las fuerzas del orden. Claramente, Dominic también está enterado de su existencia: sabía cómo captar su atención. Esa llamada a Joyce O'Donnell. Las palabras en latín, la concha marina, los símbolos satánicos... todo llevaba a que el grupo Mefisto finalmente pensara que estaban siguiendo el rastro de Satanás. Pero en mi opinión, los estaban utilizando.

—Dominic los usaba para encontrarme.

—Hicieron un gran trabajo ¿no crees? En solamente diez días, Mefisto te encontró.

Lily se quedó pensando un instante. Luego dijo:

—No hay cadáver. No puede acusarme de ningún crimen. Ya no puede detenerme.

Jane miró esos ojos que brillaban de miedo y pensó: Quiere huir.

—¿Soy libre y puedo irme, verdad?

—¿Libre? —Jane rió. —¿Llamas ser libre a vivir como un conejo asustado?

—Pues he sobrevivido ¿o no?

—¿Y cuándo vas a defenderte? ¿Cuándo vas a tomar una posición? No estamos hablando del diablo, estamos hablando de un hombre. Se lo puede destruir.

—Qué fácil es para usted decirlo. ¡No es a usted a quien persigue!

—No, pero yo lo estoy persiguiendo a él y necesito tu ayuda. Trabaja conmigo, Lily. Lo conoces mejor que nadie.

—Es por eso que no puede permitirse que yo siga viviendo.

—Te prometo que estarás a salvo.

—No está en condiciones de cumplir esa promesa. ¿Acaso cree que él no sabe ya dónde estoy? No tiene idea de lo meticuloso que es. No se le escapa detalle ni oportunidad. Puede que esté vivo y que respire. Pero nunca me convencerá de que es humano.

Sonó el móvil de Jane, y ambas se sobresaltaron. La detective atendió la llamada, sintiendo la mirada de Lily sobre ella, tensa y cuestionadora. Supone lo peor.

Era Barry Frost.

—¿Dónde estás?

—Seguimos en Norwich. Es tarde, así que seguramente pasemos la noche en un motel y regresemos mañana.

—Creo que sería mejor que no la trajeras aquí.

—¿Por qué?

—Porque tenemos un grave problema. Oliver Stark está muerto.

—¿Qué?

—Alguien utilizó el teléfono de Stark para llamar al nueve-uno-uno y luego lo dejó descolgado. Así fue cómo nos enteramos. Ahora mismo estoy en su casa. Madre mía, esto es una masacre. Todavía

sigue atado a la silla de ruedas, pero está irreconocible. El pobre chico no tuvo la menor posibilidad. —Se hizo un silencio, mientras Frost aguardaba a que ella hablara. —¿Rizzoli?

—Tenemos que advertir a los demás. A Sansone y a la señora Felway.

—Ya los he llamado y también a la doctora Isles. Mefisto también tiene miembros en Europa y todos están tomando precauciones.

Jane pensó en lo que Lily acababa de decir. Jamás me convencerá de que es humano. ¿Qué precauciones podía tomar alguien contra un asesino que parecía capaz de atravesar paredes?

—Los está cazando uno por uno —dijo Jane.

—Así parece. Esto se ha vuelto mucho más complicado de lo que creíamos. No se trata solamente de Lily Saul. Se trata de toda la fundación.

—¿Por qué coño hace esto? ¿Por qué los persigue?

—¿Sabes cómo lo llamó Sansone? —dijo Frost—. Una exterminación. Tal vez nos equivocamos respecto de Lily Saul. Tal vez ella no sea el blanco.

—En cualquier caso, no puedo llevarla allí ahora.

—El teniente Marquette piensa que estará más segura fuera de Boston y concuerdo con él. Estamos trabajando para conseguir un arreglo a largo plazo, pero nos llevará un par de días.

—¿Y qué hago con ella hasta entonces?

—Sansone sugirió New Hampshire. Una casa en las Montañas Blancas. Dice que es segura.

—¿De quién es la casa?

—Pertenece a un amigo de la señora Felway.

—¿Y vamos a confiar en el juicio de Sansone en este momento?

—Marquette lo aprobó. Dice que los jefes no tienen ninguna duda respecto a Sansone.

Pues entonces saben más sobre ese hombre que yo.

—Vale —dijo por fin—. ¿Cómo llego a esta casa?

—La señora Felway te llamará para darte indicaciones.

—¿Y qué hay de Sansone y Maura? ¿Qué harán ellos?

—Todos se dirigen al mismo sitio. Se encontrarán con vosotras allí.

Treinta y seis

Era la una de la tarde cuando cruzaron el límite estatal de Massachusetts y entraron en New Hampshire. Lily casi no había hablado desde que habían salido del motel de Oneonta esa mañana. Ahora, mientras conducían hacia el norte, hacia las Montañas Blancas, el único sonido que se oía era el chirrido del limpiaparabrisas que barría la nieve del parabrisas. Está demasiado nerviosa como para conversar, pensó Jane, mirando a su acompañante silenciosa. La noche anterior, en la habitación de motel que habían compartido, Jane la había escuchado dar vueltas en la cama contigua durante toda la noche y esa mañana los ojos de Lily estaban hundidos y su cara tan demacrada que casi se veía la blancura de sus huesos debajo de la piel pálida. Con varios kilos más, Lily Saul sería bonita. Pero ahora, cuando Jane la miraba, lo que veía era un cadáver ambulante.

Es posible que sea exactamente eso.

—¿Se quedará conmigo esta noche? —La pregunta fue hecha en voz tan baja que casi se perdió bajo el ruido del limpiaparabrisas.

—Evaluaré la situación —dijo Jane—. Depende de lo que piense de ella.

—O sea que es posible que no se quede.

—No estarás sola, allí.

—Supongo que quiere volver a su casa ¿no? —Lily suspiró. —¿Tiene marido?

—Sí, estoy casada.

—¿Y niños?

Jane vaciló.

—Tengo una hija.

—No quiere hablarme de usted. No confía en mí.

—No te conozco lo suficiente.

Lily miró por la ventana.

—Todos los que me conocían de verdad están muertos... —Hizo una pausa. —... Salvo Dominic.

Afuera, la nieve caía como un velo blanco. Subieron por un bosque denso de pinos y por primera vez Jane se preguntó si podría llegar a destino con su coche si continuaba nevando de esa manera.

—¿Y por qué tendría que confiar en mí? —dijo Lily con una risa amarga—. Lo único que sabe sobre mí es que intenté matar a mi primo. Y la cagué.

—Aquel mensaje sobre la pared de Lori-Ann —dijo Jane—. Era para ti, ¿verdad? He pecado.

—Porque lo he hecho —murmuró Lily—. Y nunca dejaré de pagar por eso.

—Y la mesa preparada para cuatro. Eso representaba a la familia Saul ¿o no? Una familia de cuatro.

Lily se pasó una mano por los ojos y miró por la ventana.

—Y soy la última. El cuarto sitio.

—¿Sabes una cosa? —dijo Jane—. Yo también hubiera matado a ese hijo de puta.

—Pero hubiera hecho un mejor trabajo.

El camino se tornó más empinado. El Subaru subía con esfuerzo; los neumáticos luchaban por afirmarse en la nieve polvo cada vez más profunda. Jane miró su móvil y vio que no había ni siquiera una

barra de señal. No habían visto una casa en diez kilómetros por lo menos. Tal vez deberíamos regresar, pensó. Mi tarea es mantener con vida a esta mujer, no dejarla varada en las montañas para que muera de frío.

¿Irían por el camino correcto?

Escudriñó por el parabrisas, tratando de ver la cima de la colina. Fue entonces cuando divisó la cabaña: parecía un nido de águila sobre el pico del acantilado. No había ninguna otra casa cerca y ese era el único camino que subía la montaña. En la cima seguramente habría vistas panorámicas del valle. Pasaron por un portón que habían dejado abierto para ellas.

Jane dijo:

—Este sitio parece seguro. Una vez que se cierra ese portón, es imposible acercarse. A menos que tenga alas, no podrá llegar hasta aquí.

Lily miraba el acantilado.

—Y nosotros no podremos huir —dijo en voz baja.

Frente a la cabaña se veían dos vehículos. Jane aparcó detrás del Mercedes de Sansone y descendieron del coche. Desde el camino de entrada, contempló los troncos rústicos, el techo en punta que se elevaba hacia el cielo cargado de nieve. Fue al maletero a buscar el equipaje y acababa de cerrarlo con fuerza cuando oyó un gruñido a sus espaldas.

Los dos perros Doberman habían salido como espíritus negros del bosque, moviéndose tan silenciosamente que ella no los había escuchado acercarse. Los perros las rodearon, mostrando los dientes, y las dos mujeres se paralizaron en su sitio.

—No corras —le susurró Jane a Lily—. Ni siquiera te muevas. — Sacó su arma.

—¡Balan! ¡Bakou! ¡Atrás!

Los perros se inmovilizaron y miraron a su dueña, que acababa de

salir de la cabaña y estaba en el porche.

—Lamento mucho que os hayan asustado —dijo Edwina Felway—. Tuve que permitirles salir a correr.

Jane no guardó el arma. No confiaba en esos animales y resultaba evidente que ellos tampoco confiaban en ella. Estaban plantados delante de ella, observándola con ojos negros como los de una serpiente.

—Son muy territoriales, pero enseguida entienden quién es amigo y quién, enemigo. Ya no deberíais tener problemas. Guarda el arma y venid hacia mí, pero no demasiado rápido.

De mala gana, Jane enfundó la pistola. Lily y ella pasaron junto a los perros y subieron al porche, bajo la atenta vigilancia de los Doberman. Edwina las guió adentro, a una sala cavernosa que olía a humo de madera. Unas vigas gigantes se arqueaban en lo alto y de las paredes de pino nudoso colgaban cabezas embalsamadas de alces y ciervos. En la chimenea de piedra crepitaban llamas alrededor de troncos de abedul.

Maura se levantó del sofá para recibirlas.

—Por fin llegasteis —dijo—. Con esta tormenta que se acercaba, comenzábamos a preocuparnos.

—El camino para llegar hasta aquí estaba bastante difícil —dijo Jane—. ¿Tú cuándo llegaste?

—Vinimos anoche, después de que nos llamó Frost.

Jane cruzó hasta una ventana que miraba al valle. A través de la pesada cortina de nieve, atisbó las montañas en la distancia.

—¿Tenéis comida suficiente? —preguntó—. ¿Combustible?

—Alcanza para varias semanas —respondió Edwina—. Mi amigo la mantiene muy bien equipada. Y eso incluye la bodega. Tenemos mucha leña. Y un generador, por si se corta la energía.

—Y yo estoy armado —dijo Sansone.

Jane no lo había escuchado entrar en la habitación. Se volvió y se sorprendió al ver el aspecto sombrío que tenía. Las últimas veinticuatro horas lo habían transformado. Él y sus amigos estaban bajo asedio, y la tensión se veía en su cara demacrada.

—Me alegro de que vaya a quedarse con nosotros —dijo.

—En realidad... —Jane miró el reloj. —... pienso que la situación se ve segura.

—No pensarás marcharte esta noche —dijo Maura.

—Tenía esperanzas de regresar.

—Oscurecerá dentro de una hora. Y no limpiarán los caminos hasta mañana por la mañana.

—Debería quedarse —acotó Sansone—. Los caminos estarán muy difíciles.

Jane miró hacia afuera; la nieve seguía cayendo. Pensó en los neumáticos que derrapaban y los caminos solitarios de montaña.

—Creo que es una buena idea —dijo.

—¿Entonces toda la banda pasará la noche aquí? —dijo Edwina—. Iré a cerrar el portón.

—Tenemos que brindar —propuso Edwina—; en memoria de Oliver.

Estaban todos sentados en el gran salón, reunidos alrededor del gigantesco chimenea de piedra. Sansone dejó caer un tronco a las llamas y la corteza fina como papel siseó y soltó chispas. Afuera había oscurecido. El viento aullaba, las ventanas se estremecían y una ráfaga repentina entró por la chimenea y sopló humo en la habitación. Como si Lucifer anunciara su entrada, pensó Jane. Los dos perros Doberman, que estaban tendidos junto al sillón de Edwina, de pronto levantaron la cabeza como si olieran a un intruso.

Lily se levantó del sofá y se acercó al hogar. A pesar del fuego rugiente, el salón estaba frío y se cubrió los hombros con una manta mientras contemplaba las llamas; el brillo anaranjado se reflejaba en su cara. Todos estaban atrapados allí, pero ella era la verdadera prisionera. La única persona alrededor de la cual se arremolinaba la oscuridad. Apenas si había comido algo durante la cena y no tocó la copa de vino mientras todos los demás brindaban.

—Por Oliver —murmuró Sansone.

Alzaron las copas en un tributo triste y silencioso. Jane bebió un sorbo pequeño. Le apetecía una cerveza, por lo que le pasó su copa a Maura.

Edwina dijo:

—Necesitamos sangre nueva, Anthony. He estado pensando en candidatos.

—No puedo pedirle a nadie que se una a nosotros, menos en este momento —dijo Sansone. Miró a Maura. —Lamento mucho que te hayas visto envuelta en este asunto. En ningún momento quisiste ser parte de nada de esto.

—Conozco un hombre en Londres —dijo Edwina—. Estoy segura de que estaría dispuesto. Ya le he propuesto su nombre a Gottfried.

—No es el momento, Winnie.

—¿Entonces cuándo? Este hombre trabajaba con mi esposo hace años. Es egiptólogo y probablemente puede interpretar todo lo que Oliver...

—Nadie puede reemplazar a Oliver.

La respuesta brusca de Sansone pareció desconcertar a Edwina.

—Claro que no —dijo por fin—. No fue mi intención que sonara así.

—¿Fue alumno suyo en Boston College? —preguntó Jane.

Sansone asintió.

—Tenía solo dieciséis años, el alumno de primer año más joven del campus. Me di cuenta de que era superdotado el primer día que entró con su silla de ruedas en mi clase. Hacía más preguntas que nadie. El hecho de que tuviera una especialización en matemática resultó ser una de las razones por la que era tan bueno en lo que hacía. Echaba un vistazo a algún antiguo código oscuro e inmediatamente reconocía los patrones. —Sansone dejó la copa. —Jamás conocí a alguien como él. Desde el momento en que lo conocías, te dabas cuenta de que era brillante.

—A diferencia del resto de nosotros —acotó Edwina con una risa irónica—. Yo soy uno de los miembros nada brillantes que tuvo que ser recomendada por alguien. —Miró a Maura. —¿Supongo que sabe que Joyce O'Donnell sugirió que la incorporáramos a usted?

—Maura tiene sentimientos encontrados al respecto —dijo Sansone.

—Joyce no le caía demasiado bien, ¿verdad?

Maura terminó el vino de la copa de Jane.

—Prefiero no hablar mal de los muertos.

—A mí no me importa ser franca al respecto —dijo Jane—. Jamás me asociaría a ningún club del que Joyce O'Donnell fuera miembro.

—Creo que de cualquier manera, no se uniría a nosotros —dijo Edwina, mientras descorchaba otra botella—, puesto que no cree.

—¿En Satanás? —Jane rió. —Ese tío no existe.

—¿Puede decir eso aun con todos los horrores que ha visto en su trabajo, detective? —preguntó Sansone.

—Todos cometidos por seres humanos corrientes. Y no, tampoco creo en la posesión satánica.

Sansone se inclinó hacia ella, y su cara captó el brillo de las llamas.

—Conoce el caso del "Envenenador de la Taza de Té"?

—No.

—Era un chico inglés llamado Graham Young. A los catorce años, comenzó a envenenar a miembros de su propia familia. Su madre, su padre, su hermana. Finalmente fue arrestado por el asesinato de su madre. Tras su liberación, años más tarde, siguió envenenando gente. Cuando le preguntaban por qué, dijo que lo hacía para divertirse. Y por la fama. No era un ser humano normal.

—Más bien un sociópata —dijo Jane.

—Esa es una palabra bonita y tranquilizadora. Con un diagnóstico psiquiátrico se explica lo inexplicable. Pero existen actos tan terribles que no se los puede explicar. Ni siquiera se los puede concebir. —Hizo una pausa. —Graham Young inspiró a otra joven asesina. Una chica japonesa de dieciséis años a quien entrevisté el año pasado. Había leído el diario publicado de Graham Young y se sintió tan inspirada por sus crímenes que decidió emularlo. Primero mató animales. Los desmembraba y jugaba con las partes de sus cuerpos. Escribía un diario electrónico, donde contaba con meticuloso detalle lo que se sentía al hundir un cuchillo en la carne de un ser vivo. La tibieza de la sangre, los estertores de la criatura agonizante. Luego pasó a matar personas. Envenenó a su madre con talio y registró en su diario cada uno de los dolorosos síntomas que sufría. —Sansone se echó hacia atrás, sin dejar de mirar a Jane. —¿También la llamaría una sociópata?

—¿Y usted la llamaría un demonio?

—No hay otra palabra para lo que es. Ni para lo que es un hombre como Dominic Saul. Sabemos que existen. —Se volvió y contempló el fuego. —El problema —añadió en voz baja— es que ellos también parecen conocer nuestra existencia.

—¿Leyó alguna vez El Libro de Enoc, detective? —preguntó Edwina, mientras volvía a llenar las copas de vino.

—La he oído mencionarlo con anterioridad.

—Fue encontrado entre los Pergaminos del Mar Muerto. Es un texto antiguo, anterior al Cristianismo. Forma parte de la literatura apócrifa. Prevé la destrucción del mundo. Nos dice que la tierra está asolada por otra raza llamada los Custodios, que primero nos

enseñaron a hacer espadas, cuchillos y escudos. Nos dieron los instrumentos de nuestra propia destrucción. Aun en la antigüedad, la gente conocía la existencia de estos seres y reconocían que eran distintos de nosotros.

—Los hijos de Seth —dijo Lily en voz baja—. Los descendientes del tercer hijo de Adán.

Edwina se quedó mirándola.

—¿Conoces su historia?

—Sé que se los llama de distintas maneras.

—Nunca oí que Adán tuviera un tercer hijo —dijo Jane.

—Aparece en el Génesis, pero la Biblia, convenientemente, resta importancia a muchas cosas —dijo Edwina—. Es tanta la historia que ha sido censurada y suprimida. Solo ahora, casi dos mil años más tarde, se puede leer el Evangelio de Judas.

—Y estos descendientes de Seth... ¿son los Custodios?

—Se los ha llamado de diferentes maneras a través de los siglos. Los Elohim, los Nefilim. En Egipto, los Shemsu Hor. Lo único que sabemos es que su linaje es antiguo y se origina en el Levante.

—¿Dónde?

—En Tierra Santa.

—El Libro de Enoc nos cuenta que en última instancia tendremos que luchar contra ellos por nuestra supervivencia. Y que padeceremos dolores terribles mientras ellos matan, oprimen y destruyen. —Edwina hizo una pausa para volver a llenar la copa de Jane. —Luego, en el final, se decidirá todo. Llegará la última batalla. El Apocalipsis. —Miró a Jane. —Aunque usted no lo crea, la tormenta se acerca.

Las llamas parecían borronearse delante de los ojos cansados de Jane. Y por un instante, imaginó un mar de fuego, consumiendo todo. Así que este es el mundo en el que habitáis vosotros, pensó.

Un mundo que no reconozco.

Miró a Maura.

—Por favor no me digas que tú crees eso, doc.

Pero Maura terminó la copa de vino y se puso de pie.

—Estoy agotada —dijo—. Me voy a la cama.

Treinta y siete

Alguien golpeaba contra el borde de la conciencia de Lily, pidiendo ser admitido en el paisaje secreto de sus sueños. Despertó en la oscuridad y sintió un momento de pánico en el que nada le resultó conocido. Luego vio el brillo de la luz de la luna y recordó donde estaba. Por la ventana, contempló la nieve sorprendentemente brillante. La tormenta había pasado y la luna brillaba sobre un mundo blanco y puro, silencioso y mágico. Por primera vez en meses, se sentía segura. Ya no estoy sola, pensó. Estoy con gente que entiende mis miedos, gente que me va a proteger.

Escuchó un clic-clic junto a la puerta que se fue perdiendo por el pasillo. Era solo uno de los perros, pensó. Bakou y Balan. Qué nombres horribles. Se quedó en la cama, esperando que pasara el ruido de las uñas nuevamente, pero el perro no regresó.

Mejor. Porque tenía que usar el baño y no quería encontrarse con ninguno de esos animales en el pasillo.

Se levantó de la cama y fue hasta la puerta. Asomó la cabeza hacia el pasillo y buscó los perros, pero no los vio ni oyó el ruido de sus uñas. Desde la escalera llegaba una luz tenue, suficiente para permitirle encontrar el baño del pasillo. Justo cuando llegaba al umbral, su pie descalzo tocó algo mojado. Bajó la mirada y vio el suave destello de un charco y alejó el pie, asqueada. Los perros, claro. ¿Qué otros accidentes habrían dejado en el suelo? No quería pisar nada peor.

Buscó el interruptor, encendió la luz y revisó el suelo. Vio más charcos, pero se dio cuenta de que no los habían dejado los perros; eran de nieve derretida y tenían forma de pisada. Alguien había estado caminando afuera y había metido nieve dentro de la casa. Levantó la mirada hacia el espejo y se encontró con sus ojos soñolientos y hundidos. Y de pronto vio otra cosa, algo que hizo que

se le erizara el pelo de la nuca: el reflejo de lo que habían dibujado en rojo sobre la pared a sus espaldas.

Tres cruces invertidas.

Lily ahogó una exclamación, se tambaleó hacia atrás y huyó del baño. El pánico la hizo correr por el pasillo descalza, resbalando sobre el suelo mojado, hasta llegar a la puerta más cercana. Era el dormitorio de Maura.

—¡Despierte! —susurró—. ¡Despierte! —La sacudió con tanta fuerza que el cabecero de la cama se sacudió y los resortes chirriaron. Maura suspiró, pero no se movió.

¿Qué pasa contigo? ¿Por qué no te puedo despertar?

Algo crujió en el pasillo. Lily giró la cabeza hacia la puerta. Con el corazón a punto de quebrarle las costillas con la fuerza de los latidos, caminó hacia la puerta y se quedó escuchando, tratando de distinguir los sonidos más allá del latido desbocado de su corazón.

Nada.

Asomó la cabeza hacia el pasillo. Estaba vacío.

Despierta a los demás. ¡Tienes que avisarles que él está en la casa!

Salió al pasillo y corrió descalza hacia la habitación que creía era la de Jane. Soltó un gemido de frustración al girar la manija y ver que estaba con llave. ¿Golpeo para despertarla? ¿Me atrevo a hacer ruido? Entonces oyó el gemido de un perro, el ruido de las uñas en el suelo del gran salón de la planta baja. Avanzó hacia la escalera. Al asomarse por la baranda, estuvo a punto de soltar una carcajada de alivio.

Abajo, el fuego ardía en el hogar. Sentada en el sofá, de frente a las llamas, se encontraba Edwina Felway.

Cuando Lily bajó a toda prisa los escalones, los dos perros Doberman levantaron la mirada y uno de ellos emitió un gruñido de advertencia.

—Bueno, bueno, Balan —dijo Edwina—. ¿Qué te ocurre ahora?

—¡Edwina! —susurró Lily.

Edwina se volvió hacia ella.

—Ah. Estás desierta. Estaba a punto añadir más leña al fuego.

Lily miró el fuego, que ya rugía; unas llamas enormes consumían una montaña precariamente alta de leña.

—Escúchame —susurró Lily; avanzó un paso y volvió a detenerse cuando uno de los perros se puso de pie, mostrando los dientes. —¡Está adentro de la casa! ¡Tenemos que despertar a los demás!

Con serenidad, Edwina cogió dos leños y los arrojó al fuego, lo que avivó ese infierno ardiente.

—Noté que casi no tocaste el vino esta noche, Lily.

—¡Dominic está aquí!

—Podrías haber dormido durante todo éste asunto, junto con los demás. Pero esto es mucho mejor: tenerte despierta.

—¿Qué?

El perro emitió otro gruñido y Lily contempló los dientes que brillaban anaranjados a la luz del fuego. Los perros, pensó de repente. No habían ladrado ni una sola vez en toda la noche. Y un intruso había entrado en la casa. Había dejado huellas de zapatos en el suelo. Y los perros no habían dado aviso.

Porque lo conocen.

Cuando Edwina se volvió hacia ella, Lily corrió hacia el chimenea y cogió el atizador.

—Tú lo trajiste aquí —dijo, retrocediendo con el atizador levantado a modo de defensa—. Tú le contaste.

—No fue necesario. Ya estaba aquí en la montaña, esperándonos.

—¿Dónde está?

—Dominic aparecerá cuando sea el momento.

—¡Maldición! —exclamó Lily y asió el atizador con más fuerza. —¿Dónde se esconde?

Vio el ataque demasiado tarde. Escuchó el gruñido, el ruido de uñas sobre la madera y miró hacia un costado justo cuando dos rayos negros se abalanzaban sobre ella. El impacto la hizo caer al suelo y el atizador cayó de su mano con un ruido sordo. Unas mandíbulas poderosas se cerraron alrededor de su brazo. Lily gritó al sentir que los colmillos le desgarraban la piel.

—¡Balan! ¡Bakou! ¡Atrás!

No fue la voz de Edwina la que emitió la orden, sino otra: la voz de las pesadillas de Lily. Los perros la soltaron y retrocedieron, dejándola aturdida y sangrante. Trató de levantarse, pero la mano izquierda le colgaba, inútil; los perros le habían cortado los tendones. Con un gemido, rodó de costado y vio un charco de su propia sangre en el suelo. Y más allá de esa sangre, vio que unos zapatos de hombre se acercaban hacia ella. Respirando con sollozos, se incorporó para quedar sentada. Él se detuvo junto al chimenea y quedó iluminado desde atrás por las llamas, como una figura oscura salida del infierno. La miró desde su altura.

—No sé cómo, pero siempre te las arreglas para hacerlo, Lily —dijo —. Siempre eres la que me causa problemas.

Ella intentó escabullirse hacia atrás, pero sus hombros colisionaron contra un sillón y ya no pudo alejarse más. Paralizada en su sitio, levantó la mirada hacia Dominic, hacia el hombre en que se había convertido. Seguía teniendo el mismo pelo rubio dorado, los mismos llamativos ojos azules. Pero había crecido y sus hombros se habían ensanchado, y la cara que en un tiempo había sido angelical había adquirido ángulos filosos y crueles.

—Hace doce años —dijo él—, me mataste. Ahora voy a devolverte el favor.

—Tienes que vigilarla —dijo Edwina—. Es rápida.

—¿No te lo dije, acaso, mamá?

La mirada de Lily se posó en Edwina, luego otra vez sobre Dominic. La misma estatura. Los mismos ojos.

Dominic vio su expresión estupefacta y dijo:

—¿A quién más recurriría un chico de quince años cuando se encuentra en problemas? Cuando ha salido de un coche sumergido con solo la ropa que lleva puesta? Tenía que mantenerme muerto y fuera de vista o hubieras dado aviso a la policía. Me quitaste todas las opciones, Lily. Salvo una.

Su madre.

—Transcurrieron meses hasta que mi carta le llegó. ¿Acaso no dije desde el comienzo que ella vendría a buscarme? Y tus padres nunca lo creyeron.

Edwina extendió el brazo para acariciar la cara de su hijo.

—Pero tú sabías que vendría.

Él sonrió.

—Siempre cumples tus promesas.

—Y esta también la cumplí ¿verdad? Te la traje. Solo tenías que tener paciencia y terminar con tu capacitación.

Lily miraba a Edwina.

—Pero eres miembro de la Fundación Mefisto.

—Y sabía cómo utilizarlos —dijo Edwina—. Sabía cómo atraerlos al juego. Tú crees que todo esto es por ti, Lily, pero en realidad, es por ellos. Por el daño que nos han hecho durante años. Vamos a destruirlos. —Miró las llamas. —Necesitamos más leña. Iré afuera a buscar troncos.

—No creo que sea necesario —dijo Dominic—. Esta cabaña está reseca como una caja de cerillas. Solo se necesita una chispa para desatar un incendio.

Lily meneó la cabeza.

—Vais a matarlos a todos...

—Esa fue la idea desde un principio —dijo Edwina—. No se enterarán porque estarán dormidos.

—No será tan divertido como matar a Joyce O'Donnell —dijo Dominic—, pero al menos tú estás despierta para disfrutarlo, Lily. Cogió el atizador y hundió la punta dentro de las llamas. —El fuego es muy cómodo. Consume la carne por completo y solo deja huesos chamuscados. Nadie sabrá nunca cómo fue tu muerte, porque jamás verán los cortes. Ni las quemaduras. Pensarán que simplemente moriste como el resto, mientras dormías. Un accidente desafortunado, al que solo logrará sobrevivir mi madre. Nunca sabrán que gritaste durante horas antes de morir. —Sacó el atizador del fuego.

Lily se puso de pie con dificultad; le chorreaba sangre por la mano. Se lanzó hacia la puerta, pero antes de que pudiera alcanzarla, los dos perros se le pusieron delante. Ella se inmovilizó, con los ojos fijos en sus dientes.

Sintió que la cogían de los brazos; Edwina la arrastró hacia atrás, hacia el hogar. Lily gritó y se defendió ciegamente. Con satisfacción, sintió que su puño se incrustaba contra la mejilla de Edwina.

Fueron los perros los que la derribaron nuevamente, abalanzándose sobre su espalda y dejándola tendida en el suelo.

—¡Atrás! —ordenó Dominic.

Los perros retrocedieron. Edwina, sujetándose la cara magullada, dirigió un puntapié a las costillas de Lily y ella rodó hacia un lado, demasiado dolorida como para respirar. A través de la niebla del dolor, vio que los zapatos de Dominic se acercaban. Sintió que

Edwina la sujetaba de las muñecas y se las inmovilizaba contra el suelo. Levantó la mirada hacia la cara de Dominic, hacia los ojos que reflejaban el brillo del fuego como brasas ardientes.

—Bienvenida al Infierno —dijo él. En la mano tenía el atizador caliente.

Lily gritó y se retorció, tratando de soltarse, pero Edwina era demasiado fuerte. Cuando Dominic bajó el atizador hacia ella, apartó la cara, apretando la mejilla contra el suelo y cerrando los ojos para protegerse del dolor que sobrevendría.

La explosión le mojó la cara con algo tibio. Oyó que Edwina ahogaba una exclamación, oyó el ruido del atizador cuando cayó al suelo. Y de pronto, sus manos quedaron libres.

Abrió los ojos para ver a los dos Doberman corriendo por el salón hacia Jane Rizzoli. Jane levantó el arma y volvió a disparar. Uno de los perros cayó, pero el otro ya estaba en el aire, volando como un cohete negro. Jane logró disparar otra vez justo cuando el perro se estrellaba contra ella. El arma se le resbaló de la mano y Jane cayó junto con el perro, luchando contra el animal herido.

—No —gemía Edwina. Estaba de rodillas junto a su hijo caído, acunando su cara, acariciándole el pelo—. ¡No puedes morir!. Eres el elegido.

Lily intentó sentarse; la habitación giraba ante sus ojos. A la luz de las llamas hambrientas, vio que Edwina se levantaba como un ángel vengador y luego se inclinaba para recoger del suelo el arma de Jane.

Lily se puso de pie con dificultad, sintiendo que la habitación giraba a más velocidad. El torbellino de imágenes no se aquietaba. Las llamas. Edwina. El charco de sangre de Dominic, reluciente a la luz del fuego.

Y el atizador.

El perro se sacudió en un último estertor y Jane lo empujó hacia un lado. La carcasa cayó al suelo, con la lengua colgando. Solo

entonces Jane vio que Edwina estaba de pie ante ella, apuntándole con el arma.

—Todo termina aquí. Esta noche —dijo Edwina—. Tú. Y Mefisto. —Edwina levantó el arma y su brazo se tensó cuando cerró la mano alrededor de la culata. Estaba tan concentrada en Jane que no vio que su propia muerte venía hacia su cabeza.

El atizador se estrelló contra el cráneo de Edwina y Lily oyó el crujido del hueso transmitido directamente hasta su mano a través del hierro. Edwina cayó al suelo sin pronunciar palabra. Lily perdió el control y el atizador golpeó contra la madera del suelo. Se quedó mirando lo que acababa de hacer. El cráneo hundido de Edwina. La sangre que fluía como un río negro. Y de pronto, el salón se oscureció, las piernas ya no la sostuvieron y cayó sentada al suelo. Bajó la cabeza hacia el regazo y ya no sintió nada: ni dolor, ni ninguna sensación en las extremidades. Flotaba, fuera de su cuerpo, al borde de la oscuridad.

—Lily. —Jane le tocaba el hombro. —Lily, estás sangrando. Déjame ver tu brazo.

Lily inspiró. De pronto, la habitación recobraba su luz. Despacio, levantó la cabeza y miró a Jane.

—La maté —murmuró.

—No la mires ¿vale? Venga, deja que te lleve al sillón. —Jane se inclinó para ayudar a Lily a levantarse. De pronto se paralizó, con los dedos alrededor del brazo de Lily.

Lily también oyó los susurros y la sangre se le heló en las venas. Miró a Dominic y vio que tenía los ojos abiertos y conscientes. Sus labios se movían y murmuraba unas palabras que eran casi imposibles de escuchar.

—No... no...

Jane se inclinó sobre él para escuchar. Lily no se atrevía a acercarse, temiendo que Dominic de pronto saltara hacia ella, como una cobra. Podrían matarlo una y otra vez, pero siempre regresaría.

Nunca moriría.

El mal nunca muere.

El fuego se reflejaba en el charco de sangre que se iba agrandando, como si las mismas llamas se estuvieran desparramando por el suelo, un infierno en expansión con Dominic como origen.

Sus labios volvieron a moverse.

—No somos...

—Dilo —dijo Jane—. Dímelo.

—No somos... los... únicos.

—¿Qué? —Jane se arrodilló, cogió a Dominic de los hombros y lo sacudió con fuerza. —¿Qué otros hay?

Un último suspiro brotó de los pulmones de Dominic. Lentamente, su mandíbula se aflojó y las líneas de su cara se alisaron como cera derretida. Jane soltó el cadáver y se enderezó. Miró a Lily.

—¿Qué quiso decir con eso?

Lily miró los ojos desenfocados de Dominic, su cara flácida y sin vida.

—Acaba de decirnos —respondió— que esto no ha terminado todavía.

Treinta y ocho

Una máquina quitanieves subía por el camino de montaña; el gruñido del motor retumbaba desde el valle. De pie en la terraza cubierta de nieve de la cabaña, Jane miró por encima de la baranda hacia el camino debajo. Vio el avance constante del vehículo que subía zigzagueando hacia ellos, limpiando un camino en la nieve fresca. Jane inhaló el aire frío y purificador y levantó la cara hacia el sol, tratando de despejar la última niebla de su mente. Una vez que el camino estuviera limpio, todos los vehículos oficiales llegarían a la montaña: la policía estatal, el médico forense, la unidad de escena del crimen. Tenía que estar bien alerta y preparada para sus preguntas.

Aunque no tenía todas las respuestas.

Se sacudió la nieve de las botas, abrió la puerta de vidrio y volvió a entrar en la cabaña.

Los demás sobrevivientes estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina. Aunque hacía más calor en el gran salón donde ardía el fuego, ninguno quería abandonar la cocina. Ninguno quería estar en la misma habitación que los cadáveres.

Maura terminó de vendar el brazo de Lily.

—Tienes lesionados los tendones flexores. Creo que vas a necesitar cirugía. Y como mínimo, antibióticos. —Miró a Jane. —Cuando esté despejado el camino, lo primero que debemos hacer es llevarla a un hospital.

—No falta demasiado —respondió Jane—. La quitanieves está a mitad de camino por la montaña. —Se sentó y miró a Lily. —Comprendes que la policía tendrá preguntas para hacerte. Muchas.

—Eso puede esperar hasta que haya recibido tratamiento médico.

—Sí, por supuesto. Pero Lily, comprendes que te harán preguntas sobre lo que sucedió aquí anoche.

—¿Tú no puedes respaldar todo lo que diga? —preguntó Maura.

—Es que no lo vi todo —dijo Jane—. Estuve dormida la mitad del tiempo.

—Gracias a Dios que no terminaste el vino. O todos estaríamos convertidos en cenizas.

—Me culpo a mí mismo —dijo Sansone—. No debería haberme dormido. Fue un error dejar que Edwina me sirviera una copa.

Jane lo miró con atención.

—Planeaba quedarse despierto toda la noche?

—Pensé que alguien tenía que quedarse despierto. Por las dudas.

—¿Entonces ya sospechaba de Edwina?

—No, me avergüenza admitir que no. Tiene que entender lo cuidadosos que somos cuando aceptamos un nuevo miembro. Solo nos llegan a través de recomendaciones de gente que conocemos. Y luego hacemos averiguaciones, verificamos sus antecedentes. No era Edwina de quien tenía dudas. —Miró a Lily. —Desconfiaba de ti.

—¿Por qué de Lily? —quiso saber Jane.

—Aquella noche, cuando forzaron la ventana de mi casa, ¿recuerda que le dije que siempre la manteníamos cerrada?

—Sí.

—Lo que significa que alguien la destrabó desde adentro, alguien que estaba en mi casa esa noche. Supuse que había sido Lily.

—Sigo sin comprender —dijo Maura—. Si sois tan cuidadosos respecto de los miembros que aceptáis en la Fundación, ¿cómo pudisteis equivocaros de ese modo con Edwina?

—Eso es lo que Gottfried y yo tenemos que averiguar. Cómo se infiltró. Cómo se planeó y ejecutó su ingreso. No es que apareció un día en la puerta; recibió ayuda de alguien dentro de la fundación, alguien que borró de sus antecedentes cualquier cosa que pudiera resultar sospechosa.

—Esas fueron las últimas palabras de Dominic —dijo Lily—. No somos los únicos.

—Estoy seguro de que hay más. —Sansone miró a Jane. —Aunque usted no tome conciencia de ello, detective, estamos en una guerra. Se ha venido librando hace siglos y la de anoche fue solamente una de las batallas. Lo peor está por venir.

Jane meneó la cabeza y soltó una risa cansada.

—Otra vez con esos demonios.

—Yo creo en ellos —declaró Lily, con la mandíbula firme de certeza —. Sé que son reales.

Oyeron el ruido de la máquina quitanieves sobre el asfalto y el gruñido de un motor que se acercaba. Por fin el camino había quedado despejado y podrían abandonar esa montaña: podían regresar a sus vidas. Maura, a los brazos de Daniel Brophy, que podría traerle sufrimiento o esperanza. Jane, a su trabajo como mediadora en la pelea entre sus padres.

Y me iré a casa con Gabriel. Me está esperando.

Jane se puso de pie y fue hasta la ventana. Afuera, el sol resplandecía sobre la nieve perfecta. El cielo estaba despejado y a esas alturas el camino hasta su casa estaría limpio y con arena. Era un hermoso día para hacer el viaje de regreso. Para abrazar a su esposo y besar a su hija. No veo la hora de reencontrarme con vosotros.

—Todavía no me cree ¿verdad, detective? —dijo Sansone—. No cree que estemos en medio de una guerra.

Jane levantó la mirada hacia el cielo y sonrió.

—Hoy —respondió—, elijo no creer.

Treinta y nueve

Las nubes oscuras colgaban bajas y Lily pudo sentir el olor a nieve en el aire mientras contemplaba la casa donde se había criado. No la veía como estaba ese día, como una cáscara abandonada, con el porche desvencijado, las maderas gastadas y grises. No, la veía como había estado años atrás durante los veranos, con clemátides en flor entre el enrejado y macetas con geranios rojos colgando de las vigas. Veía a su hermano Teddy saliendo de la casa, oía el chillido y el golpe de la puerta de tela mosquitera cerrándose tras él cuando bajaba sonriendo los escalones. Veía a su madre en la ventana, saludándolo con la mano y recordándole en voz alta: "¡Teddy, no llegues tarde para la cena!". Y veía a su padre, bronceado, silbando mientras cruzaba el jardín con la azada y se dirigía a su amada huerta. Lily había sido feliz allí, en un tiempo. Esos eran los días que quería recordar, los días a los que se aferraría.

Todo lo demás, todo lo que ha sucedido desde entonces, dejaré que se convierta en cenizas.

—¿Está segura, señorita Saul? —preguntó el jefe de bomberos.

Su equipo estaba con uniforme completo, listo para acatar la orden. A cierta distancia, cuesta abajo, un grupo de gente del pueblo se había reunido para observar. Pero Lily miró a Anthony Sansone y Gottfried Baum. Confiaba en ellos y ahora estaban a su lado para ser testigos del exorcismo de los demonios de Lily.

Volvió a fijar la mirada en la casa. Había donado los muebles a organizaciones benéficas locales. Con excepción de los fardos de paja que los bomberos habían apilado en un dormitorio de la primera planta, lo que se elevaba allí no era más que una cáscara vacía.

—¿Señorita Saul? —dijo el jefe de bomberos.

—Quemadla —respondió Lily.

Él dio la señal y su equipo avanzó con las mangueras y los bidones de queroseno mezclado con diesel. No sucedía a menudo que les ofrecieran una casa de esa magnitud como sacrificio para una capacitación en incendios, y los hombres se dieron a la tarea con entusiasmo, ansiosos por encender el fuego. A modo de práctica, lo apagarían, luego lo volverían a encender una y otra vez hasta que llegara el momento de dejar que las llamas triunfaran.

Cuando el humo negro caracoleó hacia el cielo, Lily retrocedió y se ubicó entre los dos hombres a quienes había llegado a considerar mentores, hasta figuras paternas. Sansone y Baum no dijeron una palabra, pero Lily oyó la repentina inhalación de Baum cuando aparecieron las primeras llamas en una ventana de la primera planta y sintió que Sansone apoyaba una mano tranquilizadora sobre su hombro. Ella no necesitaba apoyo: se mantenía con la espalda erguida y la mirada fija en el fuego. Adentro, las llamas consumirían las tablas de madera manchadas con la sangre de Peter Saul y lamerían las paredes profanadas por cruces impías. No debe permitirse que sitios así sobrevivan. Esa clase de mal no puede limpiarse nunca: solo puede destruirse.

Los bomberos se retiraron de la casa para contemplar la conflagración final. Las llamas crepitaban por el techo y la nieve se derretía, siseando, en vapor. Garras anaranjadas asomaban por las ventanas y trepaban por las maderas secas. El calor hacía retroceder a los bomberos a medida que las llamas se alimentaban y crecían, como una bestia que ruge su victoria.

Lily miró el corazón de ese fuego, que consumía los últimos restos de su infancia y vio, enmarcado en el resplandor, un único momento en el tiempo. Una noche de verano. Su madre, su padre y Teddy de pie en el porche, mirándola corretear por el césped, blandiendo una red. Y las luciérnagas, tantas luciérnagas, como una constelación de estrellas parpadeantes. “¡Mira, tu hermana ha atrapado otra!” dice su madre y Teddy ríe y levanta un frasco para recibir el premio. Le sonríen, desde el pasado, desde un sitio que ninguna llama puede tocar, porque está seguro y a salvo en el corazón de ella.

El techo colapsó y las chispas se elevaron hacia el cielo; Lily oyó las exclamaciones ahogadas de los espectadores atrapados en la excitación primal de un fuego invernal. Mientras las llamas se iban apagando lentamente, la gente del pueblo comenzó a dispersarse y a bajar la cuesta hacia los coches; el entretenimiento del día había finalizado. Lily y sus dos amigos permanecieron allí, observando cómo apagaban las últimas llamas y el humo se levantaba de las cenizas ennegrecidas. Una vez que retiraran los escombros, plantaría árboles allí. Cerezos y manzanos. Pero nunca volverá a haber otra casa sobre esta colina.

Sintió un beso frío sobre la nariz y levantó la mirada para ver que gruesos copos caían del cielo. Una última bendición de nieve, sagrada y purificadora.

—¿Estás lista para marcharte, Lily? —preguntó Baum.

—Sí. —Sonrió. —Estoy lista. —Se volvió para seguirlos y los tres cazadores de demonios bajaron juntos la cuesta.

Epílogo

Durante mi especialización en antropología en la Universidad de Stanford, me sentí fascinada por los mitos del mundo antiguo. Me gusta pensar que existe un núcleo de verdad en las historias que han sido pasadas a través de los siglos. Las brumas del tiempo pueden haber alterado los detalles, pero aún la historia más improbable bien podría haberse basado en personas y hechos reales.

Hace unos años, mientras curioseaba en una librería de Oxford, en Inglaterra, me crucé con una copia de la traducción de R.H. Charles de El Libro de Enoc y no pude resistir la tentación de comprarlo. El Libro de Enoc es un texto antiguo, que data de dos siglos antes del nacimiento de Cristo. Si bien contiene la historia de un patriarca del Viejo Testamento, Enoc, el bisabuelo de Noé, el libro fue eliminado de la sagrada escritura hebrea y desacreditado como apócrifo por los primeros padres cristianos. Desapareció de la historia y durante siglos se pensó que el texto se había perdido para siempre.

Pero no se perdió. El Libro de Enoc sobrevivió, oculto en varios sitios secretos. En el 1700, se descubrieron en Etiopía copias intactas del texto, traducidas del griego. Y en 1947, en una cueva en la costa noroeste del Mar Muerto, un pastor beduino hizo un descubrimiento magnífico: vasijas que contenían pergaminos antiguos. De ese complejo de cuevas emergieron siete fragmentos de El Libro De Enoc, escrito en arameo.

En las páginas de este texto perdido durante tanto tiempo yace un misterio que sigue intrigando a los académicos. Es la historia de Los Custodios, ángeles caídos que tuvieron relaciones carnales con mujeres y produjeron una raza impía que atormentaría para siempre a la humanidad:

”Los espíritus malignos proceden de sus cuerpos, porque han nacido de

humanos y de los santos Custodios es su comienzo y origen primordial. Estarán los espíritus malignos sobre la tierra y serán llamados espíritus malignos."

Estas criaturas de raza mixta, también conocidos como los Nefilim, aparecen en otro texto antiguo, El libro de los jubileos. Aquí, también, se los describe como malignos y perversos. Según ese libro, la mayoría de los Nefilim fueron destruidos durante el tiempo de Noé, pero Dios permitió que una décima parte de ellos sobrevivieran como súbditos de Satanás. A través de su linaje, el mal seguiría asolando la Tierra.

¿Ángeles y mujeres que tienen relaciones sexuales y producen monstruos híbridos? Es una historia verdaderamente fantástica y algunos estudiosos bíblicos sugieren muy razonablemente que estas cruzas eran, en realidad, casamientos prohibidos entre tribus diferentes. Que los "ángeles" eran hombres del elevado linaje de Seth y que las mujeres provenían de una tribu muy inferior, descendiente de Caín.

Con todo, como novelista, no pude dejar de pensar: ¿Y si el cuento de Los Custodios no fuera simplemente una alegoría sino historia? ¿Y si los Nefilim fueran reales y sus descendientes siguieran entre nosotros, haciendo estragos?

A través de la historia de la humanidad, determinadas personas han cometido actos de crueldad tan atroces que uno se pregunta si son realmente miembros de la raza humana o si pertenecen a una subespecie violenta, movida por necesidades e instintos diferentes. Si uno cree lo que fue escrito en Enoc y en Jubileos, entonces los actos de monstruos verdaderos tales como Pol Pot y Vlad el Empalador pueden ser explicados. Los Nefilim simplemente han coexistido con nosotros, como depredadores invisibles entre las presas. Y cuando surge la oportunidad, cuando la sociedad de desintegra durante las guerras o el caos civil, cuando la fuerza de las leyes no puede mantenernos a salvo, esos predadores salen a jugar.

Solo entonces descubrimos quiénes son en realidad

El mal no tiene una explicación fácil. Hoy, más de dos mil años después de que fue escrito El Libro de Enoc, no estamos más cerca de comprender por qué existe el mal. Lo único que sabemos es que existe.